

JOSÉ PERIS FERRER

MATEO

EL ANARQUISTA



Tras la guerra civil, Mateo, un anarquista preso en un campo de concentración logra salir de aquel infierno tras ser avalado por alguien desconocido. Fiel a sus ideales, no dudará en unirse a la resistencia encontrando a cada paso numerosos compañeros, algunos de los cuales le ayudarán y otros le traicionarán o intentarán engañarle. Siempre con el objetivo de liberar a su patria del opresor, Mateo encadena un sinfín de aventuras en las que también conocerá el amor, las desgracias que éste proporciona y, por supuesto, también la gran felicidad que supone ser amado por alguien.

En esta obra el autor plasma en la vida de Mateo multitud de anécdotas reales ocurridas en tiempos de posguerra, describiendo además muchos lugares, parajes, ciudades y pueblos que por aquel entonces eran muy diferentes de cómo los conocemos ahora. El lector no tardará en empatizar con el personaje y vivir en su imaginación las experiencias que aquí se relatan.

JOSÉ PERIS FERRER

MATEO EL ANARQUISTA



Círculo Rojo
EDITORIAL

JOSÉ PERIS FERRER

MATEO, EL ANARQUISTA

Círculo Rojo Editorial

Primera edición: mayo 2017

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. Campo de concentración de Los Arenales

II. A medio día se paró a comer

III. Una vez en la ciudad

IV. Pasaron algunos días

V. Algunas semanas después

VI. Pasaron algunos días

VII. Lo primero que hizo cuando salió

VIII. Una vez en Barcelona

IX. Mateo no esperó

X. Cuando se marchó Antón

XI. Antón apareció a los veinte días

XII. Así lo hicieron

XIII. Al día siguiente

XIV. A la hora convenida

XV. Con la claridad del alba

XVI. Ya llevaban varias horas caminando

XVII. Al día siguiente

XVIII. Al día siguiente

XIX. Se fue directo a la estación

Entrevista con José Peris

*A todos aquellos que perdieron y
encontraron el amor en tiempos de
guerra y hambre”*

*“Dedicado a mi esposa, hijos y amigos,
que me animaron a escribir este libro y
ayudaron a que se hiciera realidad”*

Capítulo I

Campo de concentración de Los Arenales (Cáceres), a pesar del intenso frío los hombres sudaban por el esfuerzo adicional que suponía para sus escuálidos cuerpos la precaria alimentación y el trabajo físico. Aunque ya faltaba poco para terminar la jornada porque el sol ya se había puesto, sabían que mientras hubiera visibilidad estarían tirando de la vieja pala cargando camiones de arena y grava del lecho del río para las obras del ejército y algunos particulares.

En aquel momento sonó el silbato del sargento dando por finalizada la jornada, algunos ya al límite de sus fuerzas se dejaron caer de rodillas, otros se tumbaron en el suelo, y sólo algunos pocos permanecieron de pie, eran pocos y cada vez quedaban menos, eran los que a pesar de las palizas y duros castigos, no habían logrado doblegar su voluntad y uno de ellos era Mateo, hombre de unos treinta y cinco y de una

formación ideológica inquebrantable pues había militado desde su juventud en la FAI, aunque se guardó mucho de que se enteraran hasta sus propios compañeros pues gozaba del respeto y afecto de todos porque era de los pocos que se atrevían a reivindicar un mejor trato y comida pese a que lo único que había conseguido era la burla y mofa de sus carceleros, aconsejándole estos que se quitara la vida o que hiciera una huelga de hambre, cosa que le hacía reaccionar tachándoles de criminales, echándoles en cara que de casi cinco mil prisioneros apenas quedaban trescientos. Estas palabras le suponían normalmente en la mayoría de los casos una monumental paliza.

También se sabía que muchos salieron libres porque fueron avalados por el alcalde y el cura de sus respectivos pueblos, pero los afortunados habían sido comparativamente un número casi ridículo, el resto fueron bajas por “rápida” enfermedad, un eufemismo para no decir que fueron fusilados.

Pero Mateo sabía que en su caso conseguir un aval era imposible porque ningún alcalde o cura avalarían jamás a un anarquista y además él no lo consentiría. Tenía claro su destino, lo más probable sería que en alguna paliza se les fuera la mano y allí acabaría su historia.

Aquella mañana hacía un frío intenso, quizás de varios grados bajo cero. Eran cerca de las nueve de la mañana y ya habían desayunado si es que se le podía llamar desayuno a

aquella agua negruzca junto al mendrugo de pan de centeno que repartían. Estaban formados en el patio tiritando, dispuestos para subir a los camiones cuando el sargento que les mandaba se acercó a Mateo y le dijo:

–Mateo, tú no sales, preséntate en el despacho del comandante.

Mateo lo miró intentando adivinar de qué podría tratarse, pero aquel tipo extrañamente se marchó sin decirle el motivo por el cual lo llamaban al despacho del jefe de campo.

Ya en presencia del comandante y en posición firme se dispuso a escuchar la sentencia para un nuevo castigo, pero esta vez escuchó de la boca del comandante lo que siempre pensó que jamás oiría, el oficial le entregó unos papeles comunicándole que estaba libre por buena conducta y no figurar en su expediente delitos de sangre, el oficial casi con mal disimulado desprecio le dijo:

–Puede llevarse sus pertenencias, pero sólo las que tenía cuando llegó.

–¿Puedo llevarme la manta que llevaba conmigo cuando llegué?

–Sí puede llevársela, de todas maneras, estará llena de piojos.

–Gracias mi comandante.

El comandante miró su reloj y dijo.

–Son casi las diez de la mañana, a medio día no quiero verle por aquí.

Mateo se cuadró militarmente y salió al exterior, respiró profundamente y pensó que hasta el aire olía de otra manera, casi corriendo entró en el barracón de prisioneros recogió la vieja y raída manta y salió temblando de emoción. Aquello no podía ser cierto, casi con miedo sacó los papeles para asegurarse que era su nombre el que figuraba en ellos. Pensó que alguien de mucho “peso” tenía que haberle avalado.

A esa hora sólo podía despedirse de su amigo Anselmo porque los demás estaban en el tajo.

Se dirigió a la cocina para encontrarlo, su mejor amigo, que al verlo y decirle que marchaba libre se le abrazó llorando y, seguidamente, se fue a un armario del que sacó dos panes de centeno y un trozo de queso diciéndole:

–No puedo darte más porque como tú sabes lo cuentan todo todos los días, pero no importa, tú has sido un buen compañero y un gran amigo, nosotros siempre te recordaremos porque te la jugaste muchas veces protestando en nuestro favor –y sonriendo añadió– se te notaba mucho tu vena anarquista, pero estos hijos de puta

no se enteraron, quiero que sepas que has sido para todos como un hermano.

Se volvieron a abrazar y Anselmo aprovecho para meterle en el bolsillo unas monedas.

–¿Qué haces?

–No te preocupes, no son mías y tú las vas a necesitar más que yo, y ahora vete de una puta vez no sea cosa que se vayan a arrepentir.

Salió casi corriendo sin volver la vista atrás, abrazando la manta en la cual llevaba escondido los dos panes y el trozo de queso y a pesar de su debilidad caminaba ligero, era la ilusión de sentirse libre. A partir del momento en que salió del campo de prisioneros su cerebro solo lo ocupaba un pensamiento volver a su casa y abrazar a sus padres.

Su regreso a casa fue casi una odisea, siempre tratando de que la guardia civil no lo cogiera puesto que a pesar de llevar los papeles en regla si lo llevaban al cuartelillo tendría que demostrar que no se había fugado y eso solía llevar algunos días de “estancia” y por consiguiente el tener garantizada alguna que otra paliza. Sin embargo, el resto de gente solía ser comprensiva, cómo solía viajar por zonas rurales buscaba al atardecer alguna casa de campo aislada y pedía permiso para dormir en el establo. Normalmente lo consentían pero en muchos casos lo mandaban al pajar porque su aspecto no

era ciertamente el más apropiado para abrirle las puertas de par en par uniéndose a esto el hecho de que la gente se había vuelto muy desconfiada, sobre todo en casas rurales y masías dado que éstas solían ser las más afectadas por pequeños robos de animales y productos agrícolas pues en épocas de extrema necesidad –y ésta lo era– llenar el estómago era prioritario y por lo tanto era bastante normal que una pareja de la guardia civil las visitaran casi diariamente, incluso de noche cerrada, por ese motivo solían advertirle que se marchara al despuntar el alba.

Por otra parte, Mateo se estaba recuperando físicamente, aunque su alimentación continuaba siendo precaria también era más abundante y más variada que en el campo de prisioneros, cada día estaba más fuerte, en ocasiones le daban algo de comida para el viaje, pero en más de una ocasión tuvo que recurrir a la mendicidad, sin demasiado éxito puesto que la gente solía ser cruel con los vencidos. Aquella guerra no solo había dejado un millón de muertos, sino que el odio y el resentimiento que había sembrado no hacían nada fácil la convivencia, tendría que pasar mucho tiempo para que la paz y el trabajo hicieran volver las aguas a su cauce, la respuesta estaría en la próxima generación, todo dependería de la capacidad de olvido y perdón que demostraran los que hicieron la guerra.

Pero con hambre, frío y cansancio él seguía adelante sabía que ya no debía faltar mucho, ya había entrado hacía días en Cataluña. Era de un pueblo cercano a Barcelona, donde

vivían sus padres; de ellos había tenido noticias por un par de cartas que recibió antes de caer prisionero pero tenía un hermano del cual no se sabía nada, las últimas noticias fueron que estaba por la zona del Ebro, que había sido una de las más castigadas de toda la guerra y donde se dio la gran batalla, a partir de la cual la guerra ya tuvo un claro ganador, pero a pesar de esta circunstancia tanto en una parte como en otra no cesaron los crímenes ni las injusticias hasta el último día. A partir de ahí empezó la justicia del vencedor que no fue otra que someter al vencido a un diluvio de juicios sumarísimos y por consiguiente un segundo baño de sangre. Siempre suele ser peor la posguerra que la guerra misma.

Ya debía de estar cerca, el tránsito de vehículos se había intensificado, al pasar junto a él un carro tirado por un caballo preguntó al carretero:

–¿Falta mucho para la capital?

El carretero lo miró de arriba abajo y sonriendo respondió.

–No falta mucho, pero las alpargatas que llevas no creo que aguanten, sube y haremos juntos el camino.

Mateo se miró los pies, el carretero llevaba razón, de las alpargatas que llevaba ya prácticamente solo quedaban las suelas, las cuales estaban atadas a los pies con un cordel medio deshilachado que en cualquier momento se rompería. Siguió la broma diciendo:

–Pues cuando las “compré” (se las cogió a un fusilado) me dijeron que eran muy fuertes, que duraban mucho y que posiblemente me enterrarían con ellas.

El carretero lanzó una sonora risotada, se notaba a la legua que era un hombre sano de cuerpo y alma, entonces se hizo a un lado de donde iba sentado y Mateo exhaló un suspiro de alivio porque llevaba muchas horas caminando.

–¿De dónde vienes?

–De un campo de concentración, o como dicen los nacionales “Campo de trabajo para la redención de pena”, pero no me he fugado tengo los papeles en regla, puedo circular libremente, aunque de momento voy a mi casa a reunirme con mis padres que hace ya mucho tiempo que no tienen noticias mías, vengo del campo de prisioneros de “Los Arenales” en Cáceres.

–Siento que lo hayas pasado tan mal, pero la realidad es que todos lo estamos pasando mal, los pañuelos aún están húmedos por las lágrimas derramadas de una y otra parte y los estómagos vacíos, a diario se recogen decenas de personas sobre todo niños que mueren por enfermedades causadas por el hambre, ahora mismo vamos sentados encima de sacos de legumbres y arroz, lo traigo de recogida de dos pueblos luego regreso con algunas cosas que allí necesitan. Se puede decir que me gano bien la vida, pero algunas veces me han asaltado y entonces tengo perdidas,

por eso siempre que puedo recojo a alguno que me haga compañía.

–Por eso no te preocupes, si alguien viene a molestarte puedes contar conmigo.

–No muy lejos de aquí hay una venta, allí podremos reponer fuerzas, tengo amistad con la dueña, quedó viuda con dos hijos, un chico y una chica más pequeña, de catorce y doce años respectivamente que ayudan a su madre, son gente bastante amable y servicial y puede que te echen una mano, incluso quizás tengan algo para poder afeitarte, tú aspecto es francamente lamentable, ¿cuántos días llevas sin comer?

Mateo bajo la cabeza, le daba vergüenza confesarlo, pero no sabía mentir y con un hilo de voz dijo:

–Dos, pero no hay problema normalmente aguanto más.

Volvió a reír el carretero pensando que no había duda que aquel tipo era hombre de moral inquebrantable puesto que a pesar de lo que había pasado, su estado de ánimo era admirable y su sentido del humor casi increíble, entonces el carretero se presentó:

–Me llamo Avelino y no te preocupes si no llevas dinero, estoy seguro que si fuera al contrario tú también me ayudarías, conozco a las personas y uno que calza alpargatas no puede ser malo.

–Yo me llamo Mateo y creo que tienes razón, si fuera un ladrón no tendría este aspecto.

Cuando llegaron a la venta ya parecía que se conocían de toda la vida, acercaron el caballo al pilón de abrevar y le dijo a Mateo.

–Tú espera aquí, voy a hablar con la dueña, se llama Adelina veré que puede hacer por ti.

Al poco tiempo regresó con ropa y unas alpargatas de esparto, unas tijeras y bártulos para poder afeitarse.

–Cámbiate y afeítate. Cuando estés presentable entras, la comida está casi lista.

Mateo no lo pensó, a pesar de que hacía frío se quitó la ropa que realmente eran casi harapos y se lavó en el pilón, luego se fue discretamente detrás de la casa y se afeitó y vistió entrando en la casa.

Al verlo, Avelino exclamó asombrado:

–¡Chico casi no te había reconocido! Ahora sí que pareces una persona.

Mateo lo miró con profundo agradecimiento y con voz entrecortada respondió:

–No sé cómo darte las gracias, ni cómo podría pagarte lo

que has hecho por mí, jamás hubiera creído encontrar en mí camino una persona como tú.

–A mí no me tienes que dar las gracias, dáselas a Adelina, la ropa y las alpargatas te las ha dado ella.

Entonces Mateo miró a la mujer que se encontraba en la cocina dándole los últimos toques al guiso que estaba preparando.

–Gracias señora, le estaré eternamente agradecido, dentro de mi desgracia creo que he tenido mucha suerte en haberles conocido.

–No te preocupes, no tiene importancia de quién era la ropa que llevas puesta, ya no podrá usarla, al fin y al cabo, no eres del bando de los que lo mataron, y ahora sentaos que la comida está hecha.

Los dos hijos de la dueña pusieron la mesa, un porrón de vino tinto y lo que le pareció a Mateo una maravilla gastronómica: un estofado de judías con morro de cerdo con tocino y morcilla de matanza casera, y además y por primera vez en años, una enorme hogaza de pan blanco horneado del día... aquello era superior a sus fuerzas.

Al principio trató de comer despacio para no llamar la atención, pero al final el hambre que llevaba atrasada le inhibió y sólo paró al final del segundo plato de estofado y la segunda hogaza de pan.

Cuando termino de comer, saciado hasta no poder más, se levantó de la mesa diciendo.

–Avelino no quiero que pierdas más tiempo por culpa mía, cuando quieras nos vamos.

–Yo sí me voy, pero tú deberías quedarte hasta mañana, ya es media tarde y a mí quizás me dé tiempo de llegar a mi destino, pero en tu caso me lo pensaría porque nos tendríamos que separar en el próximo cruce de caminos, que está a una hora de aquí y te caería la noche de camino. Será mejor que la pases aquí junto al fuego y marchar mañana temprano. La ventera que estaba escuchando la conversación intervino y dirigiéndose a Mateo dijo:

–Creo que Avelino tiene razón, será mejor que te quedes, por esta zona las noches suelen ser muy frías y no creo que pasar la noche al raso sea una buena idea.

–Está bien, creo que tenéis razón, pasaré la noche aquí y mañana temprano me iré.

Salieron los dos hombres y Mateo ayudó a enganchar el caballo al carro, cuando terminó, Mateo le tendió la mano al carretero diciéndole:

–Siempre te estaré infinitamente agradecido y ojalá algún día pueda devolverte este favor que me has hecho, no lo olvidaré jamás.

El carretero no dijo nada, sonrió y arreando al animal se perdió de su vista en el primer recodo del camino, entró en la casa de nuevo y por primera vez reparó en la ventera como mujer y no es que fuera muy guapa o que tuviera un cuerpo como para perder la cabeza, pero a pesar de la ropa que llevaba puesta que disimulaba sus formas resultaba una mujer muy atractiva, el hombre que se la llevara a la cama podía considerarse muy afortunado.

Pero inmediatamente pensó que no tenía derecho a pensamientos tan ruines, aquella mujer le había ayudado desinteresadamente y no estaba bien que pensara de esa manera, pero se disculpó así mismo por el hecho que hacía más de tres años que no había estado con una mujer y la madre Naturaleza despierta algunos instintos de manera inoportuna.

La mujer se había puesto a limpiar los cacharros de la cocina y Mateo acercándose preguntó:

–¿Puedo ayudar en algún trabajo?

–Pues, mira sí, detrás de la casa hay leña, mira a ver si puedes cortar alguna, éntrala en casa y la pones al lado de la chimenea.

Mateo se puso a cortar leña hasta que ya casi de noche el chico vino a llamarle para la cena, entonces cogió una

carretilla que había para esos menesteres y la cargó todo lo que pudo dos veces. Calculó que había cortado leña para unos días.

Arrimó la leña a la chimenea y encendió un buen fuego pues se presentaba una noche bastante fría, acercaron una mesa y cuatro sillas al calor del fuego y empezaron a cenar.

Mateo se interesó por el quehacer diario de los chicos y dado que era buen conversador se alargó la sobremesa algo más de la hora acostumbrada, hasta que su madre les indicó que era hora de irse a la cama.

Las habitaciones estaban en la parte alta del edificio y se accedía por una escalera que a Mateo le pareció bastante estrecha, aunque pensó que la hicieron así para dar más espacio al comedor, subieron los tres y Mateo se quedó sólo junto al fuego.

Así estuvo largo rato, cuando oyó que alguien bajaba por la escalera, era la ventera que con un candil y una manta en la mano le dijo:

–No creo que éste sea un buen lugar para pasar la noche, mañana tienes un camino bastante largo por delante, te llevaré al establo, allí hay un altillo en el que tenemos paja y gavillas de heno... allí estarás caliente y podrás dormir bien.

Caminaron por el patio hasta el habitáculo, al que se accedía por un lateral de la casa. La mujer iba delante con el

candil, al llegar delante de la puerta la empujó con la mano libre. La puerta chirrió un poco al abrirse y la tenue luz alumbró el habitáculo en el cual había dos animales, una vaca y una mula, realmente allí dentro había una temperatura ambiental bastante agradable y el altillo al que se refirió la ventera estaba como a un metro por encima de los animales y al cual se accedía por una escalera de madera que se recostaba para tal efecto. Estaban los dos dentro, Mateo miró con atención todo cuanto le rodeaba, la puerta estaba abierta y con la mano de ella apoyada, Mateo se volvió hacia la mujer, la luz del candil iluminaba sus facciones, entonces él advirtió que aquella mirada no era la misma de unas horas antes, sus pupilas estaban dilatadas por el deseo y su respiración se había intensificado entonces se le disiparon todas las dudas, cogió la mano de la mujer y la retiró de la puerta, cerrándola, a continuación dejaron el candil en un hueco que había en la pared y se abalanzaron uno en brazos del otro.

Prácticamente no hubo preámbulo, ella se levantó el camisón de gruesa tela y él enfiló su sexo erguido al máximo, ella apoyó su espalda contra la pared y separó los muslos... todo lo demás ya fue tarea fácil, el hombre puso sus manos en las caderas de la mujer y su miembro se incrustó en la cálida y húmeda hendidura de la mujer, que al sentirlo dentro de ella lanzó un gemido de placer que le salió de lo más profundo de su corazón, entonces ella levantó las piernas y las cruzó por la espalda del hombre, que aunque

de pie empezó la placentera penetración hasta que –exhalando un gruñido de placer– derramó el licor de la vida dentro de la mujer que al sentir la dulce y copiosa irrigación también con un gemido seguido de una fuerte convulsión inició su gloriosa entrada en el paraíso.

Pero aquello al parecer sólo había sido el comienzo. Después de unos minutos y ya más calmados la mujer lo miró sonriente y soltándose de los brazos del hombre comenzó a trepar por la escalera hasta el altillo. Una vez allí extendió la manta y con algunas gavillas de heno arregló una especie de cama de tal manera que, quitándose el camisón y extendiéndolo junto con las ropas del hombre en pocos minutos había hecho una cama que a Mateo le pareció una maravilla. Él había subido detrás de ella con el candil y la dejó hacer mientras admiraba la desnudez de aquella hembra, la cual antes de tenderse se soltó el cabello que llevaba recogido que cayó como negra cascada sobre sus hombros, y cuando se tendió en el lecho contrastando su carne morena con el blanco camisón y el dorado de la paja, a Mateo le pareció que una diosa de la antigua Grecia había bajado del Olimpo para saciarlo de sexo, a él, un simple mortal. Dejó el candil en el suelo y se arrodilló delante de ella, la cual al verlo flexionó las piernas y abrió los muslos.

A partir de ese momento el mundo y sus problemas desaparecieron de sus mentes, ahora solo eran dos seres dominados por el sexo, entregados sin condiciones a practicar todo lo inimaginable con tal de conseguir el placer

supremo que te quita la vida, te la devuelve y te convence de que la felicidad total sí que existe.

Así estuvieron durante horas hasta que agotados decidieron separarse no sin antes darse un larguísimo beso.

A la mañana siguiente y ya con el sol bien alto se despertó Mateo, se lavó en el abrevadero y entro en la casa, la ventera le preparó un buen tazón de leche con unas hogazas de pan tostado.

Mateo esperaba ver en ella algún detalle que le recordara la noche de placer y sexo, pero la mirada de ella era fría y distante, había vuelto a ser la mujer honrada y laboriosa del día anterior, para nada recordaba a la hembra ardiente y viciosa de anoche.

Cuando terminó de desayunar, ella se fue a la cocina y regresó con un paquete.

–Aquí tienes para el viaje, que tengas suerte y encuentres a los tuyos con salud.

Mateo la miró sin comprender, lo que menos había esperado era una despedida así tan fría pero no se atrevió a protestar, tampoco estaba en su ánimo, aquella mujer le había tratado como nadie en su vida, por lo tanto, sólo cabía decirle adiós, de todas maneras, por si había alguna posibilidad dijo sin convicción:

–Quizás pueda quedarme unos días, lo que se dice esperándome no están.

Ella lo cogió del brazo y se lo llevó unos metros fuera de la casa diciéndole:

–Mira, te di la ropa que llevas puesta, también te di de comer y de beber, en cuanto a lo de anoche tienes que recordarlo como un regalo, los dos necesitábamos una noche así, pero a mí no me interesa ir más allá, quiero a otra persona y quedándote aquí lo único que harías es perjudicarme... es lo mejor para los dos.

Mateo comprendió entonces que en la vida de aquella mujer él estaba de sobra, le tendió la mano, gesto que ella entendió como una despedida amistosa y agradecida.

–Te doy las gracias de todo corazón, Adelina eres una gran mujer y te mereces toda la felicidad del mundo. Lo que pasó, para mí, ya es pasado, pero jamás olvidaré que en esta venta pasé el día más feliz de mi vida, lo que hiciste por mí no lo olvidaré mientras viva.

Y sin volver la vista atrás siguió su camino, se sabía ya cerca de su pueblo y eso le hacía caminar más rápido, pero a pesar de todo sabía que la noche se le echaría encima, aunque no le importaba porque aun llegando de noche cerrada ese día llegaría a su casa.

Capítulo II

A medio día se paró a comer, más por curiosidad que por hambre abrió el paquete que llevaba y vio que la ventera le había puesto dos panes de pan blanco, casi medio queso, una morcilla, y un chorizo casero, entonces recordó con satisfacción hablando consigo mismo *“por lo visto anoche quedo satisfecha”*.

Pero el tiempo no parecía querer que llegara seco a su casa y a media tarde empezó a llover, era una lluvia fina, pero en poco tiempo estaría empapado y más cuando se quitó el trozo de manta para proteger la comida que llevaba.

Ya de noche cerrada divisó las primeras casas del pueblo, se notaba que por allí también había pasado la guerra, algunas casas estaban prácticamente en escombros, era el habitual aspecto de haber sufrido algún que otro

bombardeo, su corazón aceleró sus latidos, sabía que sus padres estaban vivos pero ignoraba el estado de salud en que se podrían encontrar, de hecho había guardado casi toda la comida porque sabía que en todos los sitios la gente vivía en situación de extrema necesidad y estaba seguro de que sus padres no serían una excepción.

Caminó prácticamente a oscuras orientándose a partir de la calle principal puesto que su casa estaba a espaldas de ella.

Por fin encontró la casa, a través de una rendija que había en la vieja puerta miró hacia el interior y el corazón le dio un vuelco al ver con la poca luz que hacía el fuego de la chimenea a sus padres sentados en sus viejas y cien veces reparadas sillas.

Aunque la puerta tenía una pequeña aldaba prefirió llamar con los nudillos puesto que no deseaba que se enterara nadie de su presencia hasta saber en qué condiciones estaba el pueblo.

Entonces y siempre mirando por la rendija vio como su padre se levantaba y se paraba ante la puerta preguntando con voz queda.

–¿Quién es?

–Soy yo Mateo.

El viejo se quedó como dudando, pero enseguida abrió la puerta abrazando llorando al hijo que ya casi daba por muerto, su madre también había saltado de la silla y corrió hacia ellos fundiéndose los tres en un prolongado abrazo y así permanecieron los tres abrazados y llorando, luego ya más calmados y sentados al calor de la lumbre empezaron las preguntas por una y otra parte, los viejos, cómo era de esperar fueron los primeros en acosarle a preguntas:

–Aunque teníamos la esperanza de que seguías vivo la verdad es que llegamos a pensar que no te volveríamos a ver ya que según nuestras noticias pocos salían vivos de “Los Arenales” pues según nos dijeron era el peor campo de concentración de toda España.

–Y lo era con diferencia. Allí la crueldad, la humillación, y el trabajo hasta el límite de la resistencia humana era lo más normal del mundo y si a esto le unías la más que precaria y a veces nula alimentación os podéis hacer una idea de lo que era aquello, y digo “era” porque últimamente se comía dos veces al día, aunque esa bazofia hubiera hecho vomitar a un cerdo... pero no quiero recordar aquello, esta alegría no quiero empañarla con tan malos recuerdos.

Se sentaron a la mesa y Mateo puso sobre ella todo lo que traía envuelto en la manta. Al ver la comida el viejo sacó una navaja y cortó el pan, el queso y la morcilla, oliéndolo todo, cuando terminó dijo con alegría y cierto tono de humor:

–Casi no recordaba el sabor y el olor de esta bendición de Dios que es el pan blanco y para el queso, la morcilla y el chorizo me faltan palabras, pero esto te habrá costado mucho dinero.

–Por eso no debéis preocuparos, ha sido un regalo. Mientras comemos me contáis cómo están las cosas por aquí.

–Por aquí –el viejo esbozó una sonrisa amarga y miro al suelo– las cosas están peor que mal, al poco tiempo de terminar la guerra llegó al cuartelillo del pueblo un sargento de la guardia civil, el cual lo primero que hizo fue elaborar una lista de todas las familias, y con la ayuda de algunos chivatos pudo averiguar y señalar las que de una manera u otra colaboraron o simplemente simpatizaban con la República, sobre todo las de tendencia sindicalista o anarquista. La represión fue brutal, sólo por el simple hecho de haber sido madre o hermana de anarquista las mujeres fueron rapadas y paseadas en grupo por todo el pueblo y algunos hombres fueron fusilados con falsos testimonios, hacían venir de otros pueblos a gente que juraban que el acusado formaba parte de alguna brigada del alba encargada de “pasear” a empresarios y curas. En nuestro caso apenas nos molestaron porque soy maquinista ferroviario y recogí varios avales de gente muy importante y aunque vivimos en la pobreza podemos considerarnos afortunados ya que las necesidades las tenemos cubiertas, para cocinar los compañeros me traen carbón de las locomotoras y el que no

gastamos lo vendemos y además alguna vez me llaman para trabajar, porque aún quedan algunos tramos que sufrieron los bombardeos, pero muy a menudo los de la guardia civil vienen y preguntan por ti y por tu hermano, yo les digo que estáis muertos pero ellos no me creen, saben que es la respuesta lógica pero yo sé –porque me lo han dicho– que si algún día aparecías por aquí no saldrías vivo del cuartelillo.

–¡Pero yo estoy libre! Tengo mis papeles en regla, todos los que me conocen saben que no soy un criminal, nunca fui a buscar a nadie para matarlo, aunque nunca disimulé mi odio hacia el fascismo siempre luché noblemente como ellos lo hicieron contra nosotros.

–No te esfuerces no es a nosotros a quién tienes que convencer, pero ten por seguro que si entras en ese cuartel eres hombre muerto, tienen todo tu historial tanto desde que estabas en el sindicato como cuando eras militante anarquista destacado; con mejor historial que tú salieron envueltos en una manta camino del cementerio.

–Supongo que tienes razón pero quiero que sepas que aunque tengo muchas cosas de las que arrepentirme siempre llevé con orgullo y honor vuestro apellido, mí único error fue unirme a Durruti cuando organizó la columna de su mismo nombre para luchar en la guerra, y digo error porque aunque fue un buen sindicalista y un gran anarquista, militarmente dejaba que desear; sólo hicimos bien una cosa, mientras avanzábamos para incorporarnos al frente de Zaragoza

paramos en todos los pueblos que había por el camino y los limpiamos de caciques y terratenientes, repartimos las tierras, organizamos cooperativas y nombramos comités para requisar alimentos para los soldados del frente, pero ni siquiera entonces participé ni autoricé ningún fusilamiento ni asesinato porque yo sólo ejercía funciones de intendencia. Más tarde, en el frente sí que tenía mando en tropa ya que fui nombrado sargento al mando de cincuenta soldados, ¡sólo porque sabía leer y escribir! la mayoría de ellos ni sabían cargar un fusil porque hasta ese día no habían hecho otra cosa más que trabajar y nos enviaron a primera línea a luchar contra moros y legionarios, gente aguerrida con experiencia de guerra en Marruecos y mandados por oficiales profesionales, mientras que nosotros teníamos que aguantar las posiciones mandados en la mayoría de los casos por oficiales sin experiencia de guerra y muchos de ellos eran unos borrachos indecentes que ni siquiera sabían encontrar en el mapa nuestra posición... y ese es mi historial en esta guerra.

Su madre, que había estado llorando todo el tiempo sólo habló para decir:

–Tú eres lo único que nos queda, prefiero saberte lejos pero vivo a tener que llevar flores todos los domingos a donde te hayamos enterrado. Creo que debes marcharte cuanto antes.

–De todas maneras, puedes quedarte unos días aquí en

casa escondido hasta que te repongas, creo que estarás bastante seguro ya que prácticamente no nos visita nadie.

Mateo asintió puesto que no estaba –y era consciente de ello– en condiciones físicas para emprender ningún viaje, por lo tanto, se acomodaría en la casa y cuando pudiera se marcharía porque era consciente del peligro que esto suponía también para sus padres.

Tras un mes desde su llegada, un día durante el desayuno se armó de valor y les dio la noticia:

–Esta noche me marcharé, creo que en las actuales circunstancias es lo mejor, esta situación no debe alargarse más, los civiles pueden venir en cualquier momento y no sabemos qué pasaría.

–¡Pero esta noche hace muy mal tiempo! Deberías irte al alba.

–Este es el mejor tiempo porque no creo que salgan de vigilancia en una noche como ésta.

–Pues si esa es tu decisión sólo nos queda desearte que tengas suerte porque la vas a necesitar, sólo queremos pedirte que nos escribas cuando llegues a algún sitio para quedarte, así sabremos tu dirección y te tendremos al corriente de lo que pase en el pueblo, por si algún día cambian las cosas y pudieras regresar. ¡Ah! y antes de marcharte quisiéramos que nos dijeras quien te avaló para

que salieras del campo de concentración... sin un aval sumamente importante nadie salía de allí.

–Pues a decir verdad no lo sé porque no me paré ni a preguntar, salí prácticamente corriendo de aquel infierno. Siempre pensé que, por suerte para mí, se equivocaron de hombre al que indultar.

–Pues es muy raro porque esa gente se equivoca pocas veces, y si lo hacen siempre es a su favor. De todas maneras, nos alegramos de que haya sucedido así, ¿y ahora adonde piensas dirigirte?

–De momento a Barcelona, no queda lejos y puede que encuentre algo allí.

Ya de noche cerrada y después de una ligera cena cargó con una vieja mochila y una especie de capa con capucha que su madre le había confeccionado y salió de su casa dispuesto a enfrentarse al mundo entero con tal de salir adelante, sabía que lo tenía muy difícil porque eran malos tiempos para todos y especialmente para los vencidos, pero si había sobrevivido al peor campo de concentración de España se sabía con fuerzas para hacer que su suerte cambiara.

De momento su meta era Barcelona, la conocía como la palma de su mano, su pasado sindicalista y posteriormente anarquista le obligaban a casi vivir en la ciudad salvo cuando tenía que hacer viajes de inspección de obligado

cumplimiento a las cooperativas que organizaba la FAI (Federación Anarquista Ibérica) y que estaban dentro del plan de colectivización a nivel nacional que se había proyectado, y él quizás por su veteranía en la organización o también la gran amistad que tenía con el carismático líder anarcosindicalista Buenaventura Durruti fue nombrado supervisor general, aunque por ideología de la organización tenía que compartir su cargo y obligaciones con varios compañeros.

Como tenía para varios días de camino y prácticamente sin dinero, tuvo que pedir trabajo de lo que saliera en algunas masías que fue encontrando en su ruta, normalmente era por la comida, pero algunas veces le dieron algún dinero y cuando consideró que tenía suficiente reemprendió el camino hacia Barcelona.

Capítulo III

Una vez en la ciudad buscó la modesta pensión donde solía alojarse, la dueña lo conocía y siempre habían congeniado, además se había creado una gran amistad. Ella simpatizaba con su ideología, aunque disentía y dudaba de que se pudiera desarrollar algún día una sociedad sin gobierno, eso para ella era una utopía porque el respeto mutuo no encajaba en la personalidad española.

Estaba ya anocheciendo y a pesar de ello se veía bastante actividad. Barcelona siempre había sido una ciudad muy vital, sus gentes tenían el trabajo como una religión, era algo innato en el carácter de aquella gente.

Buscó la Rambla hacia el puerto, en una de las estrechas calles cerca de él estaba la modesta pensión que regentaba Ramona junto con su marido Pedro, dos personas por las que

Mateo sentía verdadero afecto y respeto porque siempre se habían portado con él como si fuera de la familia, quizás porque no tenían hijos y posiblemente vieron en Mateo –por su carácter animoso y alegre– al hijo que habían deseado tener y no tuvieron.

Aquellas dos personas significaron para él más que cualquier familiar cercano, los quería quizás al mismo nivel que a sus verdaderos padres porque en más de una ocasión lo escondieron de la policía pues era aquella una época muy convulsa y problemática, con manifestaciones y huelgas casi a diario. Mateo además era de los que iban en cabeza de los piquetes, por lo tanto, cuando regresaba a la pensión lleno de cortes y magulladuras Ramona, después de llevarse las manos a la cabeza y augurarle un final desastroso y trágico, lo curaba, mientras tanto Mateo le contaba a Pedro los enfrentamientos con la policía. Pedro sonreía y asentía con la cabeza.

Luego más tranquilos tomaban café y comentaban los acontecimientos políticos mientras Ramona movía la cabeza con aire pesimista repitiendo una y otra vez:

–Esto va a acabar mal, la gente cada vez está peor, con más hambre y más desquiciada.

Mateo trataba de quitar importancia a la situación, pero él sabía que la situación se estaba deteriorando por momentos, ya habían empezado las represalias tanto por

parte de la derecha como por parte de la izquierda, aún eran a pequeña escala, pero ya había algunos muertos por ambas partes, y como decía Pedro *“cuando empiezan a hablar las pistolas, más difícil se hace el dialogo como personas”*, y no le faltaba razón.

También recordaba las tardes y hasta bien entrada la noche en el bar Lafuente, prácticamente un nido de anarquistas del ala más radical, allí era donde se proyectaba toda clase de acciones, incluidos levantamientos revolucionarios.

En ese mismo local fue donde la policía efectuó una redada en la que cogieron a Durruti y más de cincuenta compañeros, los cuales fueron desterrados fuera de la península, él pudo escapar de verdadero milagro porque momentos antes vino a por él Charo Soriano una compañera de organización y amiga *“intima”*, solían ir al cine y luego buscaban una pensión barata para pasar la noche, la habría podido llevar a la pensión de Ramona pero respetaba tanto a aquellas dos personas que nunca se atrevió a presentarse con ella para un acto tan íntimo, estaba seguro que no lo hubieran aprobado, eran personas muy rigurosas en ese aspecto.

Tampoco él se hubiera encontrado cómodo en aquella situación, aunque sí se la presentó a Pedro y Ramona como una amiga y compañera, también estuvieron algunas veces comiendo juntos y estaban encantados con ella porque Charo era bastante culta y sabía conversar con soltura,

además a todo esto se unía que era bastante guapa, tanto que ni siquiera cuando vestía el mono anarquista dejaba de llamar la atención.

Pero él también sabía que no era el primer hombre de su vida, algunos de sus compañeros ya se la habían llevado a la cama, pero él tampoco era demasiado exigente en ese aspecto, conocía la manera de ver la vida de las libertarias y estaba seguro que cualquier día quizás la viera del brazo con otro hombre, dejando el asunto por concluido.

Tan abstraído estaba con sus recuerdos que poco faltó para que pasara de largo en su búsqueda, y de repente allí estaba, con el descolorido y viejo rótulo “PENSION RAMONA”, –sí, aquí es– se dijo, pero antes de llamar vino a su mente una pregunta, ¿sería aún de la vieja Ramona?, desde que se fue al frente no había tenido noticias y aunque al principio les había escrito un par de veces no había tenido contestación, pero también podría ser debido a que el correo desde el frente era muy precario, las carreteras estaban muy controladas y las cartas sólo a veces llegaban. Pensó que ya que estaba allí al menos preguntaría, nada se perdía por eso. Todo parecía indicar que por allí todo seguía igual, llamó de manera suave para no alarmar a la gente del interior, él tenía convenido con el matrimonio que para distinguirlo de huéspedes y gente desconocida daría tres toques de aldaba, dos seguidos y uno espaciado, y así lo hizo, pero como hacía mucho tiempo que no iba por allí posiblemente quizás no lo recordarían.

Al cabo de unos minutos escuchó una voz en tono muy bajo, como quien pregunta con miedo:

–¿Quién es?

–Soy yo, Mateo.

Entonces se oyeron unos pasos como con prisa, casi con violencia se oyó el descorrer de un cerrojo, una mujer vestida de riguroso luto de los pies a la cabeza abrió la puerta dejando pasar y cerrando la puerta se echó llorando en brazos del recién llegado, al cual también emocionado se le saltaron las lágrimas. El encuentro, por lo inesperado, hizo que a Ramona se le notara más afectada.

Ya más calmados pasaron al interior de la vivienda, era una planta baja que disponía de otra arriba, en donde estaban las habitaciones para los huéspedes.

Se sentaron en la mesa y permanecieron en silencio observándose como tratando de comparar la imagen actual con la que tenían en el recuerdo de hacía no mucho tiempo. A Mateo lo que más le sorprendió fue el pelo ya totalmente blanco de Ramona porque cuando la vio por última vez apenas pintaba, y su piel antes tersa aparecía ya con muchas arrugas, lo que le daba a entender a Mateo que aquella mujer había sufrido mucho en aquellos últimos años y casi de improviso preguntó:

–¿Y Pedro?

La mujer bajó la vista y casi en un susurro dijo.

–Pedro murió.

Hubo un silencio que a Mateo le pareció un tanto forzado, era como si Ramona quisiera contarle algo y no se atreviera, entonces empezó a pensar que la muerte de Pedro no había sido normal.

–¿Cómo fue? Quiero saberlo.

–Lo mataron de una paliza en la comisaría, me avisaron cuando ya estaba en el depósito y casi no lo reconocí, tenía varias costillas rotas y la cara... la cara prácticamente machacada.

La mujer estalló en un silencioso llanto, era el llanto que sale del alma.

Mateo asistía en silencio comprendiendo el inmenso dolor de aquella mujer porque aquel hombre había sido el gran amor de su vida, prácticamente se conocían desde su más tierna infancia, vivían en el mismo barrio, habían ido a la misma escuela, ella jamás había mirado a otro hombre y él nunca había mirado ni estado con ninguna otra mujer.

A Mateo le constaba que Pedro era una buena persona, siempre dispuesto a ayudar a cualquiera que se lo pidiera, por eso creía muy extraño que aquel hombre estuviera mezclado en algún asunto fuera de la ley, aunque después

de aquella guerra las tapias de los cuarteles hablaban claramente de la justicia de los vencedores, los papeles de los juicios, en la mayoría de los casos eran sustituidos por los disparos de los fusiles.

–¿Y de que lo acusaban? Yo nunca me podré creer que hiciera algo malo.

–Cuando entraron los “nacionales” no hacía falta que tuvieran muchos motivos para detener a cualquiera y si te detenían cualquier cosa podía pasarte, cuando vi que tardaba en volver a casa ya me imaginé lo peor pero como estaba segura de que no había hecho nada malo albergaba la esperanza de que sólo estaría detenido en cualquier comisaría. Pregunté en ellas todos los días y en todas tenía la misma respuesta, decían que allí no lo habían llevado y que allí no estaba, hasta que me avisaron del depósito, me dijeron que lo habían encontrado muerto cerca de allí, pero yo sé que lo mataron en una comisaría, incluso me he enterado en cuál de ellas, quien es el comisario que la mandaba y que aún está a su cargo. Se llama Álvaro y lo apodan “*el negro*”, no porque sea de ese color sino porque presume de que en España nadie ha puesto de luto a tantas mujeres como él.

Mateo escuchaba en silencio las explicaciones de Ramona y compartía su dolor como si de su propio padre se tratara, pero sólo podía dar consuelo con buenas palabras, no podía hacer otra cosa. Aunque la guerra había terminado los

abusos de poder y la prepotencia de los vencedores se hacía notar en cualquier actividad pública. Para no ahondar en su tristeza, Mateo trató de cambiar de conversación preguntando por su antigua compañera.

–¿Sabes algo de Charo Soriano? Le escribí, pero no contestó.

–Pues sí, se algo, pero no es agradable de contar. Me enteré por algunos milicianos que regresaban del frente y se alojaron aquí en la pensión, cuando tú te fuiste con Durruti ella se enredó con algún que otro compañero de la organización, por lo visto le entró la vena patriótica y se fue al frente con varias chicas de vida alegre con la “sana” intención de alegrar la vida en las trincheras. Según dijeron cayó enferma de sífilis, esa espantosa enfermedad venérea que hacía estragos entre los soldados; cuando la estaban evacuando en un ataque, los moros la hicieron prisionera junto a unos veinte hombres. A ellos los fusilaron allí mismo, pero a ella le reservaron la peor muerte que pueda tener una mujer, durante varios días abusaron de ella hasta que se dieron cuenta que estaba enferma entonces la rociaron con gasolina y le prendieron fuego únicamente de cintura hacia abajo, sus chillidos se oían desde la trinchera donde se encontraban sus compañeros, fue una muerte espantosa, nadie merece morir de esa manera.

Al escuchar el tan espantoso relato su rostro cambió de color y en su corazón por primera vez en su vida anidó la ira

y el odio hacía el vencedor, porque él a pesar de todo siempre asumió la derrota y sufrió el castigo que le impusieron sin pararse a pensar si era justo. Estaba seguro que si hubieran sido ellos los vencedores el comportamiento con los vencidos no se habría diferenciado gran cosa, porque durante la guerra canallas y criminales habían sido tanto los unos como los otros, pero los actos de crueldad innecesaria y más contra mujeres eran una aberración porque con esos actos el ser humano se ponía a la altura de las bestias.

Ramona se levantó para preparar un poco más de café y Mateo al verla comentó:

–No deberías preparar más café, deberías guardarlo porque esto no entra en el racionamiento.

–Por eso no te preocupes, el último café lo acabamos de beber, lo guardaba para una buena ocasión y mejor que ésta no puede haberla, lo que estoy preparando es malta con achicoria, si no tienes un paladar demasiado fino no notarás mucha diferencia, ¡ah! y olvídate del azúcar, es sacarina.

Al primer sorbo Mateo chasqueó la lengua, se quedó mirando a Ramona, aquello sabía a diablos, pero dijo con forzada sonrisa: –Pues no está mal.

–Pues tu cara no dice lo mismo, nunca supiste mentir, esto sabe a orín de cerdo, pero, aunque no alimenta por lo menos calienta el cuerpo, todo es cuestión de acostumbrarse.

–Quiero que sepas que no tengo dinero para pagarte el alojamiento, hasta que no encuentre trabajo no podré costearlo, pero te aseguro que el primer dinero que gane será para pagarte, tú me conoces y sabes que soy honesto y hombre de palabra.

–Por eso no te preocupes puedes estar aquí el tiempo que quieras; tú nunca serás un problema ni aquí ni para quién te conozca, tu cuarto de siempre está a tú disposición y cómo creo que estarás cansado deberías de ir a acostarte.

Mateo asintió dándole un abrazo a Ramona, y está lo besó en la frente con toda la ternura que una madre pondría en ese acto puesto que para ella era el hijo que creía perdido.

A la mañana siguiente se levantó temprano y dado que era lo que más cerca le pillaba se dirigió al puerto, según pensaba cabía la posibilidad de entrar en alguna colla de estibadores en la carga y descarga de barcos, pero le dijeron que de momento estaba todo cubierto, aun así, le recomendaron que fuera por la mañana antes de las ocho por si había alguna baja en alguna colla, aunque el asunto estaba difícil porque cuando alguno no se podía presentar solía suplirlo algún pariente. Le aconsejaron que probara en la construcción, quizás encontrara algo.

Se fue algo contrariado, pero cómo era el primer día no se desanimó, posiblemente en la construcción tuviera más suerte porque, como Barcelona había sido muy castigada por

los bombardeos había zonas que, por los montones de escombros, aún se notaba el paso de la guerra y justamente la zona portuaria era de las más castigadas.

Pero tampoco tuvo suerte, preguntó en varias obras y nadie le dio trabajo, pero otro de los que andaban buscando empleo como él le indicó que si quería trabajar tenía que ponerse en manos de un prestamista laboral, era como una mafia porque parte de lo que ganabas se lo quedaban ellos.

Aquel prefería esperar su oportunidad mientras le quedaran recursos, pero si tenía alguna urgencia cerca de allí estaba el Bar Oscar, –puedes preguntar por Roberto el “paraguas”– le dijo a Mateo, –dentro de lo que es esa chusma, es de lo más honrado, esto no quiere decir que lo sea, pero tiene “detalles”–.

Se separaron y cada uno siguió su camino, Mateo continuó entre solares y montones de escombros pero al pasar por enfrente de un edificio medio derruido oyó voces y ruido de pelea, discretamente se asomó y vio como dos hombres estaban dándole una paliza a otro que, caído en el suelo, trataba de cubrirse de la lluvia de patadas que los otros dos le estaban dando, y aunque él no era de los que le gustara meterse en lo que no le importaba, viendo la desigualdad tan manifiesta que había en la pelea decidió echar una mano al que estaba en peores condiciones y con ánimo decidido se dirigió hacia ellos diciéndoles:

–Me parece que estáis abusando de este hombre, sois dos jóvenes y él uno y bastante viejo.

–Tú no te metas o cobraras también, a ti no te importa esto, ¡así que lárgate!

–Pues te equivocas, da la casualidad de que conozco a este hombre y creo que sea lo que sea ya le habéis pegado bastante, su deuda esta saldada, yo de vosotros me largaría porque conmigo os estáis equivocando, seguro que no lo tendríais tan fácil. Lo mejor para todos será que os marchéis, la guardia civil suele patrullar por aquí y no creo que os convenga dar explicaciones de lo ocurrido.

Los dos matones se miraron y decidieron dar el asunto por terminado, pero finalmente advirtieron:

–De momento vamos a dejarlo, pero no vuelvas por aquí porque a la próxima correrá la sangre, la tuya por supuesto y la de éste si va contigo.

Pasaron los dos por su lado casi sin mirarlo, pero Mateo sí se fijó en ellos. Su aspecto era francamente patibulario, eran dos claros especímenes de los que uno se encuentra en los bajos fondos de cualquier capital, llámese Barcelona, Paris, o Marsella gente que nace, crece, se reproduce y generalmente muere joven sin salir de su hábitat natural, o en una prisión, ese es su destino en un tanto por ciento muy elevado.

Entonces se fijó en el que le estaban dando la paliza, era un hombre que estaría rondando los cincuenta pero en su rostro ya habían empezado a marcarse algunas arrugas, señal inequívoca de que la guerra también había hecho mella en su físico, ya se había levantado del suelo y se estaba sacudiendo el polvo de la ropa que a simple vista parecía bastante nueva, señal inequívoca de que no era de los que se veían pidiendo trabajo por las obras, y una vez que a su criterio ya se había sacudido bastante se encaró con Mateo tendiéndole la mano, Mateo la estrechó sin demasiado entusiasmo dándole la espalda con intención de marcharse.

–Espera hombre, aún no te he dado las gracias.

–No se merecen, quizás por mí tú habrías hecho lo mismo.

–Pues no sé qué decirte, porque conozco a esa pareja y te aseguro que de no ser por ti a estas horas es posible que mi piel tuviera algún agujero más de los que ya tengo por ley natural.

–Te repito que no me debes nada, además tengo prisa, ando buscando trabajo y se me hace tarde.

–Si es por eso no debes preocuparte porque encontraste al hombre adecuado en el momento adecuado, me llamo Roberto, pero todos me conocen por el “*paraguas*”.

Mateo entonces lo miró con atención, aquel tipo no le inspiraba confianza y además hablaba con deje

sudamericano, y aquella gente no solía ser demasiado trabajadora, pero entendía que no estaba en condiciones de rechazar ninguna ayuda viniera de donde viniera.

–Yo me llamo Mateo y por increíble que te parezca te andaba buscando, me dijeron que fuera al Bar Oscar, que allí te encontraría.

–Te encaminaron bien, porque realmente allí lo tengo casi todo, mi oficina y una habitación que tengo alquilada, y salvo algún día que me desplazo al centro como, duermo y trabajo en esta zona, pero lo mejor es que vayamos a tomarnos una cerveza y unas tapas.

–Pues tendrás que pagar tú, yo no llevo dinero encima, pero si encuentro trabajo te devolveré la invitación pues como dice el refrán “quién recibe, a dar se obliga”.

–No está mal, pero no te preocupes que muy pronto tendrás dinero de sobra para invitarme, ahora nos vamos, en el bar hablaremos y trataremos de arreglar tu situación.

Llegados al bar buscaron una mesa algo retirada, posiblemente era en la que habitualmente se sentaba el tal Roberto, apenas se habían sentado ya tenían al camarero esperando el pedido.

–Hola Roberto –saludó afable– ¿Te traigo lo de siempre?

–Hola Oscar, no, como ya casi es hora de comer, tráenos

algo de queso y unos vinos y luego de la cocina lo que quiera el compañero.

Permanecieron unos minutos en silencio hasta que vino el camarero, cuando se fue dejando lo que habían pedido, Mateo le preguntó:

–¿Tú no eres español verdad?

–No, soy de Paraguay concretamente, de ahí me viene el apodo de “*el paraguas*” por aquí tenéis mucha afición a “bautizar” por segunda vez a cualquiera y no importa si te sienta bien o te sienta mal, te quedas con el apodo hasta que te mueres, pero ahora hablemos de ti me dijiste que buscabas trabajo y yo te pregunto ¿de qué te gustaría trabajar? Si tienes alguna especialidad me sería mucho más fácil colocarte.

–Bueno la verdad es que no pensaba en nada concreto, aunque he trabajado prácticamente de todo, no tengo ninguna especialidad, pero en las actuales circunstancias para empezar cualquier trabajo será bueno por duro que sea.

–Ahora mismo no tengo nada para ti, pero en un par de días seguro que sale algo.

–Pues te lo agradecería mucho, por si sale algo me hospedo en la Pensión Ramona.

–La conozco hace algún tiempo, estuve alojado en ella, la dueña es una buena mujer, a su marido según se dijo lo mataron a palizas en la comisaría del “*negro*” el hijo de puta más grande que hayan podido parir.

–¿Lo conoces?

–¿Qué si lo conozco? Estuve dos veces en esa comisaría y cuando salí de allí no me podía creer que hubiera salido vivo de allí.

–¿Por qué te detuvieron?

–Fue en una redada que hicieron en el barrio chino, recién finalizada la guerra, los curas tenían mucho poder y gracias a uno de ellos salí vivo las dos veces.

–Parece increíble. ¿Cómo fue posible?

–Por el sexo, gracias a él nacemos y en muchas ocasiones por él mata la gente, dio la casualidad que una íntima amiga mía también lo era de un cura a quién ocultó durante la guerra en la época que eran perseguidos y “paseados”, esa misma mujer vio cómo me bajaban de la camioneta en la comisaría y aunque se movió rápido no me pudo librar ninguna de las dos veces de la peor paliza que pueda recibir un hombre, con decirte que la segunda vez estuve quince días en el Hospital Provincial, ¡y eso que ni siquiera llegaron a interrogarme!.

–Pues no creas que me asombra este comportamiento, apenas terminó la guerra me llevaron al campo de concentración de “Los Arenales” en Cáceres como prisionero de guerra, estaría días contándote los castigos, barbaridades y atropellos a la dignidad humana que tuvimos que soportar los que allí estábamos, y lo peor del caso es que la mayoría ni siquiera sabíamos de qué se nos acusaba, pero si te llevaban a juicio salías contento si te caían treinta años porque la inmensa mayoría eran pasados por las armas, constando luego en tu expediente que habías muerto de “rápida” enfermedad. En mí caso aún no he podido salir de mi asombro, un día me llamaron al despacho del jefe del campo y me entregaron los papeles, además con un certificado de buena conducta, no me lo podía creer pues era el primer prisionero que salía sin condiciones de aquel infierno, alguien tuvo que avalarme, pero ¿quién?, no lo he podido saber.

–Eso ya no importa, lo verdaderamente importante es que saliste vivo y no medio loco como algunos que no lo aguantaron, ahora lo que interesa es olvidar el pasado y vivir el presente que al parecer viene bastante complicado, yo puedo ayudarte si tú me ayudas, cómo has podido comprobar tengo quizás por mí actividad laboral alguna gente que me quiere hacer daño, son sujetos carentes de escrúpulos totalmente, roban, matan y explotan a las chicas que tienen a su cargo como proxenetas o chulos como vulgarmente se dice, ahora quieren también meterse a

prestamistas laborales y por lo visto yo les molesto, por eso vinieron a por mí, y yo cada día soy más débil, la edad oxida el hierro y rompe las piedras por eso necesito una persona de mi entera confianza, y creo que puedo confiar en ti, si estás de acuerdo yo te pagaré la pensión y un sueldo digno, a cambio tú vendrás conmigo a donde yo vaya sin horario previo y asumiendo algunos riesgos a nivel personal, los cuales ya los iras observando, de momento puedes probar una semana y al cabo de ella me dices tú decisión.

Mateo por su parte era un mar de dudas, aquel tipo no le inspiraba confianza alguna y por otro lado su propuesta era muy generosa y precisamente era eso lo que más le intrigaba, que alguien que ni siquiera le conocía le ofreciera un sueldo, a cambio sólo había de acompañarle como una especie de guardaespaldas, algo le decía que aquel tipo era algo más que un simple prestamista laboral, pero su oferta, en las circunstancias en las que él se encontraba era prácticamente irrechazable, total una semana pasaba pronto y si no interesaba al final tenía la opción de rechazarla.

–Bueno la verdad es que no sé qué decir, todo esto ha ido muy rápido, pero en la situación en que me encuentro, como ya te dije, no estoy en condiciones de rechazar ningún empleo por duro o peligroso que éste sea, de todas maneras, si al cabo de la semana no te sientes cómodo con mi trabajo, dímelo, las condiciones son iguales para los dos.

Con un fuerte apretón de manos sellaron el acuerdo y tomando un coñac en la barra se separaron, quedando para la mañana siguiente en aquel mismo lugar.

En cuanto lo vio entrar, Ramona intuyo por la sonrisa que lucía Mateo que traía buenas noticias y acercando una silla a la mesa hizo que se sentara.

–Cuéntame, al parecer no te ha ido mal el día. Encontraste algo, ¿verdad?

–Pues sí, había alguien en apuros y le eché una mano luego me invitó a comer y me ofreció un trabajo, tengo que empezar mañana.

–¿Qué clase de trabajo?

–Pues la verdad es que no lo sé, en principio no parece muy complicado sólo tengo que acompañarle a donde vaya y él se encarga de pagar mí manutención, la pensión y a la semana cobraré en metálico el jornal que se pague en plaza.

–Pues en los tiempos que corren se te apareció la Virgen María, o por el contrario ese trabajo es lo suficiente peligroso como para que te den todo eso, me parece que ese tipo no es trigo limpio.

–No lo sé pues no lo había visto en mi vida, pero según me dijo él sí te conocía a ti y a Pedro porque me dijo estuvo algún tiempo alojado en la pensión.

–Si estuvo aquí algún tiempo lo tengo que conocer, tengo muy buena memoria.

–Se llama Roberto, pero todos le conocen por el “Paraguas” y por lo que me dijo es prestamista de trabajadores, o sea, una especie de empleador, va por las obras preguntando y si alguien necesita trabajadores él se los busca y cobra por ese trabajo.

–Pues sí lo conozco, estuvo un tiempo aquí, me acuerdo perfectamente, es o era una persona muy correcta y educada, pero en aquel tiempo tenía otro “oficio”.

–¿Otro oficio?, ¿qué oficio?

–Carterista, según decían el mejor de Barcelona que es como decir el mejor de España, en cierta ocasión vino la policía buscándolo y ellos me lo dijeron.

Al oír la palabra “carterista” instintivamente Mateo se llevó la mano al bolsillo interior de la vieja chaqueta, pero su cartera seguía allí, no obstante, la sacó y casi sin interés la abrió por si le faltaba algún documento. Todo estaba tal y donde lo había dejado, pero al ojear en la cartera el lugar donde se suelen poner los billetes se llevó una gran sorpresa, alguien había depositado allí dos billetes casi nuevos, de cien pesetas cada uno, los cuales puso encima de la mesa y mirando a Ramona, que estaba tan sorprendida como él, exclamó:

–¡Ese tipo no es un carterista, es un mago! ¿Cómo cojones ha podido hacer la maniobra sin que yo me diera cuenta?, que yo recuerde en ningún momento he estado a menos de un metro de él y según dicen los entendidos tiene que haber contacto para poder realizar el “trabajo” con cierta garantía y ese tipo no solamente me la quitó sino que además introdujo el dinero y la puso de nuevo en su sitio... es sencillamente increíble.

Ramona lo miraba y estaba tan asombrada como él, pero hechos como ese sucedían a diario. Cuando la gente está en situación de extrema necesidad adquiere habilidades casi increíbles, pero algunos nacen superdotados y por lo visto el tal Roberto era uno de ellos.

–Realmente no parece tan malo, por lo menos al saber que no tenías dinero ha tenido un detalle, eso demuestra que no es una mala persona ya que tuvo en cuenta que podías estar en dificultades, creo que debes entenderlo como un anticipo.

–Pues no sé qué decirte, esto me ha cogido por sorpresa y si antes no lo tenía claro ahora aún menos, no quisiera que al verme con él la policía pensara que yo también soy del “gremio” y me metan en la trena en cualquier redada, hablaré con él sobre este asunto, no quiero meterme en líos y menos ahora que tengo la oportunidad de rehacer mi vida.

–También es posible que lo haya dejado, si encontró la

manera de ganarse la vida honradamente, yo pienso que no debes fijarte en lo que un hombre haya sido sino en lo que es.

–De todas maneras, le dejaré claro que no intervendré en nada que no sea lícito.

A la mañana siguiente después de desayunar con Ramona se encaminó hacia la zona del puerto buscando el local de Oscar y allí esperándole en la mesa en la que al parecer era su costumbre sentarse estaba Roberto, que al verlo entrar se levantó y saludó efusivamente, invitándole a sentarse y tomar algo, pero el semblante serio de Mateo contrastaba con la casi alegría de Roberto.

–Te esperaba más tarde, tomate algo he iremos a dar una vuelta.

–Antes quiero hablar un poco sobre nuestra relación laboral, quiero ser honesto contigo y antes de empezar a trabajar necesito dejar las cosas claras, te dije ayer que necesitaba trabajar pero no a cualquier precio, digo esto porque tengo entendido que no siempre trabajaste honradamente y que la policía tiene tu ficha como delincuente habitual, o sea, para ser sinceros como carterista y como bien sabes acabo de salir de un campo de concentración y no me interesa algo que me pueda perjudicar como es el ir a todas partes con una persona que tiene ficha policial.

–Por lo que veo te enteraste muy pronto de mi “vida laboral”.

Sólo puedo decirte que jamás pudieron probar nada como carterista aunque sí estuve en la cárcel por falsificador, pero por muy poco tiempo, me sacaron para que trabajara con la policía descubriendo falsificaciones e incluso falsificando documentos para que algunos de ellos escaparan de la justicia cuando entraran los nacionales, quizás si estos no hubieran ganado la guerra sería un héroe y, lo que es la vida, actualmente soy un fichado, pero por eso no te preocupes ya que tengo buena relación con ellos, de todas maneras eres libre de aceptar o no el trabajo.

Mateo al oír la explicación que le había dado el otro se quedó como meditando la situación y luego de un largo minuto consideró que tal vez no fuera tan malo o peligroso acompañarlo y además el acuerdo podía ser beneficioso para ambos, por eso le tendió la mano en señal de acuerdo.

–Está bien, como dijo alguien más vale arrepentirse por hacerlo que por no haberlo hecho.

–No te preocupes, jamás nadie se arrepintió de haber sido mi amigo y ahora para sellar nuestra amistad nos vamos al centro, conocerás el ambiente en el que me muevo y comeremos en un buen restaurante que conozco. En días sucesivos irás conociendo a mis amigos y también a mis presuntos enemigos.

–¿Por qué dices presuntos? Los enemigos lo son o no lo son.

–Tienes razón pero al clasificarlos como “presuntos” me estoy refiriendo a los que cuando te ven te abrazan como si fueras el hermano al que no ha visto en años pero que serían capaces de sacarte las tripas por robarte un paquete de cigarrillos, y esos sí que son los peligrosos, y como me pareciste inteligente te daré un consejo, no te fíes del que quiera hacerte rico en poco tiempo sin trabajar pues nadie regala una mina de oro sin haberla explotado antes él, ni tampoco te fíes de la mujer que te lo ponga fácil sin nada a cambio, y si estás conmigo conocerás a algunos y algunas de esa condición, aunque a veces conviene para la formación humana, social y personal que en la escuela de la vida uno reciba algún que otro revolcón.

–¡Hombre! Te agradezco y valoro tu consejo, porque ese ambiente que tú me estás retratando realmente es nuevo para mí, pero en cuanto a los revolcones que da la vida en mi caso te diré que llevo años sin poderme levantar del suelo, espero que de ahora en adelante cambie la racha porque estoy harto de que la vida me lo ponga difícil, aunque siempre he tenido la esperanza de que algún día llegará mi oportunidad.

–No te quepa la menor duda de que todo va a mejorar, lo peor ya ha pasado.

Después de la conversación que cerraba el acuerdo, Roberto le dijo a Oscar que pusiera en su cuenta lo que habían tomado, según le dijo después a Mateo tenía cuentas abiertas en algunos bares y restaurantes pues era más seguro porque no eran tiempos de llevar mucho dinero encima ya que los atracos eran bastante habituales sobre todo en la zona portuaria que era por la que él normalmente se movía.

Capítulo IV

Pasaron algunos días y la vida cotidiana transcurría con total normalidad, la rutina era siempre la misma, a las nueve se encontraban en el bar de Oscar, desayuno y visita a las obras por si necesitaban trabajadores, luego se desplazaban al centro hasta la hora de comer, después una larga sobremesa regada con algunas copas, y a media tarde visita al barrio chino, una vez allí Roberto iniciaba su rueda de contactos recabando información de todo tipo, desde las novedades en prostitutas y quién las chuleaba, hasta los policías de la Brigada Secreta que andaban camuflados recabando información de supuestos comunistas o anarquistas, que eran a los que más interés tenían en perseguir aunque sin grandes resultados.

Roberto por su parte también tenía su propia red de chivatos, pero por encima de todos ellos había uno al que

más apreciaba a todos los niveles, Rufino, que así se llamaba era mucho más que un chivato puesto que era a la vez como la página de sucesos de lo que pasara en todo el barrio chino todos los días y además el archivo viviente de lo que había pasado en el barrio desde hacía más de veinte años, pero su cualidad más apreciada era como fisonomista, era increíble desempeñando su trabajo, jamás olvidaba una cara de policía por mucha barba o bigote que se dejara crecer, incluso aun no habiéndolo visto durante años, él lo recordaba y sobre todo si a ese policía lo respaldaba una notable hoja de “servicios”, pero lo más asombroso era que nadie sabía quién era ni donde vivía, jamás lo habían visto borracho ni con maricones, su relación se limitaba a cierta amistad con algunas *madame* y gente como Roberto, con el cual tenía una relación como de amigo de toda la vida.

Jamás aceptó dinero por informar, pero muchos días si se veían a la hora de comer o de cenar se invitaba él mismo y jamás se levantaba a la hora de pagar.

Aquel tipo era realmente sorprendente, tenía la rara habilidad de quedarse siempre al margen de cualquier riña o trifulca que se armara (cosa bastante habitual) en cualquiera de los muchos locales, tugurios, o garitos de aquella zona de Barcelona y a los diez minutos ya sabía con todo lujo de detalles el cómo y el porqué de lo sucedido.

Mateo por su parte cada día se encontraba más cómodo en su trabajo, Roberto era buen conversador y también muy

educado y como el dinero tampoco parecía ser un problema conseguirlo para él, tenía bastante buen cartel entre aquella gente, cuya máxima aspiración era poder llenar el estómago diariamente.

Apenas empezaba a anochecer, aquellas calles y callejuelas se convertían en un hervidero de gente de la más diversa actividad y procedencia, junto a matones, macarras y carteristas había cantaores de flamenco, los cuales exhibían su más que discutible arte en tabernas y pequeños locales que, por unas pesetas y cuatro cazallas, los tenían hasta la madrugada salvo que viniera alguien y se los llevara para alguna fiesta particular a domicilio.

Aparte de lo dicho anteriormente, Rufino tenía otra actividad, era una especie de vendedor ambulante con la particularidad de que todo lo que vendía lo llevaba encima, su vieja chaqueta llevaba tanto en los bolsillos normales como en otros adicionales cosidos a tal efecto desde piedras para mecheros hasta plumas estilográficas, pasando por navajas de Albacete y relojes de pulsera normalmente robados, otra de sus actividades bastante conocida era la recuperación de documentos, cuando a alguien le robaban la cartera en la que generalmente llevaban papeles de identificación y otros, se buscaba al Rufino.

–Oye Rufino me han robado la cartera y me interesa recuperarla. –¿En qué zona calculas que te la robaron?

–Estoy seguro que fue por los alrededores de la plaza de toros porque fui a sacar entradas y ya no la llevaba.

–Pues la cosa la tenemos difícil porque por allí trabajan varios, por lo tanto, no puedo garantizarte nada, tan sólo que el dinero que llevabas lo des por perdido, aunque quizás pueda recuperar la documentación. ¿Qué papeles llevabas?

–El de identidad y otro de Caballero Mutilado, aunque esté último es falso también es el que más me interesa por el economato y porque tenía asiento preferente en los toros y el fútbol.

–Bueno, aunque no puedo asegurarte nada, considerando la zona en que me dices que pudo ocurrir, cabe la posibilidad de que te pueda recuperar el carnet de mutilado, pero te costara cien pesetas.

–¡Joder Rufino! ¿Y de dónde saco yo las cien “pelas”?

–¿Y qué quieres que te diga? Si no puedes ganarlas trabajando y no tienes a nadie que te las preste te haces carterista, pero si mañana por la tarde no me las traes tendrás que hacerte un carnet nuevo y seguro que te costara más.

En ese momento solía terminarse la discusión, Rufino sabía por experiencia que al día siguiente el afectado traería las cien pesetas puesto que el economato de los mutilados de guerra era, junto al de los suboficiales, de los más baratos y

mejor surtidos y por lo tanto se prestaban a un doble negocio: los productos que adquirirían a bajo precio solían ser revendidos a precio de oro a otros particulares, a Rufino desde el primer momento le había caído bien Mateo, pero éste –y no sabía la razón– no terminaba de fiarse de él, pero lo achacaba a sus tiempos de anarquista, en aquella época había muchos soplones y chivatos y por eso quizás psicológicamente aún arrastraba esa “deformación” social.

De todas maneras y teniendo en cuenta que era tan sumamente popular y amigo de sus amigos casi se sentía mal por pensar que aquel tipo no era trigo limpio.

Y así pasaron unos días, siguiendo la ya establecida rutina de visita a las obras de todos los que solían contratarle obreros. En una ocasión terminaron algo más tarde, por lo que decidieron ir a comer a alguna de las llamadas fondas, tras caminar un rato entraron en una de ellas y para hacer un poco de tiempo pidieron unas cervezas y unas tapas. Escogieron una mesa cerca del mostrador. Justo al sentarse entró una chica con una vieja maleta en la mano y, acercándose a la barra, pidió al barman:

–¿Me da un vaso de agua por favor?

El barman la miró con ánimo de despedirla, pero la mirada de Roberto junto a su movimiento de cabeza asintiendo tuvieron la virtud de hacer que el camarero cambiara de opinión y dibujando una amplia sonrisa preguntó:

–¿Natural o con gas?

–No importa, lo que usted decida.

El barman entonces le acercó una botella de las llamadas “agua de seltz”, que era un agua a la que se le añadía gas en el mismo establecimiento.

Mientras Mateo observaba cómo bebía la chica con cierta avidez, con voz muy baja Roberto le decía:

–Esa no solo tiene sed, esa tiene hambre, voy a ver si hago mi buena obra diaria.

Se levantó y poniéndose al lado de la chica sacó a relucir su exquisita educación, se dirigió a ella diciéndole:

–Perdone usted señorita, me llamo Roberto, estoy con un amigo en aquella mesa, vamos a comer y nos gustaría poder gozar de su compañía, por supuesto que usted está invitada, de todas maneras, si decidiera comer sola mi invitación se haría igualmente efectiva.

La chica lo miró y después puso sus ojos en la mesa donde estaba Mateo, quien le sonrió beatíficamente, sabía por experiencia lo que buscaban el ejército de chicas como aquella que diariamente llegaban a Barcelona.

–Pero usted no me conoce –respondió la chica– y yo tampoco lo conozco.

–Pues no me negará que no hay mejor ocasión que ésta para conocernos.

La chica miró fijamente a Roberto y luego nuevamente a donde estaba Mateo, el cual volvió a sonreír moviendo afirmativamente la cabeza como transmitiendo confianza, eso acabó de decidir a la chica pues a su entender le parecieron dos personas bastante correctas y educadas, además en aquellos momentos no podía rechazar cualquier clase de favor o ayuda porque sin dinero y sin conocer a nadie en Barcelona, por muy hermosa que ésta fuera, podría convertirse en un infierno para ella. No lo pensó más y se dirigió hacia la mesa.

–Me llamo Benita –dijo tendiéndole la mano a Roberto– “Beni” para los amigos.

–Estupendo Beni, pues de momento ya tienes dos, vamos a sentarnos y hablaremos mientras comemos, por lo que veo acabas de llegar.

Después de las presentaciones se sentaron y llamaron al camarero para encargarse del servicio, éste le pasó el papel del menú a Roberto, quien casi sin mirarlo se lo pasó a la chica para que eligiera, pero ésta con cierta rapidez se lo dio a Mateo diciendo:

–No os preocupéis por mí, lo que pidáis para vosotros para mí estará bien.

Los dos hombres se miraron y sonrieron y los dos pensaron lo mismo, aquella chica en la lotería de la vida tenía todas las papeletas para ser una más de las miles de desgraciadas prostitutas que pululaban por las callejas del puerto y el barrio chino tentando a clientes, los cuales a la corta o a la larga acabarían por contagiarle una de las muchas enfermedades de transmisión sexual que por desgracia tan habituales eran en aquella actividad.

La primera pregunta partió de Mateo, era la más lógica que se le podía hacer.

–¿Tienes familia o alguien conocido en Barcelona?

–No tengo familia ni aquí ni en ninguna otra parte y tampoco conozco a nadie, pero me dijeron que aquí había trabajo y que se ganaba dinero.

Mateo por primera vez la miró con interés como tratando de sopesar qué posibilidades reales tenía de sobrevivir en aquella jungla de vicio y depravación. Aunque el análisis físico no podía ser concluyente posiblemente se podría ganar bien la vida por algún tiempo, pero era seguro que antes de tres días habría caído en manos de cualquier macarra que la explotaría hasta la extenuación porque la chica, aunque demasiado morena como todas las que venían de zonas rurales, era bastante guapa.

Realmente para su gusto estaba demasiado delgada, cosa

nada extraña con los tiempos que corrían, pero eso tenía fácil solución con chuletas y buena comida.

–Pues me parece que te tomaron el pelo, aunque una chica como tú lo puede encontrar con cierta rapidez dependiendo de la urgencia o necesidad de ganar dinero rápido, hoy por hoy incluso “trabajar” en ese oficio se ha puesto difícil, más que nada por la competencia puesto que todos los días se desplazan a Barcelona miles de chicas, incluso mujeres casadas, que se entregan a cualquier aberración con tal de ver saciada el hambre de su familia.

La chica escuchaba con atención, pero en ningún momento pareció alarmada ni contrariada, aunque el que no perdía detalle era Roberto, como perro viejo que era sabía que en cuanto saliera de allí la tal Benita le pediría un cigarrillo a cualquiera que pasara por su lado y empezaría su actividad en el que dicen que es el oficio más viejo del mundo, además su instinto le decía que ella sabía dónde y en qué se ganaba dinero en Barcelona y por supuesto no era precisamente limpiando escaleras.

–Sé a lo que te estás refiriendo –dijo la chica– y sé que lo voy a tener difícil, pero me gustaría poder intentarlo honradamente. Sé que puedo hacerlo, el trabajo no me asusta.

–Me gustaría poder ayudarte pero nosotros estamos como tú, buscamos trabajo pero con la ventaja de que sabemos la

realidad y dentro de esa problemática tratamos de sobrevivir –Roberto bebió un pequeño sorbo de café y continuó– pero tú no lo tienes mal... lo tienes imposible y perdona que te hable tan duramente, y no pongo en duda tu honradez, pero honestamente tengo que decirte que una mujer que llega a Barcelona sin dinero, sin familia, y... sin saber leer ni escribir su destino está más claro que el agua.

Benita le miro sorprendida, no acertaba a comprender cómo sabía que era analfabeta.

–¿Cómo sabes que no sé de letras?

–Pues no creas que tengo poder de adivinación, simplemente me fijé en la rapidez en que pasaste el papel del menú a Mateo, una persona que entra por primera vez en un restaurante, aunque sólo fuera por curiosidad se hubiera molestado en leerlo.

–Entonces según vosotros, ¿qué puedo hacer?, porque una cosa tengo clara, a mi pueblo ni puedo ni quiero volver, no es que me trataran mal es que me trataron peor que a un perro y si no tenéis prisa podría contaros algo de mi vida, aunque soy consciente de que desgracias como la mía habrá montones, de vosotros depende que me creáis o no.

A los dos les vino a la mente el mismo pensamiento (ésta, como todas las “fulanas”, siempre tienen alguna tragedia que contar) pero nada costaba escucharla.

–Bueno –dijo Mateo– realmente la mayoría lo ha pasado mal y muchos muy mal, pero cuéntanos tu historia, quizás podamos ayudarte o al menos aconsejarte.

–Pues bien, soy de un pueblo de Extremadura, su nombre lo borré de mi memoria y además no importa, éramos una familia, los padres y tres hermanos que vivíamos en una casa bastante alejada del pueblo. Todo fue bien hasta que se proclamó la República, mi padre al igual que otros muchos, hartos de la miseria y explotación a la que eran sometidos por los terratenientes se hizo del sindicato CNT, junto con mi hermano mayor, mientras tanto mí otro hermano y yo quedamos al margen porque éramos muy jóvenes pero al estallar la guerra las cosas al parecer cambiaron (y de eso me enteré más tarde), mi padre y mi hermano, al comienzo, fueron dos de los más activos componentes de una de las llamadas Brigadas del Amanecer, para dar lo que llamaban “paseo” a gente de derechas o fascistas. Por ese tiempo murió mi madre y mi hermano pequeño se fue a la guerra, prácticamente me quedé sola en casa, entonces fue cuando empecé a notar que la gente del pueblo me odiaba, pese a que yo ni era consciente ni sabía siquiera de las actividades de mi padre y hermano. Nadie me daba trabajo y empecé a pasar hambre. Ya casi finalizada la guerra me enteré de que mi padre y hermano habían sido encarcelados y acusados de delitos de sangre y fueron fusilados. Por primera vez pensé seriamente en marcharme del pueblo, pero me quedaba la esperanza de que mi hermano menor estuviera vivo y

regresara cualquier día, como así fue, pero llegó con una tuberculosis tan avanzada que prácticamente vino para morir en casa. Cuando lo vi aparecer, lo que tenían que haber sido momentos de gozo y alegría se tornaron en llanto y abatimiento porque ni siquiera podía darle de comer pues no tenía ni un mendrugo de pan. Pero yo sabía cómo salir de aquella situación, cerca de casa había unos campos de trigo, eran de un hombre que en alguna ocasión se me había insinuado, yo siempre lo había rechazado, pero al ver a mi hermano en aquella situación decidí que mi virginidad carecía de valor si después mi hermano tenía posibilidades de morir como una persona. Así que me entregué a aquel hombre a un precio suficiente para que mi hermano comiera de caliente y en abundancia todos los días durante la semana que tardó en morir. Pero apenas terminé de enterrar a mi hermano empezó para mí un auténtico calvario porque a partir de ese momento empezó un acoso total y despiadado por parte de los hombres del pueblo hasta el punto que generó un escándalo. Una mañana se presentó el alcalde y una pareja de guardias civiles y me dieron veinticuatro horas para abandonar el pueblo, aquello fue para mí una liberación porque suponía el final de las violaciones y el tener que acostarme con aquella chusma por las buenas o por las malas. Apenas se fueron recogí algunas cosas y ya de noche cerrada prendí fuego a la casa y me fui de aquel pueblo que, para mí, siempre será maldito. Ahora ya sabéis quién soy, cómo he sido y lo que puedo pensar de los hombres y la gente en general porque, aunque no me creáis, estuve en

varias ocasiones pensando en el suicidio, pero no lo hice para no darles una alegría a aquella gente, sabía que les estaba haciendo más daño viva que muerta, por eso me desterraron.

Tanto Mateo como Roberto habían escuchado en silencio y total respeto el relato de la chica. Realmente estaban impresionados ya que lo que les había contado era una muestra más de lo que había sido y significado aquella guerra, vidas destrozadas en plena juventud en cuyos corazones solo podían albergar odio, rencor y desconfianza. Aquella historia los había conmovido hasta el punto que, sin consultarse, sólo con la mirada decidieron ayudarla.

–Mira Beni –dijo Roberto– no sé lo que pensará mi amigo, pero por mi parte voy a hacer que salgas del pozo que según parece se ha convertido tu vida.

–Estoy de acuerdo –terció Mateo– pero deberás confiar en nosotros y no te dejaras deslumbrar por la vida fácil que veras en esta capital de vicio y dinero mal adquirido.

Aunque ya habían terminado de comer y tomar café, Roberto llamó al camarero y pidieron otro ya que se suponía que la sobremesa sería más larga de lo normal porque tenían que pensar en el alojamiento y además tratar de buscarle un trabajo decente, aunque fuera por poco dinero, cosa lógica en los tiempos que corrían.

Por fin decidieron que se quedaría en la pensión de Ramona, el alojamiento lo pagarían los dos a partes iguales y cuando pudiera se lo devolvería. En cuanto a la comida Mateo hablaría con Ramona para que le ayudara en las faenas de la pensión a cambio de la manutención.

Ya con todo hablado y decidido salieron del local y como ya era media tarde decidieron que Mateo acompañara a la chica a la pensión y hablara con Ramona.

–Mientras –concretó Roberto– yo me quedaré por aquí a ver si encuentro algo para Beni, va a ser difícil, pero hay que intentarlo, en cuanto a ti, Mateo, si se te hace tarde no es preciso que vengas, ya nos veremos mañana.

Mateo asintió y se despidieron, pero él seguía pensando que aquella situación podría alargarse en el tiempo y los recursos podían agotarse. Roberto cada día tenía menos trabajadores para emplear, aunque aquello no parecía preocuparle, siempre tenía dinero para lo que hiciera falta.

Pero al parecer Roberto estaba condenado a no quedarse sólo aquel día porque apenas había perdido de vista a Mateo alguien a su espalda lo llamaba, era Rufino, que al parecer había estado esperando a que se fueran los otros dos para hablar a solas con Roberto.

–Hola Rufino –saludó Roberto– ¿hay alguna novedad?

–Hombre como novedad no se puede calificar de tal, harías

bien si tienes algún amigo con ideas comunistas o anarquistas que no hable muy alto puesto que podría oírle quien no debe y llevárselo de visita a la comisaría del “Negro”.

Al oír lo que Rufino le decía, Roberto lanzó una imprecación exclamando:

–¡Pero cuando se morirá el hijo de la gran puta ese! Si los únicos incontrolados son los policías y guardias civiles, cuando me encerraron en esa comisaría había manchas de sangre fresca por todas las paredes ¡porque no les daba tiempo de limpiarlas!

–La orden ha llegado esta mañana así es que hasta mañana por la tarde–noche no empezaran las redadas. Si tienes alguna chica, amigo, o pariente, harías bien en avisarle con tiempo para que no pasen a menos de doscientos metros del barrio chino. Estos días el “Negro” anda un poco desquiciado, seguramente será porque hace días que no ha machacado a nadie.

–El día que alguien se lo cargue, porque ese no puede tener una muerte normal, de la alegría ese día me voy a coger la borrachera más grande de mi vida.

Rufino sonrió pensando que ese día posiblemente en el barrio chino se declarara festivo, y puesto a exagerar posiblemente las putas regalen algún polvo a los clientes

asiduos, al español por grande que sea su desgracia nunca le falta el humor.

–¿Pero eso es seguro? A ver si resulta que es una falsa alarma y metemos la pata.

–¡Hombre! Estas cosas nunca se saben al cien por cien y soy consciente que a veces dicen que van a venir, se arma la de “Dios es Cristo” y luego no aparecen, pero eso lo hacen para que se confíen y luego llenan más el “saco”. La que me ha dado la información no me ha fallado nunca, pero si no te fías te vienes mañana por la tarde y verás cómo te echan el guante, así aprenderás que el Rufino no engaña jamás.

Roberto miró a su compañero pensando que lo que decía era verdad no es que la palabra de Rufino fuera palabra de notario, de hecho, mentía más que respiraba, pero cuando la policía andaba de por medio siempre le dijo la verdad.

Mientras tanto, Mateo presentaba Benita a Ramona y aunque al principio estaba un poco reacia a emplearla acabó aceptando porque notaba cierto interés por parte de Mateo, que no parecía el clásico en una amistad circunstancial, quizás aquella chica significara algo más, de todas maneras y tratándose de Mateo le ayudaría, además pensándolo bien la compañía de aquella chica le podría beneficiar ya que no estaría todo el día pensando en su desgracia ya que el recuerdo de Pedro cada día pesaba más en su ánimo puesto que se pasaba noches enteras sin dormir pensando en los

malos tratos, torturas y vejaciones que debió de aguantar aquel hombre bueno antes de morir.

En cuanto quedó cerrado el acuerdo, Ramona se dirigió a su habitación y regresó con dos vestidos bastante nuevos, se los tendió a Benita y le dijo:

–Pruébatelos, posiblemente te vendrán bien, tú y yo tenemos medidas bastante parecidas.

Benita se quedó mirando los vestidos, del pueblo que venía ni siquiera la hija del alcalde lucía vestidos tan bonitos, después de unos minutos admirando y tocando las prendas, balbuceó su fascinación y con un hilo de voz dijo:

–Pero esto vale mucho dinero, ¿y usted?

–Por mí no te preocupes, los vestidos bonitos y de colores ya terminaron para mí, sin mí marido no tengo nada que lucir, y además si vamos a ser amigas prefiero que los luzcas tú que eres joven a que se los coman las polillas.

Mateo las miraba satisfecho, él sabía que Ramona no le fallaría y en cuanto a Benita intuía que había ido a parar al sitio adecuado; Ramona era una mujer excepcional y estaba seguro que pronto serían muy buenas amigas.

–Bueno para celebrarlo bajaré al bar y traeré una buena cena, la regaremos con buen vino y si tengo suerte traeré café y azúcar si encuentro. Esto hay que aplaudirlo porque

hoy ha sido un buen día y los días buenos escasean demasiado.

Capítulo V

Algunas semanas después Mateo notó en Roberto algún que otro cambio de humor, ya no era el amigo alegre y complaciente. Al ver que cada día eran más frecuentes esos cambios, un día mientras comían decidió preguntarle:

–Mira Roberto, vengo observando que de un tiempo a esta parte pareces nervioso y algo crispado, sé que las cosas últimamente no te ruedan bien, por lo menos no como antes y yo te estoy costando un dinero que sé que no me lo estoy ganando y si es por eso no te preocupes, nosotros no firmamos ningún contrato y por lo tanto desde ahora nuestra relación laboral queda extinguida, otra cosa es nuestra amistad, por mi parte ésta solo morirá cuando yo esté muerto, tú te has portado conmigo más que como un amigo, como un hermano diría, es más, sea la situación en que te encuentres, por mala que ésta sea siempre podrás contar conmigo.

-Te agradezco que hayas sido tú quién haya abordado el asunto porque sí es verdad que las cosas no van bien, aunque por dinero no es, pero quiero ser honesto contigo y quiero decirte que he tenido que recurrir a mis antiguas habilidades en un par de ocasiones, pero no quiero que te sientas ligado a mí, esto ya lo hablamos en su día y tú me diste tú opinión, soy consciente de que ejerciendo esa actividad tu sitio no está a mi lado. Además, en su día eso ya quedó claro, aunque es una lástima porque juntos podríamos hacer grandes cosas, pero entiendo perfectamente tu posición y verdaderamente no me gustaría que algo te pasara.

-¿A qué te refieres cuando dices de hacer grandes cosas?

-Bueno normalmente actúo solo y eso lleva un riesgo que si te cogen te pillan con el cuerpo del delito encima, entonces no tienes escapatoria posible porque en ese caso te llevan a la comisaría y una vez allí sabes que has entrado, pero ignoras cuando vas a salir y en qué condiciones lo harás.

-Y ¿qué papel sería el mío? porque si tú eres el que actúa... ¿qué tendría que hacer yo?

-Tu papel es muy importante, casi tanto como el mío porque tú serías el "tapado" o sea yo cambio la cartera de bolsillo, no me gusta decir "robar", tú estarás a mi lado y la pasaré del bolsillo del "primo" a tu bolsillo, prácticamente no hay riesgo es cuestión de segundos y nadie se dará cuenta,

salvo que también sea un especialista y en todo caso se trataría de alguien excepcional.

–No creo que te convenga llevarme de “tapado”, soy muy nervioso y pensaría que todos me están mirando, debes pensar en otro, yo no serviría. De todas maneras –prosiguió Mateo– nos veremos a menudo porque mientras busque trabajo y no encuentre vendré por la tarde a esta zona y quizás podamos tomarnos unas copas y pasar la tarde juntos.

–¡Hombre a ver si es verdad! También yo trataré de encontrar algo para ti.

Y tras un fuerte apretón de manos se separaron no sin cierta tristeza por parte de los dos. Habían pasado algunos meses juntos y la verdad es que no lo habían pasado nada mal pero la vida estaba realmente cambiando, cada vez había más oportunidades de trabajo y por lo tanto tenía que intentarlo y luego estaba Benita, la chica cada vez le gustaba más, ya habían ido al cine algunas veces pero ella nunca se había mostrado receptiva cuando él iniciaba algún escarceo pero lo achacaba a la nefasta experiencia de ella con los hombres, posiblemente su recuerdo aun la condicionaba a la hora de iniciar una relación, por muy seria que ésta fuera. De todas maneras, tampoco él tenía prisa en cargar con la responsabilidad de formar una familia pues corrían malos tiempos y mientras no encontrara trabajo y un sueldo fijo y estable, pensar en otra cosa era vivir fuera de la realidad.

Pero cuando llegó a la pensión no tuvo más remedio que decírselo tanto a Benita como a Ramona porque Mateo no sabía ocultar sus sentimientos, sobre todo a Ramona que cuando lo vio entrar con la cabeza gacha y mirando al suelo supo enseguida que algo no andaba bien. Aunque no le gustaba meterse en los problemas de la gente, Mateo era diferente, Mateo era más que un hijo para ella.

–No pareces muy contento, ¿no ha ido bien el día?

–Realmente no ha sido un buen día, pero no pasa nada importante.

–Puede que engañes al mundo entero, pero a mí, a la Ramona, jamás podrás engañarla, sé que te ha pasado algo y sé que es importante por lo menos para ti.

–Está bien, sí, ha pasado algo, pero no le digas nada a Benita, puede que a ella también le afectara porque se trata de Roberto, son muy amigos y seguro que le dolerá, el caso es que ya no voy a trabajar con él porque ha cerrado el negocio de empleador y me he despedido, aunque él quería que siguiéramos juntos, pero con otra actividad.

En ese momento entró Benita que venía de hacer unas compras para Ramona, pero al ver sus rostros le fue fácil deducir que algo estaba pasando.

–Bueno, explicádmelo a mí y así seremos tres para solucionar el problema.

-Es que este caso no es un problema porque tarde o temprano tenía que llegar.

-Explicáte, porque de momento no caigo en qué pudo ocurrir.

Mateo respiró hondo, miro al techo y dijo:

-La verdad es que no sé cómo decírtelo pero quiero que sepas que yo también lo siento mucho, el caso es que Roberto y yo no trabajaremos juntos a partir de hoy, las cosas últimamente no iban bien, me refiero al trabajo, a nivel personal quedamos como amigos y como ya le dije yo nunca me olvido de quién me echó una mano cuando la necesitaba pero yo no soy hombre que cobre un sueldo si antes no se lo ha ganado, él así lo ha entendido, nos hemos dado la mano y hemos decidido que cada uno seguirá su camino, naturalmente estaremos en contacto pues me dijo que trataría de buscarme algún trabajo, yo se lo agradecí y así quedó el asunto.

Benita movió la cabeza con un rictus de preocupación, pero interiormente se sentía decepcionada.

-Bueno la verdad es que es una mala noticia, pero ciertamente cosas peores le pueden pasar a uno, últimamente se están creando muchas empresas nuevas y se puede encontrar algún trabajo.

-Sí, eso es cierto, pero primero colocan a familiares y

amigos, luego a los “nacionales” y como último recurso a los que hicimos la guerra en el bando equivocado, pero no tengo más remedio que intentarlo.

En alguna parte tiene que haber trabajo para mí, Barcelona es muy grande.

Pero Benita esa noche apenas pudo conciliar el sueño, aquella situación ni le gustaba ni le convenía, tenía que hablar con Roberto porque también a ella de alguna manera también le afectaba.

A la mañana siguiente después de cumplir los quehaceres domésticos junto con Ramona, salió en busca de Roberto pues ella sabía que por la mañana solía ir a una sala de billares. Estaba segura que si no estaba buscando trabajo allí lo encontraría.

Efectivamente allí estaba, Roberto al verla se fue hacia ella impidiendo que entrara en la sala puesto que en aquellos tiempos estaba muy mal visto la presencia de mujeres en lugares públicos.

–¿Qué haces aquí?

–He venido en tu búsqueda porque quiero saber realmente lo que ha pasado.

–Si te refieres a Mateo no ha pasado nada en absoluto, le contraté para un trabajo y cuando éste se terminó le ofrecí

otro diferente que él rechazó, lo entendí y quedamos como amigos, eso es todo.

–¿Le ofreciste otro trabajo y no aceptó? Perdona, pero no me lo creo.

–¿Acaso no te dijo de qué se trataba?

–Pues no, no me lo dijo y por otra parte pensándolo bien tampoco estaba obligado a decírmelo.

–Realmente ha sido muy noble y honrado por su parte, vamos a tomarnos un café y te lo digo.

En un bar que quedaba cerca de allí buscaron una mesa algo apartada, procurando estar a cubierto de miradas indiscretas y de oídos inoportunos, sobre todo de esto último ya que lo que había de explicarle requería de la máxima discreción.

–Entonces, ¿quieres saber qué clase de trabajo propuse a Mateo? –bebió un sorbo de café y dijo mirándola a los ojos –soy carterista.

A Benita, que había iniciado el viaje de la taza de café hacía la boca casi se le cayó la taza. Aquella declaración, de todas las que habían pasado por su mente, era la más sorprendente pero una vez repuesta de su sorpresa inicial sólo acertó a preguntar:

–¿Pero, carterista... carterista?

–Pues sí, carterista, y posiblemente de los mejores, por increíble que te parezca.

–¿Y Mateo qué tenía que ver?, porque no me digas que él también es carterista.

–¡Por supuesto que no! Sólo le propuse que fuera mi ayudante y te aseguro que es lo más fácil del mundo, es un trabajo si es que se le puede llamar así, fácil y prácticamente sin riesgo alguno, pero como en todos los trabajos y oficios tienes que valer y él me dijo que no valía.

–Y si es fácil y sin riesgo, ¿por qué dijo que no valía?

–Por una razón muy sencilla, porque es demasiado honesto, es incapaz de disimular y de mentir, resumiendo, es un mal actor y en esta profesión los malos actores duran poco en la calle. Realmente yo ya sabía su contestación antes de proponérselo, pero le tengo afecto y sé que es hombre de una fidelidad total hacia sus amigos, él jamás me hubiera traicionado.

–Bueno todo eso está muy bien pero aún no me has dicho en qué consiste ese trabajo porque si no es pesado, es fácil, y no tiene riesgo quizás lo pueda hacer yo.

Roberto se le quedó mirando y cogiéndole una mano le dijo:

–Mira Benita, esto es muy fácil, pero es muy serio porque un error por pequeño que éste sea puede costarte años de cárcel y las cárceles españolas son de lo peor del planeta, pero como veo que te pica la curiosidad te explicaré en qué consiste el asunto: supongamos que somos dos, aunque yo siempre he actuado sólo, veo acercarse a la víctima, mi compañero estará a unos diez metros de mí, el “primo” me vendrá de cara, a una señal mía mi compañero caminará a tres pasos detrás de él y cuando llegue a mi altura simulará un tropezón y me lo echará prácticamente en mis brazos, cuando yo lo suelte pesará algo menos.

–Y ¿eso es todo? No busques más, eso lo hago yo y mejor que cualquier hombre.

–No debes precipitarte en tus decisiones, aunque pienso que tienes buena disposición y que pensándolo bien sería lo ideal, tú aún no me has visto actuar y además creo que deberíamos ensayar un poco. Creo que debes pensarlo, mañana a partir de las cuatro de la tarde en este mismo bar, ahora pide la cuenta al camarero, ya es casi medio día y te estarán esperando.

Vino el camarero con la nota y Roberto pagó lo que habían tomado. Cuando se iban detuvo por el brazo a Benita y le entregó una cartera.

–Es del camarero, dásela y dile que se le ha caído.

–Benita lo miró estupefacta, aquello no era habilidad, aquello era magia, fue hacia el camarero y le entregó la cartera, el cual asintió y le dio las gracias rascándose la cabeza.

Cuando salieron a la calle ninguno de los dos pudo contener la risa, pero Benita a partir de ese momento lo tuvo más claro que el agua.

A partir de ese día Benita se convirtió en parte sumamente importante para la actividad desarrollada por Roberto, la táctica era siempre la misma, por la tarde se veían en el mismo bar, y cada día elegían una zona distinta para operar, raramente repetían dos veces en el mismo día porque Roberto como buen profesional sabía elegir la víctima, luego volvían al bar y Roberto repartía el “botín”, siempre según su criterio.

Benita quedaba satisfecha con lo que le daba, fuera poco o mucho ya que jamás había tenido tanto dinero, hasta el punto que ya tenía una libreta de ahorro en un banco, la sociedad con Roberto le funcionaba de maravilla, pero tenía un problema, mientras estuviera viviendo en la pensión no podría disfrutarlo porque tanto Mateo como Ramona sospecharían y tendría que decirles la verdad, de momento no parecían olerse nada pero ella sabía que aquella situación no podría dilatarse en el tiempo y que cada día Mateo se ponía más pesado invitándola al cine o a pasear, ella sabía que era con dinero que Ramona le prestaba, la cual ya le

había insinuado que le gustaría que se hicieran novios y se casaran pero ella eludía el tema diciéndole que apreciaba y respetaba a Mateo pero no estaba enamorada de él.

Pero ella se guardaba un secreto, de quién estaba perdidamente enamorada era de Roberto. Para ella aquel hombre se había convertido en un dios, era consciente que casi le doblaba la edad, pero eso no le importaba, admiraba su serenidad cuando entraba en acción, su hablar pausado y sumamente educado, su saber estar en todos los sitios y con toda clase de gente, ella jamás lo vio como un delincuente sino como un artista, también sabía que salía con otras mujeres, pero él siempre quitaba importancia a este hecho porque decía que los sudamericanos eran así.

Una tarde, después del “trabajo” se armó de valor y se lo dijo a Roberto:

–Mira Roberto, esta situación se me pone cada día más difícil, creo que tanto Ramona como Mateo empiezan a sospechar algo porque cada día me presionan más y me preguntan dónde voy por las tardes y me he cansado de decir mentiras porque son dos personas que no se lo merecen. Creo que debemos pensar en algo al respecto porque estoy decidida a marcharme de la pensión, y voy a ser clara y sincera, me gustaría vivir contigo, pero entiendo que a lo mejor yo no entro en tus planes y si es así viviré en otro sitio, pero salvo que tú pienses lo contrario no romperé nuestra relación.

Roberto escuchaba en silencio, la chica siempre le había gustado, pero sabía que Mateo estaba haciendo planes y no quería interponerse, aunque ahora la situación había cambiado ya que era la chica quién había elegido y en principio no le parecía mal el proyecto de convivir juntos. Realmente no tenía nada que perder, la chica físicamente estaba más que bien, pero él nunca había sido hombre de una sola mujer y ella lo sabía.

–Bueno... realmente me coges por sorpresa pero comprendo tu situación y me imagino cómo debes de sentirte cuando tienes que mentir a personas que aprecias, pero tienes que pensar que casi te doblo la edad y que el convivir conmigo a lo mejor no es tan maravilloso como quizás te estés imaginando, de todas maneras quiero decirte que tú me gustas mucho y no me disgusta la idea de vivir juntos pero tendrías que asumir que yo nunca he sido hombre de una sola mujer, si aceptas que no nos casemos y que pueda tener algún encuentro ocasional con otra mujer pienso que podemos probar, en cualquier caso este derecho también podrás ejercerlo tú.

–Estoy de acuerdo, hoy mismo se lo diré, en caso de que me fuera ahora de la pensión, ¿dónde podría encontrarte?

–Aquí mismo, te esperaré hasta las nueve de la noche. Si vinieras y no estuviera me encontraras en el bar de Oscar.

Se fue casi contenta porque había logrado el objetivo principal que no era otro que el de vivir con el hombre que amaba, pero era consciente que le esperaba un mal trago, sabía que tanto para Mateo como para Ramona iba a ser un golpe muy duro de encajar.

Estaban los dos como de costumbre, sentados en la vieja mesa y como siempre hablando del tiempo y de lo cara que estaba la vida, ella entró y después del saludo de rigor les dijo:

–Quería hablar con vosotros, pero quiero que sepáis que es para mí muy duro lo que voy a deciros y que quiero que sepáis que siempre os llevaré en el corazón.

Tanto Mateo como Ramona se le quedaron mirando y prácticamente pensaron lo mismo, que algo grave le estaba sucediendo a Benita porque de un tiempo a esta parte desaparecía todas las tardes durante unas horas, y ninguno de los dos había abordado el asunto, posiblemente esperando que algún día la misma Benita lo explicara. Por lo visto parecía que había llegado el momento.

–Pues tú dirás –dijo Mateo– pero sea lo que sea siempre estaremos a tu lado.

–He conocido a otro hombre y me voy a vivir con él.

Al oír estas palabras se hizo un silencio, tanto Mateo como Ramona se quedaron mirándola, y durante unos minutos

–que a Benita le parecieron siglos– esperó la pregunta que más temía:

–¿Lo conozco? –preguntó mateo.

–Es Roberto... sé que os parecerá extraño, pero no ha sido culpa suya, las cosas pasan y a veces no suceden como nosotros quisiéramos, pero hay que aceptar los hechos.

–¿Y cómo ha sido? ¿Te has estado viendo con él?

–Sí, pero no de la manera que puedas suponer, ¿te acuerdas del trabajo que te ofreció y que tú rechazaste? pues yo lo acepté y de ésta digamos relación laboral ha nacido algo más que amistad, al menos por mi parte, aunque él me ha dicho con total franqueza que casarse no es algo que entre en sus planes, pero hemos acordado que tanto él como yo tendremos libertad total para tener cualquier clase de relación con otra persona siempre con la máxima discreción.

–Siendo así solo nos queda desearte suerte en tu nueva vida.

–Muchas gracias por todo –se levantó y puso rumbo a su habitación– sabía que lo entenderíais.

Los dos permanecieron en silencio. Al poco tiempo salió, los miró y se despidió diciendo:

–Me llevo lo que traía cuando llegué, todo lo que me regalaste lo he dejado en el armario para que pueda lucirlo otra mujer que quizás lo merezca más que yo, y me gustaría que esta situación no rompiera nuestra amistad porque pienso visitaros a menudo.

–En esta casa todos son bienvenidos –Ramona le abrió la puerta– te deseo que tengas suerte en tu nueva vida, el destino nadie puede conocerlo, unas veces te da y otras te quita.

Mateo ni siquiera se levantó para despedirla, pero cuando Ramona cerró la puerta hundió su rostro entre sus manos y así estuvo unos minutos. Ramona, que se había vuelto a sentar a su lado, guardó un respetuoso silencio, imaginaba lo que estaba pasando por la mente y el corazón de aquel hombre, más por lo inesperado que por el hecho en sí.

Pero Mateo había pasado una guerra en la cual la muerte y la desesperación se habían llevado por delante las ilusiones y el futuro de personas y de familias enteras, tenía que levantarse de nuevo y en ese aspecto él no se rendiría jamás.

–¿Estás bien? –Preguntó Ramona –¿te apetece un café?

–Sí, estoy bien... dentro de lo que cabe, ha sido más por lo repentino que por otra cosa, pero como tú dijiste, unas veces se gana y otras se pierde, lo jodido es que yo nunca gano.

Mientras tanto, Benita casi corría al encuentro de un

destino que pensaba que la liberaría de sus traumas y de su desgraciada existencia. Si había un Dios tenía que darle un futuro más feliz, se lo debía, y había llegado el momento de pagar su deuda.

Cuando llegó al bar encontró a Roberto en la barra tomándose un coñac.

–Ya está... me he despedido –dijo con la voz entrecortada por la emoción y la carrera– lo he pasado fatal, pero creo que la cosa ha ido bastante bien.

–Mejor, tomate algo y nos vamos a cenar.

Durante la cena comentaron algunos proyectos de futuro, aunque lo inmediato era dónde iban a pasar la noche, de todas las opciones la más atractiva para Benita era el bar de Oscar, allí Roberto disponía de una habitación con cama de matrimonio. Los hoteles no le gustaban porque podrían pensar que era una fulana y si era en una pensión le vendría a la mente lo de Mateo y Ramona, lo mejor era hablar con Oscar.

Roberto sonreía pensando que era increíble que habiendo estado con tantos hombres tuviera ahora tantos escrúpulos, pero realmente para él no tenía demasiada importancia.

Tomaron un taxi que los dejó en la puerta del bar, era tarde y había pocos clientes, Benita se había quedado en la calle esperando que Oscar diera el visto bueno.

–Oscar, quiero pedirte un favor, tengo a mi mujer ahí en la puerta, acaba de llegar a Barcelona y me gustaría que me dieras tu permiso para que pueda pasar la noche en mi habitación.

–¡Hombre, Roberto! No sabía que estuvieras casado.

–Es que no lo estoy, si lo estuviera sería mi esposa o mi señora, pero solamente es mi mujer.

–Te comprendo perfectamente pero ya sabes que en mi local no permito el “fulaneo”, aunque en tu caso el asunto es diferente, tú eres un amigo más que un cliente, dile a tu mujer que puede pasar e instalarse los días que quiera... si es que es tu mujer.

Benita en ese momento se estaba asomando, y a una seña de Roberto penetró en el local yendo directamente hacia donde se encontraban los dos hombres. En ese momento Roberto se la presentó a Oscar.

–Oscar, ella es Benita, mi mujer.

Ella le tendió la mano que Oscar estrechó mientras se preguntaba de donde habría sacado aquel cabrón ese caramelo porque la chica además de ser significativamente mucho más joven que él era un auténtico bombón, por lo cual tenía serias dudas de que como pareja funcionara la cosa bien.

Subieron a la habitación, a ella se le notaba algo nerviosa y en cambio Roberto como hombre curtido en cien batallas de esa índole comprendió que la chica necesitaba tranquilizarse.

–Ponte cómoda, voy a bajar un momento y subo enseguida.

Eso la tranquilizó, realmente no sabía la razón, pero sentía cierto reparo, que no vergüenza, el tener que desnudarse delante de él, aunque fuera el hombre al que estaba deseando con todas sus fuerzas. Pasaron casi quince minutos antes de que oyera unos pasos que se paraban delante de la puerta, ésta se abrió y vio a Roberto con dos botellas, una de anís y otra de coñac más dos copas en las manos, no sólo la serenó, sino que se sintió totalmente segura de sí misma, a partir de ese momento su deseo sólo fue uno, aquel era su hombre, el hombre del que estaba locamente enamorada. Sentía que a partir de ahora su vida sólo tendría un objetivo: darle tanto placer en la cama que no fuera capaz de mirar a otra mujer que no fuera ella. Ahora ya no temía al hombre sino que lo estaba deseando, mientras Roberto estaba terminando de llenar las copas tendió la de anís a Benita la cual ya se había acostado y al estirar el brazo para coger la copa dejó al descubierto sus pechos, morenos, duros y erectos de mujer en la flor de la vida, vació la copa de un trago y se la dio a Roberto que la volvió a llenar, esta vez bebió media y la dejó encima de la cómoda, entonces él bebió su coñac y empezó a desnudarse,

Benita lo miraba con una mezcla de curiosidad y deseo y cuando terminó de quitarse la última pieza ella vio complacida cómo la fuente del placer del hombre había alcanzado su máxima dimensión, entonces ella apartó todo lo que la cubría para que él admirara también su joven cuerpo el cual estaba pidiendo en silencio que tomara posesión porque aquella era una rendición sin condiciones.

Pero Roberto era de los que en cuestión de sexo jamás tenía prisa, cuando se acostaba con una mujer para él era como un reto, su objetivo era hacerle disfrutar hasta llevarla a la cumbre del placer y su amplia experiencia con mujeres de toda clase y condición le habían dado recursos para derretir una barra de hielo.

Aunque Benita, tendida y desnuda en la cama lucía su joven cuerpo en todo su esplendor, él permanecía de pie junto a ella, las manos de Roberto entraron en contacto con la piel de Benita que al sentirlas fue como si un fuego desconocido incendiara su sangre, aquellas manos finas, cálidas, bien cuidadas y suaves como la seda empezaron a deslizarse por su cuerpo, apretando y retorciendo con suavidad los pezones de sus jóvenes pechos, esto provocó que salieran de su boca los primeros gemidos de placer, entonces él se inclinó y empezó a besarla y cuando su boca empezó a chuparle el lóbulo de la oreja una de sus manos se deslizó hacia el sexo, el cual estaba ya sumamente húmedo, entonces consideró que había llegado el momento de ir en busca del placer total, ese que te hace perder la noción del

tiempo y el espacio para entrar en otra dimensión y que es como el morir sin dolor, y sin más preámbulos subió a la cama y se ubicó entre los muslos de la hembra la cual con una mano dirigió el sexo del hombre mientras con la otra abría la puerta del placer para que él iniciara el movimiento que la llevara al Olimpo del placer, la penetró empujando lentamente hasta que se juntaron los vellos púbicos y en ese punto él se quedó pero ella, sedienta de placer, empezó a moverse de manera que cada uno de sus movimientos le proporcionaba una oleada de placer hasta que ya le fue imposible aguantar más y sus sentidos estallaron en un orgasmo que le hizo exhalar un fuerte gemido y cerrar los ojos. Cuando los abrió sintió como Roberto había iniciado el clásico vaivén mientras jadeaba, de pronto dejó de respirar y tensó todos los músculos de su cuerpo, entonces ella sintió en su interior el cálido correr del licor de la vida, y así permanecieron uno encima del otro, una piel pegada a la otra sin pensar en el tiempo. Sus cerebros y corazones a partir de entonces sólo buscaron la manera de darse placer mutuamente, sus bocas y sus manos no pararon de explorar sus cuerpos sin pensar si estaba bien o mal, sólo buscaron el placer total hasta que ya casi clareando el día se durmieron.

Capítulo VI

Pasaron algunos días, Mateo dejó de pensar en Benita, ni siquiera se molestó en buscar a Roberto para preguntarle cómo iban las cosas, sólo le preocupaba el encontrar un trabajo por mal pagado que estuviera ya que prácticamente estaba viviendo gracias a Ramona, él sabía que para ella era mucho más que un cliente y que jamás le llamaría la atención por no pagar el alojamiento y la manutención y a pesar de todo algunos días aún le daba algún dinero para transportes y para alguna cerveza porque según ella decía *“un hombre sin dinero no vale un duro”*.

Era media tarde y Mateo ya había ido por aquella zona varias veces, era un sector de Barcelona que empezaba a resurgir laboralmente, a menudo abrían pequeñas empresas, normalmente de pocos trabajadores, pero se notaba cierto movimiento laboral muy positivo.

Ya cansado de preguntar y pedir trabajo decidió tomarse un vino y regresar a casa y a tal efecto entró en el primer local que le vino al paso, era una pequeña tasca o bodega de las muchas que abundaban por aquella zona, pidió un vino y se sentó en una de las pocas mesas que había en él, pero apenas se había dejado caer en la silla oyó que alguien le llamaba desde otra mesa situada al fondo del local.

–¡Mateo! tráete la copa y ven.

La voz le era algo familiar, pero al personaje no creía conocerlo, era un hombre de su misma edad más o menos, pero lucía una negra y bien cuidada barba y aunque estaba sentado parecía ser una persona tipo trabajador de oficina pues iba bien vestido y lo más significativo era que lucía corbata, aunque bastante usada.

–No me reconoces, ¿verdad?

Mateo se le quedó mirando con más atención, entonces trató de imaginarlo sin barba reconociéndolo sin duda alguna.

–¡Antón! Tú eres Antón el del sindicato.

–El mismo, se rumoreó que te hicieron prisionero y te habían fusilado, ha sido para mí una más que agradable sorpresa.

–Pues ya ves, la verdad es que no lo lograron de verdadero

milagro, me tuvieron más de tres años en los “Arenales” en Cáceres, el peor campo de concentración de España, todo lo que te hayan contado se queda corto sólo con decirte que cuando llegué éramos unos cinco mil y cuando salí apenas quedaban doscientos, aunque también es verdad que algunos salieron con avales y otro porcentaje bastante amplio como enfermos mentales. En mi caso tuve suerte porque alguien me avaló, aunque nunca supe quien ni el motivo.

–Bueno lo que importa es que estás libre y lo pasado ya es historia, pero dime, ¿qué estás haciendo por aquí? Si puedo ayudarte en algo sólo tienes que decírmelo.

–Pues la verdad es que ando buscando trabajo, me dijeron que por esta zona estaba un poco mejor la cosa, pero llevo dos días pateando estas calles y no he encontrado nada.

–La verdad es que ese asunto está mal en todos los lados y por aquí también, pero quizás pueda hacer algo por ti, aunque eso sí, ganando poco.

–Eso para mí en estos momentos es irrelevante, aunque estoy muy necesitado, hace dos meses que no trabajo y prácticamente me está sosteniendo la dueña de la pensión donde me alojo, es una buena mujer y me gustaría devolverle el dinero que le debo.

–Cómo es hora de comer pediremos algo y luego iremos a

la empresa y te explico tu trabajo, no creo que tengas ningún problema para desarrollarlo puesto que tú te conoces Barcelona como la palma de la mano.

–Por eso no te preocupes, ya te he dicho que lo que sea me vendrá bien y ahora quisiera preguntarte por los compañeros porque me he pateado toda Barcelona y alrededores y no he podido ni ver ni localizar a ninguno, salvo a ti como es lógico.

–Pues lo que se dice localizar sí que los puedes localizar porque el noventa por ciento están en el cementerio y perdona la broma macabra, pero por increíble que te parezca tuviste suerte de alistarte en el ejército porque los que se quedaron por aquí se los cepillaron a todos. Yo me salvé porque un tío mío y mi hermano lucharon con los nacionales y cuando entraron en Barcelona fueron directos a por mí, me vistieron de soldado y firmaron un documento como que me había cambiado de bando una semana antes. Además, puesto que yo estaba en la oficina central me dio tiempo a que pudiera hacer desaparecer toda mi documentación como anarquista.

–Pero tengo entendido que muchos escaparon a Francia.

–Pues te equivocas, pasaron la frontera pero no escaparon, porque cuando los nazis ocuparon Francia se dedicaron a la búsqueda y captura de todos los que no estuvieron ni estaban de acuerdo con Franco y los devolvieron a España y

una vez aquí después de un supuesto juicio sumarísimo eran fusilados, porque mucho antes del juicio ya estaban condenados, así pasó con el presidente Companys y con muchos otros, por ejemplo con nuestro amigo Juan Peiró, al que no le valió el que estuviera en contra de toda violencia, incluso de la de su propia organización, fue fusilado en Paterna, un pueblo de Valencia, y eso que hubo mucha gente importante incluso de Falange que lo avaló, hasta se hicieron gestiones a cierto nivel pero a condición de que renunciara a sus ideales y les ayudara a organizar el sindicato falangista, cosa a la que se negó rotundamente, a partir de ahí su suerte se había agotado pero un hombre de bien con una trayectoria anarcosindicalista como la suya siempre será recordado por sus amigos con legítimo orgullo. Mateo escuchaba en silencio mientras pensaba que una guerra civil como la que habían sufrido era peor que la peste, porque ésta mata a la gente, pero un día deja de matar y se va, en cambio aquella guerra se había llevado por delante a los mejores de toda una generación, pero, aunque ya no se mataba en las trincheras los abusos de toda índole, las represalias y el odio aún tardarían muchos años en desaparecer de la mente de los unos y de los otros.

Ya habían terminado de comer y Mateo hizo ademán de pagar su parte, pero el compañero no lo consintió.

–Ni se te ocurra, ya tendrás ocasión de invitarme cuando puedas, ahora nos vamos y te pondré al corriente de tu trabajo.

–Oye Antón, no quisiera que te sintieras obligado, si tienes otro compromiso no te preocupes yo seguiré siendo tu amigo.

–Tranquilo, para ese puesto necesito un hombre de mi total confianza, con muchas ganas de trabajar y ten por seguro que te vas a ganar el sueldo.

La empresa de Antón era una pequeña imprenta que se dedicaba básicamente a la impresión y abastecimiento de material de oficina y según afirmó a Mateo, aunque hacía poco tiempo que habían empezado estaba funcionando bastante bien.

Su trabajo consistía en repartir los pedidos del día anterior, para ello tenían una bicicleta con un cajón adaptado a ella para el transporte del género.

–Sé que estarás pensando que habrá que pedalea mucho, pero de momento no hay otro medio, aunque tengo previsto el comprar una motocicleta si mejoramos. De todas maneras, tendrás la posibilidad de hacer uso particular de ella ya que el trabajo sólo es por la mañana así que por la tarde puedes hacer uso de ella.

–Bueno en principio no está mal, por lo menos no gastaré transporte público para ir y venir al trabajo.

Se despidió de su amigo con un fuerte apretón de manos, iba tan contento y eufórico que se encaminó al barrio chino,

tenía ganas de ver a Roberto para ver cómo le iban las cosas en general y con Benita en particular.

Pese a ser temprano lo encontró fácilmente, pero no estaba sólo, el Rufino estaba con él, al verlo se alegró enormemente llevándolo a su mesa.

–¡Hombre, pero si es Mateo! Siéntate y cuéntanos ¿Cómo te va la vida?

–Pues la verdad es que no me puedo quejar –mintió descaradamente– encontré trabajo en una imprenta/papelería, trabajo media jornada y aunque gano poco puedo aguantar bien hasta que salga algo mejor, por lo menos tengo para mis gastos.

–Ya sabes que si tienes algún apuro aquí está tu amigo Roberto.

–Eso ya lo sé y te digo lo mismo, si algún día me necesitas no tienes más que llamarme... pero no hablemos de mí, he venido para saber de Benita porque Ramona me ha preguntado por ella en varias ocasiones y me gustaría tranquilizarla, para ella el golpe fue más duro que para mí porque yo sabía que estaba en “buenas manos” y que conste que no lo digo con mala intención, pero cuéntame ¿Cómo es que no está aquí contigo?

–Normalmente se queda en el bar de Oscar, sólo viene conmigo cuando andamos cortos de dinero, ella también

está muy bien y suele nombraros. Oscar le ofreció trabajo en el bar, aunque en horas en las que hay muchos clientes, pero según me dijo pensaba visitaros un día de estos.

Pero Mateo notó algo raro en la voz de Roberto, era como si no quisiera hablar de ella, pero no quiso entrar más profundamente en la situación porque, ahora que sabía dónde encontrarla sería relativamente fácil averiguar en qué situación se estaba.

Rufino, que se había quedado en un segundo plano exclamó sonriendo.

–Ya que todo va tan bien creo que podríais invitar a una copa ¿No?

–Es que tengo algo de prisa.

En realidad, Mateo no quería quedarse puesto que llevaba poco dinero encima y aquellos dos cuando empezaban a beber no sabían cuando iban a terminar.

De pronto los dos quedaron tensos mirando a la puerta, Mateo intuyó que alguien acababa de entrar y que no era amigo precisamente, éste en cuanto los vio fue directo a su mesa diciendo:

–¡Bueno, bueno, bueno! ¡Mira a quién tenemos aquí! al Rufino y al “Paraguas” en la misma mesa, pero además veo a otro que supongo también del “ramo”.

–No comisario éste es un conocido que nos ha visto y ha querido saludarnos, íbamos a tomar una copa y marcharnos.

–Eso está muy bien, tomad la copa y largaos, pero a casa, no quiero veros por aquí y en cuanto a ti Rufino ¿Traes algo para vender que no sean relojes robados?

–Hombre, comisario, usted sabe que yo vendo cosas legales, yo no vendo las Parker–51 porque todo el mundo sabe que son falsas, pero llevo las mejores hojas de afeitar de España, ahora mismo llevo la nueva Orión que me las quitan de las manos, las vendo a peseta el paquete de cinco hojas.

–Viniendo de ti lo más seguro es que sean robadas, pero te daré el beneficio de la duda, así es que dame dos paquetes, pero como salgan malas o estén usadas te acordaras del comisario Álvaro para el resto de tus días y a ti –dijo señalando a Mateo– no te conozco y te aconsejo que te mantengas lejos de estos dos porque si no pronto sabré de ti y te aseguro que de los que conocí en la comisaría nadie guarda un buen recuerdo de mí.

Después de pagarle a Rufino una peseta por los dos paquetitos de cinco hojas giró sobre sus talones y se marchó mientras Rufino se quedó limpiándose el sudor de la frente.

–Qué hijo de puta –dijo– menos mal que me quedaban de las buenas, y encima me paga a medias.

–Así que éste es el célebre Álvaro el Negro.

–Efectivamente –dijo Roberto– el mayor y más temido hijo de puta del planeta.

–Pues la verdad es que si te lo encuentras por la calle parece cualquier cosa menos un comisario, yo me lo imaginaba como un tipo grande y fuerte y me encuentro con un tipo regordete y encima con unas gafas de “culo de vaso” como se suele decir, tendrán por lo menos mil dioptrías, si se las quitas se queda ciego ¡seguro!

–No debes fiarte de su aspecto de tendero de ultramarinos, en su cabeza anida el cerebro con más maldad que te puedas imaginar.

Como ya no tenían nada más que hablar, bebieron sus copas y se fueron, pero a Mateo le picaba la curiosidad, lo que afirmaba Roberto de que entre él y Benita todo iba bien no le terminó de convencer, tenía que averiguar si era verdad.

En realidad, no sólo no iban bien si no que cada vez iban peor porque a los pocos días de vivir juntos ya la dejó en el bar prohibiéndole además que fuera a buscarlo, le dijo que cuando la necesitara ya la llamaría por teléfono al bar, de todas maneras, le prometió que por la noche estaría con ella.

El enfado de Benita fue monumental, pero como mujer enamorada acabó cediendo porque pensó que al fin y al cabo

estaría con ella todas las noches, aunque por supuesto ahí también se equivocaba pues al cabo de algunas noches también empezó a fallar y eso de dormir sola después de disfrutar del amor y el sexo más refinado no podía asumirlo, y estallaron las primeras broncas entre la pareja.

–¡Me engañaste miserablemente! No me estás cumpliendo, y me estás tratando ya como a una puta, pasas la noche conmigo me das dinero y te vas... esto no puede seguir así además últimamente cuando me estás follando pones el mismo entusiasmo que pondrías si te estuvieras follando a tú abuela, me estás humillando y tú lo sabes.

–Tú aceptaste la situación así que ahora no te quejes, además sabes que tienes libertad total para tirarte a quién te parezca, y si tan mal estás conmigo o te vas tú o me voy yo aquí nadie está atado a nadie así que ahora estás a tiempo de decidirte.

Pero Benita siempre decidía lo mismo, empezaba a quitarse la ropa murmurando mil perrerías y después empezaba a desnudarlo a él, que impasible le dejaba hacer, pero una vez desnudo y con cierta violencia la echaba en la cama y empezaba el juego amoroso, esa casi violencia la excitaba y ponía más caliente, porque le gustaba sentir el dominio del macho y así permanecían durante horas. A la mañana siguiente después de desayunar él se marchaba y ella se quedaba rumiando mil venganzas que nunca llevaría a cabo.

Pero ellos no sabían ni se daban cuenta de que había alguien que sí llevaba un seguimiento de sus broncas y de sus pequeños grititos de placer, y ese era Oscar, hombre aún joven de unos cuarenta años, viudo, había tenido muy mala suerte, junto con su mujer y con mucho esfuerzo trabajando los dos con denuedo montaron el bar y cuando empezaba a funcionar, con la mujer embarazada, en un bombardeo se le movió el parto y murió en el hospital con el hijo que esperaba.

La aparición de Benita supuso para él una entrada de aire fresco en su vida porque en cuanto Roberto se marchaba después de desayunar Benita echaba una mano a Oscar detrás de la barra mientras él preparaba la comida para algunos clientes.

Esa cercanía con Oscar y el alejamiento cada vez más acusado de Roberto hizo que Oscar alimentara ciertas ilusiones respecto a Benita.

Primero fueron algunos roces, pequeños escarceos cada vez más subidos de tono, Benita como mujer que ya estaba a la vuelta de muchas cosas lo dejaba hacer, luego sonreía y se hacía la ofendida, pero en un minuto cambiaba la situación y los dos reían cuando Oscar se disculpaba.

Pero una noche en que el tiempo se presentaba bastante desapacible después de que se fuera el último cliente, Oscar cerró la puerta del bar y apagó las luces, quedando sólo

encendidas las de la cocina porque Benita estaba terminando de secar los últimos platos. Oscar se puso detrás de ella observando cómo terminaba su trabajo pero no era esa su intención, unos minutos después sus brazos la rodearon por la cintura mientras su boca se posaba en su nuca, ella inició un conato de resistencia pero en realidad no era ese su deseo, se dio la vuelta y quedó frente al hombre el cual ya no esperó más, sus labios se sellaron con los de ella con toda la pasión y casi desesperación de un hombre que ni en sus más locos sueños hubiera imaginado tener en sus brazos a una hembra como aquella porque Benita distaba mucho de ser aquella muchacha delgada y muy desconfiada que un día llegó a Barcelona, ahora era una mujer de pechos erectos, un cuerpo y una cara que llamaban la atención de cualquier hombre, el milagro lo habían logrado el sexo satisfactorio y la buena comida, de hecho desde que ella pasaba más tiempo en el bar había aumentado el número de clientes significativamente.

Casi sin despegarse uno del otro subieron las escaleras hasta la habitación de Benita porque era la que más cerca les venía y una vez en ella Benita se quitó las bragas y se dejó caer de bruces en la cama separando las piernas, el hombre al ver aquel sexo húmedo y palpitante ya no se pudo contener y agarrando a la mujer por las caderas la penetró con tal violencia que hizo que la mujer diera un pequeño grito que Oscar nunca supo si era por la fuerza de la penetración o por el placer de sentirse penetrada, así

estuvieron unidos hasta que pasaron los primeros ardores, luego ya más calmados se desnudaron y prosiguieron practicando sexo en varias posiciones, siempre con Benita al mando de la situación porque desde un principio se había dado cuenta de que aunque él ya había estado casado carecía de la experiencia sexual para llevar a una mujer hasta el clímax que precede al orgasmo. Total, de todas maneras cuando él se durmió agotado por completo, ella aunque satisfecha distaba mucho de haber alcanzado el nivel de satisfacción como cuando lo hacía con Roberto, pero ahora no podía pararse a pensar lo que podía haber sido y no fue, Roberto prácticamente ya era historia, ahora se había creado una nueva situación y si sabía jugar bien las cartas Oscar sería la solución de su vida, ella sabía a ciencia cierta que después de aquella noche aquel hombre comería de su mano como se suele decir, pero no era suficiente, aquel hombre cuando saliera de aquella habitación tenía que ser su esclavo. Estaba ya clareando el día cuando Oscar se despertó, pero no porque ya no tuviera sueño sino porque en aquellos momentos Benita le estaba haciendo una felación, materia sexual en la que ella era maestra y lo era porque ella también disfrutaba, le encantaba introducir el miembro flácido y sentir como poco a poco se iba hinchando hasta cobrar vida propia. Cuando ya lo sentía a punto de estallar con un movimiento rápido cabalgaba sobre el hombre hasta que casi al mismo tiempo estallaban los dos en un orgasmo memorable.

Y así sucedió, el pobre Oscar contrajo todos los músculos y se corrió como jamás creyó que se podía correr un hombre, luego la mujer descabalgó se echó a un lado y se quedó dormida, Oscar, al cabo de un rato se levantó para abrir el bar pero cuando se puso en pie se volvió a sentar porque las piernas no le aguantaban, luego miró a la mujer que yacía desnuda a su lado y sonrió satisfecho. Aquella noche había sido para él como un regalo del cielo, jamás se había sentido tan feliz ni había disfrutado tanto con una mujer, por lo cual pensó que a partir de esa noche Benita no debía follar con nadie que no fuera él, estaba decidido a asumir cualquier compromiso.

Benita se levantó a media mañana, se sentía cansada, pero estaba relativamente contenta, consideraba que había hecho un buen “trabajo” pero tenía que terminar la faena, se arregló poco porque Oscar no debía notar que estuviera satisfecha y así con cara seria bajó al bar.

–Buenos días Oscar –saludó– ¿ya has desayunado?

–Pues no, te estaba esperando, puedes ir preparándolo yo voy al baño y estoy contigo.

Pero cuando regresó del servicio encontró a Benita en la cocina llorando.

–¿Qué te pasa? –pregunto intentando abrazarla– ¿te he fallado en algo?

Pero ella rehuyó el abrazo y continuó gimoteando y llorando.

–La culpa no es tuya, estáte tranquilo que tú no tienes la culpa de nada, lo que pasa es que una es mujer y las mujeres somos débiles y yo soy muy débil porque anoche tuve un momento de flaqueza y yo sé cómo sois los hombres, en cuanto conseguís lo que queréis una ya no tiene valor para vosotros, creo que debo marcharme de esta casa, no quiero ser una carga para ti.

–¿Qué estás diciendo? Tú nunca has sido ni serás una carga para mí.

–¿Y para qué me quieres? ¿Para lo de anoche? Lo que hice fue porque te quiero, por eso te lo puse tan fácil y tú lo sabes, te lo dije anoche y te lo diré cuando me vaya, pero no pienso ser la caliente–cama de nadie y tampoco voy a volver con Roberto porque soy joven y sé que puedo trabajar en lo que sea.

Aquella declaración de intenciones acabó con las pocas dudas de aquel hombre.

–Tú no vas a salir de esta casa porque antes de una semana estaremos casados.

Entonces secándose las lágrimas se dejó abrazar y mirando al cubo de la basura pensó (hay que ver lo que puede pasar si cortas una cebolla a tiempo).

Mateo por fin había encontrado un trabajo estable, aunque no estaba bien pagado porque cada vez había más material que repartir y era mucho pedaleo por toda la capital, aunque estaba contento porque normalmente terminaba a medio día y la tarde solía emplearla en buscar nuevos clientes porque con Antón había llegado al acuerdo de que por cada cliente nuevo tendría una gratificación a fin de mes.

Un día que el reparto tenía que efectuarlo por la zona del puerto decidió que era el día perfecto para hacer una visita al bar de Oscar y así ver cómo le iba la vida a Benita, porque las pocas veces que había tenido ocasión de preguntarle por ella a Roberto éste le contestaba con un indefinido “está bien” pero no entraba en detalles y eso le tenía intrigado porque normalmente Roberto era bastante parlanchín, como buen sudamericano.

Era media mañana cuando ya con el reparto casi terminado se dirigió al bar, cuando llegó dejó la bicicleta recostada en la pared y entró, detrás de la barra estaba Benita, casi no se lo podía creer, de aquella chica que él conoció apenas quedaba nada porque se había convertido en una espléndida mujer.

–Hola Benita –saludó– casi no te había reconocido.

–¡Mateo! ¿Pero qué haces por aquí?

–Estoy trabajando de repartidor para una imprenta llevo material de oficina para algunas empresas y hoy me tocaba esta zona y he pensado en pasar a saludarte, porque he preguntado varias veces a Roberto, pero no sacaba nada en claro y la verdad es que llegó a preocuparme.

–¡Ah! Es que no lo sabes, terminé con él, aquello no funcionó bien y acordamos dejarlo, después de unos días de convivencia Oscar me propuso el matrimonio y me casé con él hace dos semanas, somos felices y de momento sólo pensamos en que el negocio vaya bien y cuando dios quiera quizás podamos tener hijos, formar una familia.

–Pues me alegro mucho y cuando se lo cuente a Ramona también se alegrará, ella te apreciaba mucho y se llevó un gran disgusto cuando te fuiste.

–Lo sé, lo sé, pero tenía que hacerlo ya que como dicen por ahí es mejor arrepentirse por hacerlo que por no haberlo hecho, dile que me acuerdo mucho de ella, que cuando pueda iré a visitarla, lo malo de este negocio es que te deja pocas horas libres.

–Lo comprendo, de todas maneras, me he alegrado mucho de verte y dile a Oscar de mi parte que casándose contigo ha hecho el mejor negocio de su vida y tanto tú como él merecéis ser felices.

–Gracias Mateo, eres una gran persona y un buen amigo,

siento que lo nuestro no llegara a más, pero sé que cualquier mujer será feliz contigo.

Se despidieron como buenos amigos, prometiendo visitarse mutuamente, pero ambos sabían que salvo casualidades de la vida o del destino no se volverían a ver jamás.

Mateo en el fondo se alegraba de que a Roberto le hubiera pasado lo mismo que a él, pero sabía que a Roberto apenas le habría afectado, a los “caimanes” como él esas situaciones apenas les dejaban huellas, aunque íntimamente siempre duele el que a uno lo dejen por otro.

Aquel día trató de terminar lo más pronto posible para poder reunirse con Roberto para charlar un rato sobre el asunto, pero la verdad era que sentía curiosidad por ver cómo se sentía.

Ya era media tarde cuando fue en su busca y como siempre estaba en el barrio chino, y también como casi siempre en compañía de Rufino el cual parecía que últimamente tenía más información reservada de lo habitual... o quizás era porque Roberto pagaba siempre.

–Hola compañeros –saludó cordialmente– ¿Hay alguna novedad?

–Hola Mateo, de momento no hay nada, pero siéntate y tómate algo.

Mateo tomó una silla y pidió un coñac, cuando se lo trajo el camarero bebió un sobo y miró a Roberto, sentía curiosidad por ver su reacción.

–Esta mañana he visto a Benita, está muy cambiada, estuvimos hablando un rato y según me dijo habíais terminado. No me dijiste nada.

–Pues sí, aquello no cuajo y lo dejamos, pero quedamos como amigos.

–Pero me dijo también que se había casado con Oscar, no se lo pude preguntar a él porque no estaba, pero me enseñó el anillo.

–Pues eso también lo sabía y aunque no te lo creas casi me alegré porque últimamente se estaba poniendo muy pesada y además se atrevió a darme un ultimátum, y hasta ahí podíamos llegar.

–¿Y cómo no me dijiste nada?

–Porque no quería que salieras corriendo a por ella porque sea quien sea su marido acabará llevando cuernos, esa mujer no es para ti, no es lo que aparenta.

–¿Por qué dices eso? A mí siempre me pareció una buena chica.

–Tres días antes de casarse vino a traerme algo de ropa que me había dejado allí, estuvimos hablando un rato y me dijo que si me casaba con ella rompería con Oscar porque llevaban un mes juntos y aún no se había podido correr como cuando estaba conmigo, total que paramos en una pensión, hice con ella lo que me dio la gana, al final casi tuve que salir corriendo porque no había manera de que me soltara y te lo aseguro, esa clase de mujeres nunca son de un único hombre.

–Pues parecía muy feliz y contenta.

–Eso es lo peor de esas mujeres, que nunca resultan ser lo que aparentan, no sabes de la que te has librado.

–Por lo visto aún tendré que darte las gracias y además pagarte por el servicio.

Los tres rieron las palabras de Mateo y como ya habían terminado las copas se levantaron para ir a otro local, entonces Roberto sacó para pagar una cartera que llamó la atención de Mateo, era una magnífica cartera de piel de lagarto, era seguro que la había robado y se notaba que su anterior dueño no era cualquier muerto de hambre.

–¿De dónde la has sacado? Es una auténtica obra de arte.

–Me la ha “regalado” un tipo al bajar de un taxi, te lo presentaré o mejor dicho su documentación, la cual he guardado para dársela a Rufino para que saque algún dinero,

los pobres tenemos que aprovecharnos de lo que les sobra a los ricos.

Roberto le dio una especie de pequeña tarjeta que llevaba incorporada una fotografía, Mateo más por curiosidad que por otra cosa cogió la tarjeta y leyó, era un permiso permanente del Hospital Militar extendido a nombre de Vicente Arnal García, comandante de Sanidad, sección de cirugía, cuando leyó el nombre y volvió a mirar la fotografía exclamó:

–¡Coño! A este lo conozco yo.

–¡No jodas! No irás a decirme que te relacionas con la *crème de la crème*.

–No, pero esto parece increíble, a éste lo conocí en Madrid en primera línea de fuego, prácticamente estaba acabando la guerra, entonces yo era sargento y mandaba una sección. Una noche salí con algunos hombres para tratar de localizar algunos puntos débiles del enemigo, al poco rato encontramos una carretera que más que eso era un camino vecinal, la seguimos unos metros y entonces oímos el ruido de un motor, era una ambulancia que venía hacia nosotros y avanzaba con las luces apagadas por ese motivo no tuvimos problemas para darle el alto y que parara, la conducía un soldado y al mando iba un teniente que por cierto era muy joven el cual al verse detenido y encañonado por varios fusiles me rogó, casi me suplicó, que hiciera con él lo que

considerara más conveniente pero que dejara seguir su camino a la ambulancia porque iba repleta de heridos, alguno de ellos muy graves y necesitados de asistencia inmediata, exclamó que dejar morir a aquella gente no significaba ninguna gloria para ningún soldado y diciendo esto me abrió la puerta trasera de la ambulancia y comprobé que realmente era verdad cuanto decía porque estaba repleta de hombres a los que apenas les habían podido realizar una primera cura para que no se desangraran por el camino, incluso a algunos ni siquiera se habían molestado en curarlos porque sabían que no llegarían a su destino. Pensé que lo mejor era que siguieran, pero al teniente lo llevé prisionero y al chofer le dije:

–Puedes seguir, a partir de este punto puede encender las luces, el camino está despejado, pero usted, teniente, tiene que venir conmigo al puesto de mando y allí ya decidirán.

Una vez allí le di las novedades al capitán de mi unidad el cual le interrogó, pero él se negó a contestar a las preguntas.

–No se esfuerce, aunque me fusile solo le diré mi nombre y grado en el ejército, mi nombre es Vicente Arnal García soy teniente pero no tengo mando en tropa y pertenezco al cuerpo de Sanidad con destino al Hospital de campaña y ejerzo de cirujano, no puedo decirle más porque mi honor como militar me impide traicionar a mis compañeros, pero la realidad es que desconozco por donde están desplegados y qué planes tienen.

Yo no miro los mapas sólo miro los cuerpos de los hombres que traen al hospital para que les saque la metralla, y se lo crea o no, esa es la verdad.

–Entonces, ¿usted es cirujano? –preguntó el capitán– pues podríamos llegar a un acuerdo, yo no lo fusilo y usted nos echa una mano con nuestros heridos.

–Esta oferta que usted me hace podría aceptarla porque cuando terminé mi carrera hice el juramento hipocrático, el cual como ya sabe nos obliga moralmente a curar o mitigar el dolor de las personas sin mirar si son amigos o enemigos y no aprovecharme de su dolor o enfermedad. Yo soy médico, pero también soy soldado, sólo aceptaré su oferta si usted respeta mi derecho a tratar de buscar mi libertad por los medios a mi alcance, que por otra parte está reconocido internacionalmente. Creo que puedo serles útil, aunque es usted quién decide.

Aquel capitán normalmente tenía bastante fácil lo de fusilar, pero aquel tipo se lo ponía un tanto complicado, primero porque el enemigo había ido a más y nosotros a menos y cada vez nos costaba más defender nuestras posiciones, habiendo por lo tanto cada día más muertos y heridos, pero por otra parte aquel teniente sanitario le estaba demostrando que los tenía bien puestos dado que no le impresionaba la presencia de algunos oficiales ni la posibilidad de ser fusilado.

-Bueno, todo eso está muy bien pero ya sabe que los intentos de fuga se pagan con el fusilamiento inmediato, pero si usted se porta decentemente y hace honor a su juramento hipocrático yo le garantizo que será tratado con el máximo respeto.

Y así quedó el asunto y sin apenas descansar se puso la bata blanca y se fue directo a la tienda hospital, pidió material sanitario y estuvo un montón de horas operando sin apenas tomar café, aquel tipo era un tío duro de verdad. Coincidió que vinieron algunos días de bastante tranquilidad en aquella zona y como ese hombre me había caído bastante bien y era catalán como yo empezamos una cierta amistad, pasábamos bastantes ratos dialogando y hablando de estudios, de la familia, de los amigos y también de la guerra, un día hablando de ésta me dijo:

-Mira Mateo, esto se está acabando y prácticamente la guerra está perdida para vosotros y tú lo sabes, la batalla final está cerca y cuando termine, esta nación necesitará de hombres enteros, moralmente hablando, como tú y como yo y te voy a hablar en confianza, pienso aprovechar cualquier ocasión para fugarme y te invito a que te pases a nuestro bando, yo te avalaré y la guerra habrá acabado para ti, a partir de este momento tienes que tomar una decisión, puedes denunciarme y que me fusilen o nos vamos los dos pase lo que pase.

Y la verdad fue que en ese momento no supe qué

contestarle, me había cogido por sorpresa, pero realmente me había dicho la verdad porque estábamos retrocediendo en todos los frentes.

El gobierno de la República ya se había instalado en Valencia y aquello era muy mala señal y aunque el gobierno aún podía jugar algunas cartas la partida estaba perdida. Dos días después hablé con él, aquella noche yo tenía guardia, se lo comuniqué y pensamos un plan, le dije que cogiera sangre con alguna vasija o cantimplora, y escogimos la mejor hora, las tres de la noche. Como yo era el suboficial de guardia sabía dónde había centinelas porque yo había distribuido los puestos y a la hora convenida se presentó donde yo estaba, llevaba en la mano una cantimplora que imaginé llena de sangre me miró y dijo:

–Vámonos, los míos están a algo más de cien metros son dos minutos de carrera.

–No, el que se va eres tú, yo me quedo, sé que quizás tengas razón en lo que dijiste pero yo jamás abandoné a un compañero en manifestaciones ni en huelgas y tampoco los traicionaré en esta ocasión, y ahora lárgate antes de que me arrepienta, sal corriendo todo lo más deprisa que puedas, yo efectuaré dos disparos cuando oigas el primero empiezas a soltar la sangre de la cantimplora así mañana parecerá que tiré a dar y que te alcancé, cómo los tuyos estarán alertados por mis disparos prácticamente te estarán esperando, sólo tendrás que gritar ¡España! para que no te disparen.

Dicho esto, le tendí la mano, pero él la rechazó y se me abrazó diciendo:

–Gracias compañero, cuando esto acabe te buscaré y té encontraré vivo o muerto, yo soy agradecido y jamás me olvido de la gente que me ayuda, te debo mucho.

Y con estas palabras salió corriendo. Apenas se confundió con las sombras de la noche efectué un disparo y a los pocos segundos otro y unos minutos después oí el grito ¡España! Y se hizo de nuevo el silencio. Al oír los disparos acudió el oficial de guardia, le comuniqué que al parecer alguien había desertado, pero después del recuento vimos que solo faltaba el médico, el oficial me miró preguntándome si tenía conocimiento de sus intenciones y yo, para disipar sus dudas, le dije que en alguna ocasión me había parecido que me sondeaba, pero nunca llegó a comprometerse, y que de todas maneras creía que le había dado en alguno de mis disparos porque me pareció oír como un cuerpo caía al suelo. Al oficial le pareció bastante convincente mi relato y el hecho de que a la mañana siguiente hubiera un rastro de sangre pareció que mi versión había calado como cierta. Y hasta hoy nunca había sabido de él, por ese motivo me gustaría devolverle la cartera, era un gran tipo y una buena persona, si no quieres dármela yo te la compro.

–¡Venga, hombre! Ni que el problema más grande que tuviera yo fuera darte la cartera, como si te la quieres quedar para ti, devuélvela y luego me cuentas el encuentro.

Mateo cogió la cartera con la documentación y se fue al Hospital, posiblemente quizás estuviera allí, era media tarde y estaba casi anocheciendo, había dos soldados en la puerta de guardia que le impidieron el libre paso diciéndole que allí sólo atendían a militares.

–Ya que no puedo pasar ¿podrían hacerle llegar una nota al comandante Vicente Arnal García? Es cirujano por lo que debe de estar en esa planta.

El soldado se fue a preguntar al puesto de información y regresó diciendo:

El comandante está en quirófanos y no puede recibir a nadie, pero me han dicho que mañana no opera y por la tarde recibe visitas y revisa convalecientes.

Se fue Mateo algo contrariado pero satisfecho porque ahora ya sabía dónde encontrar a su amigo, aunque aún le quedaba la duda de si se acordaría de él, pero tenía la esperanza de que los amigos que se hacen en la guerra jamás se olvidan.

Al día siguiente, ya por la tarde, se presentó de nuevo en la puerta y preguntó por él a los soldados que estaban de guardia, estos le contestaron afirmativamente, le dijeron que el comandante Arnal ya había llegado y estaba en su despacho, entonces sacó la cartera y se la entregó al soldado.

–Ahora vas y se la das en mano y cuando te pregunte quién te la dio le dices que un tal Mateo y que estoy aquí en la puerta.

El soldado se fue con paso rápido, intuía que aquella cartera era muy importante para aquel hombre y para el comandante.

A los pocos minutos vio venir al soldado seguido de un hombre vestido de paisano, medio calvo y con gafas, era Vicente, que al verlo corrió hacia él fundiéndose en un fuerte abrazo.

Los dos amigos se separaron pasados unos minutos y se quedaron mirándose uno al otro, como analizando el cambio de aspecto físico en el relativamente corto paso del tiempo.

–Aunque con menos pelo y con gafas –dijo Mateo– parece que te ha ido bien en el ejército puesto que según lo que llevas en la cartera ya eres comandante.

–Pues tú de la suerte tampoco te puedes quejar porque de los “Arenales” pocos salían vivos y tú lo estás, y por tu aspecto se ve que ha mejorado tu alimentación.

Se volvieron a abrazar riendo, Vicente lo cogió del brazo y dijo:

–Vamos a mi despacho, tenemos mucho de qué hablar.

Y una vez sentados en cómodos sillones fue Mateo el primero en preguntar.

–¿Entonces fuiste tú?

–Pues sí, pero creía que te lo dirían o que preguntarías quién te avaló.

–Es que ni me paré a preguntarlo, salí corriendo de allí. En principio pensé que se habían equivocado y te juro que leí cien veces el papel de libertad sin cargos porque no me terminaba de creer que estuviera mi nombre escrito en él.

–Yo te prometí que te buscaría y me costó lo mío. Quizás gracias a mi cargo conseguí varios listados oficiales de muertos, de heridos graves y desaparecidos y por lo menos averigüé que estabas vivo y, para ser honesto, tengo que decirte que quizás por mi trabajo me desentendí, pero un día alguien me habló de los campos de concentración, en principio dudé porque creía que ya no existían, pero luego pensé que por lo menos debía de intentarlo y fue cuando tuve noticias tuyas, a partir de ahí todo fue relativamente fácil.

–Pues si algo hice por ti tú por mí lo multiplicaste por cien porque todo lo que te hayan podido decir de aquello se queda muy corto. Aquello no era un campo de prisioneros, era en la práctica un campo de exterminio, porque para vigilarnos mandaron allí a todos los criminales de guerra y a

todos los resentidos. Si hemos sobrevivido algunos era porque nos reclamaban por avales y a medida que íbamos quedando menos abrieron un poco la mano, pero la mayoría murieron de “rápida enfermedad” al pie de un paredón.

–Por suerte aquello ya pasó, ahora quiero que me cuentes tu día a día y como llegó a tus manos mi cartera, porque ya no contaba con recuperarla.

–Bueno, empezaré por lo de la cartera, debes de tener cuidado cuando alguien tropiece contigo porque en el noventa y nueve por cien de los casos te habrá “volado” la cartera, en tu caso ha habido suerte, se estaban repartiendo el dinero y tu documentación estaba encima de la mesa y dio la casualidad de que pude leer tu nombre y “amablemente” les pedí que me la dieran. Para eso no tuve problemas, pero en cuanto al dinero puedes darlo por perdido, y sobre mi día a día te diré que estoy trabajando y como es normal en estos tiempos gano poco pero como no tengo familia a mi cargo tengo suficiente y además el empresario para quien trabajo dice que hay buenas perspectivas de mejora.

–Pues me alegro mucho, de todas maneras, ahora ya sabes dónde encontrarme, si alguna vez me necesitas para lo que sea siempre me tendrás a tu disposición.

–Ya que por lo que veo eres una persona importante en lo civil, y mando en el ejército, me gustaría si te fuera posible que me hicieras un escrito o carta de presentación porque

hace mucho tiempo que no veo a mis padres porque en el pueblo hay un sargento de la Guardia Civil que prometió públicamente que todos los que tuvieron que ver con el anarquismo o el sindicalismo lo iban a pasar muy mal en el cuartelillo, y hasta ahora todos los que entraron en ese cuartel como poco salieron lisiados o muertos.

–Si es sólo eso no debes de preocuparte, hoy es martes así que el viernes por la tarde te pasas por aquí que ya tendré preparado un documento para que puedas viajar libremente por toda España. En cuanto a ese sargento no te preocupes por él, que no te va a tocar, y es más si puedes conseguirme una declaración jurada de varios vecinos o autoridades locales ese personaje tendrá los días contados como autoridad, esa gente está de sobra en España.

Poco después se despedían con un abrazo y con un “hasta el viernes”.

Ciertamente la empresa iba viento en popa puesto que aparte de abastecer a empresas también servía papel a comercios, por lo tanto, Antón había tenido que ampliar la plantilla a cinco trabajadores, todos ellos antiguos compañeros, y habían comprado un vehículo de los llamados moto-carro, cosa que alegro mucho a Mateo ya que últimamente el aumento de trabajo suponía darle a los pedales muchas horas al día.

Aquel viernes, cómo ya habían convenido, fue temprano a

ver a Vicente, los soldados de guardia ya estaban advertidos para que lo dejaran pasar y no hubo problema alguno, fue directo al despacho, se dieron la mano y Vicente le indicó un cómodo sillón, luego fue a una especie de pequeño armario en el que había varias botellas de licor de marcas de reconocido prestigio.

–¿Qué te apetece beber? Coñac, whisky o anís, por supuesto todo es de marca.

–Mira, pues ponme un whisky porque que yo recuerde no lo he vuelto a probar desde mi última reencarnación y ya no recuerdo su sabor.

–Pues tendrá que ser sin hielo.

–No creo que sepa peor que el “Mataquintos” que nos bebíamos en las trincheras.

Vicente rió divertido porque lo que decía Mateo era bien cierto, jamás pudo averiguar qué era aquel líquido marrón que traían en garrafas y se les daba racionado a los soldados, sobre todo poco antes de lanzarse al ataque a bayoneta calada.

–Lo tuyo ya está resuelto, me costó lo mío, pero faltó poco para que te condecoraran.

Diciendo esto le dio un papel doblado que Mateo cogió y leyó, en el membrete estaba su procedencia, “*Capitanía*

General Zona de Barcelona: Mando y ordeno, a cualquier máxima autoridad, la total colaboración y ayuda al Señor D. Mateo Puig Ribes por su ejemplar comportamiento con riesgo de su propia vida durante la guerra. Firmado: el Capitán General.

–Esto de ejemplar comportamiento será cosa tuya ¿no?

–¡Naturalmente! Si hasta quería condecorarte porque le dije que gracias a ti se habían pasado docenas de republicanos, más los que se salvaron de la ambulancia.

–¿Y cómo tienes tanta mano con esa gente?

–Al general le operé a vida o muerte por un trozo de metralla en la barriga, a partir de ahí para él soy Jesucristo, soy el cirujano de toda su familia y amigos, de todas maneras, con ese papel tendrás más que suficiente para circular por el pueblo, pero te lo pongo por duplicado, uno se lo das a tu familia y el otro lo llevas siempre encima, si a pesar de todo te ocurriera algo di que vengan directamente a mí.

–No creo que después de ver el membrete de Capitanía y la firma del General de Zona le queden ganas de molestar a nadie y menos a mí.

–Eso espero, aunque esa gente es imprevisible.

Se despidieron con un fuerte abrazo, deseando volver a encontrarse en los próximos días, sobre todo después de la visita a sus padres, más que nada para saber el comportamiento del sargento porque tenían más que seguro que en cuanto apareciera por el pueblo sería llamado al cuartel y una vez allí podía pasar cualquier cosa.

Capítulo VII

Lo primero que hizo cuando salió de visitar a su amigo fue ir a la central de autobuses ya que sabía que había una línea de ellos que hacía el recorrido por varios pueblos de la zona. Una vez enterado de los horarios se trazó el plan para visitar a sus padres, lo primero sería pedir una semana de permiso a sabiendas de que no habría problemas porque cualquiera de sus compañeros estaba en condiciones de poder desarrollar su trabajo.

Como así fue, ese mismo fin de semana compró el billete para salir el lunes siguiente. No quiso comunicar su viaje porque quería que fuera una sorpresa para todos, tanto para los amigos como para los enemigos, porque no quería darles ventaja para que le prepararan una encerrona. Sabía que el factor sorpresa era fundamental.

El autobús efectuaba parada en la misma plaza del pueblo, por ese motivo intuía que si era verdad lo que decían del sargento no tardarían en darle el chivatazo algunos de los confidentes que seguro que tendría en el pueblo.

Había dos bares en el pueblo, uno era el llamado “Casino” que era el lugar donde habitualmente se reunían los dueños de masías y algunos terratenientes de la zona que prácticamente eran los que dominaban laboralmente a casi la totalidad de los habitantes del pueblo, lugar en el cual se vivía una especie de ley del silencio por la que quedaban impunes toda clase de atropellos y abusos por parte de autoridades y personas afines.

Había en la fachada dos grandes ventanales que permitían desde el interior observar todo el ir y venir de la gente. Cuando Mateo bajó del autobús se paró frente a uno de ellos y sacando la petaca de tabaco se puso a liar un cigarrillo, esa actitud tan pasiva formaba parte del plan que había estado pensando, sabía que su presencia y actitud no pasaría desapercibida para nadie y que su llegada al pueblo correría como un reguero de pólvora, pero también sabía que no debía esperar ayuda de nadie, la gente y aún más en los pueblos era muy reacia a comprometerse, en cuanto a los amigos debían de quedarle pocos porque según sus padres cuando estuvo escondido le dijeron que la mayoría habían muerto en el frente o fusilados y los que quedaron trabajaban en fincas o masías como braceros y no estaban en condiciones de jugarse el pan de sus hijos si los veían

hablar con él. No le cabía duda de que iba a ser una situación bastante complicada.

La llegada a su casa, después de la natural alegría, motivó una gran preocupación a sus padres porque sabían que el pueblo seguía bajo el terror de aquel sargento y aunque hasta las mismas autoridades murmuraban asegurando estar hartas de su prepotencia, mala leche y abuso de autoridad constantes, nadie se atrevía a denunciar la situación, prácticamente –según decían– estaban esperando que se le fuera la mano con alguien para elevar una queja oficial y así por lo menos lo trasladaran. Quizás por ese motivo el alcalde fue uno de los primeros en enterarse de su llegada, casi corriendo fue a casa de Mateo, después de estrecharle la mano y darle la bienvenida se lo llevó aparte para hablar a solas con él, se fueron a la parte alta de la casa y con gesto de preocupación le dijo:

–He venido para prevenirte que en el cuartel hay un sargento que el mismo día que vino prometió limpiar el pueblo de cualquiera que hubiera servido o simpatizado con la República y no digamos de los de ideología anarquista o sindicalista, como es tu caso, ese cabrón tiene las fichas de todos los vecinos del pueblo y por si no lo sabes te diré que nadie de los que han entrado en ese cuartel ha salido indemne de él.

Sé por referencias que en la guerra te portaste decentemente y que nunca fuiste a buscar a nadie al

amanecer, por eso he venido a prevenirte, harías bien en marcharte ahora que estas a tiempo porque seguramente a estas horas ya le habrán puesto en conocimiento tu llegada.

–Valoro mucho y le agradezco su advertencia –Mateo sonrió– pero no es mi intención ni está en mi ánimo marcharme cuando apenas he podido abrazar a mis padres, es más, pienso quedarme algunos días por aquí y todo lo que me pueda hacer el sargento lo tengo previsto y puede que se lleven una sorpresa él y algunos más. Dicho esto, me gustaría saber por qué usted hace esto, yo sé que nunca le caí simpático y mi manera de ver la sociedad chocó frontalmente con la suya, porque mientras yo siempre fui contrario a la explotación del hombre por el hombre, usted y su entorno pensaban todo lo contrario, por ese motivo me extraña su interés en ayudarme y por eso tengo serias dudas de que su ayuda sea totalmente desinteresada.

–Pues te equivocas, posiblemente hiciera falta esta guerra para que muchos de ambos bandos nos diéramos cuenta de que nadie estaba en posesión de la verdad y la razón total, por eso mientras yo sea alcalde no quiero que viva y abuse en este pueblo ningún criminal con galones.

–Todo eso que me dice está muy bien, pero ¿por qué cuando vio que este personaje se extralimitaba en sus funciones no fue a protestar, al nivel que fuera, en defensa de los vecinos señalados?

Entiendo que tuviera una actitud pasiva porque al fin y al cabo fueron ellos los que le sentaron en el sillón de alcalde, pero hubo muertos y ahí sí que no entiendo su conducta.

–Tienes razón, y al contrario de lo que dicen muchos yo sí que me arrepiento de mis errores, que fueron muchos y muy graves, por eso estoy aquí. Aunque sé que eso no excusa mi actitud tú sabes que después de una guerra sólo se aplica la ley del vencedor, pero hoy están cambiando las cosas y sé que puedo enmendar los muchos errores del pasado, si no por acción sí por omisión. Yo he venido a ayudarte y pienso hacerlo, cuando vengan a por ti yo estaré a tu lado y donde llegues llegaremos juntos.

–De nuevo tengo que darle las gracias pero creo que con la documentación que llevo encima más la que he dejado en custodia en Barcelona, por si me pasara cualquier cosa, al menos debo de tener suficiente inmunidad como para ir con cierta tranquilidad al cuartel cuando me lleven, pero como veo que tiene cierto interés en que este individuo salga del pueblo puede hacer una cosa, como máxima autoridad civil avise con toda la máxima discreción que le sea posible a todos aquellos que hayan sufrido en sus carnes los abusos de ese animal con uniforme, con todos reunidos redactaran un documento enumerando uno a uno todos los abusos de autoridad y crímenes que se hayan podido cometer en ese cuartel, luego lo firmarán, a ser posible con acta notarial.

Una vez hecho esto esperarán acontecimientos, ya está

anocheciendo y es posible que hoy no vengan a por mí, pero mañana a primera hora seguro que estarán aquí.

–No sé si firmaran o no, yo trataré de reunirlos, pero todo dependerá de lo que suceda mañana en el cuartel, de todas maneras, estaré atento a los acontecimientos.

–Pues pierda cuidado, cuando yo salga del cuartel iré directo al Ayuntamiento, allí le pondré al corriente de cómo han ido las cosas.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos y deseándose suerte mutuamente, pero el verdadero trabajo lo tuvo para tranquilizar a sus padres, aunque ellos confiaban en su hijo, pero les inquietaba sobremanera el que viniera la guardia civil a llevárselo.

Eran casi las diez de la mañana del día siguiente y en vista de que no venían a por él a su casa decidió acelerar los acontecimientos yendo al bar a tomarse una copa. Yendo por la calle le pareció que circulaba más gente de lo normal, incluso en la misma plaza había algunos corrillos, posiblemente de gente sin ocupación alguna y con el morbo de ser los primeros en dar la noticia de la tragedia que supuestamente iba a suceder. Ya en la puerta del bar miró hacia el Ayuntamiento, en una de las ventanas se recortaba la figura del alcalde que al verlo asintió con la cabeza. También a su lado había varias personas, al parecer su encargo ya había sido cumplido. Entró en el bar y la gente

quedó en silencio, por lo visto sus comentarios giraban sobre el mismo asunto y no era otro que su situación en el pueblo, se acercó a la barra y pidió un coñac, lo bebió y empezó a liar un cigarrillo, justo con él en los labios estaba cuando ellos entraron, era la pareja de la guardia civil que dirigiéndose a él le preguntan:

–¿Es usted Mateo Puig Ribes?

–Efectivamente, así me llaman ¿Qué desean?

–Tiene que acompañarnos.

–¿Yo? ¿Por qué? Acabo de llegar al pueblo y no creo haber cometido ningún delito.

–Tiene que venir con nosotros, el sargento quiere hablar con usted.

–¿Y qué quiere el sargento?

–No lo sabemos, él se lo dirá.

–Siendo así pues vámonos, no quiero que puedan decir que me resistí a la autoridad.

El cuartel estaba casi en la misma plaza, prácticamente en un extremo de la misma y no era un cuartel propiamente dicho sino una casona de las que hay en muchos pueblos, parecida a una masía que había sido habilitada como cuartel.

Caminaban con paso rápido, Mateo sonrió, le hacía gracia que a su paso los vecinos guardaran silencio para una vez rebasados volvieran los murmullos, estaba seguro que en ese momento lo estaban compadeciendo y levantaba cierta simpatía, pero también sabía que no levantarían un dedo a su favor pasara lo que pasara en el cuartel.

La oficina del sargento –o comandante de puesto– caía a la izquierda justo entrando en el cuartel, la puerta estaba entreabierta y cuando llegaron un guardia se adelantó, llamando:

–¿Da usted su permiso mi sargento?

–Pase.

–El que nos mandó buscar está en la puerta.

–Que pase.

Mateo pasó junto con el otro guardia con el que había llegado. Los dos guardias se quedaron al lado de la puerta, la cual cerraron y él quedó frente al sargento, quien estaba terminando de leer unos papeles que había en la mesa, a Mateo le pareció que era una pose estudiada pues ya lo había visto hacer en otras ocasiones para poner nervioso a alguien que iba a ser interrogado.

De pronto alzó la vista y, a pesar de que Mateo era hombre que se las había visto de todos los colores una especie de

escalofrío recorrió su espina dorsal porque si era verdad que la cara era el espejo del alma la cara de aquel sujeto era la de tener el alma de un asesino en serie. Pocas veces en su vida había visto un tipo tan mal encarado como aquel, era tan cejijunto que las dos cejas se confundían en una sola y debajo de ellas unos ojos pequeños y negros como su alma y con un brillo que a Mateo le pareció semejante al de un animal salvaje que está a punto de abalanzarse sobre su presa, los pómulos muy salientes y su boca al abrirla dejaba ver algunos dientes de oro. Se quedó un momento mirando a Mateo, luego sacó de un cajón de la mesa una pequeña carpeta que al parecer contenía una especie de fichas, después de buscar entre ellas sacó una, la miró como leyéndola y dijo:

–Mateo Puig Ribes, créame si le digo que tenía unas enormes ganas de conocerle. Mateo haciendo gala de todo su valor y sangre fría respondió:

–Dado su interés, si lo hubiera sabido habría venido antes.

Al oír esto se levantó de forma violenta y le cruzó la cara con dos bofetadas, aunque Mateo ya se esperaba una cosa de estas el ataque fue tan rápido que no le dio tiempo a esquivarlas, los dos hombres se quedaron mirándose uno al otro, pero la mirada de Mateo no reflejaba miedo ni temor alguno y quizás este hecho desconcertó al sargento y por eso dio otro giro a la situación.

–Aquí en su ficha está cómo sindicalista y anarquista, ¿qué me dice sobre eso?

–Pues que también podría decir que eso fue hace muchos años.

–Enséñeme su documentación.

Mateo le entregó todos los papeles que llevaba menos la carta de Capitanía.

–¡Hombre! Estuviste en los Arenales, pues no parece que te trataran tan mal.

–Milagros suceden todos los días y en los tiempos que corren más, pero como puede comprobar salí libre y sin cargos, por lo tanto, soy libre para ir donde quiera y le agradecería que me dejara ir, de lo contrario podría haber problemas.

Al oír estas palabras y observar el aplomo con el que Mateo contestaba dudó de que no llevara algún arma escondida y dirigiéndose a los guardias les dijo:

–Regístradle, no me fio de él.

El guardia empezó a registrarle dejando sobre la mesa todo lo que llevaba encima, el tabaco, el mechero, y cuando llegó al bolsillo interior de la chaqueta sacó la carta de Capitanía. Mientras lo estaban registrando el sargento sonreía

sabiéndose ganador, uno de los guardias le quitó violentamente la chaqueta, era signo inequívoco de que iba a empezar la paliza, el otro guardia ya había descolgado de un pequeño armario una verga de toro, era como un pequeño látigo que al descargar un golpe con él era sumamente doloroso, cuando el sargento vio el sobre dijo:

–¡Espera! Vamos a ver qué nos trae el pájaro en este sobre.

En cuanto sacó la carta y vio el membrete de Capitanía palideció de tal manera que casi se dejó caer en su silla, al verlo Mateo sonrió, recogió la chaqueta del suelo y se la puso con cierta parsimonia, empezó a recoger y guardarse todos los objetos de su propiedad que había encima de la mesa mientras el sargento releía una y otra vez la carta.

–¿Puedo irme ya? –Preguntó Mateo.

–Usted se irá cuando yo lo ordene, antes tengo que asegurarme de que este documento no es falso, no puedo fiarme de gente como usted.

–Pues le aseguro que no es falso y además le pongo en conocimiento que varias personas están esperando mi salida, cómo salgo y en qué condiciones lo hago.

El sargento lo miraba sin comprender, cómo podía un antiguo anarquista hablarle de esa manera y además mirándole a los ojos.

Le hizo una señal a uno de los guardias quien, tras mirar hacia la calle por la ventana dijo girándose hacia el sargento:

–Mi sargento hay mucha gente concentrada en la calle, puede que diga la verdad.

–Está bien, puede marcharse, pero permanezca localizable en el pueblo.

–Estaré localizable el resto de la semana porque el domingo regreso a Barcelona, pero no se preocupe que antes de marcharme pienso visitarle y posiblemente le traiga otro documento junto con otra persona.

El sargento lo miró, era una mirada mezclada de ira y duda, en otro tiempo si alguien se hubiera atrevido a hablarle de esa manera ya le habría metido dos tiros en la barriga pero últimamente había llegado a sus oídos que existía cierto movimiento en contra suya y, aunque no señalaban personas concretas sus inmediatos superiores ya le habían sugerido en un par de ocasiones que no fuera tan riguroso en los interrogatorios, por lo visto habían llegado algunas quejas de particulares y no convenía que una población no problemática levantara protestas, había que contemporar e integrarse en lo posible con la población civil, pero su carácter violento no podía tolerar que alguien subestimara su autoridad cómo lo estaba haciendo aquel sujeto, por ese motivo levantándose de la silla dijo:

–¿Me está usted amenazando?

–¡Naturalmente que no! Yo no puedo amenazar, ni siquiera advertir a la autoridad que representa al orden y la justicia, lo que intento decirle no es una amenaza ni una advertencia –Mateo lo miró a los ojos y dijo– es una promesa.

El sargento, tragándose su rabia y haciendo verdaderos esfuerzos para contenerse dijo secamente:

–Puede marcharse, pero tenga cuidado con lo que haga o diga por ahí.

–Esté tranquilo, lo que yo pueda decir o pensar de usted se lo diré personalmente.

El mismo guardia que había cerrado la puerta cuando entraron la abrió diciendo muy bajo:

–Me debes una paliza y tarde o temprano te la daré.

–Es posible que la tengamos, pero quizás tú ya no seas guardia civil.

Cuando salió del cuartel exhaló un hondo suspiro y se encaminó directamente al Ayuntamiento sabiéndose vigilado por los guardias desde la ventana.

Los muchos vecinos que se encontraban en la plaza

prácticamente le hicieron pasillo porque todos en más o menos medida se alegraban de que hubiera salido del cuartel sin una sola señal de maltrato pues era el primero que lo lograba.

En la puerta del Ayuntamiento lo aguardaban el alcalde y algunos concejales y en el interior había un grupo de personas, algunas de ellas padres o familiares cercanos incluso amigos de la infancia de los que habían sido asesinados o maltratados hasta el punto de quedar inválidos.

Todos sin excepción se alegraron y felicitaron a Mateo efusivamente, pero quizás él era el que menos eufórico estaba, sabía que ahora venía lo más difícil.

–Desde este momento vuelvo a creer en los milagros –dijo el alcalde abrazando a Mateo– jamás pensé que alguien saldría de allí sin una sola señal de maltrato.

–Pues ya le dije que yo saldría sin un rasguño, y no crea que por su parte no ha sido por falta de ganas, pero a veces un papel bien escrito y firmado puede hacer milagros.

–Por lo visto así es, luego me explicarás cómo ha sido ese milagro, ahora vayamos a mi despacho, allí se encuentran varias personas que quieren saludarte y saber de qué manera podríamos alejar del pueblo a ese criminal. Están dispuestos a firmar lo que haga falta con pruebas y certificados médicos, pero quieren que tú los asesores e

intercedas ante quien puedas conocer para que nos eche una mano en nuestra protesta colectiva. Si nos ayudas te estaremos muy agradecidos.

Ya en el despacho y después de recibir las felicitaciones de los allí presentes se dirigieron al salón de plenos. Una vez allí, uno tras otro todos los que se consideraban afectados hablaron y presentaron las pruebas testimoniales y documentales que tenían para, posteriormente, firmar una declaración conjunta, cuando ya se consideró que todo estaba en orden pidieron a Mateo que opinara sobre la situación.

–Creo que todos me conocéis –comenzó diciendo– y también sabéis mi trayectoria política y tengo que deciros públicamente que me arrepiento de muchas cosas, pero también os digo que jamás intervine a ningún nivel para que sacaran a nadie de su casa para que lo mataran, hice la guerra como muchos de vosotros, ignoro si defendiendo mí bandera mate a alguien pero sí puedo asegurar que dentro de mis posibilidades luché honestamente e incluso salvé algunas vidas y aunque tarde, porque padecí los rigores de un campo de concentración, se me han reconocido documentalmente unos méritos de guerra, por lo cual se me dio la posibilidad de conocer y cultivar la amistad de algunas personas y mandos militares, pero no quiero con esto levantar falsas esperanzas porque es muy difícil lo que nos proponemos pero no imposible, a nivel personal aborrezco el abuso y el maltrato sobre todo si viene por parte de la

autoridad, porque ellos son los que más obligados están a tener el máximo respeto hacia las personas pero entiendo que después de una guerra en el bando de los vencedores siempre hay gente que hace del abuso y de la injusticia parte de su vida cotidiana, porque saben que gozan de una impunidad casi total, pero los tiempos van cambiando y puede que tengamos suerte en nuestra protesta. De todas maneras, más vale arrepentirse por haberlo intentado que por no haberlo hecho. Tenemos que pensar siempre en positivo y ya no podemos retroceder, como supongo que ya sabéis tengo trabajo en Barcelona, por lo tanto, hasta el sábado estaré a vuestra disposición y por supuesto a la del señor alcalde.

Después de su pequeño discurso fue el alcalde el que cogió la palabra diciendo:

–Antes de nada, quiero darle las gracias a Mateo, a quién ya todos conocéis por su ayuda y colaboración. Somos conscientes de las dificultades que vamos a encontrar, pero cueste lo que cueste no pararemos hasta conseguir nuestro objetivo.

Todos los presentes aplaudieron tanto las palabras de Mateo como las del alcalde, el ejemplo que les estaban dando los dos les había levantado el ánimo hasta el punto de que ya no sentían temor, ahora todo eran palabras para actuar con rapidez y hasta hubo algunos que pidieron ir en bloque hacia el cuartel y presentar el manifiesto que habían

firmado, pero tanto Mateo como el alcalde desaconsejaron esa iniciativa ya que no era prudente marchar hacia el cuartel pues se podría tomar como una tentativa de asalto y así dar motivo a los guardias para emprenderla a tiros. Era mejor esperar acontecimientos porque estaban seguros de que el sargento buscaría un encuentro con el alcalde, le convenía que las cosas no pasaran a mayores.

Mateo vio que algunos se estaban exaltando, eso no convenía y trató de enfriar la situación:

–No debéis pensar que esto ya es cosa hecha, lo más seguro es que nuestras reivindicaciones vayan a parar dentro de un cajón y allí se queden, pero también puede que alguien no esté de acuerdo con esta situación y nos libere de la presencia de ese canalla. De momento es suficiente que hayamos llegado hasta aquí porque, aunque no lo creáis, el camino ya está trazado y hemos avanzado un largo trecho, creo que debemos irnos a casa y esperar acontecimientos que no creo que tarden en producirse.

Todos entendieron que realmente eso era lo mejor y después de algunas recomendaciones e insistiendo en no airear lo que allí se había hablado marcharon a sus casas.

Pero Mateo y el alcalde, cuando se quedaron solos, analizaron la situación. Los dos estaban seguros de que al día siguiente se presentaría el sargento para que el alcalde le aclarara el asunto. El alcalde le atendería amablemente pero

también le diría que había ciertos papeles que obraban en poder de Mateo y que habían sido firmados ante notario y que se referían a su actividad en el pueblo como autoridad encargada de cumplir y hacer cumplir la ley y el orden.

Al día siguiente Mateo, como de costumbre desayunó un buen tazón de leche con migas de pan tostado, después se fumó un cigarrillo hablando con sus padres de cosas intrascendentes para, seguidamente, recoger los papeles que le interesaban y marcharse al bar.

Según había quedado con el alcalde debía de esperar allí hasta que un guardia municipal fuera a avisarle, ésta sería la señal inequívoca de que las cosas se estaban desarrollando tal y cómo se había planeado.

Efectivamente al poco rato vio salir al sargento del cuartel y encaminarse al Ayuntamiento, y poco después vino el municipal a decirle que el alcalde le estaba esperando.

Después de los saludos de rigor, a indicación del alcalde tomaron asiento.

–Bueno Mateo, el sargento ha venido a hablar contigo en referencia a lo que pasó ayer.

El sargento miro al alcalde y luego a Mateo, después dijo:

–Antes que nada, quiero disculparme, posiblemente me excedí en el trato, pero quiero que entiendan que a veces es

difícil distinguir a las personas honradas de los auténticos delincuentes.

Por el tono de su voz y su mirada huidiza, Mateo comprendió que ya le habían informado sobre la reunión del día anterior, de qué iba el asunto y que además había papeles más que comprometedores hacia su persona. Precisamente eso fue por lo que Mateo decidió pasar al ataque y más sabiendo que no sólo tenía los ases sino la baraja entera, por eso habló pausada pero firmemente.

–Acepto sus disculpas, pero vienen un poco tarde porque lo que se puso en marcha ya no se puede parar dado que esta tarde saldrá hacia Barcelona sin posibilidad de cambio de destino.

–¿Y qué es lo que va a salir hacia Barcelona?

–Mire sargento, dejémonos de milongas, usted sabe tan bien como yo que ayer por la tarde se firmaron unos papeles, los cuales tiene una persona que viajará hasta la capital y los entregará a otra persona de rango militar superior que mandará a alguien que pondrá verdadero orden y justicia en este pueblo... y puede que algunos lo pasen mal, incluso con riesgo a perder los galones. El sargento al oír estas palabras palideció, no sabía qué responder porque no tenía respuesta, aquello que le estaba pasando no lo hubiera imaginado ni en la peor de sus pesadillas, no obstante, sacando fuerzas de flaqueza y con un hilo de voz preguntó:

–¿Hay alguna posibilidad de que no se realice esa entrega?

–Sí, hay una, pero puede que esta condición sea inaceptable para usted y en todo caso tendría que consultar a los firmantes y que estuvieran de acuerdo.

–Pues explique esa condición, yo por mi parte estoy dispuesto a escucharla.

–Muy bien, la condición es que usted pida por escrito el traslado inmediato, que se debe de efectuar en un plazo máximo de treinta días, en caso contrario se dará curso por parte de los afectados y firmantes del pliego de protesta tanto a la autoridad militar cómo al juzgado de guardia por ser civiles las víctimas y no tener delitos de sangre conocidos y probados. El guardia civil al oír la amenaza, a su palidez se sumó un tic nervioso, su labio inferior le empezó a temblar ostensiblemente, su mirada antes directa y desafiante ahora era una mirada mezclada de rabia contenida e impotencia.

Estaba entre la espada y la pared, realmente no veía la manera de contrarrestar la estrategia montada por el alcalde y aquel hijo de puta anarquista.

–Tengo que meditar esta situación, no es fácil tomar una decisión, pero mañana les haré llegar mi respuesta.

–Usted sabe que marcharse es lo mejor para todos, en caso contrario el único que perdería sería usted, nosotros nos quedaríamos igual, sin embargo, su convivencia se haría muy

difícil y complicada y por extensión la de todos los guardias del cuartel y sus familias.

Después de estas palabras el alcalde se levantó cómo dando por terminada la entrevista, Mateo para remachar el asunto dijo dirigiéndose al sargento:

–Vamos a darle veinticuatro horas, al final de las cuales procederemos.

El sargento se fue mascando su rabia y maldiciendo en voz baja mientras Mateo y el alcalde se quedaron para terminar de atar si había algún cabo suelto, pero realmente a partir de ese momento todo quedaba a la espera de lo que decidiera el sargento.

–¿No habremos jugado demasiado fuerte? –preguntó el alcalde– no me fio de él.

–Hemos jugado fuerte, pero con esta gente no hay otra manera de jugar.

–Espero que no nos hayamos equivocado.

–No nos hemos equivocado y eso es lo que debemos de transmitirle a la gente, no podemos ir con dudas porque, aunque perdamos esta batalla ganaremos la guerra que es lo que importa, porque como dijo Lluís Companys “*tenemos la razón y tenemos la fuerza*”.

Se despidieron con un abrazo, no tenían duda alguna, el sargento presentaría su petición de traslado por el conducto habitual de la guardia civil.

Antes de marcharse del pueblo, Mateo quedó con el alcalde de que trataría de enterarse de la manera que fuera posible si se había realizado esa petición de traslado y, en caso contrario, se desplazaría de nuevo al pueblo y adoptarían las medidas pertinentes.

Su partida del pueblo fue casi en olor de multitudes, se había convertido en héroe local, gente a la que ni siquiera conocía hablaba de él como si hubieran sido amigos de toda la vida, pero él aún tenía muy presente la noche que llegó, escondiéndose como un criminal y el miedo que pasaron sus padres cuando tuvieron que ocultarlo un tiempo. Eso no lo olvidaría jamás.

Capítulo VIII

Una vez en Barcelona, aunque era domingo se puso en contacto con Antón para comunicarle que al día siguiente iría a trabajar, lo cual a éste le pareció bien, luego se fue dando un paseo encaminándose casi de manera mecánica hacia el barrio chino pues era de suponer que allí se encontraría con Roberto. Ya que estaba deseando hablar con gente conocida y tomarse una copa comentando la actualidad. Fue directo al bar al que normalmente solía acudir y allí estaba con el ya casi inseparable Rufino, después de saludarse efusivamente y puesto que ya era media tarde pensaron en pedir una merienda-cena, después de hablar de cosas irrelevantes Rufino soltó la noticia que normalmente solía ser primicia informativa:

–Anoche sembraron de octavillas la zona de la universidad, era propaganda antifranquista, os lo digo porque la policía

anda investigando y ayer vi al Negro echando espuma por la boca de lo rabioso que estaba, cómo coja a los culpables no saldrán vivos de la comisaría.

–Si fue ayer –preguntó Mateo – ¿Por qué no decían nada los periódicos?

–Cuando se ataca al régimen los periódicos se quedan mudos.

–No es mala estrategia –opinó Roberto– porque así la repercusión es mínima, después mandan barrenderos que las recogen y se termina el asunto.

En ese momento entró en el local uno de los muchos golfillos que pululaban a todas horas por el barrio. Llevaba en la mano un pequeño talego de tela, se acercó a la mesa donde estaban y dirigiéndose a Rufino le entregó el talego, el cual mientras calculaba el peso sosteniéndolo con una mano con la otra sacó unas monedas y se las dio al chico, quien salió casi corriendo mostrando lo que le había dado Rufino a otros dos que le estaban esperando en la puerta. Mateo estaba asombrado, la operación no había durado más de un minuto y mientras Roberto ni siquiera había parado de comer.

–¿Qué es lo que te ha traído ese chico? –preguntó Mateo– parece que se ha ido contento.

–Tabaco, me ha traído tabaco. Son “colilleros” que

trabajan para mí, van por los bares y otros locales recogiendo colillas a las cuales les sacan el tabaco y me lo traen, yo les doy unas pesetas y están contentos, luego yo paso este tabaco por un tamiz espeso para sacarle la ceniza y lo vendo como tabaco especial porque viene mezclado con algo de “rubio” y quizás suene mal, pero me lo quitan de las manos, es un negocio redondo.

Después de comer, tomar café y copa de coñac, Rufino se despidió marchándose con su talego de tabaco.

Cuando Mateo lo vio desaparecer por la puerta comentó:

–Desde luego este Rufino es un águila, hace negocio con cualquier cosa.

–Pues no creas que el tabaco es su mejor negocio.

–¿Cómo qué no? Pues ya has oído, se lo quitan de las manos.

–Lo que yo te diga, aparte de trabajar para él esos golfillos tienen una doble función, son sus ojos y sus oídos, nada en esta parte de Barcelona escapa a su control, esos chicos de inocente apariencia no solamente escuchan conversaciones sin levantar sospechas porque ¿quién va a sospechar de un chico hambriento y mal vestido?

Incluso a veces tienen que realizar seguimientos sumamente discretos que a otra gente le sería muy difícil

hacerlos sin levantar sospechas, pero quién se beneficia de esa información nadie lo sabe, aunque se intuye.

–Y ¿para qué quiere tanta información? Al parecer se gana muy bien la vida.

–Nadie lo sabe, su vida es un misterio, nadie sabe ni donde vive ni si tiene familia. En muchas redadas de la policía se lo han llevado a la comisaría y lo han soltado casi sin apenas prestar declaración mientras a los demás los inflaban a ostias, y me consta que no es un chivato porque sabe cosas de gente que si fuera al cuartel con el soplo más de uno no volvería a ver el sol en su vida, pero la razón por la que lo hace la tengo clara, es por dinero.

Rufino jamás hizo nada que no fuera por dinero, pero nunca nadie se quejó de él por pesetero.

–Pues algo positivo tendrá, por lo menos con nosotros se porta bien.

–No lo creas, estando conmigo jamás le vi pagar ni una copa, siempre espera que sea yo el que pague y si lo hago es porque a mí me interesa por la información que pone a mi alcance, pero si te fijas aparte de nosotros dos no lo verás tomando una copa con nadie, no se le conocen amigos y aunque se sabe que algunas veces va de putas tampoco se le conoce que tenga ninguna fija.

Realmente ese tipo es una incógnita.

–¿Tampoco tiene aficiones? A veces se tienen aficiones que se ocultan por ser muy caras.

–Pues lo único que yo conozco es que suele ir alguna vez a una sala de fiestas que está en plena Rambla y se llama “Andalucía de Noche”, es un local que como su nombre indica ofrece básicamente baile y canción española con algún que otro número de flamenco, suelen dar un buen espectáculo porque normalmente son artistas bastante buenos, aunque poco conocidos. La entrada, aunque te dicen que es gratuita en realidad no lo es porque en cuanto entras alguna de las chicas se te cuelga del brazo y te sientes casi obligado a invitarle. La copa en la barra no suele ser cara pero cómo se te ocurra sentarte en una mesa la habrás cagado, porque casi antes de que tomes asiento se habrá sentado una de las artistas que intervienen en el espectáculo (pues están obligadas por contrato a alternar con los clientes) o lo que quizás es peor, que se siente alguna de las putas (que también suele haber algunas) que pedirá whisky o champagne tratando de emborracharte y que te dejes allí o en su piso hasta los forros de tus bolsillos. De todas maneras, no siendo cliente asiduo y sin familia a la que alimentar, quizás una economía como la de Rufino se lo pueda permitir.

–Hombre, pues pensándolo bien podríamos ir alguna noche con él, así quizás nos saliera económico porque si realmente lo conocen a lo mejor hasta nos invita.

–No creo que tenga un cambio tan radical en tan poco tiempo, será mejor sorprenderle cuando ya esté dentro, ese local abre a las diez, nosotros iremos un poco más tarde.

Al día siguiente, puntual cómo siempre, comenzó la jornada con el reparto de material a las empresas, pero esta vez tenía un pedido para un nuevo cliente. No se trataba de ninguna empresa, sólo tenía que entregarlo en mano en una zona casi en el extrarradio en la cual se había acometido un plan de bloques de viviendas para trabajadores, pero pese a que llegar allí era bastante complicado apenas tuvo problemas para encontrar el sitio, además tampoco el género que iba a dejar era mucho, sólo dos paquetes.

Era una primera planta en el primer piso, llamó y le abrió un hombre bastante viejo con gafas de cristales redondos, después de los saludos normales preguntó por el receptor y algún documento que lo acreditara, pero el que le abrió la puerta le dijo que el cliente se encontraba trabajando, que podía dejarle a él el paquete y que le firmaría asegurándole que no habría problemas, que estuviera tranquilo. Mateo no estaba muy convencido, pero al final y pensando que el paquete llevara lo que llevara no podía valer gran cosa aceptó que aquel hombre se hiciera cargo de la mercancía. De todas maneras, se fue de allí pensando que él había visto antes a aquel hombre en alguna parte. Y cómo ya había terminado su jornada de reparto volvió a la imprenta por si había salido algo nuevo o tenía que ayudarles en algo.

Cuando le contó a Antón lo que le había pasado éste sonrió tranquilizándole.

–No te preocupes, no hay problema, somos viejos conocidos y además ya he cobrado, pero tienes que tener mucho cuidado cuando hagas la entrega a particulares, a veces no son lo que aparentan y nos podrían dar un serio disgusto.

–Pues me quitas un peso de encima pues la verdad no me gustó el aspecto del viejo.

–Eso hoy en día tampoco es muy raro, la gente en general no tiene buen aspecto.

Mateo se marchó sin quitarse de la mente la imagen de aquel viejo, pero cómo ya era media tarde y no había comido se fue al bar donde solía comer Roberto, pero a quién se encontró allí no fue a su amigo, sino que se llevó la gran sorpresa porque sentada en la mesa que habitualmente solía comer se encontraba Benita.

–¿Qué haces tú aquí? Yo creía que eras feliz en el bar.

Mateo muy a su pesar no había olvidado la mala jugada que unos meses atrás le había hecho con la colaboración de Roberto, por ese motivo le había soltado con hiriente ironía lo de su felicidad, pero por la seriedad que marcaba la cara de la mujer daba a suponer que si se encontraba allí era porque algo le había pasado con su marido.

Al oír esto la mujer hundió la cara entre sus manos y empezó a llorar desconsoladamente, Mateo fue al mostrador y pidió un vaso de agua y se lo llevó.

–Anda, cálmate, bebe un poco de agua y me lo cuentas, tiene algo que ver con tu marido, ¿verdad? Venga tranquilízate y no te preocupes, todo se arreglará.

Ella levantó la cabeza y sin parar de llorar bebió el agua. Con un pañuelo se secó las lágrimas y se sonó la nariz, luego se quedó mirando a Mateo y rompió a llorar de nuevo.

–¡Venga Beni! ¡Para ya! Nos está mirando la gente y están todos a punto de llorar por culpa tuya, ya sabes que soy tu amigo dime lo que sea y busquemos la solución.

–Lo siento– dijo ella secándose las lágrimas– no era mi intención que me vieras en este estado, pero cuando te he visto entrar no sé por qué, pero no he podido evitarlo.

–Bueno ahora que ya estás más calmada vamos a tomarnos algo y me lo cuentas.

–Me he marchado de casa y no pienso volver.

Mateo dio un respingo, se quedó mirando a la mujer y dijo:

–¡No jodas Beni! Tú no puedes hacer eso, tú eres una mujer casada, tu marido y quizás la policía a estas horas te estarán buscando.

Tienes que volver o podrías meterte en un buen lío.

–No es mi marido y no volveré.

–Pero tú me dijiste que...

–Te mentí, no quería que Roberto se enterara de mi fracaso ya que yo me lié con Oscar porque deseaba con toda mi alma ser una mujer normal, una ama de casa que tuviera un marido y unos hijos que atender y eso con Roberto sabía que no iba a poder ser, en cambio con Oscar vi la oportunidad de mi vida, pero la víspera del día que habíamos acordado ir al juzgado me dijo que debíamos alargar la convivencia y que, aunque él estaba muy bien conmigo necesitaba más tiempo para estar seguro. A partir de entonces mi vida dejó de ser un paraíso para convertirse en un infierno, pero cómo yo quería que se decidiera empecé a coquetear con algún cliente, sin llegar a nada serio, pero lo que no estaba previsto sucedió, se volvió loco de celos y a partir de ahí vinieron las discusiones y desde algún tiempo a esta parte los malos tratos, hasta que no pude más y me he marchado.

–¿Pero habrás pensado algo?

–No he pensado nada, mi cabeza en estos momentos no está para pensar en nada que no sea en marcharme lo más lejos posible, pero no sé a dónde ir. Pensaba en poder hablar con Roberto antes de tomar una decisión, pero te has

presentado tú, tengo algún dinero, no mucho, pero puedo pagar una pensión y vivir algún tiempo, aunque necesito un trabajo estable y conseguir una nueva situación para poder darle un sentido a mi vida.

–Bueno si no estás casada y tienes algún dinero... eso puede facilitar mucho las cosas.

De todas maneras, sería preferible hablar antes con Roberto, él conoce mucha gente y quizás podría colocarte en algún sitio.

–Yo preferiría que Roberto no supiera nada de lo que ocurre porque la última vez que estuvimos juntos nos separamos de muy mala manera.

–Pues yo poco puedo hacer por ti, quizás podríamos hablar con Ramona, pero no puedo garantizarte que te vuelva a admitir, aunque es una buena persona no le gustó la manera en que te marchaste, desde entonces no ha vuelto a nombrarte.

De repente se puso a llorar de nuevo pero esta vez eran lágrimas silenciosas de las que salen del alma porque te sientes culpable de haber fallado a una persona que te abrió su corazón, te dio su amistad sin reservas y que hubiera hecho por ti cualquier cosa.

Entonces Mateo le cogió su mano tratando de animarla:

–Vamos, vamos, no llores más. La situación no está tan mal hablaré con ella y trataré de convencerla, seguro que no pone pegas, yo sé que te aprecia.

–Es que soy muy desgraciada –dijo sin parar de llorar– todo me sale mal en la vida.

–Joder Beni, tampoco es para tanto, eres joven, guapa y cualquier hombre sería feliz contigo.

–Pero es que... no te lo he contado todo.

–Pues mejor ocasión que ésta...

–Es que estoy esperando un hijo, estoy embarazada.

Mateo se llevó las manos a la cabeza y se le quedó mirando incrédulo.

–¿No estarás hablando en serio?

–Completamente, estoy embarazada, pero no es de Oscar.

–Pues ahora sí que la hemos jodido porque si fuera de Oscar de alguna manera se le podrían pedir responsabilidades, pero así el único responsable es el “Espíritu Santo” el que se cargó a María, pero ellos tuvieron a San José a mano, ¿tú tienes a algún San José?

A Mateo le había salido la vena anarquista y anticlerical.

–No... no tengo ningún San José, pero sé quién es el padre del hijo que llevo en mi vientre. Es de Roberto.

–¡Venga ya Beni! No pretenderás que me crea eso, porque hace tres o cuatro meses que estas con Oscar, y además ¿por qué debo creerte? Me has demostrado que mientes más que respiras, tú vida es pura mentira, me mentiste a mí, a Ramona, a Roberto y finalmente a Oscar.

Al oír estas palabras se secó las lágrimas y casi con rabia miró a Mateo:

–Eso no es verdad, siempre obré según mis sentimientos y, es más, analizando mi situación pienso que al final la engañada y además la más perjudicada he sido yo, pero por eso no te preocupes, me las arreglaré sola, a decir verdad, sabía que iba a tener difícil el que alguien me ayudara, aunque sí que esperaba un mínimo de comprensión de quién creía que era mi amigo.

Mateo la miró sorprendido, por primera vez sintió que no se estaba portando de forma decente. Independientemente de que aquella mujer hubiera roto sus ilusiones en mil pedazos, ahora necesitaba ayuda, y con urgencia porque el tiempo corría en su contra ya que una madre soltera en aquellos tiempos prácticamente era carne de prostíbulo.

–Bueno –dijo conciliador– por lo menos sabes quién es el

–Sé que él tampoco me va a creer, por eso quiero que no

lo sepa porque si se lo dijera y dudara de mi palabra no sé de lo que sería capaz, quizás hasta de matarme.

–Pero ¿cómo puedes estar tan segura? Con Oscar has estado el tiempo suficiente como para pensar que es hijo suyo, y yo no me puedo creer que durmiera en otra habitación.

–Pues créetelo, ya hacía tiempo que Oscar no me montaba y cuando lo hacía, sin que se diera cuenta yo me introducía antes una pequeña esponja que evitaba el embarazo, la mayoría de veces lo entretenía con otras “alternativas”.

–Pero aun así hace tiempo que no ves a Roberto o por lo menos él nunca me lo dijo.

–Es posible que él no te haya dicho nada, pero en todo este tiempo he estado algunas veces con él, no muchas, pero sí las suficientes, una mujer enamorada siempre encuentra tiempo para estar con su hombre, además yo estoy convencida de que él también me quiere, pero sé que para un hombre cómo él le sería muy difícil renunciar a su libertad por una familia.

–En eso quizás tengas razón, pero vamos a ir por partes, lo primero será hablar con Ramona, no creo que haya problemas y menos cuando le diga que estás esperando un hijo. Luego en unos días buscaremos el momento propicio y le daremos la “buena” noticia a Roberto, pero ante todo es

fundamental que vivas con Ramona porque ella te va a tratar como a una hija.

Ya más calmada, Benita asintió y marcharon los dos hacia la pensión, pero antes de llegar Mateo le dijo que sería mejor que antes hablara él con Ramona y ella que esperara en un bar cerca de allí y luego según fuera la entrevista harían lo más conveniente.

Mateo entró saludando, pero con cara muy seria, era una actitud estudiada que no le fallaba, sabía que Ramona lo conocía suficientemente para pensar que algo le sucedía. Lo miró y dijo:

–Venga, cuéntalo.

–¿Qué quieres que te cuente?

–Lo que te pasa, sabes que te conozco y no puedes ocultarme nada, si es cosa de dinero no te preocupes, lo que te haga falta lo tienes a tu disposición porque tú siempre me lo devuelves.

–Bueno –dijo rascándose la cabeza– no es cuestión de dinero.

–¿Entonces qué es?

–Es que he visto a Benita.

–¡Benita! No habrás pensado en liarte con ella...después de lo que te hizo, sería para matarte, esa mujer no se merece que la quiera nadie y menos un hombre como tú.

–Ahora está pasando un mal momento y está muy arrepentida de lo que hizo, especialmente a ti, sabe que traicionó tu amistad y quiere que la perdones, en estos momentos necesita más que nunca una mano amiga que le ayude a superar lo que se le viene encima.

–¿Y qué le puede estar pasando? Según tú era muy feliz con Roberto.

–Es que está esperando un hijo y no tiene a donde ir.

–¿Y ahora dónde está?

–Está en un bar cerca de aquí, esperando lo que tú decidas.

–¡Y qué quieres que decida! Vamos los dos a por ella.

En cuanto se vieron se abrazaron llorando las dos, cómo no podía ser de otra manera entre mujeres cuya vida en los últimos tiempos estaba marcada por el sufrimiento.

De camino a la pensión Mateo se dio cuenta de que su presencia había quedado en un segundo plano ya que las dos mujeres empezaron a hablar de sus cosas, y lo más asombroso, estaban ya planificando cómo iba a ser la crianza de lo que viniera. A Mateo le alegró mucho la acogida que

había realizado Ramona a Benita y se alegraba más por Ramona, sabía que aquella mujer necesitaba a alguien con quién volcar la ilusión y las ganas de vivir y aquella chica, junto con lo que llevaba en su vientre, iban a ser de ahora en adelante todo para ella.

Pensó que aún era temprano para ir a la pensión, por lo tanto, cuando llegó a la puerta se despidió de ellas dirigiéndose al barrio chino, donde suponía que seguro encontraría a Roberto y con toda seguridad también a Rufino, pero en su cabeza solo pensaba en Benita y en cómo podría decírselo a Roberto.

El asunto era más que complicado, sabía –porque lo conocía bien– que éste no iba a aceptar su paternidad fácilmente y en un porcentaje elevado quizás no la aceptase jamás, pero si algo tenía claro es que cómo fuera habría que decírselo, luego ya se vería, la vida da muchas vueltas.

En el lugar de costumbre encontró a los dos, Roberto había terminado de comer y ambos estaban matando el tiempo delante de una copa.

–¡Hombre Mateo! –Exclamó Roberto– siéntate y tómate lo que quieras.

–Bueno, pero una porque el otro día empecé con una y terminé perdiendo la cuenta.

–Tampoco es para tanto el que uno llegue a casa un poco “chispao”, no pasa nada.

–No pasa nada si no tienes que ir a trabajar, pero si tienes que currar estás para el arrastre.

–Me estaba diciendo el Rufino que anoche llenaron de octavillas el Hospitalet y la barriada de Sants. La cosa se está poniendo fea, la policía y algunos falangistas se pasan el día pidiendo la documentación y cómo no la lleves encima tienes una semana de calabozos garantizada, salvo que tengas un pez gordo en la familia.

–¿Y quién las escribe? ¿Qué pide en ellas? –preguntó Mateo.

–Según las octavillas los responsables son la A.G.E. (Agrupación de Guerrilleros Españoles) o el maquis, cómo quieras llamarlos –respondió Rufino– últimamente están más activos que nunca, el final de la guerra contra Alemania está cerca, Francia ya está limpia de alemanes y los que luchaban contra ellos en los Pirineos al no tener enemigo a quien acosar han vuelto su mirada hacia España, lo que nos faltaba.

–Bueno, pero serán cuatro gatos, la gente está harta de guerra, hambre y calamidades.

–Pues según tengo entendido –Rufino era el informante– son bastantes más que “cuatro gatos” porque según algunos

informes se calculan entre cuatro y siete mil y parece que bien armados según fuentes de total confianza.

Mateo puso cara de incredulidad y considerando su experiencia cómo su trabajo en Intendencia con Durruti quiso dar su opinión personal.

–En estos casos siempre se exagera, para tanta gente deberían de tener una más que notable estructura logística y de intendencia porque sobrevivir en el Pirineo es muy duro.

–Yo no entiendo de esas cosas, pero según se dice los pueblos cercanos a las montañas se están llenando de efectivos militares y guardias civiles al mando de un general, no parece que se lo hayan tomado a broma.

–¿Y qué es lo que piden en las octavillas?

–Bueno lo que es pedir no piden nada, solamente informar a la población de que no son bandoleros tal y cómo los califica la prensa cuando se refiere a ellos, sino que luchan por la libertad y la democracia, en fin, lo que se suele decir en estos casos.

La conversación se interrumpió cuando vieron aparecer por la puerta del local al comisario Álvaro el Negro el cual se dirigió directamente a Rufino a quién dijo muy serio:

–¿Cómo vas de hojas de afeitar? Las últimas no eran demasiado buenas.

–Hombre, comisario todos los lotes no salen buenos, pero ahora mismo llevo las nuevas de Palmera Acanalada que son una maravilla y aunque son más caras valen la pena, las vendo a peseta, cómprelas que no se arrepentirá.

–Eres un sinvergüenza, a ese precio casi están en el comercio, no te llevo al calabozo porque encima tendría que darte de comer, pero por esta vez te voy a creer, dame un paquete.

Rufino metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saco un pequeño paquete de hojas de afeitar y se lo entregó al comisario, el cual lo miró detenidamente y se lo metió en el bolsillo pero en la maniobra que realizó el comisario al examinar el paquete Mateo se percató de que el paquete no llevaba la clásica envoltura de papel transparente que cualquier paquete nuevo debería de llevar, por lo tanto dedujo que el contenido ya había sido abierto y por consiguiente las cuchillas podían haber sido usadas o el contenido del paquete era otra cosa.

Pero antes de salir, dirigiéndose a Rufino le dijo:

–Vamos fuera, tengo que hablar contigo.

Rufino presuroso se levantó y fue tras el comisario, ya en la calle en tono amenazador le dijo:

–Espero que esta información sea la buena porque últimamente parece que me estás tomando el pelo y me la estoy

jugando, los de arriba no paran de presionarme, todos los efectivos de la policía de varias comisarías y guardia civil están movilizados las veinticuatro horas del día y sólo hemos cazado cuatro rateros y veinte putas, con el consiguiente cabreo de curas y obispos, así que espero que el afeitado de estas hojas sea perfecto por tu bien y el mío.

–Descuide comisario– dijo sonriendo –con éstas tendrá un afeitado perfecto.

Después cuando vio desaparecer al comisario regresó junto a Mateo y cogiéndole del brazo casi lo arrastró hasta la calle.

–Sin perder ni un minuto recoge tus cosas de la pensión y lárgate de Barcelona, pero si puedes avisa antes a tus compañeros de la imprenta porque antes de dos horas la policía habrá rodeado el edificio, son ellos los autores de las octavillas y la policía ya lo sabe.

–¡Pero yo no tengo nada que ver!

–Pero eso lo sé yo, en cambio a los que irán a por ti y tus amigos les importa un huevo. ¡Lárgate ya!

–Me voy, y dadas las circunstancias no sé si volveremos a vernos, pero antes voy a decirte una cosa Roberto, Benita te necesita, está en la pensión con Ramona, te lo digo porque va a tener un hijo y dice que tú eres el padre. Ella te lo explicará, despídeme de ellas.

Capítulo IX

Mateo no esperó, salió del local casi corriendo, cogió un taxi de los pocos que pasaban y le dio la dirección al taxista rogándole que apretara al máximo el acelerador, cuando llegaron a la imprenta tuvo suerte de que estaban aún todos trabajando, entró como una exhalación encarándose con Antón, el cual solo preguntó:

–¿Qué pasa?

–Hay que largarse inmediatamente, la policía está al llegar, han descubierto lo de las octavillas, parad las maquinas ya y larguémonos.

Las maquinas las habían parado en cuanto vieron entrar a Mateo tan alterado, sabían que algo estaba sucediendo, rápidamente salieron a la calle y esperaron a Antón, que

estaba recogiendo algunos papeles comprometedores y cuando salió les ordenó:

–Cada uno ha de marcharse por sitio distinto, reunión esta noche en Sants, Mateo tú ven conmigo.

Mateo vaciló un momento porque tenía dudas de si le convenía la huida o no, se sabía totalmente inocente, pero por otra parte conocía los métodos policiales y sabía que si entrabas en una comisaría dejarías de ser inocente para ser presunto culpable, aunque te hubieran visto bajar del cielo, pero sus dudas duraron poco:

–Está bien, pero necesito una explicación, y que sea sumamente convincente.

–Lo será, pero ahora vámonos, no perdamos ni un minuto, deben de estar al caer.

Marcharon con paso rápido, pero sin llamar la atención y tratando siempre de mezclarse con la gente que transitaba y en cuanto se vieron lejos del lugar cogieron un taxi que los llevó cerca del sitio en que habían quedado en reunirse. Por precaución y como norma a seguir nunca paraban el vehículo frente a los lugares de cierto compromiso porque la red de confidentes de la policía era muy activa y el sector del taxi era de los más implicados.

Caminaron unos cinco minutos entre edificios medio derruidos o en obras hasta que después de pasar por delante

de uno de cuatro plantas –que milagrosamente no habían tocado las bombas– entraron en él.

Mateo se percató de que habían dado la vuelta al edificio antes de entrar en él.

–Hemos dado la vuelta al edificio, ¿a qué se debe?

–Hay espías por todas partes, aunque nuestros lugares de reunión son itinerantes debemos estar siempre alerta y vigilantes, cualquier error nos puede costar la vida y lo que es peor, el desmantelamiento de la organización, aunque sea temporal, más la pérdida de documentos para futuras operaciones que ya estuvieran planificadas.

Ya en la tercera planta, segundo piso de los cuatro que había, Antón llamó a la puerta, pero pasaron unos minutos y nadie abría, entonces volvió a llamar y se puso delante de la mirilla de la puerta, al parecer esa era la consigna, entonces abrieron.

Mateo quedó sorprendido porque la que había abierto era una mujer de aproximadamente unos treinta años y aunque vestía muy sencillamente se le notaba bastante bien proporcionada y sin ser ninguna belleza tenía una cara simpática, con ausencia total de maquillaje, lo que se suele decir “una mujer de su casa” la cual según Mateo no ligaba con la actividad de Antón y los demás compañeros.

–Hola Juana –saludó Antón– he venido con este

compañero a pedirte alojamiento por unos días. Más tarde vendrán algunos más, tenemos una reunión.

–¿Qué ha pasado? ¿Algo salió mal?

–Nos han descubierto, hemos tenido que salir por pies de la imprenta, por suerte he podido recoger algunos papeles de cierto compromiso.

–Y éste ¿quién es? ¿Es de confianza?

–¡Total!, si no llega a ser por él nos cogen con las manos en la masa, voy a presentaros, él es Mateo, antiguo compañero militante en la FAI y soldado con Durruti en el frente, –giró su cabeza y dijo a Mateo– ella es Juana, de apodo la Pastora, la mejor guía de montaña a esta parte del pirineo.

Los dos se dieron la mano, pero al estrechar la mano de Juana notó Mateo un ligero temblor, aun así estrechó con fuerza la suya, era una mano delgada pero muy fuerte, era la mano de una persona que habitualmente hacía labores de campo como arrear el ganado y cortar leña con hacha, los inviernos en la montaña eran duros y la supervivencia en aquel terreno dependía mucho de la leña que pudieras almacenar en verano, la gente de la montaña –pensó– solía ser dura de verdad y por lo visto Juana era un fiel exponente de ello.

El primer golpe de vista fue de simpatía mutua, ella sonrió mostrando unos dientes fuertes, pero bastante amarillos,

era una clara señal de que aquella mujer fumaba mucho; sobre el labio superior marcaba unos pelillos pero que de ninguna manera la afeaban, Mateo cómo hombre que era la califico físicamente cómo una muy interesante ama de casa.

–¿Queréis comer algo? Poco tengo aquí porque no esperaba a nadie, pero nos apañaremos.

–No, mira –dijo Antón– toma este dinero y tráete comida, tabaco, y si encuentras café o algo que se le parezca te lo traes, la reunión puede ser larga, mientras tanto pondré a Mateo al corriente de nuestras actividades.

Juana cogió el dinero y dejó solos a los dos hombres, momento en el que Antón miró a Mateo y dijo:

–Para explicártelo todo debo remontarme al final de la guerra, porque apenas terminada ésta se formaron varios grupos organizados cómo guerrilla tanto urbana como rural o de montaña. Nosotros formamos un grupo de guerrilla urbana, éramos una veintena de hombres al mando de Joaquín Pallarés Tomás que básicamente trabajábamos con la propaganda antifranquista, pero también trabajábamos en falsificación de documentos tanto de pasaportes como oficiales. Para tal actividad trajimos un grabador valenciano experto en la materia, al principio tuvimos éxito, sobre todo en la liberación de compañeros del campo de concentración de Horta. Para eso hacíamos lo siguiente, con documentación falsa y vestidos de guardias civiles nos presentábamos

en el campo y entregábamos una lista de entre quince y veinte hombres, normalmente gente importante entre los prisioneros, eso se hacía con bastante regularidad por la guardia civil para llevarlos a la modelo. Tuvimos suerte en unas cuantas acciones hasta que nos descubrieron y tuvimos que abrirnos paso a tiros, a partir de ahí nos dedicamos a pasar gente a través de pasos de montaña con la ayuda de Juana, una mujer de un temple y una resistencia increíbles, es acero en estado puro, no le importa el tiempo que se presente nada detiene su marcha entre barrancos o ventisqueros nevados y si se encuentra con alguna patrulla franquista es la primera en disparar, pero si estás con nosotros ya la iras conociendo.

En ese instante entró Juana con varios panes, algunas latas y fiambres.

–Si somos los de siempre –dijo– habrá suficiente para esta noche y mañana.

–Por eso no te preocupes, mañana temprano nos iremos, al menos la mayoría.

Luego la conversación giró en torno al tiempo y al escenario político del momento, pero Mateo necesitaba aclarar su situación porque realmente era increíble que sin tener nada que ver en el asunto ahora mismo y a efectos legales era un perseguido por la justicia. Tenía que aclararlo con Antón y con carácter de urgencia, aquella situación se le

había ido de las manos y por la rapidez que se iban sucediendo los acontecimientos no le atraía de ninguna manera verse incluido en un grupo de maquis jugándose la vida a cada momento, las veinticuatro horas del día en alerta, sabiendo que te pueden cazar al doblar una esquina o al cruzar una calle. Políticamente se sentía cercano a ellos, pero una cosa era sentir admiración y respeto por aquella gente y otra cosa es jugarse la vida por algo inconcreto, él ya no era joven y por lo tanto la sangre ya no le hervía en las venas cuando veía las injusticias sociales. Por lo que se veía en la calle la gente normal ya había asumido que la guerra se había terminado y se había perdido, ahora solo cabía pensar en que lo más inmediato y urgente en aquellos tiempos era llenar el estómago todos los días.

–Bueno Antón, me parece admirable vuestra labor, pero hoy por hoy no me veo identificado con vuestra causa y, aunque te estoy muy agradecido no me veo lo suficientemente motivado como para formar parte de vuestro grupo, la guerra terminó para mí, la sufrí y me batí con honradez defendiendo la legalidad constitucional, luego padecí la injusticia del vencedor durante tres largos años, pero ahora coger un fusil y largarme al monte, la verdad, hablando honestamente no lo veo claro.

–Te comprendo Mateo y creo que te conozco lo suficiente como para no dudar de tu honradez, pero ahora mismo y tal como están las cosas no te conviene andar por la calle, posiblemente tu nombre ya esté junto al mío y el de nuestros

compañeros en un parte que habrán entregado en comisarías y cuarteles, notificándoles que estamos en búsqueda y captura.

Con esto no te estoy pidiendo que te unas a nosotros, aunque nos hacen falta más hombres, actualmente necesitamos más compañeros que hagan funciones de enlace con los que están en la guerrilla. Cuando vengan los demás tengo que hablarles de las noticias que me han llegado de Francia, de Toulouse concretamente que es donde tenemos la base de la A.G.E., les pondré al corriente porque hay novedades y por cierto no demasiado buenas.

–De todas maneras –respondió Mateo– tú ya sabes mi opinión.

Antón le miró sonriendo, conocía lo suficiente a Mateo, sabía que no les traicionaría, pero cualquiera que cayera en manos de la guardia civil acabaría “cantando” porque cuando a esa gente le interesaba una información no dudaban en aplicar cualquier clase de tortura.

–Yo puedo comprenderte a ti, pero quiero que tú me comprendas a mí y quiero decirte que por tu bien y el nuestro hasta que pasen unos días no debes de salir de este piso, si pasado un tiempo decides marcharte nadie se opondrá a que te vayas y si decides quedarte serás bienvenido y se te asignará un servicio, llegado el momento tú decidirás.

–Estoy totalmente de acuerdo, quiero que sepas que estoy abierto a cualquier propuesta siempre que no tenga que actuar con las armas en la mano.

En esto llamaron a la puerta, eran los primeros del grupo de la imprenta, luego fueron llegando hasta completar un grupo de siete más Antón y Juana la Pastora. Mateo no se consideraba vinculado al grupo, aunque se sentía cercano a su ideología, pero no en su lucha, aquello por lo que luchaban ahora lo tuvieron en un pasado relativamente cercano y lo perdieron con todo a su favor, y ahora querían recuperarlo partiendo de cero, aquello no podía ser y además era imposible cómo alguien dijo, de todas maneras, nada perdía escuchando.

Juana preparó para todos una cena fría a base de latas y fiambres la cual transcurrió de una manera relativamente distendida, luego ya con el café que en realidad era lo que vulgarmente se llamaba malta (el tueste de cebada) y completando la selección de bebidas una botella de cazalla, dos de coñac y una de ron, se guardó un respetuoso silencio cuando Antón pidió la palabra, no es que fuera un gran orador, pero solía hablar en público y lo hacía bien.

–Cómo bien sabéis siempre que nos reunimos pido un recuerdo para los compañeros caídos en combate, pero especialmente para Joaquín Pallarés y ocho compañeros más que hace apenas un año fueron ejecutados a garrote vil en la Modelo por las llamadas fuerzas de orden público, pero

lo peor no fue la manera de matarlos, la más humillante, sino la burla y el escarnio que hicieron de su última voluntad. Cómo todos sabéis tenemos infiltrados en todos los departamentos oficiales del Estado en Barcelona, pues bien –Antón bebió un pequeño sorbo de cazalla y prosiguió– algunos estando en capilla se confesaron con el capellán, otros renunciaron a este derecho... pero todos entregaron al capellán una carta de despedida para su familia –se pudo ver cómo de los ojos de Antón, que estaba hablando de pie, salía un destello de rabia– y ninguna de estas cartas llegó a ninguna familia pues el capellán las entregó al coronel en su despacho, donde fueron abiertas y posteriormente quemadas en la estufa de la oficina. Esta es la clase de enemigo al cual nos enfrentamos cada día por lo tanto creo que no debemos tener respeto ni consideración con ellos, tenemos y debemos hacerles el mayor daño posible sin miramientos.

Un estallido de maldiciones y de improperios acompañó las últimas palabras de Antón porque, aunque todos tenían asumido que su modo de vida llevaba el riesgo de perderla en cualquier momento o lo que para ellos era peor, caer en manos de la guardia civil, tenían claro que a cualquier condenado a muerte no se le podía privar de despedirse de su familia, eso era para ellos más criminal e indecente que cualquier delito que hubiera podido cometer el reo condenado, Antón pidió silencio y prosiguió.

–Comprendo vuestra indignación, que es la mía, pero

puede que la hora de la venganza esté más cerca de lo que parece y me explico –nuevo trago de cazalla– cómo sabéis la guerra en Europa se está acabando, los alemanes se están retirando en todos los frentes y los Pirineos ya están prácticamente limpios de ellos, siendo los maquis los que controlan todos los pasos de frontera entre Francia y España y en consecuencia se están formando grupos cada vez más numerosos de españoles liberados de campos de concentración franceses que simpatizan con nuestra causa. De momento para poder controlar y organizar este movimiento se ha creado la UNE. (Unión Nacional Española) aunque detrás está el Partido Comunista, que al parecer está preparando un contingente bastante numeroso y bien armado para atacar objetivos militares a este lado de la frontera.

Todos guardaban silencio, realmente todos sabían que Alemania tenía la guerra perdida pero ignoraban la clase de armamento y de cuantos efectivos disponía la UNE porque ellos eran lo que se calificaba como guerrilla urbana y estaban totalmente desconectados de la gente que operaba en la montaña, la única persona que tenía alguna relación con la gente del otro lado de la frontera era Juana la Pastora porque era la que habitualmente se encargaba de pasar a través de la frontera a gente que huía de los alemanes, especialmente de la Gestapo, y una vez en España y a través de Gibraltar volvían a sus unidades o a países ya liberados, cuando había mucho trabajo su base de contactos era el

Hotel París en Toulouse o también en Perpiñán. Cuando no había gente a la que ayudar volvía a Barcelona y conectaba con la guerrilla urbana por si a alguien le interesaba cruzar la frontera sin pasar por la aduana.

–Todo esto está muy bien –el que habló era Alfredo el Culata– pero tú sabes que nosotros somos “urbanos” y fuera de sabotajes a centrales eléctricas, postes de luz, asaltos a bancos y empresas, prácticamente no sabemos nada y no estamos entrenados para la lucha en el monte o a campo abierto, además sabemos que en la actualidad hay fuerzas contra-guerrilla destinadas en esas zonas, que son gente dura, con buenos equipos tanto de abrigo como de armamento, no creo que sea una buena idea un cambio de vida.

–Tienes razón Alfredo y en circunstancias normales yo no movería un dedo porque nuestra posibilidad de éxito sería cero, pero en esta ocasión se trata de algo mucho más serio, se trata de prestar apoyo logístico a un pequeño ejército con experiencia y bien armado, aunque no llevarán artillería, por la dificultad del terreno vendrán equipados con metralletas Thompson americanas y Sten británicas, lanzagranadas contra carros y morteros ligeros. Nuestro apoyo consistiría en labores de enlace tales como abastecer de víveres y municiones a este contingente hasta que ocuparan una zona lo bastante amplia como para tener autosuficiencia de víveres al menos, las municiones y explosivos se continuarían entrando desde Francia. Todo esto tiene que ser por

compromiso voluntario, creo que ha llegado la hora de saber si somos patriotas o bandoleros como dice la prensa de franco.

Vicente “el Chirri” (todos tenían un apodo) intervino levantando el brazo para decir:

–Yo coincido con Alfredo, prefiero continuar la lucha desde aquí, con la propaganda y alguna acción con explosivos, hasta ahora nos ha ido bien, no creo que debamos de cambiar.

–Pues entonces sólo nos queda una solución, lo decidiremos con una votación secreta, votaremos sí o no, si sale el “sí” todo el grupo se trasladará a Francia y se pondrá a las órdenes de la UNE, en cambio si sale “no” los que quieran seguirán aquí desarrollando la misma actividad que hasta ahora y los otros viajaran a Francia, únicamente quedan exentos de votar Juana y Mateo porque ellos no forman parte del grupo.

Ya con todos de acuerdo se procedió a la votación.

Todos y cada uno pusieron lo que en conciencia les convenía, escribiendo en papel de liar cigarrillos, según como decían que se hacía en el sorteo de los toros de lidia en los corrales de la plaza de toros.

El resultado fue que los siete votaron “no” y sólo hubo un “sí”, el de Antón el cual tuvo que plegarse a la voluntad de

todo el grupo, aunque continuó insistiendo en la necesidad de ayudar a la expedición de la UNE, pero el resto de los compañeros no dio el brazo a torcer, en vista de lo cual tuvo que aceptar que nadie se movería de Barcelona, entonces Mateo lanzó una propuesta un tanto descabellada:

–Yo estoy dispuesto a hacer ese trabajo, pero con una condición.

–Pues adelante, si es aceptable podremos discutirla.

–Quiero que eliminéis al comisario Álvaro el Negro.

–Eso que pides es muy difícil, pero da la casualidad que nosotros también le tenemos muchas ganas, se le podría realizar algún seguimiento y ver qué posibilidades tenemos. Cómo de momento tenemos la economía bastante saneada podríamos dedicarle algún tiempo y sabríamos si puede ser o no, si tenemos suerte y vemos que es posible se hará.

En aquel momento Mateo se acordó de Rufino, aunque fue él quien le previno de la policía estaba seguro que llevaba un doble juego, por un lado, avisaba a la policía cuando le convenía y cuando no, cómo en su caso, facilitaba la huida por amistad o por conveniencia.

–Yo puedo indicaros la persona que puede facilitaros la tarea, se llama Rufino y su campo de operaciones está en el barrio chino, a partir de las cinco de la tarde, es como una tienda ambulante y prácticamente todos los habituales de la

zona lo conocen, así que es fácil de localizar, ese tipo lo sabe todo de todos incluida la policía, él fue quién me dio el soplo de que venían a por nosotros, pero hay que tener cuidado porque estoy seguro de que también fue él quien informo a la policía de donde estaba la imprenta que hacía las octavillas.

–Pues en ese caso el tal Rufino nos cantará todo cuanto sepa del Negro sin la menor duda.

Después de esto la velada transcurrió de manera distendida hasta casi la madrugada porque no convenía que fueran por la calle a altas horas de la noche, pero antes de levantarse para marcharse, Antón, dirigiéndose a Juana dijo:

–Juana, saca el dinero y haremos un reparto.

Juana se levantó y se dirigió a uno de los dormitorios, regresó un instante después con cuatro sobres.

–Bueno, esto es lo que sacamos del último golpe. Como sabéis sólo conseguimos ochenta mil pesetas, era de suponer que en una pequeña fundición de campanas y rodamientos no podía haber gran cosa de dinero, pero si pensamos que el golpe fue rápido y sin contratiempos hay que pensar que no estuvo mal del todo. Yo había pensado repartir algo más de la mitad porque no conviene que nos vean gastar mucho ni llevar demasiado dinero al banco, el resto se quedará en depósito para gastos futuros.

–¿Y qué gastos futuros puede haber? –preguntó el Culata.

–La respuesta es muy sencilla si en algún asalto o acción alguno de nosotros resultara herido habría que llevarlo al cirujano y os aseguro que resulta bastante caro sacar las balas de la carne y más aún hacer que esa persona guarde silencio.

Todos estuvieron de acuerdo en lo que dijo Antón, era bastante razonable, por lo tanto, aceptaron adjudicarse sesenta mil pesetas: dos mil a Juana por los servicios prestados y el resto repartido proporcionalmente a partes iguales.

Después se llenaron los vasos y se brindó por la FAI y por la República, al rato se fueron marchando. Cuando ya por la calle se veía algún que otro transeúnte que iba al trabajo fueron yéndose por parejas para no llamar la atención. Al quedar solos Antón dijo:

–Yo voy a dejaros, en unos días no vendré. Cuando vuelva posiblemente ya traeré noticias sobre el asunto del Negro, tanto si hay posibilidades cómo si no, mientras tanto vosotros por si alguien preguntara decís que estáis casados o que sois hermanos lo importante es pasar lo más desapercibidos posible. La seguridad de todos nos va en ello.

–No te preocupes nosotros somos los más interesados en pasar desapercibidos.

Capítulo X

Cuando se marchó Antón, Mateo quedo con Juana en hablar de su situación, el día había sido emocionalmente agotador, el piso, aunque era pequeño no tenía problema de espacio puesto que había dos habitaciones como dormitorio por lo que Juana se retiró a la más amplia de ellas y Mateo se tumbó vestido en la cama de la otra habitación. Estaba tan cansado que ni siquiera le dio por abrir un pequeño armario ropero para coger alguna manta de las que allí había, prácticamente se quedó dormido en el acto.

Al día siguiente se despertó tarde, el sol ya estaba bastante alto por lo que cuando salió de la habitación después de darse los buenos días Juana preguntó:

–¿Quieres desayunar o prefieres tomar un café y esperar a la comida de mediodía?

-Tomaré café con unas migas de pan y luego comeremos lo que tú dispongas.

Juana lo miró con interés, sin ser necesariamente un hombre muy guapo tampoco era para no tener en cuenta pues era de altura media y facciones correctas, aunque ya marcando prematuras arrugas, signo evidente de su estancia en un campo de concentración calificado cómo el más duro de España. Aparte de eso para Juana tenía ese no sé qué que llevan impreso en su persona y aspecto los hombres que se han hecho a sí mismos.

Por su parte a Mateo también le picaba la curiosidad respecto a Juana, porque no era normal encontrar a una mujer cómo guía de montaña y mucho menos como guerrillera, no se le podía imaginar con un fusil en las manos enfrentándose a la guardia civil, pero tampoco la veía cómo una abnegada ama de casa, aunque de una cosa estaba seguro: algo o alguien la arrastró hacia una vida tan difícil, dura, peligrosa y con un futuro tan incierto. En cualquier caso, la realidad era que en las pocas horas que llevaban juntos habían congeniado bastante y aunque a ella se le veía más reservada se le notaba que estaba a gusto con Mateo ya que él era buen conversador y siempre sacaba a relucir anécdotas del frente que le hacían pasar ratos muy divertidos.

Tras cuatro días sin tener noticias de Antón ni del resto de sus compañeros, después de cenar, sentados en la mesa

camilla con un brasero de carbón debajo de la mesa, cómo siempre Juana sacó un paquete de picadura de tabaco y cada uno se lio un cigarrillo, los dos permanecían en silencio y Mateo pensó que era el mejor momento para tratar de saber algo de la vida de aquella mujer.

–Mira Juana no quiero que te molestes ni veas mala intención, pero tú lo sabes todo sobre mí y yo apenas sé nada de ti, y me gustaría puesto que estamos conviviendo bajo el mismo techo y posiblemente tengamos que permanecer juntos durante algún tiempo. Me gustaría saber qué es de tu vida, además he visto ropa de hombre en el armario que hay en mi habitación y no sé a quién pertenece, tampoco me has dicho si estás casada, ni si tienes familia, ni cuáles son tus planes para el futuro. Respecto a si te puedes fiar de mí te diré que me considero un hombre honesto, Antón te lo podrá confirmar, de todas maneras, si no me consideras digno de confianza no te preocupes, yo continuaré siendo el mismo, un compañero en quién puedes confiar para lo que sea, pero quiero que sepas que además de compañero quiero ser tu amigo.

Cuando Mateo terminó de hablar ella pegó una larga calada a su cigarrillo expulsando el humo, después de unos minutos de silencio como pensando la respuesta dijo:

–Supe quién eras desde el primer momento, aunque no supiera ni tu nombre porque me precio de conocer un hombre honrado en cuanto lo miro a los ojos lo que pasa es

que para adquirir esa virtud antes tienes que tragar la hiel del desengaño y la traición. Nací en un pequeño valle de nombre Tartás de Oveja cerca de la frontera con Francia en una especie de masía en la que vivíamos dedicados a la ganadería, en concreto a la cría de ganado caballar, poseíamos una yeguada para la cría de caballos de tiro y labranza, en primavera recogíamos los potros de una edad entre año y medio y dos años y los llevábamos a una corrala en las afueras del pueblo y los vendíamos, normalmente los compradores solían ser tratantes de la zona de levante que luego ellos vendían a labradores de la huerta de Valencia. También teníamos ovejas y algo de ganado vacuno, pero nuestra principal fuente de ingresos real era el contrabando, antes de la guerra pasábamos artículos como jabón, tabaco y especias, también piezas de maquinaria para alguna empresa de la zona. Mis padres murieron antes de empezar la guerra, por lo cual, y desde muy pequeña, me vi junto a mis tres hermanos, mayores que yo, conduciendo una reata de seis mulas a través de la frontera con Francia, luego con la guerra dejamos el contrabando y empezamos a pasar gente primero de España hacia Francia, solían ser curas, banqueros y en general gente de derechas, unos por miedo a los republicanos, otros porque tenían el dinero y en general por miedo a que les pegaran un tiro o los “pasearan”. Cuando acabó la guerra hubo un tiempo de cierta tranquilidad y volvimos al contrabando, todo esto terminó cuando empezó la actividad de los maquis, eran soldados republicanos que escapaban de los campos de

concentración franceses hartos del maltrato y el hambre pero que no podían entrar en España.

Juana hizo una pausa pegó un par de caladas expulsando el humo por la nariz bebió un pequeño sorbo de coñac y prosiguió:

–Al principio no era mucha la actividad de los maquis por lo que no había mucha policía y guardia civil y en consecuencia podíamos contrabandear pero cuando dinamitaron algunos trenes la cosa se puso más difícil, pero entonces estalló la guerra mundial y con la rápida ocupación de Francia por los alemanes muchos maquis se pasaron a la resistencia francesa y otros optaron por alistarse en el ejército francés libre, nosotros volvimos a nuestra actividad de pasar gente a través de la frontera pero esta vez desde Francia hacia España. Generalmente eran oficiales del ejército francés que no asumieron la derrota y buscaban reintegrarse al ejército francés que luchaba en Argelia a las órdenes del general Leclerc, pero desgraciadamente cuando los alemanes empezaron a batirse en retirada la resistencia francesa en los Pirineos dejó de tener objetivos militares y volvió la actividad guerrillera española, quizás con más virulencia si cabe y entonces volvieron los guardias civiles, la policía de frontera y los militares, y digo desgraciadamente porque a partir de ahí empezaron a hacernos la vida imposible. Empezaron a vigilar durante días las casas rurales cómo la nuestra, a veces se instalaban en ellas y comían de nuestros víveres que almacenábamos durante el verano

para poder subsistir en el crudo invierno, pero esta situación de por sí no era bastante mala, aún fue peor cuando crearon la contra-guerrilla. Era gente entrenada en la alta montaña en las condiciones más adversas, entonces cambiaron de táctica, empezaron a vigilarnos de lejos, sabían que siempre que podíamos avisábamos a los maquis, algunas veces nos visitaban haciéndose pasar por maquis para saber si les ayudábamos pero tampoco esa táctica les funcionó dado que nosotros conocíamos a casi todos los guerrilleros, entonces pensaron en la más criminal: eliminar las casas rurales creando una táctica de “tierra quemada” para que los maquis no tuvieran más remedio que entrar en los pueblos, porque en ellos se podría montar una vigilancia más eficaz. Un día se presentaron en nuestra casa y nos dijeron que cogiéramos todo lo que pudiéramos porque iban a dinamitarla, nos dieron veinticuatro horas para desalojarla, protestamos y nos resistimos, pero no nos valió de nada, nos molieron a palos y ni siquiera esperaron las veinticuatro horas, nos dejaron tirados en el exterior y sólo tuvimos tiempo de sacar las mulas del establo y engancharlas al viejo carro. Recogimos algo de ropa y el poco dinero que teníamos y apenas nos habíamos alejado quinientos metros vimos cómo nuestra casa, nuestros recuerdos y nuestro futuro volaba por los aires. Volvimos unos días después a recoger todo el ganado que pudiéramos el cual andaba desperdigado por el monte y lo vendimos, con lo que sacamos y el dinero que teníamos ahorrado hicimos un reparto y cada uno de nosotros buscó su futuro cómo mejor le pareció. Mis

hermanos están en Francia y yo me instalé aquí en Barcelona, ganándome la vida de la única manera que sé, ayudando en la lucha a la gente que no se siente derrotada y que no piensa rendirse fácilmente.

Juana dio por terminado su relato, con sus últimas palabras sus ojos recuperaron la mirada de mujer valiente y decidida que habitualmente mostraba y Mateo preguntó:

–¿Y la ropa de hombre que hay en el armario?

–Esa ropa es mía, si te has fijado es ropa de abrigo, es la que utilizo cuando tengo que cruzar la frontera. La ropa de mujer es incómoda, molesta y muy fría... y si tu pregunta se refiere a si estoy casada o comprometida mi respuesta es negativa.

Mateo esta vez la miró con más interés pues le parecía que no tenía mucha lógica que una mujer que había crecido y se había desarrollado en contacto con hombres no estuviera comprometida con nadie o lo hubiera estado antes, porque verdaderamente no estaba nada mal, aunque ya empezaba a notársele el paso del tiempo y la dureza de la vida que había llevado.

–Pues permíteme que te diga que no estás tan mal –dijo Mateo– lo que pasa es que no sabes sacar partido a tu físico porque, aunque eres una mujer limpia apostarí a que jamás has entrado en una peluquería, es más, seguro que ni

siquiera te has pintado los labios y creo que estás en la mejor edad para ser feliz y hacer feliz a cualquier hombre, tú lo vales y además te lo mereces.

Juana en verdad se sintió muy alagada, no esperaba que ningún hombre se pudiera fijar en su físico y eso le había gustado hasta el punto que decidió sincerarse y abrirse de una manera espontánea a aquel hombre que parecía lo que en su corazón y su cerebro tanto necesitaba, por primera vez en mucho tiempo sintió que no estaba sola, que podía confiar ciegamente en quien tan certeramente había sabido ver su interior y percatarse de que, a pesar de su aspecto duro, sólo era una mujer ansiosa de amar y de ser amada, ella había conocido a muchos hombres pero adivinaba rápidamente que sus intenciones no eran honestas, que para ellos sólo era “la pastora” y ella quería que la quisieran como Juana, y solamente uno la trató cómo cualquier mujer quiere que la traten, con respeto y cariño. Aunque finalmente sólo era fachada porque fue el hombre que más daño le hizo, fue el primero en quién confió y que aprovechándose de su inexperiencia y edad la engañó miserablemente.

–Ya que estamos de confidencias quiero que sepas que sí que hubo un hombre en mi vida y fue lo peor que me ha pasado, lo conocí en Toulouse concretamente en el Hotel París, era al principio de la guerra de España, yo estaba ayudando a cruzar la frontera a varias personas y no sabía lo que eran, pero ellos me indicaron que los esperaba alguien en el Hotel París y allí lo encontramos, era un hombre

maduro, pero de muy buen aspecto. Después de las presentaciones yo cobré lo convenido y me quedé en el bar mientras él, muy atento, los inscribió en el Hotel y los animó a que descansaran. Una vez libre de aquel compromiso vino hacia donde yo me encontraba, me saludó e invitó a una copa, era un gran conversador y para una chica criada en las montañas aquello fue cómo un milagro, me envolvió y aturdió con su charla en francés que es el idioma que invita a acariciar mientras hablan, detrás de la primera copa vinieron otras... total que cuando me quise dar cuenta estábamos en la cama. Pero a pesar de que no fue una experiencia agradable me sentía plenamente feliz, el sentirme abrazada por un hombre diciéndome palabras bonitas y amándome apasionadamente me hizo sentir importante ya que pensé que mi vida ya tenía sentido. A la mañana siguiente desayunamos en el bar y él me dijo que tenía una reunión de negocios con los recién llegados, que ya nos veríamos a la hora de comer. A partir de ese momento no nos separamos en toda la semana ya que era el tiempo que tenía que estar en Toulouse, pero el último día insistí en irme con él, yo en mi inocencia me creí sus palabras de amor eterno y fue entonces cuando me confesó que eso no podía ser porque estaba casado y tenía dos hijos.

Fue tan grande mi decepción que no pude ni reaccionar, sé que me estuvo hablando durante algún tiempo, pero yo no lo oía, como una sonámbula me alejé de él y regresé al Hotel, recogí mis cosas y regresé con mis hermanos que ya

empezaban a preocuparse, les dije que hacía mal tiempo y no me atreví a pasar las montañas.

–Realmente tuviste muy mala experiencia, pero no todos los hombres obramos del mismo modo, eso fue mala suerte, encontraste en tu vida a un hijo de puta que se aprovechó de ti, pero la vida sigue y las malas experiencias a veces nos benefician porque nos hacen más fuertes, mi opinión es que debes olvidar ese mal momento y dar a tu vida un sentido más positivo.

–Sí, creo que tienes razón, a partir de ahora voy a darle a mi vida un sentido más positivo, aunque no me va a ser fácil cambiar de costumbres y hábitos adquiridos de toda la vida, pero siento que puedo hacerlo y lo haré, no me importa lo que tenga que esforzarme, sé que lo puedo conseguir.

–¡Naturalmente que lo vas a conseguir! A partir de este momento ya no serás “la pastora”, serás Juana y no consentiré que delante de mí te traten de otra manera.

Juana lo miró con inmenso agradecimiento, por primera vez un hombre le hacía sentir –sin ni siquiera haberla tocado– que era mujer, que estaba viva, y que podía aspirar a buscar y encontrar esa felicidad a la que cualquier mujer tiene derecho.

–Tus palabras me hacen pensar que, aunque no me va a ser fácil porque tengo ya cierta edad con la cual muchas

mujeres ya se consideran solteras y temo que no lo pueda conseguir, quizás debiera continuar siendo “la pastora”, ahora mismo estoy confusa.

–Será mejor dejarlo para mañana, pero te aseguro que con esta conversación has dado un paso muy importante, ahora no debes flaquear, tú puedes ser muy feliz y mereces serlo.

Se levantaron y cada uno marchó a su habitación. Al día siguiente, después de desayunar Mateo dijo:

–Voy a bajar a comprar tabaco, cuando regrese iremos a dar una vuelta.

Pero Mateo fue a algo más que a comprar tabaco y cuando regresó le dijo a Juana:

–Juana, arréglate un poco que te están esperando en un sitio.

–¿En un sitio?, ¿qué sitio?

–Es una sorpresa, no te preocupes pues te va a gustar, pero date prisa.

Juana era por deformación profesional muy desconfiada, pero en esta ocasión estaba segura de que Mateo la llevaba a un buen sitio, aunque no podía imaginar qué podía ser.

Salieron y ya en la calle, Mateo la cogió del brazo, no estaba

seguro, pero quiso intentarlo, ella al sentir la mano del hombre en su antebrazo se estremeció, pero no dijo nada, se miraron y ella sonrió, por primera vez en su vida se sintió halagada y orgullosa de que un hombre la llevara del brazo por la calle cómo haciendo pública una relación, aunque ésta aun no existiera.

Anduvieron por varias calles hasta llegar a una pequeña plaza, de pronto Mateo se paró y dijo:

–Aquí es.

Encima de la puerta había un letrero que decía “PELUQUERIA de SEÑORAS”. Cuando Juana leyó el letrero se quedó parada dudando, pero Mateo casi la arrastro al interior y, encarándose con la que parecía la encargada, le dijo:

–Todo completo, depilación, tratamiento completo de cara y corte de pelo moderno, ¿cuánto tiempo tardará?

–De dos a tres horas. –Le respondió la empleada.

–Pues esperaré en el bar que hay aquí cerca.

Y Juana, casi temblando, se puso en manos de aquellas mujeres. En ese momento se sintió como un borrego que llevan al matadero pues era la primera vez que entraba en una peluquería, pero no quería desairar a Mateo porque comprendía que era lo que tenía que hacer si realmente quería un cambio de vida significativo.

Cuando terminó, Mateo aún no había ido a recogerla, pagó la cuenta y se miró por última vez en el gran espejo del establecimiento, se sintió más que satisfecha de su nuevo aspecto, pero tenía una duda porque no sabía cómo reaccionaría Mateo cuando la viera, quizás no le gustara porque según había oído a otras mujeres los hombres eran muy complicados.

Casi con miedo fue a buscarle al bar y entró, pero Mateo no se percató porque estaba de espaldas a la puerta y además estaba leyendo el periódico, ella se puso detrás y le quitó el periódico de las manos, entonces giró la cabeza, se levantó de la silla y bromeando preguntó:

–¿Quién es usted?, haga el favor de marcharse, estoy esperando a una chica.

Juana se le quedó mirando entre furiosa y confundida, entonces él soltó una risita.

–Lo sabía y te lo dije, eres la chica más guapa de Barcelona, seguro que ahora me despreciarás.

Ella ya no se pudo contener, se abrazó a él y lo besó en la boca y dos lágrimas rodaron por sus mejillas porque ahora sí estaba segura que aquel era su hombre, su Dios, era su todo.

–Venga Juani (por primera vez usó el diminutivo) que no hay para tanto sólo han sacado a la luz del día lo que tú ya tenías, eras cómo un diamante al que acaban de pulir.

–¿Entonces te gusto?

–Gustarme es poco, ahora mi temor es que me rechaces, porque a partir de ahora te van a sobrar admiradores.

–Eso no sucederá, porque yo ya encontré a mi hombre, pero los dos somos adultos y sabemos lo que queremos, desde el momento que te vi me gustaste, pero tenía miedo de que me tomaras por una mujer fácil, por eso la puerta de mi habitación la cerraba todas las noches al acostarme, tenía miedo de equivocarme, pero ahora ya estoy segura, la puerta de mi habitación siempre estará abierta para ti y ningún otro hombre la tendrá abierta jamás.

–Bueno, ahora que ya nos lo hemos dicho todo debemos de pensar en el futuro.

–Pues entonces tú dirás, yo haré lo que tú dispongas.

–Cómo ahora ya somos novios vamos a hacer lo que hacen los novios, de momento nos vamos a comer, en Hospitalet tengo entendido que hay buenas “fondas”, son pequeños restaurantes en los cuales sirven comidas buenas y bastante económicas. Después nos iremos al cine y luego ya pensaremos algo.

–Me parece realmente estupendo, creo que es una buena manera de empezar nuestra relación.

De regreso a casa cogieron un taxi que los dejó a unos

quinientos metros de su domicilio ya que aunque iban ciegos de amor y sexo tenían que continuar con la táctica de ser discretos y no dar pistas de donde vivían, pero tanto Mateo como Juana no podían aguantar más, y aunque ya en el cine habían tenido algunos escarceos no pudieron dar rienda suelta al fuego interior que les consumía dado que en los cines había curas que se aposentaban estratégicamente en el local para espiar a las parejas que se sobrepasaban en sus ardores emocionales, y les solía caer una multa porque –según decían– atentaban a la moral y las buenas costumbres.

Casi corriendo subieron los escalones y casi con violencia Juana abrió la puerta y sin pararse fueron directos al dormitorio, Mateo terminó rápido de desvestirse, pero ella con las últimas piezas se quedó dudando, se sentó en la cama y bajó la mirada, a lo que Mateo, extrañado, preguntó:

–¿Qué te pasa?

–Es que me da un poco de corte.

–Juani, yo te quiero, te deseo y quiero lo mejor para ti... si te sientes mal lo dejaremos para otro momento, pero debes de decidirte.

Ella respiró profundamente, levantó la vista y contempló la figura desnuda del hombre que a la luz de la pequeña lámpara del techo de una única bombilla le pareció la figura

más bella que había visto en su vida, ni siquiera en su primera vez se sintió tan atraída por el cuerpo de un hombre desnudo. No lo pensó más y se decidió, se quitó la ropa y se tumbó en la cama, él la contempló desnuda con todo el esplendor que irradiaba aquella hembra de brava montaña. Por su parte, Mateo tenía bastante práctica como para saber que a una mujer como Juana era fundamental hacerle un buen trabajo y él se sabía con la suficiente experiencia para llevarle a las más altas cotas de placer a las que un hombre puede llevar a una mujer.

Por eso empezó con caricias en el cuello y fue bajando hasta los pechos, al llegar a ellos notó los primeros temblores de máxima excitación de la mujer, que se hicieron más intensos cuando encogió las piernas y él besó y lamió el interior de los muslos, a partir de ese momento ella separó las piernas y fue cómo una llamada de arrebató, la pasión y el poder del sexo se apoderó de sus cerebros, no dando ni pidiendo cuartel hasta que ya de madrugada se durmieron.

Ella, cuando despertó ya avanzada la mañana se encontró abrazada a Mateo y con la cabeza reposando en su torso, entonces estiró el brazo y deslizó lentamente la mano hacia el sexo del hombre, notando que también había despertado y estaba al parecer de nuevo listo para iniciar la batalla. Levantó la cabeza y vio que Mateo la estaba mirando, sonriendo y él le dijo:

–Hola, buenos días, nos levantamos... ¿o qué?

–Primero haremos “o qué” y luego nos levantaremos.

Ni siquiera esperó a ver si Mateo estaba de acuerdo, se puso a horcajas encima y guiando con la mano el sexo ya endurecido al máximo del hombre empezó a cabalgarlo, primero con estudiada lentitud y luego ya con buscada rapidez, para que con la ya cercana venida del orgasmo entrar una vez más en el paraíso del placer carnal más absoluto.

Mateo la miraba mientras con las manos sujetaba sus caderas, hasta que ella se quedó quieta, iniciando una serie de pequeñas convulsiones, signo evidente de que había llegado el momento en que se pierde la noción del tiempo y del espacio y ella no es consciente de si está viva o muerta.

Por su parte también Mateo había alcanzado el clímax casi al mismo tiempo que Juana, y unos minutos después ya repuestos emocionalmente se besaron repetidamente. Después de liar un cigarrillo se levantaron y prepararon el desayuno de malta con migas de pan.

–Juani, tendré que salir a buscar trabajo, porque prácticamente no me queda dinero ni para tabaco y no está bien que tú cargues con todos los gastos.

Juana se le quedó mirando un momento, levantó el tazón de malta y bebiendo un sorbo dijo:

–Por eso no te preocupes.

–¿Cómo que no me preocupe? Tienes que comprender que yo no puedo consentir que mi mujer trabaje mientras yo me como la “sopa boba”, yo no soy un parásito.

–Yo sé lo que tú eres y sé que no eres un parásito, pero mi marido no va a trabajar en cualquier cosa, tú eres anarquista y según vuestra ideología os negáis a aceptar la explotación del hombre por el hombre, por eso luchasteis en la guerra y aunque la perdisteis no por eso vas a consentir que te deslomen trabajando.

–Sí, todo eso está muy bien, pero la realidad es que cada vez que nos levantamos de la cama tenemos unas necesidades básicas que se tienen que cubrir, y eso cuesta dinero y da la casualidad que es lo único que no tengo.

–Tú no, pero yo sí.

–¿Cómo que tú sí? ¿Pero es que no lo comprendes? Es por mi propia estima, un hombre, salvo de manera ocasional o transitoria y estando en plenitud de sus facultades físicas y mentales, no debe de consentir que nadie le ponga en la mesa un plato de comida gratis.

–No me has entendido, yo no he dicho que no vas a trabajar, sólo te dije que yo tengo el suficiente dinero cómo para poder esperar el tiempo que haga falta hasta que encuentres un trabajo digno y justamente pagado y simplemente te digo que no tengas prisa, que cuando

encuentres un trabajo debe de ser algo que te guste.

Mateo se le quedó mirando, cada vez le sorprendía más aquella mujer porque descubría facetas en su conversación que dejaba a mucha distancia a la mujer criada en las montañas supuestamente paleta, sumamente ignorante de la vida y siempre rodeada de animales. En ese momento tuvo miedo porque aquella mujer podía llegar a ser la mujer en la que todo hombre sueña para compañera de toda la vida y la que siente tu enfermedad o tu muerte cómo la suya propia, un amor a quien no le importen las adversidades ni los peligros con tal de seguir juntos y estaba seguro de que Juana era de esa casta, aunque el entorno en que se movían no era el más idóneo para una relación duradera porque estaba el compromiso adquirido con Antón, pero en cuanto aquel asunto terminara buscaría una nueva manera de vivir.

–Mira Juani, valoro y agradezco lo que acabas de decir pero creo que debemos ir pensando en otra clase de vida, lejos de maquis y anarquistas, ese no debe de ser nuestro futuro, en cuanto acabe nuestro compromiso con Antón yo buscaré un empleo y tú dejarás de ser una guía de montaña, nos casaremos, tendremos hijos y tú los criarás, educaras y me esperarás todos los días a que yo regrese del trabajo para hacer la comida, eso es lo que te espera si sigues conmigo, de lo contrario creo que aún estas a tiempo de dar marcha atrás.

–Ya te dije que tú eres mi hombre, y lo que sea de ti será

de mí. No me importa el que no estemos casados, un papel de más o de menos no me dará más felicidad de la que ya tengo.

Ya habían pasado dos semanas desde que se marchó Antón y no habían tenido noticias de él ni de los demás compañeros. Ellos seguían haciendo una vida normal cómo la de cualquier matrimonio y cómo ya habían entrado en primavera y hacía buen tiempo por la tarde, solían salir a pasear y tomar algún café o hacían una merienda-cena y regresaban a casa a escuchar la radio que Juana había comprado con su dinero; que según le dijo a Mateo tenía allí en el banco pero donde más tenía era en Francia, incluso tenía escondido en un sitio que sólo ella conocía en la ruta que solía utilizar para sacar a gente de España hacia Francia. Tenía dinero en billetes dentro de una saca de correos y además junto a ella una caja de madera con doscientos Amadeos (monedas de cinco pesetas de plata que llevaban grabada la cabeza de Amadeo I, Rey de España, con un peso de veinticinco gramos cada una). Creo que debe pesar -decía Juana- unos cinco kilos, algún día que te parezca pasaremos por allí y lo recogeremos, era de un banquero al que yo llevaba a Francia a través del paso fronterizo y que mataron los policías de frontera cuando nos descubrieron, fue un caso de mala suerte, ya casi habían dejado de perseguirnos y en un último disparo efectuado por los guardias salió rebotada la bala al dar en una piedra la cual le entró por un ojo y lo dejó seco, pero los guardias no vieron que había caído,

entonces cogí todo el dinero y la caja de monedas y lo escondí lo mejor que pude. Una vez en Francia avisé a la policía que ya se encargó de todo.

–¿Y no has vuelto por allí?

–Pues no... cómo no lo necesitaba...

Capítulo XI

Antón apareció a los veinte días. Era mediodía y Juana estaba haciendo la comida, llamó a la puerta con la señal convenida y se puso delante de la mirilla. Cuando Juana abrió la puerta y Antón la vio, una exclamación de sorpresa y admiración salió de su boca:

–¡Pero Juana!, ¡¿eres tú?! Si no fuera porque lo estoy viendo no me lo creería, ¿dónde dejaste la Juana que yo conocí? porque tú no eres la misma.

–Pues la dejé en una peluquería de Hospitalet junto con doscientas pesetas, allí se quedó Juana “la pastora” para siempre, ahora sólo soy Juana la compañera de Mateo.

Mientras, Mateo contemplaba la situación con una sonrisa de satisfacción. Le gustaba que la gente viera a Juana cómo una mujer guapa y que los hombres lo miraran con cierta envidia.

–¿Qué noticias traes? Ya creíamos que no te acordabas de nosotros, ¿has averiguado algo?

–He averiguado todo.

–Pues quédate a comer con nosotros y nos lo cuentas. Juana pondrá algo más en la olla.

–Iba a decírtelo yo, pero ya te lo ha dicho Mateo, siéntate que en una hora estamos comiendo.

Mientras, Mateo ya había sacado una botella de vino y tres vasos.

–Por lo que veo vivís bastante bien.

–Hombre, Antón, no es que vivamos cómo para tirar tracas, pero nos fijamos en los que están peor y como hay bastantes se puede decir que somos felices, –dijo Mateo entre risas.

–Bueno Antón –intervino Juana– ¿cómo está el asunto?

–Bien, pues seguimos la recomendación de Mateo, contactamos con el Rufino y por increíble que te parezca se prestó a colaborar sin condiciones.

–No debéis fiaros de él –dijo Mateo– porque estoy seguro de que es un chivato de la policía.

–Sí, eso es cierto, él mismo nos lo confesó, pero también

que odiaba al comisario con toda su alma. Al parecer fue uno de los culpables de que mataran a toda su familia y aunque él es franquista y de derechas aborrece y detesta a toda la gente que abusa de su cargo para maltratar a las personas y encima cobrando un sueldo. La historia es la siguiente, y es cierta porque hicimos un seguimiento discreto del personaje, según nos dijo el Rufino, y que constatamos posteriormente, el Negro tiene dos aficiones: la canción española y las mujeres, por eso acude tres veces por semana a la sala de fiestas “Andalucía de Noche” y allí conoció a una fulana que vino de Canarias para hacer la “carrera” en Barcelona, se llamaba Candelaria, aunque para los amigos y clientes era Candela. Pues bien, el tío se encaprichó de Candela hace ya un par de años y aunque está casado y con familia le puso un pisito muy discreto en Hospitalet, como quien dice a cuatro pasos de aquí. La dificultad está en que la noche que va a la sala de fiestas lo recoge un coche de la policía cuando termina el espectáculo y lo deja en la misma puerta del edificio del piso en que vive Candela.

Todos quedaron en silencio porque Juana había empezado a servir la comida, Mateo volvió a llenar los vasos de vino pensando que aquello lo ponía casi imposible para llevar a cabo.

–Entonces, ¿qué podemos hacer? –dijo Mateo.

–Déjalo de nuestra cuenta, se puede hacer el trabajo, solo que tendremos que preparar mejor las cosas. ¡Ah!, el Rufino

me preguntó por ti, se imaginó que te quedaste con nosotros y te envía recuerdos de todos, de Roberto, Benita y Ramona y dice que tienen ganas de verte.

–Hombre, a mí también me gustaría poder verles porque cuando los dejé tenían algún que otro problema entre ellos y si tú me dices que la cosa ya está tranquila me gustaría ir para presentarles a Juana ya que ellos son cómo de la familia.

–Pues al parecer –respondió Antón– creo que han aflojado un poco sobre el asunto de la propaganda, cómo de momento no podemos imprimir han levantado un poco la mano, creo que si puedes ir a saludar a esas personas, pero sería muy importante que pudierais obtener de la manera que fuera un carnet de la Falange porque ellos están por todas partes, suelen ir en grupo pidiendo la documentación y cómo no la lleves encima o no consideren satisfactoria tu identificación te dan una paliza o te llevan a la comisaría.

–Para eso creo que no habrá problema, Roberto puede hacernos el favor, es un artista falsificando y también en otras actividades.

–Pues convendría que esa amistad no se rompiera, quizás lo necesitemos en otras ocasiones.

Más tarde, cuando Antón se marchó y quedaron los dos solos, analizaron la situación y la realidad es que no estaban cómodos, se sentían atados a un compromiso que pasaba

nada menos que por la muerte de un comisario de policía y cómo la cosa saliera mal ellos entraban en el lote de los implicados. De todas maneras, ya estaban metidos hasta el cuello por lo que decidieron seguir adelante, consideraron que no era ya tiempo de rajarse. Ese fin de semana tratarían de ir a Barcelona.

El encuentro con Ramona y Benita fue una explosión de alegría, sobre todo con Ramona, era una sentimental de lágrima fácil, así es que cuando vio a Mateo lo abrazó y besó repetidas veces llorando, en cuanto a Benita la bienvenida no fue tan calurosa quizás porque vio que Mateo venía acompañado, su instinto de mujer le decía que aquella chica no era una amiga cualquiera. Y no se equivocaba, cuando la presentó como su mujer pero que no estaban casados, su rostro se ensombreció bajando la mirada, luego reacciono felicitándoles.

–Tenéis que quedaros a comer –Ramona tenía cierto interés– y me contáis vuestros planes, tú ya sabes que si algo necesitáis me tenéis a vuestra disposición.

–Gracias Ramona –y dirigiéndose a Juana– ya te dije que era cómo mi segunda madre, y aceptamos tu invitación, pero por si nos dabas achicoria después de comer te he traído un kilo de café y otro de azúcar moreno.

–Pero por Dios, Mateo –protestó– te habrá costado una fortuna ya que eso no se encuentra ni en el estraperlo y

además yo siempre guardo un poco de café para las grandes ocasiones y ésta lo es.

–Bueno, no tiene importancia, Juana tiene muchos amigos en Francia y se lo trajeron de allí.

La comida transcurrió en un ambiente distendido. Ramona se mostraba muy ilusionada con el embarazo de Benita a la cual ya se le empezaba a notar. Mateo creyó oportuno preguntar:

–Y con Roberto, ¿qué tal?, ¿has sabido algo de él?

–Sí, hace unos días vino a verme y me dijo que tú se lo habías dicho, pero tenía muchas dudas y quería que se lo confirmara mirándole a la cara, yo así lo hice, pero se marchó y no dijo nada, yo creo que él está convencido, pero le cuesta aceptar la situación.

–Ella –intervino Ramona– no tiene que ir detrás de nadie, ella sabe que aquí tiene su casa, ella y lo que venga, aunque yo sé que cualquier hijo necesita un padre, pero no tiene porqué aguantar a un hombre a cualquier precio.

–Es que no es cuestión de aguantar o no aguantar, ahora mismo no pienso en mí, pienso en mi hijo o hija, en cuando vayan a la escuela y sus amigos sepan que no tiene padre. Los niños en estos casos suelen ser muy crueles.

–Bueno –terció Juana– pienso que los dos lleváis razón, se

deberían de agotar todas las posibilidades, puede que el padre se lo esté pensando, de todas maneras, aún hay tiempo.

A media tarde se despidieron, prometiendo repetir la comida, querían contactar con Roberto para el asunto de los carnets por lo que se fueron al barrio chino. Mateo suponía –y hacía bien– que a esa hora estaría en el sitio de costumbre.

Y allí lo encontraron, en cuanto los vio se levantó y fue hacia ellos abrazando a Mateo, realmente se alegró mucho y más cuando le presentó a Juana cómo su mujer.

Los tres se sentaron a la mesa y pidieron café y copa. En cuanto les sirvieron Mateo comentó:

–Hemos estado en casa de Ramona comiendo, también estaba Benita y nos ha dicho que os habíais visto pero que no te pudo convencer y que no le importa que no la quieras a ella, pero le preocupa que el niño crezca sin padre.

–Es que yo no lo tengo claro porque ella estaba acostándose con otro y por muy eficaces que fueran los métodos que usó para no quedar embarazada ni ella ni nadie puede certificar que el crio es mío, voy a dejar que corra el tiempo.

–Entonces, ¿qué piensas hacer?

-Aún no lo sé, de momento esperar, hay tiempo para buscar una solución.

-También hemos venido a pedirte un favor.

-El que sea, si está en mis manos.

-Nunca mejor dicho, está en tus manos, necesitamos dos carnets de la Falange, uno para ella y otro para mí, un amigo nos ha ofrecido un trabajo y eso nos facilitaría mucho la cosa.

-¡Hostia! Eso está jodido porque ahora controlan mucho esos temas y circulan muchos carnets falsos por eso del economato, pero no está imposible, tengo a una amiga que está en la oficina, es mecanógrafa y en cierta ocasión le hice un favor, si ella me trae los impresos de lo demás me encargo yo, vosotros sólo tenéis que traerme dos fotografías tipo carnet y en una semana calculo que podré tenerlos. Aquí cerca hay un fotógrafo, vamos ahora y como suelen hacerlos al momento yo pasaré cuando me diga y los recojo.

-Pues no perdamos tiempo, nos tomamos una copa y nos vamos. El domingo que viene vendremos, comeremos juntos y nos dices lo que hay.

Al domingo siguiente se presentaron en el local que habían acordado, Roberto los recibió con una amplia sonrisa y Mateo entendió que el asunto había ido por buen camino.

-Vamos a sentarnos y os lo explico.

–¿Es que no ha podido ser?

–No, todo lo contrario, pero hay algo que debéis de tener en cuenta cuando os lo pidan.

Se sentaron a la mesa y pidieron la comida, Roberto sacó los carnets y entregó a cada uno el suyo, ellos los miraron y rieron bajito.

–¡Joder! Roberto, te has pasado, aquí me pones “Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.” y nada menos que ¡Jefe de Centuria! Has estado a punto de que me diera un ataque.

–Pues espérate con el mío, “Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.” a mí me ha hecho de golpe “Oficiala de Corte y Confección” y no sé coser ni un botón.

–Todo eso es lo menos importante, si os fijáis en el cuño que hay matando la foto veréis que pone Delegación de Valencia porque si pongo de Barcelona suelen preguntar por el nombre del superior que tengáis y si no lo sabéis os habréis metido en un buen lio. Si por alguna razón os pararan y os preguntaran por alguien de Valencia es una pregunta trampa, tenéis que responder que no lo conocéis y que estáis en viaje de novios visitando Barcelona, si además os preguntan dónde os alojáis les decís que estáis en la pensión de Ramona, yo hablaré con ella por lo que pueda ocurrir.

-¿Entonces está todo arreglado?

-En lo que a mí respecta, sí.

-Una pregunta, ¿qué sabes de Rufino?

-Pues ahora que lo dices hace días que no le veo, espero que no esté enfermo, de todos modos, como nadie sabe dónde vive en poco puedo ayudarle si es que lo necesita.

Terminaron de comer y salieron a dar una vuelta y tomar unas copas en distintos locales y luego se despidieron prometiendo volverse a encontrar en cuanto pudieran, y ellos dos regresaron a su domicilio comentando cada uno sus impresiones.

Al cabo de unos días se presentó Antón preguntándoles por los carnets que ellos le enseñaron. Antón después de verlos se los devolvió diciendo:

-Vuestro amigo ha hecho un trabajo excelente, se nota que es un buen profesional, deberíamos preguntarle la posibilidad de trabajar para nosotros, por supuesto ocasionalmente.

-No creo que aceptara, este trabajo lo ha realizado por amistad, con carácter personal y además no quiero mezclarlo en esta clase de actividades, y nosotros porque ya nos hemos comprometido... siempre que vosotros cumpláis vuestro trato.

–Por eso no te preocupes, está todo bien calculado, es posible que dentro de esta semana se realice el trabajo y en cuanto yo acabe el mío empezará el vuestro y os aseguro que la tarea que tengo para vosotros os va a encantar porque será cómo unas vacaciones pagadas.

–¿Y no podrías adelantarnos un poco más de información?
–preguntó Juana–

–De momento no porque es una operación a muy alto nivel y a gran escala. De momento os aconsejo que leáis todos los días el periódico.

Antón se marchó sonriente, casi divertido al ver la cara que ponían los dos.

Dos días después las noticias en prensa y radio a primera hora de la mañana lanzaban la gran noticia del día, la muerte del comisario Álvaro Pérez Uson en una emboscada tendida posiblemente por comunistas, a continuación lo explicaban con todo lujo de detalles, al parecer lo habían esperado dentro del portal del domicilio de un amigo que había ido a visitar y cuando el coche de la policía que lo había dejado se marchó y abrió la puerta varios individuos se abalanzaron sobre él y lo acuchillaron.

Ese mismo día apareció el Rufino por el barrio chino y Roberto, al verlo, lleno de alegría exclamó:

–¡Hombre Rufino! ¿Qué te ha pasado? estaba empezando a preocuparme, ¿sabes la gran noticia?

–La sé... la sé, quizás fui de los primeros en enterarme –había sido uno de los integrantes del comando, aunque no participó– pero ya lo dice el refrán: “quién a hierro mata a hierro muere” y a ese cabrón lo tenían que haber parido muerto.

–Bueno pues vamos a tomarnos una copa y a brindar para que vaya muchos años por delante, al final resulta que es cierto que a todos los cerdos les llega su San Martín.

Dos días después del suceso se presentó de nuevo Antón sonriente y contento:

–Hola pareja, ¿cómo estáis? supongo que sabréis que el trabajo ya fue ejecutado.

–Sí, ya lo sabemos, y lo estamos disfrutando porque hay más policías por esta parte de Barcelona que en toda Cataluña.

Y en cuanto a lo nuestro, ¿cuándo nos lo vas a explicar?

–Vamos a ver, vamos a hacer una cosa: podemos salir a comer a un sitio discreto y os lo explicaré, es que se trata de un asunto sumamente delicado, aunque no peligroso por el momento.

–No hay problema –dijo Juana– ahora me arreglo un poco y salimos.

Entraron en una Tasca que había cerca de allí y pidieron la especialidad de la casa. En aquellos locales la carta te la explicaban a viva voz: ¡Potaje, judías con chorizo, huevos fritos con patatas y de postre manzanas o peras de Lérida! y poco más, los tiempos no estaban para reventar de mucho comer sino de todo lo contrario.

–El asunto es el siguiente: alguien tiene interés en hacer un sondeo a la población del Valle de Arán para saber hasta donde estarían dispuestos a ayudar en caso de que soldados de la República conquistaran y ocuparan el Valle.

Mateo y Juana se miraron cómo si no comprendieran.

–Vamos a ver –dijo Mateo– ¿nos estás diciendo que alguien que, según tú está en su sano juicio, pretende invadir y conquistar por la fuerza de las armas el Valle de Aran, pero antes quiere saber si la gente de allí lo recibiría con ramas de olivo y de palmera cómo al mesías?

–Más o menos esa es la idea, y para desarrollarla se trasladarán algunas personas por los pueblos de la región que elaboraran un informe que será entregado en el Hotel París de Toulouse a la persona que hubiera hecho el encargo. Ante todo, que quede bien entendido que este trabajo será totalmente confidencial y secreto. Yo había pensado en

vosotros dos porque podéis pasar por matrimonio sin levantar sospechas y os considero lo suficientemente hábiles y discretos cómo para llevar a cabo este trabajo con éxito seguro.

–Entonces nuestra misión concretamente consistiría en viajar visitando todos los pueblos del Valle, preguntando discretamente lo que nos interesa y una vez que tengamos ese informe viajaríamos hasta Toulouse y lo entregaríamos a la persona interesada o a alguien designado a tal efecto.

–Lo has entendido perfectamente.

–Y eso, ¿para cuándo debería estar realizado?

–Estamos a finales de junio, cómo máximo a mediados de agosto.

–y sobre la parte económica, ¿qué se ha pensado?

–En los pueblos más importantes hay oficinas de cierto banco, en él se habrán depositado unas cantidades de las que podréis hacer un uso moderado para manutención y alojamiento. En su momento yo os daré una libreta de ahorro a vuestro nombre.

Terminaron de comer y de brindar varias veces por el éxito de la misión y se marcharon, pero Juana no lo veía tan fácil, conocía demasiado a la gente de la guerrilla y sabía que era gente valiente pero si se trataba de una operación del nivel

que Antón había insinuado era casi seguro que tanto la guardia civil cómo la policía de frontera ya lo sabían y si el asunto se estaba “cocinando” en el Hotel París de Toulouse, peor aún, porque aquel Hotel desde siempre había sido un nido de espías y así se lo dijo a Mateo.

–Este asunto –comentó Juana– no lo veo tan fácil cómo lo pinta Antón.

–Conozco a Antón desde hace muchos años y si hubiera algún problema nos lo diría.

–Quizás él no lo sepa, pero conozco el Hotel Paris lo suficiente como para no fiarme.

Mateo la miró preguntándose qué más sabría Juana que no le había dicho.

–Pues deberías de habérselo comentado, piensa que somos nosotros los que tenemos que asumir el máximo riesgo, a mí esto tampoco me gusta, pero hemos contraído un compromiso con esta gente y pienso que no debemos de ser nosotros quienes lo rompan.

–Puede que tengas razón, pero tengo un mal presentimiento porque es seguro que todas las rutas de penetración desde Francia estarán vigiladas al máximo, aunque existen algunas alternativas, pero más difíciles por las dificultades del terreno ya que es muy escabroso.

-Bueno, cómo aún nos quedan varios días podríamos ir a visitar a mis padres, te los presentaría y de paso vería el resultado de un asunto que dejé a medio terminar allí en el pueblo. Podríamos ir este fin de semana si te parece.

Capítulo XII

Así lo hicieron. Los padres de Mateo recibieron a Juana cómo es de suponer, con grandes muestras de alegría y satisfacción. Cuando Mateo la presentó cómo su mujer a sus padres estos sonrieron divertidos, pensando en las teorías que desarrollaba respecto al matrimonio cuando era anarquista, pues era partidario del amor libre y cuanto más libre mejor.

Su primera pregunta fue para interesarse por el asunto del sargento.

–El sargento –dijo su padre– hace un par de semanas salió del pueblo casi de estampida y los otros guardias están esperando destino, según dicen van a sustituir a todos en este cuartel, la gente te está muy agradecida, deberías quedarte aquí, ahora hay bastante trabajo y no te sería difícil adaptarte de nuevo.

–Ahora mismo no podemos, yo tengo trabajo en Barcelona y Juana tiene un piso en el que estamos viviendo, pero quizás más adelante si tenemos familia nos lo plantearemos.

–Pues tenéis que venir más a menudo porque nosotros cada día somos más viejos y nos encontramos más solos y a los viejos no nos matan los años, nos mata la peor de las enfermedades, y es una que se llama soledad.

–Nosotros comprendemos vuestra situación, pero vosotros debéis de comprender la nuestra y hoy por hoy no es fácil un cambio de vida tan radical, pero os prometemos que os visitaremos siempre que nos sea posible.

El fin de semana transcurrió con la normalidad que se suele vivir en los pueblos, es decir, las mujeres en casa y los hombres en el bar planificando el trabajo para el lunes siguiente.

La madre de Mateo estaba encantada con Juana y ésta se encontraba como en su propia familia. Fue presentada a todo el vecindario con cierto toque de orgullo y satisfacción por parte de la madre de Mateo porque ya empezaba a pensar que su familia se acabaría con su hijo, pero a partir de ahora había renacido en ella la esperanza de conocer algún nieto porque pensaba que Juana era la mujer ideal para su hijo. Además, había notado la gran disposición que ella mostraba para formar una familia, aparte de que se le veía a la legua que aquella mujer amaba a su hijo, por la

manera de preocuparse y preguntar cuando salía de casa a dónde iba y cuanto tardaría en regresar. Para ella eran síntomas del cariño que le tenía.

El regreso a Barcelona fue prácticamente una planificación familiar por parte de Juana, la cual por lo visto había salido impactada por la sencillez de la vida en el pueblo, la amistad y solidaridad de aquellas gentes a pesar de que aún se notaban las secuelas de la guerra que habían quedado entre vencedores y vencidos.

Llegados a Barcelona reanudaron la vida con la misma monotonía con que habían partido, pero en Juana sí se había realizado un cambio, y en los días que siguieron posteriores a la visita al pueblo los comentarios e insinuaciones que le hacía a Mateo giraban en torno a la conveniencia de un cambio de vida porque ella pensaba que no tenían necesidad de vivir pensando que cualquier día la guardia civil llamaría a la puerta.

Ella pensaba que tenían (siempre hablaba del dinero de los dos) suficiente para vivir con cierta comodidad, solo tenían que ir a recogerlo, con lo que tenían en España tenían suficiente para cubrir sus necesidades básicas durante mucho tiempo, quizás durante algunos años, pero lo que tenía escondido era una verdadera fortuna y era de ellos. Aunque Mateo era reacio a compartir lo suyo cómo de los dos, lo había podido convencer para que lo aceptara cómo bienes comunes porque ella pensaba que la felicidad y el

placer que Mateo le había dado y que continuaba dándole era impagable, con él no solo disfrutaba del sexo cómo jamás pensó que disfrutaría si no que había aprendido de él a apreciar el disfrute de una buena comida en un restaurante, ir al cine para ver una película de estreno, gozar de unas horas de peluquería rematando con un buen masaje, además de infinidad de pequeñas grandes cosas cómo regresar a casa con un ramo de flores y abrazarla y besarla con la pasión que solo besan los que sienten el amor correr por sus venas. Por todo eso y porque además porque estaba segura de que Mateo la amaría de la misma manera, aunque no tuviera dinero, porque era de esa clase de hombres que la honradez le sale por los poros y ella sabía que lo tenía muy fácil, sólo tenía que hacer que él disfrutara de su cuerpo y del dinero que tenían. Y cuando aquel compromiso que habían contraído con Antón terminara, le daría cuantos hijos pudiera... aunque tenía un mal presentimiento.

Algunos días después se presentó Antón, no parecía demasiado contento y así se lo hizo saber, por lo visto había un cambio de planes.

–¿Y cuál es el cambio? Pero te prevengo que si no nos gusta no lo aceptaremos.

–Bueno en principio vamos a seguir el mismo plan y si éste fuera favorable se continuaría con la segunda fase, y esto de alguna manera también os afectaría a vosotros porque se trata de introducir material logístico en forma de municiones

y explosivos a través de la frontera con Francia por los pasos que tan bien conoce Juana. Para poder disponer de este material y tener abastecido sea cual sea el contingente de hombres, posiblemente se trataría de dos viajes y según las previsiones habría que disponer munición para dos días porque se considera que una vez conquistado parte del territorio se les podría abastecer por carretera, eso es lo planificado.

–Tú dices –intervino Juana– que está todo planificado, pero ¿os habéis parado a pensar que el enemigo puede estar ya al corriente de vuestros planes?

–Esto lo sabemos muy pocas personas, pero naturalmente cabe la posibilidad de que puedan saberlo. De momento no han enviado más refuerzos a los cuarteles ni se ha notado incremento de vigilancia en la frontera, aparte de que tampoco sabrían cuándo se atacará ni por dónde.

–Pero tú nos dijiste que se estaban reuniendo regularmente en el Hotel París de Toulouse y según Juana ese hotel de siempre ha sido un nido de espías tanto de franceses como de alemanes, incluso de contrabandistas. Y dudo que lo sepa alguien mejor que ella.

–Sí, eso es verdad, pero creo que de momento debemos de ser optimistas, aún falta mucho para que empiece el jaleo y pensándolo bien a lo mejor ni empieza.

Entonces Antón sacó del bolsillo interior de la chaqueta una libreta de ahorro de uno de los principales bancos y se la entregó diciendo:

–Aquí tenéis una libreta de ahorros de este banco, tiene oficinas en los mayores pueblos del Valle de Aran. Cada quince días a partir de la fecha en que decidáis nos pondremos en contacto en Viella, cuando emprendáis el viaje me avisáis a este teléfono cualquier día por la tarde, ¡ah! tenéis que exigir factura de todos los gastos que tengáis, además de tratar de reflejar vuestras conclusiones y opiniones por escrito.

Cuando terminó su explicación, Antón miró a la pareja, Juana se encogió de hombros cómo dejándole la decisión final a Mateo, el cual tampoco expresó ninguna duda respecto al viaje de sondeo, pero no así en lo de pasar la frontera dos veces con municiones.

–Lo del viaje lo tenemos claro, pero lo de pasar la frontera dos veces no tanto. Tenemos que pensarlo porque esto altera nuestros planes... y mucho.

–No tenéis que preocuparos, primero es lo primero y después ya se verá. De momento vamos a seguir el protocolo que nos han marcado, en cuanto a todo lo demás aún se tiene que planificar.

–Bueno –respondió Mateo–, esperemos que sepan lo que

se hacen porque no quiero ni pensar en lo que nos ocurriría de no salir bien las cosas.

–No te preocupes porque todo va a salir bien.

Ya con todo lo importante hablado quedaron en desplazarse el lunes próximo. Empezarían el recorrido por Bausen, último pueblo del Valle, frontera con Francia, después recorrerían los más de treinta pueblos que componen el Valle de Arán, aunque algunos de ellos solo fueran simples aldeas o conjuntos de casas en los cuales el horno hacía las veces de tienda de comestibles, zapatería, etc.

Cuando quedaron solos Juana sonriendo le dijo a Mateo:

–Este viaje nos viene que ni pintado para recuperar lo que dejé escondido.

–Pero, ¿estás segura de dónde lo dejaste?

–Estoy más que segura, aquellas montañas han sido mi casa desde que me parieron, conozco cada barranco, cada árbol y cada piedra de todo el pirineo catalán, al menos todos los pasos utilizados de toda la vida desde tiempo inmemorial para hacer contrabando y aunque hace años que no voy por allí me acuerdo como si fuera ayer de donde deje escondido aquello, además según dicen tengo un sentido de la orientación fuera de lo común.

–¿Y si alguien por casualidad lo hubiera encontrado?

–Sólo yo puedo encontrarlo, ni siquiera otra persona aun siguiendo mis indicaciones desde aquí lo encontraría, ahora en lo que hay que pensar es en si vamos antes de viajar al Valle de Arán o después, porque no nos viene de paso, tendríamos que desplazarnos a propósito.

–Será mejor que lo aplacemos para la vuelta, con más tranquilidad iremos a buscarlo.

Tal y como estaba previsto, el lunes siguiente a la conversación con Antón emprendieron el viaje avisándole de su partida por teléfono. La mejor combinación de transporte de viajeros desde Barcelona era en autobús hasta Viella. Cuando llegaron, dado que estaba anocheciendo sólo les dio tiempo de buscar hospedaje en el único hotel que había, después de instalarse salieron a dar un paseo y cenaron en un hostel cerca del hotel.

Durante la sobremesa diseñaron su plan de acción, en ese aspecto era Mateo, por su pasado sindical, el más preparado.

–No podemos ir por la calle preguntando a la gente sobre el asunto, y cómo solamente tenemos un mes para sacar conclusiones creo que debemos concentrarnos en las grandes poblaciones y estar varios días en cada una de ellas, o sea el tiempo suficiente para que algunas personas tengan

algo de confianza en nosotros como para tener una conversación de manera distendida, sin que sospechen de nuestro interés.

–¿Y dónde podemos desarrollar nuestra actividad?

–Normalmente dónde se suele reunir la gente de forma habitual, por ejemplo, en bares, peluquerías y en lugares de ocio o donde se practique algún deporte.

–Pues empezaremos mañana –Juana sonrió picarona– creo que necesito algo de peluquería porque últimamente te encuentro un poco frío.

–¿Frío dices? Hace dos días nos cascamos doce horas en la cama y te recuerdo que no fui yo el primero en sacar “bandera blanca”, pero no importa, hoy te volveré a demostrar que para ciertas cosas soy de otro planeta.

Ambos rieron la salida de Mateo porque realmente se veía a la legua que los dos estaban totalmente compenetrados a todos los niveles en lo que se refiere a la convivencia diaria de una pareja.

Los días pasaban rápidos visitando pueblos recabando información, que realmente no les era muy difícil, pero cuando lo intentaban en la zona rural o poblaciones pequeñas les fue realmente imposible porque la gente en esos lugares era de una desconfianza total, aunque lo más sorprendente era la indiferencia en la acogida de cualquier

noticia referente al maquis o guerrilla organizada, la inmensa mayoría dudaban de su existencia, decían que habían oído rumores, pero les parecía poco probable que se pudiera llevar a cabo cualquier acción en contra del Gobierno también porque además había mucha vigilancia de frontera.

A primeros de agosto consideraron su misión concluida. Habían recabado información de prácticamente todos los sectores de la población, incluso de algunos militares, gracias a la habilidad y coquetería de Juana que provocó un pequeño encuentro amistoso con un soldado perteneciente al Batallón de Cazadores de Montaña, con cuartel en Jaca, pero que había conseguido un permiso de tres días. El soldado se había desplazado al Valle de Aran para disfrutarlos con algunos compañeros que por casualidad se habían alojado en el mismo Hotel que ellos y, como suele suceder, el bar es para el soldado lo que es la iglesia para el cura, o sea de visita obligada. Y para más casualidad en ese momento estaba sola en el bar porque Mateo había decidido dar una vuelta por el pueblo.

Ella ni siquiera había reparado de la presencia de tres hombres que había en la barra, estaba sola en una mesa sentada esperando a Mateo y sacó un cigarrillo de la pitillera de plata que siempre llevaba con ella cuando no estaba de trabajo pasando frontera. Al tratar de encenderlo al mechero le dio por no prender, pero uno de los hombres que había en la barra que no había perdido ojo de la presencia de Juana y de lo que le estaba pasando con el encendedor se

le acercó solícito y encendiendo el suyo lo aproximó a ella diciendo:

–¿Quiere fuego?

Ella se le quedó mirando un momento como dudando, pero pensando que se le había presentado una buena ocasión para ampliar el sondeo dijo:

–Sí por favor –momentos después– gracias.

–¿Estás sola? ¿Puedo sentarme?

Pero antes de hacer la pregunta ya se había sentado. Juana sonrió pensando que aquel tipo era el clásico pelmazo que una se puede encontrar en cualquier parte, pero apenas habían empezado a hablar de cosas intrascendentes ya tenía a los otros dos sentados a su mesa. Entonces fue cuando se enteró de que eran militares de permiso, aunque iban vestidos de paisano, después de algunas copas la tertulia empezó a animarse, ellos empezaron a hablar de la vida cuartelera, de las marchas y los ejercicios en la alta montaña, oyendo sus relatos Juana fingía estar impresionada y hasta se atrevió a preguntar:

–Por aquí se dice que hay muchos maquis o guerrilleros, que es gente muy peligrosa, seguro que os habréis enfrentado alguna vez, ¿son tan malos como dicen?

–Realmente gente buena no es, aunque nosotros ya

llevamos algún tiempo y no hemos visto a ninguno, pero sí nos consta que por esta parte entran desde Francia, aunque la gente no les presta ayuda, y normalmente los denuncia, no quieren complicarse la vida.

Estuvieron largo rato hablando sobre el tema hasta que Juana comprendió que aquello ya no daba más de sí. Entonces apareció Mateo que al verla frunció el ceño, ella al verlo se levantó dando las gracias por las copas que le habían invitado y se fue.

Una vez solos en la habitación Mateo preguntó con cierta ironía.

–¿Qué Juani? ¿De pesca? Es inútil que te esfuerces, no encontraras otro como yo.

–¡No seas tonto! sabes que yo no soy de esas –y sonriendo– pero mira por donde me he enterado de que soy muy guapa y que estoy muy buena... entre otras cosas.

–Pues como yo ya sé que eres guapa y estás muy buena, explícame las otras cosas.

–Empezaré por decirte que eran soldados, para más señas Cazadores de Montaña que pertenecían al cuartel de Jaca pero que a menudo hacían ejercicios de contraguerrilla por esta zona y suelen estar en contacto con el medio rural, ahora estaban de permiso. En resumen, he conseguido llevarles al tema que nos interesa y según ellos la gente no

quiere complicarse la vida ni quiere que se la compliquen de hecho en muchos casos suelen denunciarlos.

–En ese caso creo que ya debemos de dar por cerrado este asunto e informar a Antón.

–Entonces convendría que nos diéramos una semana de plazo antes de entrevistarnos con él y pasaríamos antes a recoger el paquete que dejé escondido.

–Está bien, haremos lo que tú dices, así es que desde ahora tú marcarás el itinerario.

–Bueno, de momento aunque podríamos ir directos desde aquí pienso que será menos complicado salir desde Barcelona porque tenemos mejores condiciones para desplazarnos, una vez allí buscaremos el autobús que nos llevará hasta Olot y a partir de allí tenemos dos pueblos más pero ahora mismo ignoro las combinaciones actuales para llegar hasta ellos, supongo que habrá algún medio porque hace años que no voy por allí, espero que hayan puesto algún autobús porque aquellos pueblos estaban bastante aislados, sobre todo en invierno a causa de la nieve.

–Pues espero que todo salga bien y valga la pena el viaje.

–Estate tranquilo que si las cosas están como las dejé habrá valido la pena, no tengas dudas.

Capítulo XIII

Al día siguiente salieron hacia Barcelona, apenas dándose tiempo para descansar y comer algo, ni siquiera salieron del piso para visitar a sus amigos Roberto y Ramona porque el autobús que salía hacia Olot partía a las seis de la mañana. Era un viaje largo y pesado con muy malas carreteras y más a medida que se acercaban a la zona montañosa con cuevas que para el viejo autobús parecían cada vez más difíciles de superar, pero al fin llegaron a Olot. Una vez allí lo primero fue preguntar si había algún medio para ir a Camprodon pasando por Sant Pau de Segúries y les dijeron que salían dos autobuses, uno por la mañana y otro por la tarde el cual estaba a punto de salir, pero según Juana llegarían de noche y tendrían que buscar alojamiento por lo que decidieron pernoctar en Olot y salir por la mañana, más frescos y descansados, como quiera que Juana aun no le había explicado a Mateo el itinerario que seguirían, éste preguntó:

–¿Entonces es Camprodón el final de nuestro viaje?

–No a partir de allí empieza lo difícil porque el resto lo tenemos que realizar andando. De ese pueblo parte un camino de carros hasta Setcases, ya en el Pirineo. Para entonces ya estaremos cerca de nuestro destino, pero también tengo que decirte que es allí donde está el peligro, pues es donde posiblemente haya alguna patrulla de policía de fronteras o guardia civil. De todos modos, puede que tengamos suerte porque no parece que por aquí haya mucha actividad policial y si no hay por aquí puede que por allí tampoco la haya. En cualquier caso, aprovecharemos para hacer algunas compras.

–¿Compras? ¿cómo qué? Si parte del camino lo tenemos que hacer a pie no deberíamos cargar mucho.

–Hombre, tenemos que comprar lo imprescindible, ten en cuenta que cuando pasemos Setcases –en el cual no entraremos– posiblemente aun nos queden dos días hasta territorio francés civilizado, por lo tanto, tenemos que comprar dos mochilas grandes de las llamadas alpinas, algo de ropa adecuada y dos impermeables porque en esta época las tormentas de montaña son relativamente frecuentes. Luego está la comida para cuatro días, sobre todo chocolate, por aquí es muy bueno y energético, y algún utensilio para poder calentar latas de conserva de las que también compraremos.

Conviene tomar algo caliente de vez en cuando, ¡ah! y dos

mantas grandes porque hay veces que la temperatura baja de repente rozando el cero.

–¿Y con una manta no bastaría?

Juana sonrió con picardía, se imaginó por donde iba el comentario de Mateo.

–Puede que sí o puede que no, en la alta montaña nunca se sabe, pero el llevar dos mantas es por precaución, a veces he tenido que poner una encima de la otra y aun así buscar algún abrigo natural por si se levantaba alguna ventisca.

Después de buscar alojamiento para esa noche, se dedicaron a comprar según la lista que hizo Juana en la que había incluidos dos cuchillos de monte.

–¿Para qué dos cuchillos?

–Nunca se sabe lo que te puedes encontrar en la montaña, puede haber lobos e incluso osos.

–¡No jodas! Entonces, ¿no sería mejor comprar una escopeta?

–Eso ya lo averiguaremos en Camprodón, si hiciera falta también la compraríamos.

A la mañana del día siguiente, tras comprar todo el equipo que había en el listado, subieron al autobús el cual llamarlo

como tal era una total exageración puesto que era prácticamente chatarra de la guerra, simplemente le habían adaptado un motor a un chasis y luego le habían atornillado unos asientos de madera.

Cuando subieron al vehículo tanto Juana como Mateo tenían serias dudas de que pudiera ponerse en marcha y salir del casco urbano de Olot, tantas dudas tenían que preguntaron a otro pasajero, un hombre viejo que por lo visto conocía el vehículo porque según decía viajaba en ida y vuelta de Camprodón a Olot una vez por semana para vender queso fresco y curado pues tenía ganado tanto de cabras como de ovejas. Cómo eran vecinos de asiento se saludaron, después, cuando el autobús llegó a la carretera Mateo saco la petaca de tabaco y se la ofreció, el viejo la aceptó con satisfacción y agradecimiento:

–Agradezco el tabaco ya que hace días que me estoy fumando boñiga de mula seca mezclada con plantas aromáticas del monte porque el tabaco aquí es un lujo, aunque de todas maneras cuando llevas un tiempo fumando boñiga consideras que no esta tan mala, hasta el punto que te cuesta reengancharte al tabaco.

Juana y mateo rieron la salida del viejo, y ya establecida cierta confianza Mateo preguntó:

–¿Cree usted que llegará?

–Llegara y volverá, no lo dude, todos los días lo hace siempre que no haya mucha nieve, eso sí, si tiene mucha prisa acabará con el tabaco de la petaca y con los nervios destrozados.

Volvieron a reír, pero esta vez también el viejo se rio de su sentido del humor, según dijo Juana después a Mateo por lo visto era muy raro encontrar gente así por aquellos lugares porque normalmente eran gente poco comunicativa, sobre todo los pastores.

Ella conocía bien a la gente que vivía del pastoreo por ser ella misma hija de pastores, al igual que toda su familia. Decía que toda esta gente por ser de un oficio en el que pasaban muchas horas en solitario solían hablar más con sus perros que con las personas de su entorno, solamente en los largos días de invierno en que los animales no salían a pastar aprovechaban para leer algún libro (quien sabía leer) y relatar historias al calor de la leña que ardía en la chimenea.

Llegados a Camprodón se despidieron del viejo, pero antes Mateo sacó un paquete de picadura de tabaco y se lo dio, el cual, en justa correspondencia, del pequeño saco de esparto que llevaba extrajo un queso de cabra curado y Mateo –al ver que se lo daba– protestó, incluso trató de pagárselo, pero el viejo reusó coger el dinero.

–¡Hombre esto vale más que el tabaco! No podemos aceptarlo.

–Eso no tiene importancia, por lo visto a ustedes les sobra el tabaco y a mí me sobra el queso así que el trato pienso que ha sido justo.

Se estrecharon las manos, el viejo les deseó suerte y guiñándoles el ojo les dijo:

–Y no se preocupen, ni por esta zona ni por Setcases hay policía ni guardia civil.

Por lo que observaron posteriormente era cierto, ni por el camino hasta el pueblo ni después de pasarlo ni siquiera vieron a nadie.

Para no entrar en el pueblo dieron un pequeño rodeo y aunque ya era media tarde prefirieron no hacerse notar, pasando la noche al abrigo de unas rocas en un pequeño barranco por el lecho del cual discurría un arroyo de aguas cristalinas, gracias al cual pudieron reponer el agua para beber y poder guisar algo de las conservas que llevaban. El día había sido especialmente duro por la falta de hábito de marchar y además había sido bastante caluroso lo que sumado a la carga adicional de las mochilas aún se notaba más el calor. Aunque hacían pequeños descansos el calor y lo accidentado del terreno les había dejado bastante agotados así que la cena fue rápida y ni siquiera hicieron fuego, comieron algo del fiambre que llevaban y se acostaron, quedándose dormidos rápidamente. A la mañana siguiente, quizás por estar acostumbrada a una vida más en

contacto en la naturaleza, apenas despuntó el sol por encima de las montañas ya se había levantado Juana, mientras Mateo aún dormía plácidamente. Ella empezó a preparar el desayuno, pero el olor a café y el ir y venir de Juana lo despertaron.

–¡Joder Juani, con lo bonito que era lo que estaba soñando!

–¿Y qué soñabas? Si puede saberse.

–¡Huy, no te lo puedo decir!

–¿Por qué?

–Porque dicen los curas que eso es pecado.

–¡Siempre estás pensando en lo mismo!

–Y tú también, ¿o no es así?

Los dos rieron pensando que no podía empezar mejor el día. Cuando terminaron de desayunar recogieron todos los bártulos y emprendieron la marcha.

–Tengo que orientarme –dijo Juana– creo que ya debemos de estar cerca.

Empezaron a caminar tratando de coger altura para tener una perspectiva del terreno más amplia y al rebasar por la cima de una pequeña colina Juana exclamó.

–¡Allí es! Estoy segura.

Donde estaba señalando era un abrupto barranco con grandes rocas en sus laderas, bajaron casi corriendo y empezaron a caminar por el lecho seco hasta que Juana se paró delante de una enorme roca la cual presentaba una hendidura que estaba taponada con algunas piedras de regular tamaño, cómo estaba algunos metros por encima del lecho del barranco tuvieron que trepar hasta ella y empezaron a quitar las piedras. Cuando ya llevaban algunas, Mateo dijo:

–¿Pero estás segura?

Juana lo miró sonriente sin dejar de quitar piedras y le respondió:

–Como que me tengo que morir, no te preocupes que ya estamos cerca.

La grieta era más profunda de lo que parecía, tanto que Juana tuvo que meter todo el cuerpo y arrastrarse unos metros, pero cuando regresó le entregó a Mateo la caja con las monedas de plata, la cual estaba intacta a pesar del tiempo transcurrido, era señal evidente de que no había sufrido deterioro por humedad ni otras causas, volvió Juana a arrastrarse hacia el interior pero esta vez, después de unos largos minutos regresó tirando de una saca de fuerte toldo, parecida a las de correos pero impermeabilizada en su

interior, y la boca, con algunos ojales metálicos estaba casi herméticamente cerrada por una fina correa de cuero. Cuando salió se puso en pie diciendo:

–Si lo que hay dentro está en buenas condiciones viviremos como reyes toda nuestra vida.

Mateo la ayudó a sacudirse el polvo y las telarañas de la ropa mientras le decía:

–Vamos a buscar un lugar para ver con tranquilidad lo que hay y podamos contarlo.

Reordenaron de nuevo las mochilas y otra vez con ellas a la espalda continuaron la complicada marcha dado lo abrupto del terreno y porque en aquel barranco el sol caía a plomo sobre ellos. En uno de los cada vez más frecuentes descansos y con la ropa pegada al cuerpo por el sudor, decidieron remontar la ladera del barranco. Pensaron que quizás por el otro lado corriera un poco el aire ya que estaban prácticamente agotados. Así que empezaron a trepar ayudándose mutuamente y cuando por fin llegaron a pisar el final de la ladera, ante sus ojos apareció el paisaje más increíble que hubieran podido soñar en aquellos momentos.

Ante sus ojos apareció un valle con una pequeña laguna de las muchas que suelen quedar después del deshielo, pero lo que les dejó maravillados fue que estaba cubierto de fresca

hierba y una pequeña manada de caballos salvajes pastaban tranquilamente ajenos a la presencia de los dos humanos que los estaban viendo. Como si estuvieran movidos por un resorte emprendieron la bajada casi corriendo y cuando llegaron abajo y pisaron la fresca hierba buscaron un árbol de los pocos que había, se quitaron de encima las pesadas mochilas con un suspiro de alivio y, como si los dos pensarán lo mismo, sin mediar palabra empezaron a quitarse la ropa hasta quedar completamente desnudos y cogidos de la mano entraron en la aún muy fría agua de la pequeña laguna.

Una vez dentro y después de bracear unos minutos gozando del frescor del agua, empezó el eterno juego al que la madre Naturaleza en su estado más puro impulsa a cualquier individuo de cualquier especie a realizar. Fue Juana la primera en provocar abrazándose a Mateo separando los muslos y él, ya con ella en brazos fue acercándose a la orilla hasta encontrar un sitio dentro del agua que pudiera hacer pie en el fondo. Allí, rodeado de montañas y como si fueran los únicos moradores del planeta realizaron el acto de amarse como sólo saben hacerlo los seres que gozan de ese estado tan sublime cuando se unen en amor mutuo y en que el sexo sólo es un complemento.

Después de haber alcanzado el éxtasis practicando algunas variantes del sexo, salieron a la orilla dejándose caer sobre la fresca hierba, prácticamente agotados. Una vez repuestos decidieron abrir la saca y averiguar su contenido, pero antes

lavaron y tendieron sobre unos arbustos la ropa. Una vez efectuada esta tarea tendieron una manta de las que llevaban y desataron la correa que ataba el saco.

Cuando liberaron de ataduras la boca de la saca, Mateo la volteó levantándola en vilo y de ella cayeron haciendo un pequeño montón billetes de banco de distintos países en fajos de cincuenta billetes cada uno, independientemente del valor nominal que tuvieran. Pero la agradable sorpresa fue que en su mayoría no eran pesetas sino dólares y libras esterlinas, las dos monedas más fuertes en aquellos momentos. Al ver aquella auténtica fortuna Mateo se sentó frente a Juana que lo miraba sonriente al notar que se había quedado prácticamente sin poder reaccionar.

–¿Hay suficiente? Es que con moneda extranjera no me aclaro muy bien.

Mateo respiró profundamente y respondió:

–Pues... ¿qué quieres que te diga?, ahora mismo no se ha cómo estará el cambio, pero teniendo como tienen la guerra, es decir, prácticamente ganada, calculo que con lo que tenemos aquí se podría comprar mi pueblo... incluido el cuartel de la guardia civil.

Juana no pudo contener la risa por la salida de Mateo, revolcándose por la hierba de aquel valle que cada vez le parecía más maravilloso. Cuando ya se repuso se fue de

nuevo hacia el agua, zambulléndose en ella. Cuando emergió dijo:

–Pues lo compramos, pero con los guardias dentro.

–Bueno, bueno, ya pensaremos algo, de momento vamos a comer y luego contamos el dinero. Conviene saber lo que tenemos y cómo administrarlo.

Después de comer se sentaron a contar el dinero, separaron primero las libras de los dólares y luego procedieron al recuento haciendo grupos según el valor de los billetes de cada fajo. A ojo de buen cubero Mateo calculó –traduciéndolo a pesetas– en algunos millones, suficientes para tener una familia con la vida resuelta económicamente, por muy numerosa que ésta fuera. Volvieron a meter el dinero en la saca y luego decidieron terminar de pasar el día en aquel lugar maravilloso, a la mañana siguiente proseguirían el viaje porque según Juana ya estaban cerca de la frontera y unas horas más de descanso les vendrían bien.

A media tarde, después del último chapuzón, se dedicaron a contemplar la manada de caballos pues había algunos potrillos que con sus carreritas y cabriolas imitando a sus mayores llenaban de gracia y alegría el pequeño valle.

Pero la atención de Mateo no estaba centrada en los potrillos, sino en el comportamiento de un joven semental con una yegua que al parecer no estaba demasiado

interesada en el cortejo porque el pretendiente ya llevaba un buen rato pateando la tierra con energía, casi con furia, haciendo carreras cortas alrededor de la yegua y dándole pequeños mordiscos tanto en las crines como en el nacimiento de la cola. A todo ello respondía la yegua sacudiendo la cabeza y coceando sin tocar al semental. Tanto rato estaban que Mateo ya nervioso comentó a Juana:

–Ese caballo es tonto perdido, está viendo que ella no quiere y está haciendo el gilipollas, ¡cuando tiene unas cuantas que quizás lo están deseando!

–No lo creas, los dos lo están haciendo muy bien, ella lo está coqueteando para excitarlo al máximo, pero ya verás como no tarda en presentarle la grupa.

Estaba claro que Juana era una experta en caballos porque a los pocos minutos de haber dicho su pronóstico la yegua dejó de moverse mostrando la grupa al macho, que empezó con el clásico ritual de darle pequeños mordiscos en el nacimiento de la cola y cuando ella la levantaba, él le olisqueaba y babeaba el sexo hasta que por fin se decidió a montarla.

Levantándose sobre sus patas traseras puso los cascos de las delanteras en el lomo de la yegua, enfilando su sexo que ya había alcanzado su máxima dimensión hacia la ya enrojecida vulva. Inexplicablemente al sentir el contacto del

sexo contrario la yegua dio dos pasos hacia delante, haciendo que el semental la descabalgara el cual lanzó un flojo relincho de protesta y reinició la maniobra de acercamiento y monta.

Todo esto estaba siendo observado con el máximo interés por la pareja, pero esta última maniobra en la que no se pudo consumir la monta hizo exclamar a Mateo:

–Esa yegua es una zorra calientapollas, si yo fuera él ahora ya no la follaba.

–No te preocupes que él obtendrá su premio, lo que pasa es que ella es muy inteligente y se está haciendo valer, ahora mismo lo tiene medio loco por tirársela y en el próximo intento no fallará, es cuestión de un poco de paciencia.

Y efectivamente en cuanto ella sintió que de nuevo le morisqueaba la cola, levanto ésta abriendo los cuartos traseros, y fijando los cascos en la húmeda tierra esperó la embestida final que pondría colofón por medio del cual la madre Naturaleza posibilita la entrada en el paraíso a todos los seres, aunque sólo sea por unos escasos segundos.

Después de dos arremetidas, el semental descabalgó moviendo con energía y orgullo sus crines y lanzando un fuerte relincho al viento se alejó de ella al trote rápido.

Mientras tanto Mateo y Juana que habían estado pendientes del desenlace habían terminado tan excitados

que prácticamente habían adoptado la postura para iniciar el acto sublime del amor total y sin límites. Mateo miró a Juana y dijo:

–Juani, no puedo más, ese cabrón me ha puesto a cien.

–Pues a mí ella también.

Ella se tumbó sobre la manta y flexionó las rodillas ofreciéndole su sexo húmedo y enrojecido al máximo, él se arrodilló y puso su sexo en contacto con la vulva de ella, quién cogiéndola con la mano se la acomodó para que la penetración fuera fácil y profunda como a ella le gustaba. Apenas sintió el húmedo contacto Mateo, con un fuerte golpe de riñones, la penetró hasta que el vello púbico de los dos sexos se entrelazó.

Cuando ella sintió toda la dimensión del hombre dentro de sí lanzó un tenue quejido de placer y empezó para aquellos dos seres el estado emocional más maravilloso que se pueda sentir, ella cruzó sus piernas por encima de los riñones del hombre mientras éste la abrazaba por las nalgas iniciando el clásico vaivén y que al oír el clop–clop les llevó al Nirvana del placer total.

Y así, disfrutando del sexo y refrescándose de vez en cuando pasaron la tarde. Cuando ya estaban prácticamente agotados de tanto sexo y dado que ya había empezado a refrescar, se vistieron y empezaron a preparar la cena

porque según el criterio de Juana tenían que partir temprano ya que a su parecer la frontera estaba cerca y luego aún tenían que encontrar alguna carretera que les llevara a algún sitio habitado y a partir de allí todo sería más fácil, sobre todo si encontraban algún medio de locomoción.

A la mañana siguiente, apenas empezando a clarear el día ya estaban de marcha, pero antes de perder de vista aquel maravilloso valle se pararon echando una última mirada a aquel lugar en el que su amor había llegado a su total culminación.

Durante todo el día caminaron casi sin parar hasta que, al subir una última elevación del terreno, ya fuera del sistema montañoso, divisaron –aunque bastante lejos– una carretera, inconfundible por su trazado serpenteante dado lo accidentado del terreno.

Ante esta anhelada visión aceleraron el paso hasta que llegaron a ella, la cual más que una carretera era un camino sin asfaltar, como la mayoría de las carreteras comarcales, las cuales también habían sufrido el paso de la guerra. Se quitaron las mochilas de la espalda con un bufido de alivio y se sentaron.

–Bueno, ya la hemos encontrado, ¿y ahora qué? –preguntó Mateo.

–Pues si no me equivoco esta carretera tiene que ser la que

va a Céret, un pueblo cerca de Perpiñán. Si pudiéramos llegar antes de que caiga la noche habremos adelantado bastante en nuestro viaje, lo que no sé es si estamos cerca o lejos.

–Lo jodido es que no hay indicadores y no sabemos si debemos ir hacia delante o hacia atrás.

–Por eso no te preocupes, hay que caminar hacia donde sale el sol.

Comieron las últimas chocolatinas, bebieron agua y poco después, ya más frescos y animados, reemprendieron la marcha. Al poco rato vieron un indicador de carretera medio caído que con grandes letras anunciaba “CERET” aunque aún no se veía el pueblo por lo abrupto del terreno, pero al menos ya sabían que estaban cerca. Aceleraron la marcha y efectivamente allí estaba el pueblo, entraron cuando la tarde ya estaba en sus últimas luces, al cruzarse con el primer transeúnte, Juana se adelantó preguntando en perfecto francés por un hotel o pensión, el hombre les dijo que no había ningún hotel, pero sí una pensión y amablemente les acompañó, aunque más que una pensión era un bar instalado en los bajos de un edificio de dos plantas que alquilaba las habitaciones del mismo. Con el dueño del bar no fue difícil entenderse, aunque al principio, como no llevaban francos, se negó a cobrar en pesetas, pero aceptó que pagaran en dólares. Al parecer y según les dijo con esta moneda no tendrían problemas para pagar lo que fuera puesto que el paso de los soldados americanos la habían

puesto de uso bastante corriente entre la población. La estancia de los americanos –aunque corta– había sido bastante fructífera para aquella gente.

El problema lo tenían para desplazarse hasta Perpiñán puesto que hasta dos días después no salía el autobús que hacía la línea regular, por lo tanto, sólo podían desplazarse hasta allí por medio de algún particular. Por suerte al estar alojados en la pensión del bar le explicaron el problema al dueño asegurándole que si les solucionaba la situación le darían una gratificación, naturalmente en dólares, aquello fue mano de santo ya que por aquel local pasaba casi todo el pueblo así que no le fue difícil contactar con el dueño de una camioneta que llevaba productos del campo diariamente a Perpiñán.

Tal y como les dijeron, a las seis de la mañana del día siguiente ya estaban esperando a la camioneta en la puerta del bar junto al dueño. En cuanto apareció, Juana se despidió del dueño del bar estrechándole la mano a la vez que le depositaba en ella un billete de cien dólares, el hombre se despidió de ellos deseándoles toda clase de suertes, mientras, Mateo la miraba sonriente y orgulloso porque aquella mujer le demostraba en todo momento que sabía estar a la altura de cualquier circunstancia. Subieron a la camioneta recomendándole al conductor que parara antes de entrar en Perpiñán, Mateo no quiso preguntarle a Juana el por qué ya que suponía que tendría sus motivos.

Y efectivamente en las primeras casas paró y bajaron dándole al conductor las gracias de la misma manera y cantidad que al dueño del bar.

Entonces, y siempre siguiendo el criterio de Juana, se encaminaron a un parque público y una vez allí Juana le explicó a Mateo que debían cambiar las libras esterlinas y las monedas en algún banco por francos, porque no podían ir pagando en dólares allá por donde fueran, pero Mateo tenía dudas de que aceptaran el cambio de monedas.

–Juani, yo tengo entendido que los Bancos no aceptan el cambio de monedas.

–Sí, tienes razón, pero éstas sí suelen aceptarlas por tratarse de metal precioso y su cotización viene expuesta en los periódicos todos los días, además se tiene en cuenta su valor numismático. En todo caso siempre lo podemos dejar en depósito en el mismo Banco.

–Y en cuanto a los dólares, ¿has pensado algo?

Cuando lleguemos a Toulouse, en el mismo Hotel Paris hay gente que nos lo cambiara a mejor precio que el Banco y si tenemos que estar varios días, como es de suponer, mucho mejor.

Su estancia en Perpiñán fue corta, antes de mediodía tomaban el tren. Llegaron a Toulouse cuando estaba anocheciendo lo que les permitió alojarse en el mismo Hotel

Paris. Les extrañó que estuviera bastante lleno y aunque preguntaron el motivo en recepción éstos no les supieron concretar razón alguna. Pero lo que más se hacía de notar es que había una mayoría muy significativa de españoles.

Después de instalarse en su habitación bajaron a recepción y preguntaron al *maître* si podían contactar con algún cambista que canjeara dólares por francos, pero les aseguró que no conocía a ninguno, que en el hotel sólo se alojaba gente de paso, aunque sí era cierto que había clientes fijos, eso contrarió a Mateo que dijo:

–Me parece que tendremos que ir al banco.

–No lo creas, ese tío sólo estaba representando su papel de la honorabilidad del Hotel, vamos a la habitación y apartaremos diez mil dólares porque antes de una hora alguien llamará a la puerta y nos preguntará cuantos dólares queremos cambiar, nos dirá que es empleado de un banco pero que éste prefiere operar de esta manera porque de caso contrario están obligados a notificarlo a la policía lo cual les supone muchas molestias.

–Entonces –dijo Mateo– está claro que el *maître* es un intermediario.

–No te quepa la menor duda y seguro que se lleva un buen pellizco, es más, es probable que sea él quien dirija este asunto y utilice un testaferro.

Efectivamente, apenas habían terminado de contar los dólares ya estaban llamando a la puerta. Juana abrió y un hombre bien vestido y con un maletín de color negro en la mano se presentó como empleado de uno de los principales bancos de Francia, les preguntó la cantidad que deseaban cambiar y si cambiaban por francos o aceptaban pagaré bancario, le dijeron la cantidad y que preferían el cambio en francos. A partir de ese momento ya todo fue rápido, el hombre abrió el maletín y empezó a hacer montoncitos de fajos de billetes hasta igualar la cantidad de los dólares en francos, luego les dio una tarjeta de presentación con su nombre, dirección y teléfono y se despidió quedando a su disposición para más operaciones.

Bajaron de nuevo a recepción y Mateo preguntó si Antón estaba allí alojado, dando los apellidos de éste, pero la respuesta fue negativa por lo que decidieron esperar al día siguiente y si no se presentaba contactarían con él por teléfono.

Como ya habían abierto el comedor del Hotel para la cena pensaron en cenar ligeramente y retirarse a la habitación. A la mañana siguiente decidieron dar una vuelta por Toulouse e ingresar en un banco la mayor parte del dinero cambiado, luego dado que Juana se movía por la ciudad como pez en el agua decidieron comer en un restaurante que ella conocía y después llamarían a Antón.

Pero no fue necesario, cuando regresaron al Hotel les

comunicaron que un señor les estaba esperando en el bar. Efectivamente era Antón que al verlos los abrazó con sincera alegría. Se sentaron en una mesa lo más discreta y alejada posible de los clientes ya que la conversación –dada su importancia– no debía ser escuchada por nadie ajeno a su muy particular asunto.

–¿Ha ido todo bien? –preguntó Antón– ¿apuntasteis vuestras conclusiones?

–Todo ha ido perfectamente, tomamos todos los apuntes tal y como dijiste.

Juana subió a la habitación, regresó con una carpeta y se la entregó a Antón.

–Aquí tienes todas las opiniones de la gente de la zona, incluidas las de algunos militares pertenecientes al Regimiento de Cazadores de Montaña con cuartel en Jaca y además nuestra opinión personal.

–Perfecto, no esperaba menos de vosotros.

–Pues no vayas a creer que ha sido fácil, aquella gente es muy cerrada y desconfiada, en cuanto tocabas el tema solían cambiar de conversación creyendo que éramos policías.

–Bueno lo importante es que el Comité Central puede desde ahora contar con un informe lo suficientemente claro y con base real para saber a qué atenerse cuando llegue el

momento de tomar decisiones, que seguro llegará y pronto, los preparativos se están acelerando.

–Pues por si te interesa mi modesta opinión, en un tanto por ciento muy elevado el fracaso es seguro, aunque ignoro los medios con los que cuentan, así que lo dejo como opinión personal pero que no crean que será un paseo militar.

–Según mis noticias, medios hay suficientes y si mis informes son ciertos unos treinta mil guerrilleros en unos días estarán listos para cruzar la frontera y ocupar el Valle.

–Esa cifra no disipa mis dudas, aparte de que no me la creo, pero aun siendo cierta detrás de ellos hay que contar con una intendencia capaz de alimentarlos y un hospital de campaña para atender los heridos, y todo eso se tiene que sostener desde Francia, que dudo mucho que quiera involucrarse en esta guerra.

–Según el Alto Mando consideran que a medida que se vayan liberando los pueblos, al sentirse libres ayudarán a los nuestros, por lo tanto, la parte de la intendencia quedaría resuelta. En cuanto a Francia prácticamente está limpia de alemanes, de hecho, ya se están bombardeando ciudades alemanas, y respecto al ejército del que te hablo como en todo el Pirineo ya no hay focos de resistencia alemanes habrá muchos partisanos franceses que se unirán a los nuestros en un avance imparable.

–Pero vamos a ver, no se trata de lo que yo crea, es que físicamente es imposible, me estás hablando de un contingente de treinta mil hombres cuando la población de todo el Valle puede que no llegue a los diez mil y estamos hablando de una región relativamente pobre y con escasos recursos, que además durante no menos de cuatro meses está aislada del mundo por la nieve, ¿y quieres que me crea que en cuanto vean a los guerrilleros abrirán sus despensas para compartir la comida recogida durante meses con ellos? Si los que están en Paris comiendo y bebiendo en los mejores restaurantes están pensando que esto es posible es que están locos, y si quieres ahora pasamos a comentar la parte militar.

A Mateo poco a poco se le iba calentando la boca porque él había pasado por circunstancias similares y sabía cómo era aquella gente, que les llenaba la cabeza de libertad y democracia a pobres muchachos a los cuales les entregaban un fusil y los mandaban prácticamente al matadero, Mateo bebió la copa de un trago.

–Y ahora pasaré a la parte militar, ¿saben los señores de la Internacional Comunista que comen bien y suelen beber mejor contra quién van a pelear los guerrilleros? Pues yo se lo diré, se van a enfrentar a un ejército de gente veterana curtida en la guerra, y bien armados, con oficiales profesionales y que los estarán esperando, porque es casi seguro que ya saben lo que se está cociendo. Esa gente es tan torpe que suele vender la piel del oso antes de matarlo,

y lo que me pone la piel de gallina es que esto lo han organizado los mismos que nos hicieron perder la guerra, siento decírtelo de esta manera, pero a ti no puedo mentirte, sé que eres una buena persona y un gran patriota, pero no quiero que te engañen.

Antón se quedó mirando su copa medio vacía, las palabras de Mateo habían hecho mella en sus convicciones porque partían de una realidad incuestionable.

–Puede que tengas razón –dijo mirando fijamente a Mateo– pero la marcha atrás ya no es posible, pero quiero pedirte a nivel personal un último favor, quiero que paséis dos alijos de municiones en días diferentes por la frontera, posiblemente os acompañarán Alfredo el “Culata” y Vicente el “Chirri”, pero eso ya lo hablaremos otro día, de momento no os mováis del hotel y ya tendréis noticias mías.

En los días siguientes a la conversación con Antón pudieron darse cuenta de que como él dijo la situación ya no tenía vuelta atrás. El general José Riquelme había efectuado varias locuciones en Radio Toulouse animando a los españoles y franceses a alistarse en el nuevo ejército español republicano para iniciar la liberación de España de los fascistas que la estaban matando de hambre y fusilando presos sin juicio previo, y a continuación daba la dirección de los puestos de reclutamiento en Toulouse y Foix, también daba detalles de la que llamó Operación Reconquista y que estaba organizada por la Internacional Comunista con sede

en París, la cual estaba financiada desde Rusia y cuya cúpula estaba encabezada por el expresidente de la República Española Juan Negrín junto con los también españoles Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri la “Pasionaria” y el menos conocido pero también español Jesús Monzón, todos ellos calificados por la prensa franquista como criminales de guerra, especialmente Santiago Carrillo por autorizar –siendo miembro de la Junta de Defensa de Madrid– las “sacas” de prisioneros de las cárceles para ser fusilados en Paracuellos del Jarama. También daba cuenta en sus locuciones el nombre del militar que llevaría a cabo la invasión, se trataba del coronel Vicente López Tovar, militar de reconocido prestigio que había destacado en la defensa de Madrid, pero posiblemente sobrevalorado en su capacidad para llevar a cabo una operación de la envergadura como la que se pretendía llevar a cabo dándole el mando supremo.

En cuanto al dinero, menudearon las visitas del “empleado” del Banco, cada vez cambiaban entre diez y veinte mil dólares por francos que una vez cambiados los ingresaban en el Banco. En cierta ocasión Mateo sugirió:

–Ya que tenemos que entrar en España ¿por qué no pasamos los dólares en vez de pasar los francos? El trabajo es el mismo y el riesgo también.

–No lo creas. Si aquí en Francia pueden llamar la atención en España la llamaría mucho más y con personas como

nosotros más todavía. Los francos pasan la frontera a diario y dólares son poquísimos los que tienen la suerte de poseerlos.

Casi de improviso un día se presentó Antón, venía bastante contento. Después de sus saludos sumamente entusiastas les dijo:

–Estad preparados, un día de estos vendré a por vosotros porque ya está todo listo. Ahora debo partir, me esperan en Perpiñán. A Alfredo y Vicente tengo que recogerlos, después vendré a por vosotros y desde aquí partiremos hacia el punto de partida del convoy que estará esperándonos.

Tanto Mateo como Juana no comentaron nada, pero Antón sabía que no compartían su entusiasmo, en especial Mateo porque estaba seguro que aquella aventura era un imposible por cualquier punto que se mirase y si prestaba su ayuda era porque se había comprometido con Antón, que se lo había pedido como un favor personal ya que éste a su vez se había comprometido con el Comité Central del Partido Comunista Español y le había dicho que sólo podía fiarse de él.

El otro motivo era que aún le quedaba un resto de ideología anarquista y bastante resentimiento hacia los falangistas y militares franquistas.

–Bueno –dijo Antón– creo que podré comer con vosotros,

de todos modos, me esperarán.

–Nos parece bien, de paso comentaremos algo sobre el asunto.

–Aunque es temprano hablaré con el *maître* y que nos reserve una mesa discreta en el comedor, es bastante caro, pero tiene buena cocina.

Esperando la comida pidieron un vermut, mientras tanto Antón ojeaba unos papeles mecanografiados, pero sin membretes oficiales ni firmas comprometedoras, luego los guardó y sorbiendo un poco de vermut dirigió una mirada a la mesa reservada, asegurándose de que no había nadie sospechoso que pudiera escuchar la conversación.

–Como ya os dije el asunto se está acelerando, está todo dispuesto a falta del dispositivo de apoyo y de esa cuestión somos nosotros los encargados de que no les falte potencial logístico en municiones, en especial granadas de mortero porque en principio se carecerá de artillería pesada dada la rapidez con la que se tiene que desarrollar la operación “Reconquista”.

El factor sorpresa es fundamental para el éxito de la misión, por lo tanto, tenemos que anticiparnos en el tiempo y tratar de que en los puntos concretos donde se vaya a desarrollar la ruta de penetración no falte el abastecimiento de municiones para todo tipo de armas porque, aunque la

mayor parte es armamento alemán, también hay americano e inglés.

–¿Me estás diciendo que los que ataquen el Valle sólo llevarán la munición que les quepa en las cartucheras? Porque si es así me reafirmo en que esto es una locura.

–Ya sé lo que piensas, pero me aseguraron en el Comité que en cuanto ocupemos el Valle las potencias aliadas se volcarán en prestarnos ayuda de todo tipo. En cualquier caso, lo que ahora nos interesa es encontrar una ruta lo suficiente segura para pasar todo lo que podamos a través de la frontera y ahí es donde confiamos en Juana, cuya experiencia está fuera de toda duda.

–Como rutas seguras hay varias, pero no sólo habrá que mirar por nuestra seguridad sino también por la de los que nos estarán esperando para hacerse cargo de lo que llevamos. Por nuestra reciente experiencia una buena ruta es la que sale de Perpiñán hacia Céret, cerca ya de los Pirineos, allí ya tendríamos que cruzarlos hacia Camprodón. Antes de llegar hay un pequeño pueblo o núcleo de unas pocas casas que se llama Setcases, allí podrían esperarnos y hacerse cargo de lo que llevamos, en toda esa zona hasta Olot no hay prácticamente vigilancia.

–Siendo así se puede hacer, ahora bien, tendré que ir a Perpiñán y con Alfredo y Vicente prepararemos el viaje. Cómo esto puede llevarnos algunos días, vosotros no os

mováis de aquí y cuando esté todo preparado vendré a por vosotros, esto no puede fallar y no fallaremos.

La comida ya no tuvo trascendencia, se habló del rápido avance de las tropas aliadas y de la marcha de la guerra en general, en opinión de Antón el final era cuestión de meses ya que Alemania había empezado a llamar a filas a chicos de diez y seis años que apenas llegaban al frente se rendían en masa.

Cuando Antón se fue, Juana se quedó mirando fijamente a Mateo.

–Creo que nos dará tiempo –dijo ella mientras liaba un cigarrillo– dos días es bastante.

–¿Bastante para qué?

–¡Para qué va a ser tonto! Para casarnos.

–¿Y para qué vamos a casarnos? Si así estamos muy bien.

–Sí, pero casados estaremos mejor... al menos yo.

–Bueno, si vas a estar mejor, por mí cuando quieras... pero sin cura ¡eh! Yo me caso por lo civil, por el rito gitano o por el rito que tú quieras, pero nada de ir a una iglesia, yo no me arrodillo delante de un cabrón con sotana.

–Está bien no toda la gente se casa por la iglesia; aquí

suelen casarse en un juzgado o si hay alguna urgencia cualquier autoridad es buena, quizás si preguntamos al *maître* o en recepción nos podrán informar.

–Tampoco tenemos tanta prisa –Mateo sonrió con picardía– ¿por qué no subimos y lo hablamos con tranquilidad? Si como tú dices dos días dan para mucho, por una hora...

Ella también sonrió, dio una última calada al cigarrillo y dijo:

–Está bien, una hora, pero ni un minuto más porque luego empiezas a hablar y siempre te sales con la tuya, pero esta vez no te escaparás, considérate hombre casado.

Mateo se levantó y empezó a subir la escalera, él la esperó en el primer rellano mientras ella se levantaba parsimoniosamente al mismo tiempo que aplastaba el resto del cigarrillo en el cenicero y sonreía satisfecha al notar la impaciencia de Mateo, le gustaba verlo impaciente y casi cabreado porque parecía que luego lo hacía con más ganas.

Subieron a la habitación y empezaron el rito de desnudarse uno al otro, siempre era igual, luego empezó el precalentamiento para dar paso al coito. Poco tiempo después de acabar ella dijo:

–Ya ha pasado la hora.

–¡Joder Juani! Por lo menos déjame hacer el “reposillo celestial”.

–Nada de eso que después del reposillo siempre quieres un poco más, que te conozco.

Mateo, aunque de mala gana se vistió y bajaron a recepción. Juana se encargó de preguntar:

–René –así se llamaba el *maître*– quería preguntarte por el matrimonio civil aquí en Francia porque queríamos casarnos, pero no sabemos cómo hacerlo ni a quién dirigirnos ya que ignoramos las leyes de aquí.

–¡Oh! Madame, en su caso no es posible, según la ley deberían llevar viviendo aquí en Toulouse un mínimo de cuarenta días antes del matrimonio, es un requisito de obligado cumplimiento y no puede ser evitado, a partir de ahí se hace una petición al alcalde que puede delegar en su teniente, en algún concejal, o en casos extremos en alguna autoridad civil.

Juana lanzó una imprecación, pero observo que el *maître* sonreía astutamente.

–Bueno René, ya veo que en nuestro caso es imposible, pero ¿sabes alguna manera de hacerlo posible? Tú nos conoces y sabes que somos personas sumamente “agradecidas”.

–¡Oh sí! Tengo amigos en el Ayuntamiento y quisiera ayudarles, pero estamos en guerra y en la guerra lo que no pueden arreglar las armas quizás lo pueda arreglar el dinero... y esta clase de favores se pueden arreglar con dinero, si es con dólares es más rápido.

–Entonces, ¿se puede arreglar?

–Sí, si están dispuestos a pagarme los cuarenta días de alojamiento en el Hotel y la misma cantidad para mi amigo el concejal... en dólares.

Juana y Mateo se miraron, el tal René les había resultado ser un hijo de puta, pero tenía la sartén por el mango y fue Mateo el que dijo:

–Pues sácanos el total en dólares todo incluido, no queremos sorpresas imprevistas.

Cuando René les dio la cantidad escrita en un papel aún les pareció más hijo de puta de lo que pensaron en un principio, pero al ver la cara que ponían, astutamente les dijo:

–La cena va por cuenta del Hotel y será muy especial.

Después de acordar la hora en que estaría todo dispuesto se fueron a dar un paseo y comieron en un restaurante, pero a Mateo no se le quitaba de la cabeza el tal René:

–Jamás se me olvidará la cara del cabrón ese, sabía que nos

quedaban dólares y por eso insistía en esa manera de cobro.

–Pues claro que lo sabía, al igual que sabe todo lo que pasa y quizás todo lo que va a suceder en Toulouse, mucha gente piensa que es un espía y posiblemente haya sido de los dos bandos. Un Hotel que ha estado ocupado por el enemigo tanto tiempo puede generar muchas noticias en favor y en contra, pero el negocio es seguro y si como yo pienso ha sabido jugar sus cartas con inteligencia, cuando termine la guerra seguro que lo declaran héroe nacional y lo condecoran con la medalla de Caballero de la Legión de Honor, siempre suele pasar lo mismo.

–Pues para los franceses puede que sea un héroe, pero para mí siempre será un hijo de puta, un ladrón y además me cago en todos sus antepasados.

–Venga cálmate, si bien lo miras nos está haciendo un favor.

–Pues yo creo que un favor, a ese precio, realmente se lo estamos haciendo nosotros.

A media tarde regresaron al Hotel, al verlos entrar René salió a su encuentro anunciándoles que ya lo tenía todo dispuesto, la ceremonia se realizaría en su despacho, ya tenía firmado el certificado de los cuarenta días de alojamiento y el concejal estaba en el bar esperando el momento que lo llamaran para empezar.

Juana quedó con el *maître* que en media hora estarían listos, era cosa de arreglarse un poco, coger el dinero acordado y bajar.

–Un último detalle madame, el dinero me lo entregaran a mí, hay que ser discretos, yo liquidaré con mi amigo el concejal para no herir sus sentimientos.

Mateo sonrió, la maniobra estaba clara, el tal René cobraba su parte y al otro le daría lo que bien le pareciera. Estaba fuera de toda duda que René era un maestro en el arte de robar.

A la hora convenida se presentaron en el despacho, una vez allí y todos de pie, el concejal se ciñó un fajín con los colores de la bandera francesa, después los nombró por su nombre completo y les preguntó si querían unirse en matrimonio libremente. Mateo y Juani dijeron el famoso “Sí, quiero”. Tras esto, el concejal extrajo de un portafolios el certificado de matrimonio y de un bolsillo sacó el tampón oficial del Ayuntamiento, acuñando y firmando el documento por triplicado. Le entregó a cada uno una copia y otra la metió en el portafolios para –según dijo– el archivo municipal.

En ese momento se daba por terminada la ceremonia. El concejal les tendió la mano, les dio la enhorabuena y quedó con el *maître* en verse en el bar, supuestamente para liquidar el asunto.

Al día siguiente ya muy avanzada la tarde les avisaron de recepción de que tenían una llamada telefónica, rápidamente Mateo se puso al teléfono, era Antón diciéndoles que tenían que coger el tren, el primero que saliera el día siguiente para Perpiñán. El los esperaba en la estación con un vehículo para trasladarse al punto de partida de la misión, por el camino ya les explicaría cómo se iba a desarrollar.

Efectivamente al día siguiente en la estación les estaba esperando Antón junto a Alfredo y Vicente, los cuales les saludaron con auténtica alegría, los dos estaban calificados como gente de una fidelidad y compañerismo a toda prueba, pero también como gente dura que no perdonaba un chivatazo o una cobardía que pusiera en peligro a cualquier compañero.

Subieron todos al coche que había traído Antón y partieron, pasaron Ceret y a los pocos kilómetros se desviaron por un camino de carros hasta llegar a una masía de las que normalmente había por la zona, aunque más que una masía era un casa bastante grande que tenía tierras de labranza y frutales en la cual habitaban el dueño y algunos familiares, entre ellos algunas mujeres que en cuanto les vieron llegar se afanaron en preparar comida y arreglar las habitaciones, pero como no había cuartos suficientes Alfredo y Vicente se ofrecieron a dormir en la cuadra ya que, como dijeron, había buena paja y con un par de mantas se solucionaba el problema.

A decir verdad, en sitios peores habían dormido y además una noche se pasaba pronto.

En la sobremesa Antón explicó todos los pormenores:

–Saldréis a las seis de la mañana, a esa hora habrá en la puerta de la casa siete mulas cargadas con todo lo dispuesto para el viaje, sólo una de ellas ira cargada con los víveres y mantas. A partir de que salgáis Juana es la que manda, iréis por donde ella os diga y una vez lleguéis a vuestro destino, que estará antes de llegar a Setcases, alguien saldrá a vuestro encuentro y preguntara “¿Qué tal D. Pelayo?” y vosotros contestaréis “Organizando la Reconquista”, esa es la contraseña que cómo veis es bastante fácil, ¿alguna pregunta?

–Y ¿por qué mulas y no caballos? Tengo entendido que son bastante difíciles de llevar.

Era Mateo que, por su experiencia de cuando era militar, escuchaba cómo los de caballería se pasaban el día maldiciéndolas por su terquedad y mal carácter, pero contestó Juana:

–Tienen mal carácter, pero para este terreno son las mejores porque son muy resistentes en toda clase de superficies, a la sed y al hambre y pueden ir por sendas que los caballos no se atreven... sólo tienen un problema, que no les gusta meterse en el agua.

Capítulo XIV

A la hora convenida del día siguiente salieron en reata unas detrás de otras, atadas por el ronzal al arnés de madera que llevaban acoplado al lomo para así poder transportar cuatro cajas de municiones cada mula, con un peso aproximado de cien kilos que –según Juana– era suficiente por lo accidentado del terreno. Según habían planificado la noche anterior, tenían que marchar a buen paso porque a criterio de Juana debían de alcanzar antes del anochecer el valle del lago en el que habían estado. Allí podrían disfrutar de un merecido descanso ellos y también los animales ya que podrían comer hierba fresca y abreviar.

Todo transcurrió según lo previsto, llegaron al valle, lo cual significó una agradable sorpresa para sus dos compañeros que, según dijeron, jamás hubieran imaginado aquel paraíso entre tanta montaña pelada. Procedieron a descargar a las

mulas y para que no se alejaran les ataron las patas delanteras, de manera que no pudieran avanzar más de lo conveniente y pudieran comer y beber libremente, mientras, ellos podrían echar un bocado y descansar hasta la madrugada que es cuando partirían de nuevo.

Entretanto, Juana pelaba unas patatas para cenar, ellos recogieron leña e hicieron el fuego suficiente para freír las patatas, tocino curado, y algunos embutidos y como la noche era fresca se instalaron alrededor del fuego comentando la situación, coincidiendo todos en que aquello no podía tener un final feliz.

–Es que es muy diferente –comentó Alfredo– una cosa es la guerra de guerrillas y otra la ocupación de un territorio que luego estás obligado a defender con medios sumamente precarios y más cuando el enemigo te supera en todo, y cuando digo en todo es en todo porque tienen aviación, artillería, tanques y además tropas que saben combatir.

–Tienes razón –terció Vicente– y además los soldados con que cuentas son partisanos habituados a golpear y huir, no son gente de trincheras, no se sabe cómo reaccionarían cuando tengan que aguantar el asedio de moros y legionarios disparando y aullando como chacales.

–Yo sí lo sé –dijo Mateo– no lo aguantarán y lo digo con conocimiento de causa porque me enfrenté a ellos en varias ocasiones. Cuando se lanzan al ataque se te hiela la sangre

en las venas al oír sus gritos y aullidos, al menos hasta que coges experiencia. Mi opinión es que como no organicen bien la retirada, aquí va a ver una matanza, porque estoy seguro que no será una lucha contra policías y guardias civiles, seguro que vendrán soldados curtidos en cien combates sin miedo a caer en la lucha porque no tienen a nadie que les espere y además... no suelen hacer prisioneros.

Al escuchar las palabras de Mateo los tres dejaron de comer impresionados por el relato, después se pasaron la bota de vino y reiniciaron la conversación.

–Pero tanto los dirigentes como los militares a cargo de esto lo deben de tener previsto.

La que había hablado era Juana, todos miraron a Mateo porque parecía que era el que tenía más experiencia y conocimientos sobre el tema.

–Mi opinión se fundamenta mayormente en que todo esto lo ha pensado gente que llevó a una nación a una guerra que se perdió, dejando a esa nación destrozada y sin recursos, con la gente muriéndose de hambre, pero a la hora de hacer frente a su responsabilidad prefirieron largarse, posiblemente con las alforjas bien llenas, aunque según parece se ve que consideran que no terminaron bien el trabajo porque necesitan un nuevo baño de sangre, pero ¡ah! eso sí, que no cuenten con ellos para defender la trinchera, lo suyo es la buena mesa, el puro y el discurso

patriótico. En fin, ahora creo que debemos dormir un poco, mañana va a ser un día muy agitado porque debemos de poner los cinco sentidos en el momento de la entrega.

Al día siguiente al despuntar el alba ya estaban las mulas cargadas y emprendieron la marcha.

Todo se estaba desarrollando según lo previsto. Casi a mediodía marchaban por un barranco que desembocaba en un valle donde había un bosquecillo de pinos, abetos y hayas el cual bordearon y, al rebasar una pequeña loma, vieron una camioneta cargada de pacas de heno lo cual era bastante habitual porque en verano se segaba el heno y si no se tenía suficiente para el invierno se compraba en otras comarcas.

Al verlos, uno de los dos hombres que estaban en la camioneta se adelantó.

–Buenos días compañeros, ¿qué tal D. Pelayo?

–Organizando la Reconquista –dijo Alfredo– ¿habéis tenido algún problema?

–No, por aquí todo está tranquilo, tal y como nos dijeron. Ahora tenemos que descargar el heno y cargaremos lo que lleváis, luego volveremos a cargar el heno de manera que no llame la atención por si nos paran los civiles.

Los seis se pusieron manos a la obra, mientras unos descargaban las mulas otros descargaban las pacas. Cuando

ya todo estuvo listo liaron juntos un cigarrillo, después echaron un trago de vino y se despidieron deseándose un feliz regreso.

–Bueno compañeros, la próxima entrega será aquí mismo y supongo que será pronto, deseamos que termine esto cuanto antes, si puede ser en menos de una semana volveremos.

–Pues ojalá sea así –respondió el de la camioneta– porque aquella zona se está poniendo imposible, lo están llenando todo de policías y guardias civiles.

El regreso fue más ligero, cada uno montó una mula y, aunque llegaron al valle del lago a media tarde, decidieron descansar allí y de madrugada proseguir el viaje hasta la masía para la entrega de las mulas. Cuando llegaron se extrañaron de encontrar a Antón ya esperándoles, al parecer los de la camioneta cuando llegaron a su destino habían informado de que todo se había desarrollado con total normalidad, según lo previsto. Después de la lógica felicitación, dijo Antón:

–Los compañeros del Comité os envían su más sincera felicitación por vuestro trabajo, somos conscientes de su importancia y esperan que la historia lo recuerde.

Mateo lo miraba sonriente, comprendía que Antón estaba en su papel, pero después de lo que habían pasado debería

comprender que toda aquella palabrería ya no surtía efecto, ellos estaban haciendo este trabajo por puro compromiso y poco les importaba lo que pensaran o dijeran los del Comité, pero Antón continuó:

–Como aún no tenemos preparado el segundo envío, nos iremos a Perpiñán y descansaremos unos días hasta que lo tengamos preparado.

–Quisiéramos terminar este asunto cuanto antes –dijo Mateo– en cuanto hayamos efectuado esta entrega habrá terminado nuestro compromiso, y no queremos implicarnos más, por lo menos en lo que a Juana y a mí respecta.

Alfredo y Vicente también estuvieron de acuerdo con Mateo, Antón no dijo nada, de un maletín sacó unos fajos de francos franceses y repartió según su criterio.

–Esto es lo que me han dado para vosotros, sé que no es mucho y trataré que cuando finalice esto se os pague como merecéis.

–No es cuestión de dinero, tú nos conoces y lo sabes, el no implicarnos más es porque este proyecto a nuestro entender va directo al fracaso porque no tiene pies ni cabeza. Hemos entregado unos informes que hablan de la realidad del estado de ánimo y posible colaboración de la gente de la región y es totalmente negativo, porque están hartos de los unos y de los otros, sólo quieren vivir en paz y que los dejen

tranquilos.

–Bueno, esperemos que todo salga bien, en cualquier caso, nosotros cumpliremos con nuestro trabajo, luego, como se suele decir en el mundo de los toros, antes de la corrida “que Dios reparta la suerte”. De todos modos, se dice que más vale arrepentirse de hacerlo que de no haberlo hecho.

–Ya que tenemos unos días, Juana y yo preferimos pasarlos en Toulouse.

–No hay problema siempre que estéis localizables, supongo que os alojareis en el Hotel París, como siempre, pero si cambiarais de parecer me avisáis a este teléfono.

Les dio el número de teléfono de un Hotel en Perpiñán, ciudad a la que se dirigieron después de comer. Una vez allí Mateo y Juana en tren fueron a Toulouse, tuvieron suerte porque era el último y llegaron a la hora de la cena, el *maître* los recibió con muestras de alegría.

–*Monsieur, madame*, es una enorme satisfacción y alegría verles de nuevo.

–Para nosotros también es motivo de satisfacción verte de nuevo, René, supongo que tendrás una buena habitación para descansar y una buena mesa para cenar.

–Les prepararé una habitación con vistas al río, es muy fresca y les vendrá bien porque podrán descansar con la

ventana abierta. La cena estará para cuando lo deseen.

Pasaron unos días y Antón no llamaba, eso les inquietaba porque no les interesaba que la situación se dilatara en el tiempo, estaban a finales de septiembre y, según rumores más o menos fiables la operación estaba programada para el mes de octubre, por lo tanto, todo tenía que estar preparado hasta el más mínimo detalle antes de ese mes. En estos casos no se podía dejar nada al azar porque eran muchas las vidas que dependían de ello.

Cuando ellos dos ya estaban a punto de llamar sonó el teléfono del Hotel, era la llamada que estaban esperando de Antón para que se presentaran al día siguiente en Perpiñán, una vez allí él los recogería y partirían hacia el sitio de la otra vez para iniciar la última entrega. Todo estaría preparado, ahora el tiempo era fundamental porque la misión tenía el plazo justo para la entrega y que los encargados de distribuirla en los distintos puntos pudieran hacerlo.

En vista de la prisa que tenía Antón, decidieron que en cuanto llegaran comerían algo y saldrían inmediatamente, pero algo les pareció extraño: cuando fueron a recoger las mulas vieron que del arnés de tres de ellas colgaban sendas metralletas Sten inglesas, con dos cargadores completos cada una de ellas. Al preguntarle a Antón sobre este hecho respondió que esta vez era preferible que fueran armados porque, según sus noticias, se habían visto algunas patrullas itinerantes y era mejor que fueran armados por si tenían que

repeler algún ataque. Y tal como lo habían pensado, lo hicieron. Pese a que la noche les cogió de camino, aprovecharon que había luna llena para llegar, aunque ya avanzada la noche, al valle del lago.

Pero cuando pararon, esa novedad de las metralletas fue la conversación monotemática. Alfredo el primero en referirse al asunto:

–Esto no me huele bien, si temen que podemos tener problemas, ¿para qué nos envían?

Vicente era de la misma opinión, aunque eso era normal en él, siempre opinaba como su compañero, jamás disentía de su opinión.

–Pues ahora ya no podemos volver atrás, total ya faltan pocas horas para la entrega, de todos modos, si ocurriera algo fuera de lo normal habría que pedir cuentas porque una cosa es hacer un viaje de riesgo muy limitado y otra uno de alto riesgo.

–Sí, todo esto está muy bien –respondió Juana– pero si nos cogieran o nos mataran, ¿a quién íbamos a reclamar? creo que no debimos aceptar en estas circunstancias.

–Ahora ya es tarde para reflexionar, quizás nos estemos alarmando sin motivo, vamos a descansar y mañana ya estaremos atentos para que no haya sorpresas.

Capítulo XV

Con la claridad del alba prosiguieron la marcha. Cuando calcularon que ya estaban cerca porque el bosquecillo de abetos y hayas ya lo tenían a la vista, convinieron que uno de ellos se adelantara en unos cien metros por si veía o notaba algo raro y así poder avisar con tiempo para iniciar la retirada o, en todo caso, la huida. Fue Vicente el que se prestó voluntario, cogió una de las metralletas del arnés y, después de comprobar que estaba en perfectas condiciones, se la colgó del hombro y se puso en cabeza. Marchaban a paso rápido hasta que entraron en la zona acordada, pero en el sitio anterior no había ninguna camioneta. Como el terreno ofrecía varias ondulaciones consideraron que Vicente siguiera adelantándose mientras ellos se quedaban en las inmediaciones del bosquecillo, de pronto vieron que Vicente se detenía y corría hacia ellos agitando los brazos.

–¡Atrás! ¡Atrás! Es una trampa.

Pero ya era demasiado tarde. Del bosquecillo salieron varios disparos y una ráfaga de metralleta. Juana, que iba en cabeza, pareció que tropezaba, se quedó un momento de rodillas y cayó de bruces. Mateo, que al igual que Alfredo había empezado a disparar hacia los árboles corrió unos pasos hacia donde había quedado tendida Juana, pero había visto tantos muertos en la guerra que cuando la vio no tuvo ninguna duda, Juana estaba muerta. La cogió por las axilas y la arrastró fuera de tiro, mientras, Alfredo y el “Chirri” lo cubrían disparando.

–¡Vámonos! ¡Son muchos! ¡No podremos con todos! –gritó Vicente –Son por lo menos veinte.

–Marchaos vosotros, prefiero que me maten antes que dejar su cuerpo aquí.

Entonces Alfredo cogió su cuchillo de monte, cortó las cuerdas que sujetaban las cajas de municiones al arnés y le dijo a Mateo:

–Súbela a la mula y vete, nosotros te cubriremos, si salimos de ésta nos vemos en el valle, pero corre cuanto puedas y no te pares hasta llegar allí.

Mateo ya no lo pensó, entre los dos subieron el cuerpo de Juana atravesándolo y atándolo al arnés. El tiroteo había disminuido, por lo visto los guardias estaban tomando posiciones, pero dos de ellos, que imprudentemente

salieron de la arboleda, cayeron abatidos por los disparos de Vicente y eso les contuvo de atacarlos de forma más decidida. Mateo en esos momentos cogió la mula del ronzal y corrió con ella tratando de alejarse todo lo posible de aquella situación mientras sus dos compañeros retrocedían sin dejar de disparar sus armas valientemente. Por parte de los guardias ya no disparaban, por lo visto al ver caer a dos de los suyos y que los contrarios se batían en retirada, dejando el alijo a su merced, pensaron que sería mejor dejarlos que se marcharan. Mateo se alejaba todo lo deprisa que le permitían las piernas y el tirar del ronzal de la mula, mientras sus dos compañeros retrocedían poco a poco hasta que se sintieron seguros de que nadie les seguía, entonces apretaron el paso porque para su desgracia con el tiroteo las mulas se espantaron y no tuvieron más remedio que tratar de dar alcance a Mateo a pie, pero Mateo prácticamente hacía galopar al pobre animal hasta que se dio cuenta que estaba lleno de sudor y respiraba aceleradamente, entonces dejó de correr y se dirigió hacia una barranca por la cual discurría un poco de agua procedente de algún pequeño manantial, cogió algunas piedras y, haciendo como un pequeño abrevadero, pudieron beber con ansiedad tanto él como el animal.

Pocos minutos después, ya un poco más frescos, reanudó el camino hasta que avistó desde una pequeña loma el plateado reflejo del agua del lago.

Aceleró el paso hasta la orilla donde, con todo cuidado y

amor, como si aún estuviera con vida, la depositó delicadamente. Dadas las prisas de los primeros momentos no le dio tiempo a cerrarle los ojos, apenas la dejó en el suelo vio que, a pesar de su mirada velada por la muerte, parecía que lo miraba con tal dulzura que era como si estuviera dándole las gracias por los días de felicidad que junto a él había disfrutado, y abrazando aquel cuerpo inerte rompió a llorar y a llamarla, ¡Juani, Juani! ¡Qué solo me has dejado! ¡No podré soportarlo!

Y así estuvo largo rato, después le cerró los ojos sin parar de llorar, luego la desnudó y limpió de sangre, después él se desnudó y la vistió con sus ropas. Las prendas que ella llevaba, que también eran de hombre, las lavó y tendió para que se secaran al sol. Poco tiempo después aparecieron sus compañeros, los cuales le abrazaron lamentando la desgracia y diciéndole palabras de consuelo, pero Mateo en aquellos momentos estaba tan destrozado que cada palabra de consuelo era motivo para que llorara más intensamente si cabe, y así estuvieron largo rato hasta que Alfredo preguntó:

–¿Qué piensas hacer? ¿Nos la llevamos o que has pensado?

–He decidido enterrarla aquí porque en este lugar pasamos los momentos más felices de nuestra vida y yo sé que ella lo hubiera querido así.

–Pues entonces vamos a hacer una fosa lo bastante profunda como para que ningún carroñero pueda llegar hasta ella, escoge el lugar tú mismo.

Mateo escogió enterrarla a la sombra de un abeto centenario y con sus cuchillos de monte como única herramienta cavaron en la tierra húmeda una fosa lo suficientemente profunda para que su cuerpo no pudiera ser desenterrado por ningún animal, después depositaron sus restos mortales con emoción y respeto, pero antes de cubrirlo de tierra pusieron encima manojos de plantas aromáticas. Mateo recogió un ramo de flores silvestres y lo puso en sus manos, entonces cayó de rodillas y sus amigos realizaron el trabajo de darle tierra mientras Mateo sólo tenía fuerzas para llorar, luego depositaron piedras de buen tamaño haciendo una especie de túmulo en el cual pusieron una tosca cruz sin nombre.

La tarde ya había caído y aunque no tenían nada para comer en realidad su estado emocional les había quitado el hambre. Estaban tan cansados que en cuanto se tendieron en el suelo se quedaron dormidos, pero Mateo se quedó hasta despuntar el alba llorando y gimiendo como un animal herido hasta que, agotado, se tendió al lado de la tumba y se durmió hasta que los rayos del sol del día siguiente lo despertaron. Sus compañeros ya hacía rato que estaban despiertos, pero prefirieron descansar ya que les esperaba un largo camino hasta llegar a la casa de campo de donde salieron o a cualquier sitio que pudieran atenderlos.

Durante horas caminaron en absoluto silencio, pero a Mateo se le notaba un cambio, su mirada perdida y su paso como de autómatas daban la imagen del hombre destruido al que ya no le queda energía ni ganas de seguir viviendo y que sólo le quedan fuerzas para llorar su desgracia.

Roto, y con el alma hecha jirones, en aquellos momentos su cerebro lo ocupaba el recuerdo de la única mujer que había amado en su vida y sin ella le resultaba imposible la existencia. No se imaginaba el día a día, el despertar sin tenerla a su lado.

Capítulo XVI

Ya llevaban varias horas caminando, estaban cansados y sedientos pese a relevarse cabalgando en la mula en la cual Mateo había llevado hasta el valle el cuerpo de Juana cuando, casi por casualidad, tropezaron con una fuente natural que nacía de entre unas peñas y decidieron darse un descanso y refrescarse, luego se sentaron a descansar, liaron un cigarrillo y Alfredo comentó:

–Aquí ha pasado algo porque los civiles nos estaban esperando, creo que la emboscada no fue casual, estaba demasiado bien montada.

Al oír las palabras de Alfredo, Mateo que había permanecido cabizbajo clavó la mirada en su compañero y preguntó:

–¿Qué estás insinuando?

–Es cierto, lo que dice Alfredo es verdad, se lo venía comentando cuando veníamos. Vosotros no la visteis, pero sí había una camioneta con dos tipos vestidos de paisano, pero ni la camioneta era la misma ni los de paisano eran los mismos. Cuando subí la pequeña loma el sol daba de lleno en la camioneta y de dentro de la caja salió un destello, era el reflejo del sol en el brillante charol del tricornio de un guardia civil de los varios que había escondidos en ella esperándonos, si no me hubiera adelantado nos cazan como conejos.

Cuando Vicente terminó de relatar su versión de los hechos los ojos de Mateo que momentos antes apenas tenían vida de pronto se animaron como si ya no pertenecieran al mismo hombre y su mirada se clavó en los otros dos.

–Si es verdad lo que estáis diciendo me acabáis de salvar la vida porque hasta hace un momento pensaba que seguir viviendo para mí ya no tenía ningún sentido, pero ahora ya no es así porque a partir de ahora todo lo que tengo y todo mi tiempo lo dedicaré a buscar la verdad y si hay algún traidor culpable de lo que ha pasado pagará con su vida, lo juro ante Dios si es que existe, y ante el mundo, no descansaré hasta saber la verdad.

–Escucha Mateo, lo que estamos diciendo de momento son sólo conjeturas, pero a nuestro entender es seguro que

nos estaban esperando, el detalle de la camioneta es porque sabían que nos estaría esperando un vehículo similar, si hubiéramos marchado todos juntos nos hubieran cogido entre dos fuegos y no hubiéramos tenido escapatoria.

–De todas maneras, quiero saber la verdad y yo como vosotros estoy seguro de que nos han vendido, ahora mismo estoy pensando en alguien que conozco.

–Creo que tienes razón y además es que no puede ser otro, los civiles no podían saber el día y sin embargo estaban allí, con todo el dispositivo bajo control.

–Pero lo más criminal es que no quería que nos hicieran prisioneros, por eso tenía tanto interés en que fuéramos armados, cómo nos conoce sabía que responderíamos a cualquier ataque, además estoy seguro de que los guardias tenían orden de liquidarnos por eso empezaron a disparar sin previo aviso.

Las palabras de Vicente acabaron de disipar las pocas dudas que pudieran quedarles, en ese momento en el cerebro de Mateo se hizo la luz porque ahora estaba seguro de que los informes recogidos no llegaron a conocimiento del Comité, y si habían llegado seguro que fueron falseados, no podía ser de otra manera.

–Tenemos que llegar cuanto antes a Toulouse porque en estos momentos lo más seguro es que ya esté por allí algún

alto mando de la operación, hay que avisarles como sea de este asunto y advertirles de que hay un traidor en sus filas, deben de suspender la operación porque cuando ataquen se van a encontrar que no pueden contar con más munición que la que lleven en las cartucheras, pero antes debemos llegar a la masía porque allí dejé una maleta con ropa, documentación y algo de dinero.

–Pues esperemos que no se la haya llevado también ese criminal.

Una vez repuestos y con el ánimo crecido emprendieron la marcha. A pesar de que iban todo lo rápido que podían, no llegaron a la masía hasta casi al final de la tarde. El dueño, al verlos sin las mulas y con el hambre y el cansancio reflejado en sus rostros enseguida dedujo lo que había pasado. Mientras le daban una explicación al dueño de la casa las mujeres se afanaron en prepararles algo de comida que prácticamente devoraron, Mateo preguntó por su maleta y le dijeron que estaba en la habitación que había ocupado con Juana, y así era, cuando terminaron de comer subió y vio que no la habían tocado de donde la dejaron, la abrió y efectivamente estaba el dinero y documentación variada como los certificados de matrimonio, de identidad y el dinero en francos y dólares. Cómo les urgía llegar a Perpiñán lo antes posible convinieron entre ellos y el dueño que descansarían esa noche y al amanecer saldrían camino de Ceret y una vez allí ya sería fácil llegar a Perpiñán y desde allí a Toulouse.

A la hora de partir ya les estaba esperando el dueño que al despedirse les entregó una bolsa con comida disculpándoles de la pérdida de las mulas, asegurándoles que pasaría el cargo al Comité, y que para él era más importante la vida de las personas.

Cuando llegaron a Ceret, Mateo y sus compañeros se encaminaron al bar cuyo dueño conocía Mateo, quien lo recibió con los brazos abiertos, Mateo le explicó cómo pudo que necesitaban ir a Perpiñán, pero esta vez tuvieron suerte porque el autobús que salía a diario a Perpiñán aún no había salido y tenían tiempo de cogerlo.

Una vez llegados a Perpiñán su interés se centró en la búsqueda de Antón por los lugares que habitualmente solía ir, incluso en el hotelito donde acostumbraba hospedarse. Fue allí donde les dijeron que posiblemente estaba en Toulouse porque según parecía era lo que dijo cuándo se fue.

Llegados a Toulouse iniciaron un repaso al igual que en Perpiñán, por locales y hoteles, pero todo fue inútil, nadie sabía nada de Antón y ni siquiera lo habían visto. Sin saber qué hacer ni qué decidir se sentaron en la terraza de un bar para tomar unas cervezas, estaban cansados de tanto caminar sin resultado, no sabían ya con quién contactar ni a quién dirigirse, pero de momento estaban vivos y con una cerveza en la mano. Se estaba bien en aquel local, una radio desde el interior comunicaba algún que otro parte de guerra, de pronto Alfredo exclamó:

–¡La radio! Ya lo tenemos.

–Ya tenemos el qué.

–Sabemos que el general Riquelme hace llamamientos para captar voluntarios para la lucha guerrillera en España, podemos dirigirnos allí y a lo mejor nos dan razón para contactar con él o quizás con alguien de su entorno.

Ni siquiera terminaron de beber la cerveza, cogieron uno de los escasos taxis que los llevó a Radio Toulouse, pero allí tuvieron una nueva decepción ya que el general había terminado su ciclo de emisiones pidiendo voluntarios, aunque les dieron la dirección de una de las oficinas de reclutamiento, así es que volvieron al taxi que los llevó a la dirección indicada, pero por lo visto aquel era el día de las sorpresas porque la tal “oficina” era un bar. El sistema de reclutamiento era muy peculiar, el voluntario que deseaba alistarse una vez allí preguntaba por “alguien” que le tomara los datos y alguno de los presentes se lo llevaba aparte, le tomaba los datos y lo citaba para que se presentara en una fecha determinada y desde allí lo llevaban a un lugar de la frontera donde se llevaría a cabo la concentración de tropas para el ataque.

Se dirigieron en primer lugar al que parecía ser el dueño del bar porque estaba detrás de la barra, el cual cuando le preguntaron por el encargado de alistar respondió que no comprendía.

–Je ne comprends pas l'espagnol.

Pero alguien los había visto entrar y estaba oyendo la conversación, riendo dijo:

–Venga Maurice, no ves que son de los nuestros, sírvenos para mí un Pernod y para los señores lo que quieran, me llamo Alberto y también soy español y pueden decirme o preguntarme lo que quieran, si puedo ayudarles en algo lo haré encantado.

Los tres se presentaron y pidieron cerveza, el llamado Alberto era más o menos de su misma edad, pero en su rostro las marcadas arrugas daban testimonio de que lo había pasado bastante mal durante la guerra y bastante peor en el exilio.

–Estamos buscando a alguien que nos atienda y que tenga algo que ver con el reclutamiento de voluntarios que pedía el general José Riquelme por Radio Toulouse estos días pasados.

–¿Acaso queréis alistaros? Os advierto que la paga es muy poca cosa, eso sí, comeréis caliente todos los días, pero de lo que se trata en realidad es en continuar la lucha contra el fascismo que está matando de hambre España.

–No es eso– Mateo era el que mantenía la conversación con el tal Alberto– la razón de que estemos aquí buscando a alguien lo suficientemente importante es para advertirle de

que hay un traidor en sus filas y que si nuestra información no llega a tiempo hay riesgo de que la operación sea un fracaso y esta información es de carácter urgente.

–En ese caso no hay tiempo que perder, quizás el coronel Vicente López Tovar que es el que está al mando de esta operación aún esté por aquí, yo puedo acompañaros a donde reside habitualmente cuando viene a Toulouse, pero últimamente no es fácil de localizar puesto que suele viajar con cierta frecuencia a París, allí está la sede de la UNE (Unión Nacional Española) dependiente del PCE que es la que está preparando la operación. Si tenemos suerte y aún está en Toulouse estará donde vamos ahora.

Donde los llevó el taxi era un barrio en las afueras de la ciudad, una zona que antes de la guerra era habitada por gente de economía media–alta con casas de dos plantas y amplio jardín pero que los bombardeos sistemáticos de la aviación alemana habían convertido en montículos de escombros a la mayoría de ellas. Las que habían quedado relativamente habitables las habían acondicionado de manera que eran utilizadas por sus dueños o por gente desplazada de sus lugares de origen, algunas de ellas habían sido ocupadas por españoles que solían dar asilo u hospedaje a otros compatriotas.

Paró el taxi frente a una de ellas por indicación de Alberto quien se adelantó llamando a la puerta, ésta se abrió apareciendo en el portal un hombre de mediana edad, de

aspecto bastante cuidado que, aunque no llevaba uniforme, se notaba que era militar. Al ver a Alberto le tendió la mano y le invitó a entrar en la casa, pero el otro le indicó que venía acompañado y que el asunto del que tenían que hablar era de suma importancia, el hombre asintió y les hizo un gesto para que se acercaran y entraran. Alberto pagó al taxista despidiéndole, una vez dentro se acomodaron y el militar sacó una botella de coñac español diciendo:

–Sólo lo suelo sacar cuando todos somos españoles porque los franceses no nos han tratado como nos merecíamos, murieron demasiados españoles en sus campos de “acogida” cuando terminó nuestra guerra y eso no se me olvidará jamás, pero ahora hábleme de eso tan importante que quieren decirme.

–Antes de nada, agradecerle el detalle del coñac español y después advertirle de que hay un traidor entre ustedes, es Antón, usted lo debe de conocer sobradamente porque según él estaban en contacto permanente y nos consta que entregó ciertos informes sobre la acogida que dispensarían a sus tropas en el supuesto, más que probable, de ocupación del territorio del Valle de Aran. Esos informes, después de consultar ampliamente a varios sectores de población eran totalmente negativos y nos tememos que él los haya falseado y entregado como muy positivos.

–Me cuesta creer que Antón sea un traidor, efectivamente los informes que me fueron entregados hablaban muy en

positivo, pero eso es circunstancial dentro de la gravedad que supone el haber falseado un informe.

–Pero es que hay más, nosotros fuimos reclutados por él para introducir a través de la frontera material en forma de municiones y explosivos para apoyar logísticamente a las tropas que iniciaran la ocupación. Según se nos dijo este material después de la entrega por nuestra parte sería depositado en puntos estratégicos para su utilización cuando se necesitara, pues bien, teníamos que efectuar dos entregas, la primera se realizó sin novedad, pero para la segunda nos habían tendido una emboscada, no sólo con la intención de incautarse del material sino con el propósito real de eliminarnos como testigos. No les convenía que alertáramos del hecho de que no se podría contar con las reservas logísticas que se pensaban, por cierto, en aquella emboscada perdí a mi mujer que era la que ejercía de guía como en otras ocasiones.

–Lamento lo ocurrido y quiero darle mi más sincero pésame a usted y a su familia, y sepa que entiendo su estado de ánimo porque somos muchos los que tenemos que llorar la muerte de algún familiar cercano o directo, pero la vida sigue y debemos también pensar en la gente que está sufriendo en las cárceles y viviendo bajo la opresión y la injusticia de la peor de las dictaduras, por eso estamos aquí, preparados para intentar cómo sea que el fascismo no eche raíces y nuestro pueblo pueda ser dueño de su destino viviendo en democracia. Y volviendo al asunto que nos

interesa tengo que comunicarles que estoy esperando a Antón, que estaba en Paris informando al Comité y viene de camino para pasarme unos informes relativos a la preparación de un ataque de distracción en el Pirineo navarro, concretamente en el valle del Roncal, se va a realizar con la misma estrategia que en el Valle de Arán por lo tanto me tendrá que indicar sobre plano donde estarán localizables los depósitos de municiones y explosivos para garantizar el éxito de la operación. Realmente no tengo más remedio que creerles porque solamente él y yo sabíamos que se había de disponer de reservas de munición para mejorar el desarrollo de la operación, pero prefiero obrar con cierta astucia por lo tanto cuando venga ustedes permanecerán en la habitación contigua a ésta, de manera que les permita escuchar toda nuestra conversación y, a una indicación mía, saldrán e iniciaran un careo después del cual si no ha sido capaz de explicar convincentemente lo que ha pasado les autorizo a que hagan la justicia que merece por traidor.

Seguidamente abrió un cajón de la mesa y extrajo de allí una pistola “Luger” alemana y se la entregó a Mateo diciéndole:

–Le entrego a usted esta arma porque pienso que ha sido el más perjudicado, aunque perjudicados hemos sido todos, especialmente la operación.

–Tengo que darle las gracias mi coronel, y acepto ser el que

dé muerte a ese perro traidor que no vale ni el metal de la bala que le va a quitar la vida.

–Para que no nos coja por sorpresa estaremos atentos para cuando llegue, por lo tanto, vigilaremos el camino, lo más probable es que venga en algún vehículo o taxi, creo que nos dará tiempo a prepararle la trampa.

Alberto se prestó a vigilar el camino. Aunque anocheecía aún estaban a finales del verano así que había mucha luz diurna y el camino era una recta bastante larga por lo que cualquier persona o vehículo que viniera por él sería fácilmente localizado. Así sucedió y apenas lo vio corrió a avisar.

El coronel los hizo entrar en la habitación contigua a la salita-comedor, tal y como habían acordado, mientras él preparaba el “escenario” preguntándose si sería capaz de aguantar su indignación cuando Antón empezara a descargar la sarta de mentiras y embustes que llevaría preparadas para convencerlo.

Cuando Antón llamó a la puerta el coronel esperó a que llamara por segunda vez ya que no quería que notara que lo estaba esperando.

–Hola Vicente– saludó Antón con familiaridad– ¿todo bien por aquí?

–Hola Antón, sí, todo perfecto, y tú ¿qué noticias traes?

–Las mejores, todo va muy bien, tal y como estaba planeado, la segunda entrega de explosivos y municiones fue entregada sin novedad y estará a la espera de nuestro ataque para el mantenimiento logístico de nuestros soldados.

–Y ¿ese mantenimiento sostenido cómo se realizará?

–Por medio de un equipo de enlaces los cuales apenas entremos en el Valle se pondrán en contacto con ustedes para hacerles llegar a los depósitos.

–Eso está muy bien, pero lo que me tiene preocupado es el recibimiento que nos pueda dar la población porque después de la ocupación la ayuda de la población va a ser fundamental, hay que tener en cuenta que en el supuesto de que todo salga bien, el Valle en invierno queda incomunicado durante cuatro meses como mínimo, durante los cuales estaremos a merced de la buena voluntad de la población que tendrá que alimentarnos.

–Sobre esa circunstancia también tenemos unos informes realizados por gente de total confianza y garantía, siendo totalmente favorables.

–Entonces según tú está todo bajo control ¡ah! Y otra cosa más ¿no han tenido problemas al pasar la frontera o en la entrega de las municiones?

–Pues no tengo constancia de ello ¿porque lo pregunta?

–Porque han venido unos señores que me han dicho todo lo contrario, supongo que no tendrá inconveniente de ratificarse delante de ellos.

Al oír estas palabras Antón palideció intensamente pero cuando los tres se presentaron delante de él su semblante se puso lívido y la mandíbula inferior empezó a temblarle ostensiblemente, intentó levantarse de la silla, pero Alfredo, en un movimiento rápido, se lo impidió sujetándole.

–Hola Antón– empezó a hablar Mateo– como ves, falta Juana ¿sabes por qué? ¿quieres que te lo explique? Pues porque nos estaban esperando cincuenta guardias civiles y policía de frontera ¡En el punto exacto donde teníamos que realizar la entrega! Punto que sólo sabíamos nosotros y tú, la emboscada era perfecta, ellos se dividieron en dos grupos y mientras unos nos atacaban de frente el otro grupo nos cogía por la espalda con la orden estricta de tirar a matar, su intención era que ninguno saliéramos con vida para que de ninguna manera pudiéramos avisar de que se abortara la operación y sobre todo para que no pudiéramos delatarte a ti y así poder continuar con tus planes, que no son otros que procurar que fracase la ocupación y que los franquistas eliminen todos los guerrilleros que puedan, porque tú les has entregado toda la información que has podido, seguramente en todo el Valle ya habrán montado un dispositivo para contrarrestar desde el principio el avance de los guerrilleros.

Después, mirando al coronel dijo:

–Y en cuanto a los informes referentes al apoyo de la población le aseguro que eran ampliamente negativos, se lo digo porque fuimos mi mujer y yo los que nos pateamos todo el Valle recabando información, hablando con gente de todas las clases, desde amas de casa hasta soldados, la cual fue entregada a este traidor, pero no sabemos qué información le habrá dado él al Comité, de todas maneras, aún están a tiempo de subsanar errores.

El coronel escuchaba con toda atención las palabras de Mateo y, cuando éste terminó su relato de los hechos, mirando a la cara a Antón preguntó:

–¿Corroboran ustedes la versión de su compañero?

Los dos asintieron y además dijeron que si escaparon fue por pura suerte y las normales precauciones que se toman en estos casos.

–Prácticamente fue pura intuición– explicó Alfredo– el que se adelantara uno de nosotros y descubriera que los guardias civiles nos estaban esperando.

Entonces el coronel se encaró con Antón.

–Estas acusaciones son gravísimas, ¿puedes responder a ellas?

Antón bajó la cabeza y con voz temblorosa y apenas audible respondió:

–No tuve más remedio, me cogieron y me amenazaron con matarme si no les facilitaba toda la información, me prometieron una amnistía total y un puesto en el Sindicato que se estaba organizando, esa es toda la verdad, sé que he hecho mal, pero os prometo que colaboraré con vosotros si esto se olvida.

El coronel permanecía sentado al otro lado de la mesa frente a Antón, mientras a los lados, de pie, permanecían Alfredo y Vicente. Mateo, detrás de Antón ya estaba apuntando a la nuca esperando una señal del coronel el cual hizo como que reflexionaba, pero cuando Mateo cruzó la mirada con el coronel éste asintió con la cabeza. El disparo le entró por la nuca y salió por la garganta al realizarlo de arriba hacia abajo, Antón cayó lentamente de costado derribando con él la silla en que estaba sentado, entonces Mateo cedió la pistola para que tanto Alfredo como Vicente la utilizaran realizando sendos disparos al cuerpo ya sin vida de Antón, era como un gesto simbólico de rechazo a un traidor.

–El río pasa cerca y a esta hora ya no hay circulación por la zona por lo tanto no creo que les sea difícil deshacerse del cuerpo.

–No se preocupe –respondió Mateo– el que haya venido con un vehículo nos facilita el trabajo.

–Pues entonces sólo me queda invitarles a una última copa

brindando por el éxito de la operación y si algún día nos vemos y puedo ayudarles en algo siempre me tendrán a su disposición, confío en que la próxima vez que nos encontremos nos vayan mejor las cosas.

Con un apretón de manos y un abrazo se despidieron del coronel, después envolvieron con una manta el cuerpo de Antón y entre los cuatro lo metieron en el vehículo y arrancaron. Buscaron un punto de poca iluminación por la orilla del río y en cuanto lo encontraron, sin respeto ni miramiento fue lanzado a la corriente, procurando lanzarlo bien apartado de la orilla para que la corriente lo llevara lo más lejos posible de aquella zona.

Una vez dentro del coche Alberto les dijo que lo dejaran en el bar donde se conocieron.

Dejaron a Alberto en el punto que les indicó y luego se desplazaron hacia el centro de Toulouse, pero ya la noche estaba bastante avanzada y prácticamente no pudieron encontrar alojamiento por lo que al final optaron por dormir dentro del coche y por la mañana ya decidirían qué hacer.

A la mañana siguiente se encaminaron a un bar que Alfredo conocía.

–Os he traído aquí– empezó diciendo– porque creo que debemos pensar muy seriamente lo que vamos a hacer a partir de ahora.

Vicente y Mateo se miraron como si no comprendieran a su compañero.

–Y según tú ¿qué deberíamos hacer? – preguntó Vicente.

–Pues tenemos tres opciones, una es trabajar en lo que nos salga, la segunda es comprometernos con los guerrilleros que atacarán el Valle de Aran, y una tercera es buscar a “Quico” Sabater y unirnos a su maquis.

–Las dos primeras por mi parte están descartadas –pero a Mateo le picaba la curiosidad– pero háganos del “Quico”.

–Pues es raro que no hayas oído hablar de él ya que es bastante famoso y también estuvo en la guerra con Durruti.

–¡Hombre, es que con Durruti estábamos muchos!

–Sí pero Quico junto con dos compañeros fueron protagonistas de un hecho que tuvo mucha repercusión en toda aquella parte del ejército ya que en una discusión mataron a un comisario, un tal Ascaso, luego pasó a Francia y estuvo en un campo de concentración, de allí lo sacaron para trabajar en una mina, luego se casó y se hizo fontanero y hasta no hace mucho residía en una masía llamada Casanouve Louvette, en el término de Coustoges, en la raya fronteriza con Francia. Allí vivía con su familia, sus hermanos y dos amigos de la guerra, son Jaime Parés el “Abisinio” y Joan Sales el “Rochet” los cuales son sus hombres de confianza, pero ahora mismo no sé por dónde andará, tengo que

preguntar por él al dueño del bar ya que es íntimo amigo y antiguo componente de la partida.

–Bueno más o menos sabemos su historia y ahora explícanos en qué nos beneficiaría si nos integramos en su maquis.

–La actividad de cualquier maquis todos la sabemos, sabotajes en líneas eléctricas y en ferrocarriles, pero “Quico” no se para ahí, a todo eso añade atracos a bancos y empresas, la mayor parte en la zona de Barcelona.

–Pues la verdad es que a mí no me seduce la idea de ir pegando tiros por ahí y atracando bancos, pero ya que no tengo otra cosa que hacer, podemos hacerle una visita, siempre es interesante conocer a compañeros de armas y de ideología, pero tú ¿de qué lo conoces? Supongo que habrás estado con él.

–Supones bien, hace aproximadamente dos años estuve con él, volamos algunas torres eléctricas y asaltamos un par de bancos y algunas empresas, después nos tomamos unas largas vacaciones durante las cuales conocí a Antón, que también había formado un grupo en el cual había varios amigos y me uní a ellos.

Se lo comuniqué a Quico y lo aceptó, aunque trató de que volviera con su grupo, quedamos como amigos y hasta ahora no he vuelto a saber de él, ni siquiera sé si ha vuelto a formar

guerrilla, pero conociéndolo como le conozco a él y al “Rochet” seguro que no han estado “cazando pajaritos”, será mejor que pregunte.

Se levantó, fue directo a la barra y preguntó al barman por Antoine, el cual levantó la voz para que lo oyera el que estaba en el interior de la cocina.

–¡Antoine!, un tal Alfredo pregunta por ti.

–¡Hombre, Alfredo! –exclamó el llamado Antoine asomando la cabeza– ¿Qué haces por aquí?

–Pues, aunque no te lo creas ando de visita a los viejos amigos, pasaba por aquí y decidí entrar para ver que tal estabas y por lo que veo parece ser que acabaron las aventuras para ti... y me alegro de verdad, creo que elegiste acertadamente.

–Sí aquello acabo para mí, fueron tiempos muy duros, difíciles y peligrosos, pero al final el asunto salió bastante bien, hicimos un par de operaciones que salieron perfectas, le dije a “Quico” que pensaba retirarme y establecerme aquí y no hubo problemas, ¿y tú que tal? me dijeron que te habías integrado en otro grupo de anarquistas.

–Pues te informaron bien, pero salió mal, y ahora ando buscando a Quico junto con mis compañeros que están en aquella mesa, aunque no sabemos si está en activo y podemos integrarnos en su grupo, si pudieras indicarnos por

donde está o darnos alguna referencia para ponernos en contacto con él te lo agradeceríamos ya que nuestra economía empieza a resentirse.

–Pues no sé qué decirte, tú ya sabes que él tiene una gran movilidad geográfica, pero ya que estáis aquí podéis acercaros a la masía de Casanouve Louvett y si no está allí es seguro que está en Barcelona, ya sabes, por Hospitalet normalmente.

–Pues muchas gracias Antoine, haremos eso, iremos a la masía y veremos cómo está la cosa, es seguro que si allí no está sabrán decirnos donde encontrarle.

Como Alfredo ya había estado no tuvieron problemas, la llegada a la casa fue casi un acontecimiento porque al oír que un automóvil se acercaba prácticamente todas las personas que la habitaban estaban en la puerta esperando ver qué personaje famoso bajaba de ese coche que se acercaba dando bandazos por el camino de tierra, lleno de baches y levantando una nube de polvo, por lo visto salvo carros tirados por caballerías o bicicletas nadie tenía la osadía de visitar a uno de los más famosos bandoleros según la prensa franquista.

Apenas paró el motor uno de los que estaban atentos a la llegada del vehículo se adelantó y abrió la portezuela con cara de pocos amigos.

–¡Bajaos! –conminó con voz amenazadora.

–Hola José. ¿Qué manera es ésta de recibir a los viejos amigos?

El tal José se quedó mirando fijamente como forzando la memoria, entonces alguien de la docena de personas que estaban detrás observando se adelantó diciendo:

–Hola Alfredo. ¿Qué te trae por aquí? Creía que aún estabas con Antón.

–Lo de Antón ya es historia, nos salió franquista y ayer mismo le pegamos unos cuantos tiros, pero si te parece nos invitas a café y te lo cuento, pero antes déjame que te presente a mis amigos –y dirigiéndose a ellos– este es Francisco Sabater Llompart, “Quico” para los amigos.

Después de estrecharse las manos, Quico les invitó a pasar al interior de la casa, que era prácticamente como todas las masías, contaba con un comedor muy espacioso con una gran mesa rustica en el centro y enorme chimenea en la cual ardían ingentes cantidades de leña, especialmente en invierno por ser una estación muy fría, sobre todo en las estribaciones del Pirineo francés donde estaba enclavada.

Se sentaron a la mesa los tres, con Quico y sus hermanos José y Manuel además de los que a juicio de Alfredo eran sus hombres de confianza, Joan Sales el “Rochet” y Jaime Pares el “Abisinio” los cuales hacían honor a su apodo, el primero

por el color rojizo de su pelo y su piel llena de pecas rojas y el segundo por su pelambrera sumamente rizada y su color de piel tan morena que realmente parecía arrancado de alguna remota región de aquellas lejanas tierras.

Ambos también habían saludado a los tres amigos, aunque a Alfredo ya lo conocían. Desde su posición en la mesa Mateo estudió físicamente a los personajes, pero especialmente a Quico que era, según su criterio, el más singular de todos ellos. Lo primero que llamaba la atención de aquel tipo era su seguridad y fuerte personalidad, como suelen desarrollar todos aquellos que se han hecho a sí mismos, aguantando penalidades y trabajos sumamente duros. Se veía un hombre fuerte y de rostro que podía resultar bastante atractivo a las mujeres. Estaba casado y tenía dos hijas y tanto su mujer como sus hijas vivían con él en la masía.

La conversación empezó hablando todos ellos de cosas intrascendentes, fue Quico el que inició lo que en un principio parecía un deseo de saber por qué lo habían visitado y acabó casi como un interrogatorio:

–Bueno Alfredo, cuéntanos a qué se debe el honor de tú visita.

–Pues como ya te dije “despachamos” a Antón y pensamos que no nos convenía estar sin trabajo mucho tiempo. Sólo teníamos a la vista dos opciones, la primera era ayudar a los guerrilleros con lo del Valle de Aran, asunto que descartamos

porque estamos seguros de que está abocado al fracaso. Y como segunda opción pensé en ti, porque tú siempre has sido fiel a tu ideología y también porque dentro de lo que es la problemática de esta actividad siempre has planificado minuciosamente los golpes y siempre salíamos económicamente bastante bien en el reparto, dicho esto hemos considerado que no estaría de más el visitarte.

–¿Por qué dices que lo del Valle va a fracasar? Al parecer cuentan con treinta mil guerrilleros para el asalto.

–Pues porque las tropas allí acuarteladas les doblan en número, aparte de que no nos creemos que cuenten con tantos efectivos y además se van a enfrentar con gente veterana, que sabe desenvolverse en cualquier clase de terreno. Incluso creemos que les estarán esperando porque a estas horas ya saben hasta el día, la hora y por donde van a atacar.

–¿Y eso cómo ha podido ocurrir?

–Porque los del Comité Central del Partido Comunista que están viviendo como Dios en París no se preocupan de seleccionar a la gente que tiene que desarrollar labores de información y se dejan colar agentes dobles que prácticamente trabajan más para el enemigo que para ti, aparte de eso el general Riquelme se ha pasado quince días en Radio Toulouse haciendo llamamientos para alistar voluntarios para atacar el Valle, y eso en la parte militar, pero

son tan estúpidos que creen que una vez allí la población los va a recibir entre aclamaciones.

–Podría darse el caso, cosas más raras se ven en la guerra.

–No –entonces habló Mateo– eso es imposible, el mes pasado fuimos enviados mi mujer y yo al Valle para ver qué grado de aceptación y ayuda tendrían las tropas guerrilleras en caso de invasión. El informe, después de consultar a la población a todos los niveles, fue totalmente negativo, se lo entregamos a Antón y él lo transmitió al Comité como positivo, pero, aunque estos errores al parecer ya han sido subsanados se nos comunicó que ya era imposible la marcha atrás, que ya todos los efectivos estaban en la frontera esperando la orden de ataque, posiblemente en unos días tendremos noticias de una más que posible masacre.

Al oír a Mateo dar una explicación tan detallada todos guardaron unos minutos de silencio, al cabo de los cuales fue el “Rochet” el que dando un puñetazo en la mesa exclamó:

–Son todos unos hijos de puta, son los mismos que nos hicieron perder la guerra y ahora para justificar la buena vida que se pegan organizan mamonadas como la invasión del Valle sabiendo que no lo podrían sostener mucho tiempo. Ellos tienen un millón de hombres armados y lo que es más importante, la aviación, tienen razón nuestros amigos, será cuestión de días y caerán como moscas, mi opinión ya la sabéis, si le pisáis el rabo a la serpiente se revolverá, os

picará y os matará con su veneno, hay que pisarle la cabeza para matarla.

El “Rochet” hacía tiempo que había puesto sobre la mesa la posibilidad de un atentado al mismísimo Franco, pero Quico no era de su opinión porque sabía que era muy difícil si no imposible el organizar un atentado ya que se dependía de varias personas que estuvieran muy bien coordinadas y además con una dificultad añadida: Franco era un personaje superprotegido, los escoltas nunca dejaban nada al azar, se infiltraban incluso entre el público que salía a vitorearle. De todas maneras, le había tenido que asegurar al “Rochet” que si surgía alguna ocasión que fuera propicia lo intentarían, ese comentario final siempre lo tranquilizaba así que las conversaciones volvieron a centrarse en los visitantes, según les dijo Quico de momento tenían unos días de descanso y por lo tanto no tenían previsto ningún proyecto.

–No hay problema –contestó Alfredo– nos volveremos a Toulouse, allí estaremos unos días y si por alguna razón te fuéramos necesarios estaremos alojados en el Hotel Paris durante aproximadamente una semana.

–En cualquier caso –dijo Quico– ya es muy tarde, cenaremos y pasáis la noche aquí.

Como vieron que tenía razón aceptaron quedarse hasta la mañana siguiente, durante la cena la conversación giró en todo momento sobre los problemas cada vez más difíciles

que tenían tanto con la guardia civil como con la policía, porque cada día contaban con más medios, sobre todo en Barcelona capital. Tanto era así que prácticamente habían dejado de asaltar bancos, aunque ocasionalmente asaltaban alguno de los estaban en el cinturón industrial, pero estos por el hecho de que estaban enclavados en una zona bastante deprimida apenas tenían capital en caja, por lo tanto, era más lucrativo asaltar una empresa en día de cobro y desaparecer un tiempo hasta que el asunto se olvidara.

–Hoy en día ya no se pueden asumir riesgos como antes –decía Quico– no hace mucho tiempo la gente nos tenía cierta simpatía, sobre todo cuando terminó la guerra. Supongo que recordaréis a Joaquín Pallarés, sus hazañas se rememoraban y casi se aplaudían en los bares, hoy en día eso es impensable.

–Sí, realmente había que tener cojones para hacer lo que él hizo.

Era el “Rochet” el que realizó el comentario y el Abisinio también opinó:

–Eso mismo, pero además suerte y mucha sangre fría, solo él era capaz de eso.

–¿Y dónde está ahora? –preguntó Alfredo– se dijo que había embarcado y estaba en algún país de Sudamérica, pero en concreto nadie sabe nada.

–Pues te engañaron, el año pasado le dieron garrote vil, a él y a nueve de su grupo, pero para nosotros, los anarquistas, siempre lo recordaremos como un héroe, porque no se puede considerar de otra manera quién en varias ocasiones se disfrazaba junto con algunos compañeros de guardias civiles y se presentaban en el campo de concentración de Horta y entregaban una lista de presos normalmente de los más importantes y se los llevaban en una camioneta como si los fueran a fusilar. Era una acción que por ser habitual varias veces al día no levantó sospechas hasta que se descubrió y tuvieron que escapar a tiro limpio, y así como esa fueron muchas y sólo lo cogieron por un chivatazo a raíz del asesinato del comisario jefe de la zona de Hospitalet un tal Salvador Gomes. Y la realidad es que cada vez vamos quedando menos, ahora mismo, lo que se dice “importantes” y con cierta ideología quedamos tres: Josep Lluís Facerías el “Face”, Ramón Vila Capdevila el “Caracremada” y nosotros, pero ahora mismo el más famoso es “Caracremada” ya que además se le considera un héroe de la resistencia, se le conocía como comandante “Raymond”–Quico hizo una pausa y continuó– cómo os iba diciendo se está poniendo cada día más difícil nuestra actividad, el Facerías al parecer y según me dijeron ahora se dedica a asaltar *meublés* o, mejor dicho, casas de putas de lujo, y si pilla a alguien importante lo secuestra y pide rescate, que según me dijeron hoy en día es lo más rentable y lo menos peligroso, pero de momento nosotros seguiremos con lo nuestro o sea el contrabando, asaltar

empresas y si algún banco se pone a tiro también iremos a por él.

Después de recordar algunos hechos y anécdotas de la guerra, ya avanzada la noche decidieron irse a dormir, algunos como el “Abisinio” y el mismo Mateo medio borrachos ya que el coñac francés fue servido a discreción.

Capítulo XVII

Al día siguiente como era costumbre en todas las masías y casas de campo, aún entre dos luces todos los habitantes de la casona estaban desayunando alrededor de la gran mesa del comedor, y aunque ellos no estaban incluidos en las actividades agrícolas debido al ruido y las voces de los que sí tenían que ir a trabajar no tuvieron más remedio que levantarse y preparar su marcha. Cuando terminaron de desayunar, “Quico” junto al “Rochet” se encontraban en la puerta para despedirlos y Mateo creyó conveniente quedar bien diciéndoles:

–En Barcelona, en la Barriada de Sants tengo un piso, si alguna vez queréis utilizarlo os dejo escrita la dirección en este papel.

–¡Hombre! A eso no puedo decir que no, porque

últimamente andamos escasos de sitios para reunirnos y es probable que algún día nos veamos allí.

Subieron al coche y Alfredo arrancó hacia Toulouse donde llegaron por la tarde ya que tuvieron que parar para repostar y comer, se hospedaron como era su costumbre en el Hotel París y Mateo recogió la maleta con dinero que había dejado en recepción, pagando su custodia y se instaló en la misma habitación que ocupara con Juana porque no hubiera tenido fuerzas para alojarse en cualquier otra, pero cuando puso la llave y abrió la puerta se le hizo un nudo en la garganta y sollozando se tumbó en la cama. El recuerdo de Juana muerta en circunstancias tan lamentables era como un martillo golpeando su cerebro, ahora, después de dos días sin la tensión acumulada veía con claridad lo que para él suponía la pérdida del único ser al que había amado y se había sentido amado. En aquellos momentos se sintió incapaz de sobreponerse a su pérdida y como un relámpago pasó por su mente acabar con su vida, porque aquella situación era superior a sus fuerzas, él, que había resistido tres largos años en el peor campo de concentración, viendo cómo fusilaban a sus compañeros, aguantando palizas sin límite, hambre y trabajos hasta la extenuación, siempre había sido un ejemplo para sus compañeros, él era el que los animaba a resistir diciéndoles que pronto los liberarían, que tenían que aguantar para que el mundo supiera cómo eran los hombres de España. Todo eso lo resistió, pero ahora sentía como si su vida ya no tuviera sentido, al cabo de un rato se levantó y

como un sonámbulo se dirigió al bar, pidió un vaso y una botella de coñac, se sentó en una mesa en una zona del local en la cual poder pasar desapercibido y se llenó el vaso pensando que quizás con una botella no tendría suficiente porque a su entender el coñac francés era bastante flojo, como su vino, pensó, el coñac español era mejor, con más cuerpo y con sólo una botella te ‘arreglaba” los problemas por lo menos hasta el día siguiente. Vació el vaso de un trago y sonrió con amargura pensando en ese día siguiente, ¿qué podía hacer mañana si lo había perdido todo? Porque el hecho de que Benita se fuera con Roberto no pasó de ser un disgusto, pero esto era una pérdida a todos los niveles, su vida ya no tenía ningún sentido, pensó en sus padres y volvió a sonreír y vaciar el vaso, quizás por ellos debería intentarlo, seguir con vida porque el rehacerla con otra persona era imposible, en cualquier caso al día siguiente sacaría del banco todo el dinero y les mandaría por giro postal lo suficiente para que pudieran vivir cómodamente el resto de sus días, les escribiría una carta comunicándoles la muerte de Juana por una rápida enfermedad y cuando pudiera ya iría a verles, que no se asustaran por la cantidad de dinero que les mandaba pues era dinero honrado ganado en Francia. Sus padres siempre habían confiado en él, sabían que era honesto y trabajador porque lo había sido toda su vida. Enfrascado en sus pensamientos prácticamente había vaciado la botella, pero pensó que aún no estaba bastante borracho, se levantó, pidió otra botella de coñac y con ella en la mano se encaminó a su habitación, se sentó en la cama

y bebió un largo trago, pensó que si no estaba lo suficientemente borracho sería incapaz de dormir en aquella cama, el recuerdo de Juana le pesaba como una losa porque incluso con aquella borrachera se le escapaban dolorosos lagrimones de sus casi cerrados ojos. Al final haciendo un esfuerzo dejó la botella ya casi vacía en la mesita y se dejó caer en la cama, quedando dormido inmediatamente.

A la mañana siguiente se levantó tarde y con una resaca de mil demonios se peinó y mirándose al espejo pensó que le hacía falta un corte de pelo y un buen afeitado, pero antes tenía que desayunar y quitarse aquella resaca de su cabeza. Cuando terminó se fue a una barbería y ya con otra imagen se fue al banco y sacó todo el dinero que según las normas de la entidad se podía sacar en veinticuatro horas, de allí se fue a correos y mandó un giro postal a sus padres, el resto se lo guardó pensando sacarlo al día siguiente junto con lo que había en el otro banco argumentando a los empleados el pretexto de que regresaba a España, lo cual era cierto, pero no volvería por la frontera puesto que no tenía pasaporte y aunque tenía papeles legales no se fiaba de la policía, además con el riesgo de que lo registraran y se incautaran de todo el dinero que llevaba. Tenía que pensar en la manera de llegar a Barcelona con todo el dinero, su futuro dependía de ello.

Cuando regresó al hotel ya era hora de comer, subió a su habitación y dejó casi todo el dinero en la maleta, bajó al comedor y allí se encontró con Alfredo y Vicente los cuales

le saludaron con alegría ya que anteriormente preguntaron por él y les dijeron que se había marchado.

–Ya nos parecía raro que te hubieras ido sin despedirte.

–Naturalmente, pero sí tengo pensado marcharme, lo que pasa es que no tengo pasaporte, aunque sí tengo los papeles en regla como se suele decir.

–Hombre los nuestros son falsos, pero nos los hicieron en Barcelona, aquí no conocemos a nadie y podríamos meternos en problemas.

–Por eso no os preocupéis, tengo un amigo en Ceret, pasado mañana temprano me lleváis con el coche hasta allí y yo ya me las arreglaré.

–Otra cosa que queríamos comentar contigo, ¿qué hacemos con el coche? Hemos comprobado que la documentación es falsa, posiblemente fue robado o quizás abandonado por sus dueños, de todos modos, Antón tampoco era su dueño.

–No pasa nada, en cuanto lleguemos a Ceret os cedo mi parte, podéis venderlo o lo legalizáis a vuestro nombre, si lo pasáis a España podéis sacar bastante dinero ya que como sabéis circulan muy pocos coches.

–¿Y qué vas a hacer en Ceret?

-Tratar de ponerme en contacto con la familia de Juana para comunicarles lo que ha pasado y este amigo es el único que puede indicarme por donde pueden estar, sólo con que pudiera encontrar a alguno de ellos me sería suficiente.

Mateo en realidad no les estaba diciendo la verdad de sus intenciones, pero lo que iba a hacer, o tenía pensado hacer, lo tenía que hacer solo, no es que desconfiara de ellos, pero era mucho dinero el que llevaba y aunque ellos ignoraban la cantidad exacta no era cosa de arriesgarse, la mente humana es muy complicada y por eso consideró que sería mejor que no supieran nada.

Habían terminado de comer y pidieron café (en Francia era muy bueno ya que lo traían de las colonias) y una botella de coñac que prácticamente duró lo que duró el café, luego pidieron otra, pero Mateo antes de que se terminara se levantó y les dijo que a la mañana siguiente tenía que hacer unas gestiones en el banco y por lo tanto tenían que posponer el viaje a Ceret hasta la mañana siguiente. Después de que los otros dieran su conformidad subió a su habitación y se tumbó en la cama, pero esta vez no lloró porque su cerebro trabajaba buscando la manera de entrar en España con el dinero.

Para sacar el dinero de los bancos no tuvo problemas puesto que en épocas de guerra la gente se desplazaba muy a menudo y solía llevarse todo el dinero del Banco. Ya con todo el dinero en la maleta, a la mañana siguiente,

temprano, se vieron en la recepción del Hotel, desayunaron con rapidez y marcharon hacia Ceret al cual llegaron a medio día parando frente al bar que Juana y él conocían, pidieron alojamiento para Mateo y comida para los tres al término de la cual se despidieron con un abrazo, deseándose suerte y yéndose de nuevo rumbo a Toulouse. Mateo se dirigió al dueño del bar quien sabiendo lo bien que pagaba Mateo los favores estaba sumamente dispuesto para atender en lo posible cuanto pidiera, pero el asunto pintaba muy difícil de considerar puesto que nadie de los presentes entendía ni hablaba el español, por eso cuando Mateo dijo:

–Quiero comprar una mula con alforjas.

El dueño del bar lo miró como si lo viera por primera vez.

–Je ne comprends pas l’espagnol.

–Pues la hemos cagado porque a ver cómo le explico yo a éste lo que quiero– entonces se le encendió la “bombilla”– se lo dibujaré en un papel, el dibujo lo entienden todos.

Le pidió un lápiz y un papel y dibujó algo parecido a una mula, entonces fue Gerard, que así se llamaba el hombre, a quien se le encendió la “bombilla”. Le hizo entender que sabía lo que quería pero que tendría que esperar hasta la tarde que era cuando venía más gente al terminar las labores del campo. Cómo aún faltaban algunas horas para caer la tarde, Mateo se fue a su habitación a dormir una pequeña

siesta, pero poco tiempo después lo despertaron unos golpecitos en la puerta, era Gerard que venía a comunicarle que había contactado con un tratante que hablaba español y le podría ayudar.

Se aseó un poco y bajó al bar, allí lo estaban esperando Gerard y otro hombre que a Mateo le pareció muy joven para dedicarse a una actividad que según los cánones establecidos requería de una gran experiencia y conocimiento, el oficio de tratante no lo desarrollaba cualquiera porque entender de animales no era fácil, hizo un cálculo rápido de la edad que podría tener y consideró que debía de tener unos veinticinco años.

–Hola– se presentó– soy Diego Vargas y me ha dicho Gerard que quería comprar una mula, soy tratante y creo tener lo que busca.

–Yo, me llamo Mateo y sí, estoy buscando un animal fuerte con alforjas porque tengo que pasar un tiempo en la montaña y cómo vamos a entrar en octubre necesito un animal que pueda aguantar unas alforjas bastante llenas y andar por caminos difíciles.

–¿Y cuánto dinero está dispuesto a pagar?

–Pues eso lo puedo dejar a su entender puesto que en cuestión de animales no entiendo nada, no tengo más remedio que fiarme de usted.

–No se hable más, nos tomamos una copa e iremos a ver lo que nos interesa.

Llamaron a Gerard para que les sirviera una copa y se sentó con ellos.

–Perdona, no te ofendas, pero pareces muy joven para ser tratante.

–No es la primera vez que me lo dicen, pero mi apellido habla por mí y si a éste le añadimos el de Romero por parte de madre ya no dejo lugar a dudas, soy gitano por los cuatro costados y aunque llevo bastantes años en Francia fue porque nos vinimos toda la familia al empezar la guerra de España, luego empezó ésta y consideramos en su día que aquí pasaríamos menos hambre que en España. Al principio fue bien dentro de nuestra miseria, luego con la guerra mi padre se dedicó a la compra de animales para el ejército, pero cuando los alemanes ocuparon Francia empezaron a perseguir a judíos y gitanos. Un día llegaron a nuestro campamento y se llevaron a todos hombres, ancianos, mujeres y niños, yo me salvé porque me había mandado mi padre a segar alfalfa a unos prados cercanos y cuando regresé vi los carros ardiendo y los animales sueltos. Hasta hace poco me estuve ocultando para que no me cogieran porque sabía que en ese caso o me mataban o sería deportado a cualquier campo de trabajos para los alemanes, pero según noticias recientes más bien eran campos de exterminio por lo tanto no debes fiarte de mi juventud, como

buen gitano, me parieron entre animales y creo que soy bueno en este oficio, de mi padre lo aprendí todo y además soy honrado.

Vargas de cuando en cuando hacia algún comentario en francés refiriéndose a su integridad moral y Gerard asentía como avalando las afirmaciones del gitano, esto tranquilizó a Mateo y cuando Vargas lo consideró oportuno dijo:

–Cuando quieras podemos irnos, el dueño del animal que nos interesa vive en las afueras del pueblo, es un hombre bastante viejo que vende miel, tiene dos mulas y por las características de su negocio también tiene varias alforjas, trataré de sacarle alguna en el trato.

Llegados a la casa Vargas se encargó prácticamente de todo, pero de lo que no cabía duda era de que se sabía el oficio, era un buen tratante y como actor en América no tendría precio ya que en tres ocasiones cogió a Mateo del brazo con intención de marcharse y otras tantas volvió atrás como chillando incluso parecía que estaba amenazando al dueño de las mulas. Al final pidió a Mateo que sacara cierta cantidad de francos, entonces con el dinero en la mano se dirigió al viejo entregándole una cantidad, todo esto sucedía sin ni siquiera haber visto al animal, se dirigieron a la cuadra y entonces sí vieron la mula. Realmente se veía un buen animal joven y bien tratado, en una estaca colgaban tres alforjas, Vargas cogió a la mula del ronzal y al pasar por al lado de la estaca en la que estaban las alforjas puso una de

ellas por el lomo del animal, entonces fue el dueño el que empezó a chillar y a llamar de todo en francés al gitano hasta el punto que Mateo le dijo:

–Oye, ¿quieres que le dé algo por la alforja?

–¡Bah! No te preocupes, todos hacen lo mismo, lo cierto es que ha sido tanto una buena compra como una buena venta, el mejor trato es aquel en el que todos quedan contentos, el viejo se ha defendido bien, pero yo sabía que no tenía dinero.

La tarde ya estaba entre dos luces y Mateo pensó que no podía dejar la mula en cualquier parte, le convenía marcharse al día siguiente temprano.

–Mira Diego, he pensado pasar la noche en el pueblo, pero no sé dónde dejar la mula hasta mañana.

–Eso no es problema, en el pueblo hay un hostel en donde la pueden atender dándole comida y agua y tú puedes quedarte allí a cenar.

Capítulo 18

Al día siguiente lo llamaron a la hora que abrían las tiendas, tal y como había pedido al dueño del bar, volvió al hostel, instaló la alforja en el lomo del animal y pagando lo que habían acordado salió a comprar lo que iba a necesitar para el viaje, artículos básicos como dos mantas, tocino curado, algunos embutidos, pan, todo lo necesario para encender fuego y dos botellas de coñac porque en la montaña ya debía de hacer frío, sobre todo de noche, y con prácticamente la alforja llena se puso en camino, su intención era regresar a España por el mismo paso o ruta que habían cruzado con Juana de guía. No le fue difícil de encontrar el camino y a pesar de que realizó dos paradas para descansar y que abrevara el animal en un arroyo natural al atardecer ya divisaba el maravilloso valle con su pequeño lago, el verdor de la hierba hizo que la mula acelerara tanto el paso que optó por soltarle el ronzal y dejarla a su libre albedrío. Lo

primero que hizo fue visitar la tumba de su mujer por si algún animal había removido las piedras, pero todo estaba tal y como lo habían dejado cuando se fueron. Recogió la mula y le quitó la alforja, dejándola cerca de la tumba donde pensaba pasar la noche, encendió un buen fuego y acercó una piedra de buen tamaño al lado de la tumba, se sentó en ella y sacó la petaca de tabaco, lio un cigarrillo y luego otro, después de prenderle fuego al primero lo puso encima de la piedra que había más cerca de la cruz, luego encendió el otro y a la segunda calada ya no pudo contener las lágrimas recordando las veces que era Juana la que liaba los dos cigarrillos después de hacer el amor, sin parar de llorar y sin pensar que no podía oírle empezó a hablarle:

–Juani, que solo estoy, por primera vez en mi vida no sé qué hacer, tienes que ayudarme y guiarme porque yo no puedo hacerme a la idea de que no te voy a ver nunca más, he pensado en matarme pero me falta valor, pero también me falta valor para seguir viviendo sin tu compañía, creo que voy a volverme loco, tú ocupas todo mi cerebro y siento que me estoy volviendo débil porque sólo cuando estoy borracho encuentro la paz que busco, pero cuando se me pasa la borrachera me siento peor al pensar que he traicionado tu recuerdo.

El cigarrillo se había acabado, se limpió las lágrimas con la mano y se acercó al agua para refrescarse la cara, cuando volvió escarbó en la alforja y sacó el tocino y el pan y cortó tres lonchas que atravesó con la rama de un arbusto. El

crepitar del tocino asándose le despertó el apetito, pero antes se echó un trago de coñac, aquella bebida era la que le gustaba porque sin beber grandes cantidades alcanzaba el grado de euforia que buscaba y además no le daba demasiada resaca al día siguiente. Cuando acabó de cenar buscó la mula porque la noche se presentaba bastante fría, de hecho, ya había empezado a sentirse el relente y posiblemente a la mañana siguiente un buen manto de escarcha cubriría el valle, ató la mula a uno de los pocos árboles que había, dejándole la cuerda del ronzal bastante larga para que el animal se buscara el mejor sitio para acostarse mientras él, con las dos mantas, buscó el abrigo entre dos grandes piedras y se dispuso a pasar la noche.

A la mañana siguiente se levantó ya con el sol bastante alto, la escarcha de la noche ya había desaparecido y empezaba a hacer cierto calorcillo, en su cabeza por culpa del coñac; aún le quedaba algo de resaca que le estaba sugiriendo que se diera un buen baño, aunque seguramente el agua estaría bastante fría pero realmente le apetecía el bañarse porque sería la última vez que lo hiciera recordando la felicidad perdida junto a Juana. No lo pensó más, se desnudó y se metió en el agua hasta la cintura, el agua era puro hielo, su piel empezó a enrojecer y sin pensar braceó con energía hasta que creyó que la resaca se había ido, luego salió del agua y se fumó un cigarrillo secándose al sol hasta que pensó que era hora de preparar algo de comida y marcharse.

Soltó la mula para que pastara y abrevara antes de marcharse y luego encendió el fuego, tostó una buena hogaza de pan y de nuevo asó el tocino que le quedaba. Cuando terminó de comer recogió un ramillete de flores silvestres y plantas aromáticas y lo depositó encima de las piedras que cubrían la tumba, luego se sentó efectuando la operación de encender los dos cigarrillos, como ya había preparado la mula para marchar, cuando terminó de fumar se arrodilló y besó la piedra que falcaba la cruz y llorando como los hombres lloran, en silencio, cogió el ronzal y se alejó con el alma rota pero con cierta paz en el espíritu al comprobar que la tumba de la única mujer que le había hecho sentir que sí existía la felicidad total, no había sido destruida por ninguna alimaña. Le quedaba todo un día de camino hasta Setcases pero cuando llegó al bosquecillo desde el cual salieron los guardias que les tirotearon matando a Juana pensó que como ya era media tarde lo mejor y más prudente sería descansar un buen rato, comer algo y marchar por la noche que se presentaba bastante clara debido a la luna llena, trataría de ir con sumo cuidado por si había alguna patrulla de la guardia civil; por la noche en Setcases solían encender algunas luces por si alguien regresaba tarde a casa supiera encontrar el pueblo, partiendo de esta referencia eludiría pasar por el pueblo y llegar a Camprodón.

Y tal y como esperaba llegó a las afueras de Camprodón y pensó que era hora de recoger lo que pudiera serle útil y

dejar la mula en libertad ya que no debía de llamar la atención de la gente al tratar de venderla, por lo tanto, se quedó con la maleta, las dos mantas y la poca comida que le quedaba, le quitó la alforja y la cabezada y con una palmada en la grupa se despidió del animal.

Como ya sabía dónde tenía la parada el autobús –por llamarlo de alguna manera– se encaminó hacia la plazuela en la que aparcaba toda la noche porque en el ruinoso estado en que se encontraba, el robo quedaba descartado, tanto era así que ni las puertas se cerraban con llave. Ya estaba clareando el día cuando Mateo llegó junto al vehículo, abrió la puerta y se sentó, aún no se veía a nadie por la calle, aunque normalmente en aquellos pueblos se solía madrugar, pero su sorpresa fue ver que la única persona que iba por la calle y se dirigía hacia el autobús era el viejo quesero que fue compañero de viaje la primera vez que vinieron al pueblo él y Juana.

Ayudó a subir al viejo que portaba el talego con quesos para vender, cuando subió se quedó mirando a Mateo y señalándole con el dedo dijo:

–Yo a ti te conozco, pero tú ibas con una mujer, ¿no viaja contigo?

–No, por desgracia viajó a un sitio del que nadie vuelve.

–Pues créeme que lo siento, parecía buena chica.

–Sí, realmente lo era, para mí la mejor, nos casamos en Francia.

–¿Y cómo has venido desde Francia?

–Con una mula.

–¿Con una mula? – preguntó extrañado– ¿Y dónde está?

–La dejé en libertad, su trabajo ya había terminado.

–¿Y nadie puede reclamarla?

–Nadie, la mula será del primero que la encuentre.

–¿La dejaste muy lejos?

–Casi a la entrada del pueblo, en un ribazo en el que había algo de hierba.

El viejo al oír las referencias que le daba Mateo se volvió a cargar al hombro el talego con los quesos y se bajó del vehículo, Mateo le preguntó:

–¿A dónde va?

–A por la mula, hoy ya he vendido bastantes quesos.

Al poco rato, antes de que arrancara el autobús vio venir al

viejo con la mula cogida del ronzal y con la alforja en el lomo se acercó y sacó del talego el más hermoso queso de cuantos llevaba.

–Toma, es el mejor de mis quesos y siempre que vengas por aquí pregunta por Pedro “el cabrero”, yo te estaré eternamente agradecido porque has hecho realidad la ilusión de mi vida que era tener una mula.

Hasta Barcelona el viaje ya no tuvo nada digno de mención, pero una vez allí, por cansancio físico y emocional, no quiso visitar a Ramona y sus viejos amigos Roberto y Benita, prefirió coger un taxi y trasladarse al piso de Juana que ahora también era suyo, cómo Juana quería. Todo fue bien pero cuando entró en la vivienda se le hizo un nudo en la garganta, aquellas paredes, la mesa donde comían mientras se reían de anécdotas de la guerra, aquel pequeño dormitorio, con la vieja cama de madera... no pudo evitar que sus ojos se volvieran a llenar de lágrimas, con paso vacilante por la emoción abrió todas las ventanas, cerró la puerta y dejó la maleta encima de la mesa, la abrió y miró los fajos de billetes y empezó a pensar la manera de meterlos en lugar seguro, llegando a la conclusión de que lo mejor sería colocarlos en cuentas corrientes en varios bancos, a ser posible que estuvieran alejados entre sí y sacar sólo lo necesario para vivir sin decir nada a nadie, tenía que ser discreto porque eran malos tiempos, había hambre y necesidad extrema y ambas cosas eran malas consejeras, la mente más honrada se volvía sumamente débil cuando olía

dinero, por lo tanto no diría nada a nadie ni haría alarde de que tenía la vida resuelta, sólo tenía un problema, temía que en alguna borrachera se le soltara la lengua y se jodiera toda la estrategia.

Pasaron algunos días sin que se decidiera visitar a Ramona, había entrado en la rutina de levantarse por la mañana, hacer la compra necesaria del día, luego compraba el periódico y se sentaba a escuchar la radio, comía poco y bebía mucho, generalmente cuando decidía irse a la cama ya llevaba una más que notable borrachera, pero un día se levantó y consideró que no podía seguir por ese camino, tenía que hacer algo y rápido, decidió que ese día comería fuera, se aseó y se encaminó hacia el barrio chino que tan bien conocía, estaba seguro que allí volvería a encontrar a sus viejos amigos, pero aunque preguntó en varios locales y a alguna que otra chica nadie pudo darle ninguna referencia de la gente por la que preguntaba. Ya cansado entró en un bar para tomar una copa antes de comer, consideró que la falta de información se debía que era casi medio día y la gente ‘especial’ acostumbraba a llegar al lugar muy entrada la tarde o por la noche, pero en aquellos momentos entró en el local uno de los muchos golfillos colilleros que posiblemente trabajaba para Rufino. Al pasar por su lado lo cogió por el brazo y le preguntó:

–Estoy buscando a Rufino, soy amigo suyo.

–Conozco a Rufino y él siempre dice que no tiene amigos.

–Por eso no te preocupes, que yo sí lo soy, si lo ves le dices que Mateo lo está buscando.

Mateo se metió la mano en el bolsillo, sacó una peseta y se la dio al hombre, éste la cogió y salió a paso rápido, Mateo sabía que si Rufino estaba en esa zona en pocos minutos estaría sentado a su lado y pidiendo una copa que no pagaría. Efectivamente no pasaron ni quince minutos y un Rufino sonriente entraba por la puerta, Mateo le tendió la mano, pero Rufino la rechazó fundiéndose en un abrazo, realmente se alegraba de ver a Mateo. Ya sentados, Rufino preguntó:

–Me alegro mucho de verte, ¿cómo está Juana?

–Juana murió, hemos tenido mala suerte, nos casamos en Francia, pero hubo un chivatazo a la guardia civil y nos tendieron una emboscada justo cuando pasábamos un alijo de armas para guerrilleros que iban a atacar en el Valle de Aran.

–Vaya, lo siento de veras, era una gran mujer, una verdadera desgracia.

–Sí, para mí la peor de las desgracias... pero cuéntame, ¿cómo va todo por aquí?

–Mal, y cada día peor, la policía no deja tranquilo a nadie, piden la documentación constantemente y casi todas las semanas hacen redadas, antes solían avisarme pero

últimamente no se casan con nadie, a Roberto lo trincaron en una de ellas y está en la Modelo sin una acusación concreta, le aplicaron la “Ley de Vagos y Maleantes” y salvo que tengas un buen abogado y quizás ni aun así, cómo no tengas a alguien del ejército o de Falange que te eche una mano te marchas cuando a ellos les sale de los cojones, son unos criminales.

–Y ¿Sabes algo de Ramona y Benita?

–Lo poco que sé es por Roberto y ya sabes que él de cosas personales hablaba poco, Benita según me dijo parió una niña, cosa que a él no le gustó ya que esperaba un chico, pero a pesar de todo fue a verla, que yo sepa por lo menos un par de veces, yo creo que él también la quiere, pero aprecia más su libertad, quizás si hubiera tenido un hijo hubiera cambiado de vida.

–¿Y ella sabe que está en la cárcel?

–Yo creo que no, porque él sabe que no se portó bien con ella y decirle que está en la cárcel para él sería como pedirle perdón y eso él jamás lo hará, aunque reviente y menos a una mujer. El es así y no creo que cambie.

–Pues es posible que esta tarde les haga una visita.

–Si la ves le explicas la situación, un hombre en la cárcel está muy solo, aunque estés rodeado de gente una visita de la chica con su hija le haría mucho bien y quizás

reconsiderara su manera de ver la vida. Creo que esa es la única posibilidad de que cambie.

–Si no lo sabe yo se lo diré, aunque Roberto no lo sabe es una buena persona, yo por mi parte pienso echarle una mano.

–Y a todo esto, ¿dónde vives?

–Vivo en Sants en un piso que era de Juana y ahora lo ocupo yo.

Mateo, aunque le dijo la zona no le indicó ni la calle ni el número porque continuaba sin fiarse de Rufino, la gente como él –como ya le dijo el golfillo– no tenía amigos, su amistad valía según el beneficio que pudiera sacar de ella, Rufino nunca apostaba a caballo perdedor.

Comieron juntos y a media tarde se despidieron. A Mateo le pareció buena hora para visitar a Ramona y Benita, sentía cierta curiosidad por ver como se llevaban las dos mujeres, aunque conociendo como conocía a Ramona estaba seguro de que no habría problemas de convivencia.

Y no se equivocaba, llamó a la puerta y le abrió Benita que al verlo lo abrazó diciendo:

–¡Ramona! Tenemos visita.

–Dile que entre, ahora no puedo ir, estoy cambiando el pañal a la niña.

Entró Mateo y cuando lo vio dejó a la niña y lo abrazó llorando.

–Yo creía que ya nos habías olvidado, y Juana, ¿cómo está?

–Juana ya no está entre nosotros, murió en un accidente en Francia, allí nos casamos, pero cuando murió me vine a España, allí no tenía amigos, ahora vivo en Sants en un piso que era de ella.

–¡Qué desgracia! Quiero que sepas que sentimos tu dolor como nuestro y siempre estaremos a tu lado para lo que necesites, sabes que eres como de la familia que como ves ha aumentado y ha sido un regalo de Dios.

Mateo se asomó a la cuna, realmente era preciosa y tenía razón Benita cuando afirmaba que Roberto era el padre, aquella niña era clavada a él, aunque era niña tenía su misma cara y el pelo rizado. Haciendo como si preguntara con descuido dijo:

–¿Sabes algo de Roberto?

–Pues no, hace días vino a visitarnos pero sus visitas siempre son cortas, ya lo conoces, pero estuvo más amable que de costumbre y hasta me preguntó si necesitábamos alguna cosa, yo le contesté con mala leche que necesitaba

un padre para mi hija, él lo cogió mal, se fue y no ha vuelto, ahora pienso que quizás me pasé –Benita era de lágrima fácil y empezó a llorar– pero es que me hizo mucho daño y lo he pasado muy mal por su culpa, si no hubiera sido por Ramona y por ti quizás ahora estaría muerta.

–Es que, aunque quisiera no podría venir a visitarte.

–¿Por qué?

–Porque está en la cárcel.

Al oír esto Benita se llevó las manos a la cabeza y ocultando su rostro entre ellas empezó a llorar amargamente, Mateo sintió en aquellos momentos que el rencor que pudiera tener a Benita desaparecía para dejar paso a un sentimiento de deseo de ayudarle.

–Bueno, “Beni” no llores más, llorando no se solucionan estas cosas déjame a mí que me entere como está el asunto y a partir de ahí algo podremos hacer.

–No podremos hacer nada, en la cárcel sabes cuándo entras, pero no sabes cuándo vas a salir– dijo Benita secándose las lágrimas– si al menos pudiera verlo...

–Pues vamos a empezar por ahí, hoy mismo iré a enterarme del horario de visitas y trataré de hablar con él, en cuanto a ti y la niña deja que te prepare el terreno, él es un tipo muy especial y hay que ir con pies de plomo, pero te

aseguro que si hay una mínima posibilidad Roberto se casará contigo, por lo menos lo intentaré.

Benita empezó a llorar de nuevo y con voz entrecortada por la emoción se abrazó a Mateo.

–Nunca olvidaré lo que has hecho y estás haciendo por mí, soy consciente y te lo digo de corazón que me equivoqué de hombre, pero una no manda en su corazón.

–Por eso no te preocupes, no voy a negar que en su día lo sentí, y mucho, pero eso ya hace tiempo que lo superé, con Juana viví un tiempo de felicidad como no creo que pueda volver a vivir con otra mujer, por lo tanto, no quiero que pienses más en ello, lo que pasó ya es historia, ahora vamos a centrarnos con lo de Roberto que como tú dices está difícil, pero no imposible.

–Ante todo– dijo Ramona– tú no te metas en líos, tu pasado anarquista te puede traicionar, esa gente tiene chivatos y personas de mal vivir que les ayudan.

–Por eso no os preocupéis, sé el terreno que piso y donde buscar ayuda, pero lógicamente no puedo garantizar nada, sólo que lo voy a intentar.

Las dos mujeres al escuchar el razonamiento de Mateo se tranquilizaron porque estaban seguras de que Mateo no las engañaría.

Se despidió de ellas sabiendo que por lo menos a Benita le había levantado el ánimo, porque ella sabía que tal y como habían quedado las cosas cuando salió Roberto el día que fue a visitarla, él nunca habría vuelto a hablar con ella.

Ya estaba anocheciendo y tenía que volver a casa porque cuando se hacía de noche Barcelona se volvía sumamente peligrosa a pesar del despliegue de policía, pero era mucha la gente que lo estaba pasando mal y no dudaban en sacarte una navaja al doblar cualquier esquina.

Esa noche se preparó la cena y cuando terminó se tomó el café recalentado, pero en contra de su costumbre no probó el coñac, conectó la radio para oír las noticias y se fue a la cama.

A la mañana siguiente cuando salió de casa después de desayunar se encamino al Hospital Militar, allí se entrevistaría con su amigo Vicente, el comandante, estaba seguro que le echaría una mano o por lo menos le indicaría los pasos a seguir.

Cuando llegó le dijo al centinela que comunicara al comandante Vicente Arnal que su amigo Mateo estaba allí y que deseaba hablar con él de un asunto muy importante.

Cuando regresó el soldado le pidió que lo acompañara, el comandante ya lo estaba esperando con el mueble bar abierto, el número de botellas había aumentado

notablemente, Mateo después de estrecharle la mano lo miró sonriente:

–Parece que eres buen cirujano puesto que tu bar está mejor surtido que la última vez.

–¡Hombre! El militar normalmente suele ser agradecido, por lo general regala lo que más le gusta y te aseguro que jamás conocí a ningún militar, tuviera la graduación que tuviera, que no le gustara el alcohol y ahora dime de que se trata.

–Mira, sabes que no me gusta pedir favores y menos cuando no son para mí, pero éste es un caso muy lamentable y es que en una redada en el barrio chino cogieron a un amigo mío, no estaba haciendo nada malo, simplemente se encontraba donde no tenía que haber estado, su mujer dio a luz hace cosa de un mes y el aún no conoce la criatura, ella sólo quiere que le den un pase de régimen de visitas para poder visitarlo un par de veces por semana.

–¿Y de qué se le acusa?

–Fue una redada en el barrio chino, en esas redadas si no tienes nada que ver en política te suelen aplicar la “Ley de Vagos y Maleantes”, pero él no es ni una cosa ni la otra, su mujer regenta una pensión cerca del puerto y ahora con la criatura sólo pide visitarlo y que conozca a su hija.

–Eso está hecho, supongo que estará en la Modelo, ahora

te daré una carta que entregaras al oficial que esté de guardia, lo normal es que no te ponga ninguna pega, posiblemente te pedirá la documentación, entre ella le entregarás el papel que te firmó el general de plaza agradeciendo los servicios prestados a la patria, sí, aquel que le enseñaste al sargento de tu pueblo y que se meó en los pantalones al leerlo, así no creo que tengas problemas.

–Nunca pensé que un comandante de Sanidad tuviera tanto poder, y eso que no tienes mando en tropa porque en tal caso ya serías general.

–Pues, aunque no te lo creas tienen más miedo a un quirófano que a estar en primera línea de fuego, ¡saben que en ese quirófano puedo estar yo!

Los dos rieron la salida de Vicente, Mateo se sorprendió de su alegría porque desde que murió Juana ni siquiera había vuelto a sonreír.

Se despidieron con un fuerte abrazo, cogió la carta y cuando estaban en la puerta le cogió del brazo y lo hizo volver, abrió el mueble bar y le entregó una botella de Whisky y otra de coñac, las dos de las mejores marcas.

–La de Whisky es para el oficial de guardia y la otra es para ti, ¡ah! y vamos a hacer otra cosa, te voy a dar la dirección de un abogado militar, en cuando puedas lo visitas, le dices que vas de mi parte y le explicas el caso de tu amigo. Si es verdad

que no se metió en ningún lio estará muy pronto en la calle.

–Vicente, quiero que sepas que bendigo la hora en que te dejé escapar.

–¡Venga ya! Yo creo que tú hiciste más por mí que yo por ti, además ya te dije que cuando llegara la paz a esta nación se necesitarán muchos hombres como tú y como yo, esta nación volverá a ser grande y sobre todo respetada.

Se volvieron a despedir con un abrazo y Mateo se encaminó a la cárcel Modelo. Una vez allí se dirigió al cuerpo de guardia, el centinela le paró a la entrada y Mateo le pidió hablar con el oficial de guardia, pero antes tuvo que hablar con un sargento al que tuvo que explicarle que llevaba una carta para entregar en mano y éste lo cacheó encontrándole las dos botellas, entonces con ellas en la mano se dirigió al despacho del oficial anunciándole que en la entrada había un paisano que solicitaba hablar con él y entregarle una carta en mano y que llevaba dos botellas de licor, el oficial miró las dos botellas y las etiquetas ordenando al sargento:

–¡Déjelo pasar!

Mateo entró con aire decidido, aunque no las tenía todas consigo porque aquella gente era imprevisible, pero el tono amable del oficial le dio confianza.

–Me ha dicho el sargento que llevaba una carta para mí.

–Pues sí mi capitán– era capitán el que le atendió– y perdone la molestia.

Mateo le entregó la carta que el oficial leyó con atención, luego la metió en uno de los cajones de la mesa y le pidió la documentación que también leyó con interés, después de entregársela de nuevo a Mateo sacó de un cajón de la mesa un pequeño cartón verde y escribió “Permiso concedido a favor de” seguido del nombre y apellidos de Mateo y un acompañante, después el nombre del reo, y lo mejor era que podían visitarlo a cualquier hora dentro del horario de visitas, todos los días. Salió del despacho casi a paso ligero, pero de pronto oyó al oficial llamándole.

–¡Eh! Mateo se deja las botellas.

–No se preocupe eran para usted.

Por unos segundos estuvo tentado de volver a por la de coñac, pero el asunto había salido bien y por una botella de coñac, por muy bueno que fuera, no merecía la pena “cagarla” y como ya se había hecho hora de comer se fue a un restaurante. A media tarde se fue a la Modelo a visitar a Roberto, quería hablar con él y sondear el terreno para ver si quería que Benita lo visitara.

No tuvo ningún problema para la visita, enseñó el pase verde y un policía lo condujo al llamado locutorio, el cual lo componía una larga mesa de no menos de diez metros que

casi unía las dos paredes frontales. Por una puerta entraban los penados y por la contraria los visitantes, los domingos y festivos limitaban la entrevista a media hora y se entraba en grupos de quince visitantes. En el caso de Mateo por tener pase especial no tenía límite de horario, siempre que fuera en días laborables y fuera de las horas de comedor, por lo tanto, ese día podía estar bastante tiempo con él, aunque siendo el primer día no era cosa de abusar, de todas maneras, tanto los visitantes como los visitados estaban vigilados por varios policías. Mateo entró en el locutorio se sentó, a los pocos minutos apareció Roberto.

Como estaban prohibidas las muestras de afecto extremo y el contacto cuerpo a cuerpo, se limitaron a darse la mano y se quedaron mirando, Mateo casi se asustó, Roberto estaba irreconocible, los malos tratos estaban a la vista y además estaba mucho más delgado, la ropa sucia y posiblemente llena de parásitos de todas las especies y en cuanto a la alimentación se la podía imaginar viendo la delgadez de su amigo... ahora comprendía que muchos con condenas largas no vivieran para contarlos.

–¿Cómo te encuentras?

–Mal ya me ves, no hace falta que te lo cuente.

–No, no hace falta que me lo digas, pero yo sí quiero decirte que te sacaré de aquí cueste lo que cueste, esto no es sitio para un hombre como tú.

–Te agradezco tu buena intención, pero no podrás, aunque sé que lo intentarás pero tanto los guardias como los jueces y abogados están conchabados para que sólo salga quién a ellos les convenga, naturalmente con previo pago en billetes del Banco de España y en estos momentos yo no tengo ni dos pesetas, estoy sobreviviendo de lo que puedo “pescar” a los guardias o a otros desgraciados como yo, hasta el día que me descubran y me saquen las tripas o me maten de una paliza, aquí te puede pasar cualquier cosa.

–Bueno, espero que no te pase ni una cosa ni la otra, de momento hay que mejorar tu aspecto, me vas a decir donde te alojabas y te traeré ropa limpia y ahora cuando nos demos la mano para despedirnos en la mía habrá doscientas pesetas, con ellas podrás mejorar tu comida comprando en el mercado negro y en la cantina.

Roberto hurgó en uno de sus bolsillos del pantalón y sacó una llave que dio a Mateo diciéndole una dirección, era un piso alquilado del que por suerte tenía pagados varios meses por lo que no lo habrían alquilado de nuevo.

–También quería comentar contigo otro asunto, Benita sabe que estas aquí y tenía mucho interés en venir a verte a pesar de que entre vosotros las cosas no van demasiado bien. Ella me explicó que la última vez que fuiste a verla te marchaste de mala manera y piensa que quizás fue demasiado brusca contigo, ahora sabe que lo estás pasando mal, quería echarte una mano porque quiere que la

perdones, quiere ayudarte sin pedirte nada a cambio y que ella será para ti lo que tú quieras que sea.

–Ahora mismo no quiero que me vea en este estado, cuando me reponga ya hablaremos, de todas maneras, puedes decirle que aquello ya está olvidado y que agradezco su interés, pero no necesito la caridad de nadie.

–¡No seas burro! Esa mujer te quiere de verdad y tú ni te imaginas lo grande que es que a uno lo quieran, sobre todo en la desgracia y la verdad es que estoy dudando que merezcas el amor de nadie porque ella sólo te está pidiendo el verte y poder ayudarte y no creo que estés en condiciones de rechazar su ayuda por un ataque de falso orgullo; sí, ya sé lo que me vas a decir, que es una puta y que se la han follado un montón de tíos, pero hoy es una mujer con tanta dignidad como otra cualquiera, que ha tenido una hija y que la sacará adelante siendo una madre ejemplar, pero ahora vamos a ver quién eres tú, un carterista que ahora mismo está en la cárcel y que algún día saldrá, pero cuyo destino es volver a ella, quizás para el resto de sus días y puede que ya no sean muchos. Ahora tienes la oportunidad de tu vida junto a una mujer y una hija, porque es tuya, yo la he visto y no me cabe la menor duda. No quiero cansarte más, piénsalo bien, te lo dice un amigo, yo disfruté de esa felicidad por poco tiempo, pero en ese corto periodo no envidié a nadie, incluso ahora sólo recordando los momentos felices me siento realizado como hombre y como persona.

–No hace falta que me recuerdes mi situación porque me la sé de sobra. Si algo tienes aquí dentro es tiempo de sobra para pensar y todo lo que me acabas de decir ha pasado por mi cerebro un millón de veces.

Aunque no te lo creas, tengo miedo, yo como tú sabes he vivido siempre libre de compromisos, nunca he estado atado a nada ni a nadie y no creo que pueda ser de la noche a la mañana un buen padre y mucho menos un buen marido. En cuanto a Benita, sé que me quiere, pero es mujer de mucho temperamento y yo nunca he sido hombre de una sola mujer.

–Eso es porque siempre has tenido que comprar el amor, incluso el de Benita, pero el amor de un hombre hacia una mujer y el de una mujer por un hombre es otra cosa, no es sólo sexo, son los muchos pequeños momentos que te hacen la vida agradable, bendecir la hora que encontraste a esa mujer y envejecer junto a ella.

–Bueno, cuando salga ya veremos. Si este asunto tiene arreglo aún no le digas nada, cuando me recupere ya pensaré algo, de momento tráeme la ropa... ¡ah! perdona, no te pregunte por Juana, ¿está bien?

–No, Juana murió en Francia en un accidente, para mí ha sido más que una desgracia porque con ella se fue mi ilusión por la vida y también mi futuro.

–Lo siento de veras, pero tú eres joven y fuerte, te recuperarás y podrás encontrar a otra persona que te haga feliz porque te lo mereces.

–Gracias Roberto, pero eso es imposible, como Juana no puede haber otra.

Mateo se fue, pero pensando traerse a Benita la próxima vez. Sabía que Roberto estaba con la moral por los suelos, era el momento adecuado para que empezara a valorar un cambio radical en su vida, si lo dejaba reponerse volvería a las andadas.

Fue primero a la dirección que le había dado Roberto, cogió una muda completa y se marchó a la pensión para hablar con Benita y decirle cómo estaban las cosas, ella lo recibió anhelante por saber, aunque conocía a Roberto y esperanzas tenía pocas.

–Me ha costado, pero he conseguido visitarle.

–Y, ¿cómo se encuentra?

–Mal, la cárcel y más en los tiempos que corren es el peor sitio donde pueda estar uno, pero está con mucho ánimo, ahora mismo he ido a donde vivía y he cogido una muda para que se cambie, en la que lleva puesta ya no le cabe más mugre y parásitos de todas las especies. También le llevo una caja con útiles para afeitarse, lleva barba por lo menos de un mes.

–¿Le dijiste que quiero visitarle?

–Sí, pero no quiere que lo veas en ese estado y creo que tiene razón porque está irreconocible.

Mateo sabía que con estas palabras espoleaba el deseo de Benita de visitarlo.

–¿Qué le abran hecho, Dios mío? –Y empezó a llorar amargamente– tengo que verlo, cómo sea tengo que verlo, él me necesita y sé que cuando me vea no me va a rechazar, porque yo sé que en el fondo él me quiere.

–Bueno, vamos a ver, ahora mismo tengo un pase de visita para dos personas, hoy ya no podemos ir porque ya he estado yo, pero mañana puedo pasar a por ti más o menos a media mañana, pero no te llesves a la niña, así veremos si es tan duro como cree. Estoy seguro que preguntará por ella, me decepcionaría mucho si no lo hiciera.

Benita sonrió secándose las lágrimas y mirando a Mateo con infinito agradecimiento dijo:

–No encuentro palabras para agradecerte lo que estás haciendo por mí.

–No te equivoques Beni, sí es por ti, pero también por él, quizás más por él porque sé que nos necesita, aunque no quiera reconocerlo, en el fondo es una buena persona.

Mateo dejó la ropa de Roberto y salió consultando la dirección que le había entregado Vicente para entrevistarse con el abogado, llevaba una nota para entregársela en mano y una tarjeta de visita del mismo Vicente.

El bufete estaba en una zona residencial de Barcelona y al parecer constaba de varias oficinas, posiblemente para diferentes especialidades según los casos, del dintel colgaba una pequeña cuerda conectada a una campanilla en el interior. Mateo hizo sonar la campanilla y al momento una sirvienta le abrió preguntando qué deseaba, Mateo le dio la tarjeta de presentación de Vicente y lo hizo pasar a una especie de sala de espera donde ya estaban sentadas varias personas, él saludó a los que allí estaban y se sentó, pero a los pocos minutos salió una chica de uno de los despachos, seguramente sería la mecanógrafa y le indicó la entrada de uno de ellos, entró saludando, sentado había un hombre con uniforme militar y grado de capitán, indicó a Mateo que se sentara enfrente y le ofreció un cigarrillo.

–Así que viene de parte de Vicente, supongo que su “problema” está en la cárcel.

–Así es, pero tengo que asegurarle que es totalmente inocente.

–Sí claro– dijo esbozando una sonrisa– pero está en la cárcel, supongo que Vicente también le habrá dicho que no me dedico a defender criminales, yo sólo defiendo a

presuntos inocentes y siempre que esa presunción sea bastante evidente.

–Es realmente evidente, lo cogieron en una redada en el barrio chino, tuvo la mala suerte de pasar por allí en ese momento y ya hace dos meses que está en la Modelo, ha tenido que aguantar interrogatorios durísimos, ya sabe usted cómo es aquello, pero no le han podido acusar de nada, él es una persona normal que tiene mujer y una hija que nació hace poco, su mujer regenta una pensión cerca del puerto y ahora con la pequeña realmente lo necesita.

–¿Ha estado anteriormente en la cárcel?

–Sí, a los pocos días de terminar la guerra lo cogieron unos falangistas por la calle sin documentación y estuvo varios días, lo sacó un sacerdote con avales.

–Si es como usted dice no parece un caso muy complicado, de todos modos, tengo que hablar con el juez instructor y así sabré en qué circunstancias penales se encuentra y si hay alguna acusación en firme contra él. Si no la hay, en poco tiempo estará en casa.

–¿Y qué le debo?

–De la visita no debe nada, pero del papeleo y la gestión mil pesetas por el momento. Si no me las puede pagar ahora se las incluiré en el total de la minuta.

Mil pesetas en aquellos tiempos era una cantidad bastante respetable. Por previsión y pensando que los abogados siempre resultan caros, en la cartera llevaba algo más de mil pesetas, retiró las mil, se las dio al abogado y salió a la calle.

Respiró hondo y entró en el primer bar que encontró, pidió un coñac y se sentó en una mesa bastante retirada, quería tranquilizarse y meditar la situación la cual parecía que iba a tener una solución bastante rápida. En realidad, este asunto no le preocupaba demasiado, era su situación la que le resultaba más problemática porque no le encontraba sentido a su vida, tenía que encontrar algo que le hiciera más llevadera la rutina de todos los días y le impidiera pensar en su desgracia cada hora y cada minuto de su existencia, sobre todo cuando entraba en el piso de Juana porque era entrar y empezar a beber y llorar, tenía que acabar con aquel martirio. Ya con algunas copas se levantó y se fue.

Al día siguiente se arregló y afeitó para ir a recoger a Benita, al mirarse en el espejo por primera vez se vio tal como era, estaba demacrado, con grandes ojeras y una palidez casi cadavérica, era el lento trabajo de zapa que hace el alcohol en el aspecto físico y la salud de las personas. Se prometió al contemplarse en el espejo que no iba a beber más y a comer más a menudo, pero luego pensó que eso prácticamente lo prometía todos los días y al final siempre acababa regresando medio bebido a casa para rematar la borrachera en la cama.

Cuando llegó a la pensión Benita ya le estaba esperando, cogieron un taxi que los dejó en la puerta de la cárcel, Mateo presentó el pase verde y Benita entregó el paquete con la ropa de Roberto para que fuera revisado por un funcionario que seguidamente los hizo pasar al locutorio. Estaban solos en aquella gran sala, se sentaron a la espera de Roberto y mientras éste venía Mateo puso su mano encima de la de Benita, notando al cogerla un ligero temblor.

–Sé que estás nerviosa y asustada, pero no te preocupes, es lo normal cuando estás aquí, a cualquiera se le hace pequeño el estómago, aunque solo vengas de visita.

En esto entró Roberto, cuando vio a los dos se quedó parado como rechazando la visita, pero al cabo de unos segundos continuó avanzando y se sentó frente a ellos, Benita al verlo palideció y se le quedó mirando como si no lo conociera y estalló en un llanto que disimuló tapándose la boca con una mano mientras con la otra se secaba las lágrimas.

–Te dije que no la trajeras porque sabía lo que pasaría, y tú deja de llorar que no hay para tanto ya que como ves aún no estoy muerto.

Al oír estas palabras Benita arreció en su llanto porque las palabras de Roberto le habían sonado como un desprecio.

–Le dije que no viniera, pero se puso histérica y no he

tenido más remedio que traerla conmigo, además quiero que se vaya haciendo cargo de la situación porque no siempre podré venir yo y en ese caso quiero que venga ella... si tú no dispones otra cosa.

Roberto miró a Mateo y luego a Benita que, aunque había parado de llorar, estaba con la cabeza inclinada mirando al suelo, entonces dijo lo que Mateo esperaba:

–¿Por qué no has traído a la niña?

Benita levantó la cabeza sorprendida.

–Creí que no querrías verla.

–¿Y de dónde has sacado tú la idea de que yo no quiero verla?

Mateo consideró que aquel era el mejor momento para dejarlos solos ya que había conseguido encarrilar la situación, a partir de ahora deberían de ser ellos los que tenían que arreglar sus asuntos en los cuales él se mantendría al margen.

–Beni, te espero fuera, tomad el tiempo que queráis, pero no levantéis la voz, esta gente se toma las discusiones familiares muy en serio –y bromeando añadió– a veces terminan los dos en la misma celda, tened cuidado.

Al poco tiempo salió Benita, venía radiante, la visita al parecer había sido fructífera.

–Pareces contenta, por lo visto el león no resultó ser tan fiero. –Vamos a tomar algo y te lo cuento, pero no, no era tan fiero. Entraron en un bar cercano y una vez sentados pidieron Benita un refresco y Mateo un carajillo de ron y una copa de coñac.

–Me ha dicho que traiga a la niña conmigo siempre que vaya a visitarle y yo he aceptado, pero que no me hiciera ilusiones, que eso no quería decir que fuera a volver conmigo, que cuando saliera trataría de verla más a menudo pero que él continuaría viviendo a su aire, que yo también podría hacer lo que me diera la gana y que la próxima vez le traiga algo de comida.

–No te preocupes, aunque él no lo sabe lo tienes en el saco, dile siempre que sí a todo y espera que la niña crezca y hará con él lo que quiera y tú también, así es que te daré el pase y tú te haces cargo del asunto.

–Lo peor es que sólo Dios sabe cuándo lo soltarán y hasta ese día no dormiré tranquila.

–Pues duerme tranquila porque es posible que salga muy pronto.

–¿Cómo puedes estar tan seguro si ni siquiera ha salido el juicio?

–Porque un amigo mío que es abogado está trabajando en el caso y me dio muchas esperanzas.

–Pero un abogado cuesta mucho dinero.

Y Mateo con una triste sonrisa contestó:

–Es que yo tengo mucho dinero.

Benita pensó que estaba bromeando y no insistió, no podía creer que Mateo fuera rico, ni siquiera que tuviera para cubrir sus gastos, pero confiaba ciegamente en él.

Al salir pidió un taxi y llevó a Benita a la pensión. Cómo era prácticamente mediodía, se fue a comer a un conocido local del barrio chino.

Estaba terminando de comer cuando en la puerta se perfiló una figura conocida, era el Rufino que por lo visto tenía el don de presentarse allá donde había posibilidad de pescar alguna invitación, sonriente se acercó a la mesa donde estaba Mateo y sin esperar se sentó y pidió un carajillo de coñac, sabía que Mateo cuando pagara su cuenta incluiría su carajillo.

–¿Has ido a verle? –Preguntó– me dijeron que estaba bastante mal.

–Me costó lo mío, pero al final pude conseguir un pase verde, estamos autorizados Benita y yo, quise que incluyeran

a la chica porque yo no podré ir muy a menudo y ella tiene una hija que dice que es de él. Además, ella puede hacer ese trabajo, básicamente consiste en traerle ropa limpia y algo de comida, así de paso verá a la niña.

–¿Me has dicho que conseguiste un pase verde? Pues tienes que haber hecho la mili con alguien cercano al Caudillo porque ese pase no lo tendrán ni cincuenta personas en toda Barcelona, cuando salga ni lo rompas ni lo entregues porque vale bastante dinero, el mismo Roberto lo puede falsificar o quizás hacer varios, si lo conseguimos podemos vivir como reyes bastante tiempo.

Mateo oyendo a Rufino sonrió pensando que aquel cabrón era una cosa sería montando negocios, terminó de comer y también pidió un carajillo preguntando:

–¿La policía aprieta mucho por aquí?

–Como siempre, pero últimamente se centran más con los anarquistas y los maquis.

–¿Y eso por qué? Yo creía que en Barcelona ya no habría ni uno.

–Así era pero últimamente han resurgido, especialmente dos bandas, una la de un viejo conocido de la policía, se llama Ramón Vila Capdevila, “Caracremada” para la policía y el otro es Francesc Sabater Llompart, más conocido como “Quico Sabaté”, esos son los principales, se dedican a todo,

atracos, secuestros y sabotajes, también hay otro no tan famoso pero no menos listo, es un tal Josep Lluís Facerías el “Face”, éste se ha especializado en asaltar *meublés* o casas de putas de lujo donde sabe que va gente de pasta. Estos son los que los llevan de cabeza, por suerte tú has sabido apartarte a tiempo, los que parece que van perdiendo poder son los falangistas, antes si te encontrabas con algún grupito te hacían cantar el “Cara al Sol” o si llevaban algún cura con ellos te hacían confesar en plena calle, ahora todas esas tonterías por lo visto alguien las ha prohibido.

–Pues yo creía que los maquis y los anarquistas estaban todos en Francia, yo no hace mucho vine de allí y según parece se estaban preparando para atacar en el Valle de Arán, pero ignoro cómo habrá quedado el asunto.

–¿Y tú como lo sabes? Porque por aquí no se ha dicho nada.

–Pues lo sé porque el general Riquelme estuvo quince días pidiendo voluntarios en Radio Toulouse y yo estaba en Toulouse aquellos días.

–Pues sobre esos asuntos aquí hay silencio total tanto la prensa como la radio, sólo se comunica que ha habido ataques de grupos de bandoleros en la zona del Valle de Arán, siempre los califican de bandoleros porque no les interesa decir que son guerrilleros o resistencia armada, pero alguna gente conecta con emisoras españolas que emiten desde el extranjero como la llamada Pirenaica y se

entera más o menos de lo que pasa, aunque se supone que cada uno arrima el ascua a su sardina pero calculo que el asunto era bastante serio porque mandaron dos buenos generales como son Moscardó y Yagüe. El resultado según parece fue aplastante a favor de los militares, cómo no podía ser de otra manera, un ejército sin aviación ni artillería está condenado al fracaso por muy bravos que sean en la lucha, eso es lo que se dice por aquí, la realidad la sabrán ellos.

–Bueno, eso en realidad a nosotros nos importa poco.

–¿Y ahora qué planes tienes?

–De momento ninguno, me traje algún dinero de Francia, mientras tanto buscaré algo.

–Eso está bien, pero ya sabes que si puedo ayudarte en algo siempre podrás contar conmigo.

–Te lo agradezco de verdad, de momento me dedicaré de lleno a ver qué puedo hacer para sacar a Roberto de la cárcel, ya tengo un abogado sobre el caso.

–Pero eso vale dinero, te aconsejo que andes con ojo con los abogados porque tienen peores sentimientos que la gente que defienden, si te descuidas te dejará sin una peseta.

–Pues la verdad es que no me lo he planteado, pero es que nunca le puse precio a/la amistad y Roberto es mi amigo

“hasta que la muerte nos separe”, como se suele decir.

–Tienes razón, lástima que la mayoría de la gente no piense lo mismo.

Poco después decidieron dar una vuelta por el barrio y como no había nada nuevo en qué fijarse Mateo decidió volver al piso de Roberto para recoger otra muda de ropa limpia y llevársela a Benita, así Roberto tendría una muda siempre lavada. La vivienda no quedaba lejos por lo que decidió ir andando, pero antes decidió entrar en un bar y tomar una copa, aunque en realidad fueron varias. Se sentía aburrido de aquella vida; no iba con él, debía de trabajar como fuera y de lo que fuese, estaba sentado de cara a la calle porque le gustaba contemplar a la gente, con su prisa por llegar al trabajo o regresar a su casa después de la jornada.

De pronto se levantó de la silla, por la acera de enfrente había visto pasar una figura que a él le pareció inconfundible, un pelo como el suyo era imposible que lo tuviera otro en toda la nación, era Jaime Parés el “Abisinio”. Pagó rápido la consumición, pero cuando cruzo la calle ya había desaparecido. Estaba seguro que lo que había visto era real, no le cabía la menor duda, también pensó en aquellos momentos que era muy posible que quizás también estuvieran por allí Alfredo y Vicente el “Chirri”, y si estaban allí los encontraría, tenía ganas de dialogar con gente amiga, pero, por otra parte, temía encontrarse con ellos porque

sabía que si estaban por allí no era para buscar trabajo. Estar cerca de esa gente era estar cerca de los más grandes problemas y realmente no le convenía meterse de nuevo en conflictos, por lo tanto, trataría de esquivar todo contacto con ellos, lo mejor que podía hacer es lo que había pensado antes, recoger la ropa de Roberto.

Pasaron unos días, todo iba desarrollándose con total normalidad, el abogado ya había visitado a Roberto y en cuanto a Benita estaba cumpliendo el plan establecido, cada dos o tres días visitaba a Roberto y le traía ropa limpia y también a la niña para que la viera, pero él apenas mostraba interés por ella, algunas veces la miraba y sonreía pero Benita sabía que esa sonrisa en los labios de Roberto decía mucho, ella lo conocía bien y sabía que si algún día aparecía sin la niña se llevaría un buen rapapolvo, aquel hombre era así, siempre trataba de esconder sus sentimientos pero aquella sonrisa y el cómo la miraba delataban a Roberto, estaba claro que había empezado a quererla y si quería a la niña no tardaría en buscarla en la cama.

Era una noche bastante fría y Mateo ya estaba pensando en acostarse, estaba escuchando la radio con un vaso de coñac en la mano cuando oyó unos golpes muy flojos, eran en su puerta, estaba seguro porque se repitieron.

Se acercó a la puerta y sin abrir preguntó:

–¿Quién es?

–Soy Alfredo, abre por favor.

Realmente era la voz de Alfredo, aunque sonaba con cierta agitación. Abrió la puerta y efectivamente era Alfredo, pero venían con él el Abisinio y Vicente, que al parecer estaba herido porque lo entraron entre los dos y se dirigieron con él al dormitorio, una vez allí lo desnudaron y limpiaron de sangre mientras le explicaban a Mateo la situación. El “Abisinio” le pidió un trapo mojado para limpiar si había alguna gota de sangre por el suelo desde la calle hasta el piso y así no delatar dónde estaba el herido, mientras, Alfredo le decía a Mateo:

–Ha sido pura mala suerte, habíamos asaltado una casa de putas de lujo con gente muy importante y habíamos conseguido dar un buen golpe, ya estábamos en la calle cuando alguien de los asaltados que llevaba una pistola salió a la calle y disparó varios tiros, uno de ellos le dio a Vicente por encima del culo, casi en la cadera, menos mal que teníamos el coche cerca y hemos podido llegar hasta aquí, confiábamos en que estuvieras.

El “Abisinio” ya había borrado todo vestigio de sangre, pero Mateo no lo terminaba de ver claro.

–¿Y dónde encontramos un médico? A estas horas y con un herido de bala en cuanto salgáis os cogerán.

–Por eso no te preocupes, antes de una hora tendremos uno de los mejores cirujanos de Barcelona –dijo el “Abisinio” que mientras hablaba escribía en un papel– Alfredo coge el coche y vas a esta dirección y preguntas por Joaquín Trías, cuando hables con él le dices que “Quico” lo necesita con urgencia, le explicas la situación y que uno de sus hombres está herido de bala, él se hará cargo y cogerá el material que necesite.

Efectivamente tras el tiempo que dijo el “Abisinio” se presentó Alfredo con el cirujano, era un hombre de unos cincuenta años con gafas de cristales redondos, pero por la seguridad que se apreciaba en todos sus movimientos se le notaba que era alguien que dominaba su profesión ya que apenas se entretuvo en saludar al “Abisinio”, que era al único que conocía. Enseguida ordenó que entraran en la habitación la mesa que había en la cocina, en ella puso una sábana limpia que le pidió a Mateo y sobre ella el material sanitario e instrumental de cirugía.

–¿Cómo quieres que te opere? –preguntó al herido– ¿con cloroformo o con borrachera?

–A su gusto, doctor.

–Si el arma era de poco calibre y el disparo se efectuó a cierta distancia no debe de estar muy profunda, creo que con un poco de cloroformo será suficiente.

El cirujano se puso unos guantes de operar, cogió unas gasas y echó en ellas un chorrito de un frasco, aconsejando al herido:

–Cuando te aplique esto en la nariz, aspira fuerte.

La operación fue realmente sencilla pues tal y como suponía el doctor el proyectil no estaba alojado muy profundo, en pocos minutos extrajo la bala y estaba limpiando la sangre, aplicando un apósito en la herida.

–Es conveniente que se mueva lo menos posible, yo no podré visitarlo para realizarle las curas porque me tienen muy vigilado, saben que ejerzo clandestinamente y si en esa casa de putas había algún “pez gordo” como es de suponer la policía ya estará al tanto del asunto y si les han dicho que hirieron a uno me espera una semana de visitas a la comisaría, aunque saben que no me van a sacar nada por muy duros que sean.

–Bueno, doctor, díganos qué se le debe.

–De momento una buena taza de café o lo que tengáis, no soy exigente, una copa de coñac y luego la voluntad, pero si andáis cortos lo hablaré con “Quico”.

–No hace falta –el “Abisinio” sacó un fajo de billetes de mil pesetas, separó unos cuantos y se los dio al médico preguntando –¿Son suficientes?

–Estoy más que pagado.

Después de tomarse el café y darles las últimas instrucciones respecto al herido, cogió su maletín con el instrumental y haciendo una seña a Alfredo para que lo devolviera a su casa se despidió de todos y se marchó.

En los días posteriores el herido evolucionaba muy favorablemente, aunque de la herida aún salía algo de supuración porque, cómo era lógico, cerraba de dentro hacia fuera, pero lo importante era que no tenía fiebre. A Mateo lo que más le preocupaba de esta situación era que el herido ya hacía vida normal, pero nadie ponía fecha para marcharse y en este asunto el único que saldría más perjudicado era él en caso de ser descubiertos. Tenía que hacerles ver que lo estaban comprometiendo sin razón alguna, él había cumplido su compromiso al ofrecerles su casa, pero ya no podía hacer más por ellos, ese mismo día en la sobremesa de la comida del mediodía le dio por preguntar:

–Y del asunto del Valle de Aran ¿sabéis algo? Porque por aquí nadie sabe nada.

–Pues pasó lo que tenía que pasar, fue un desastre total. Aunque en un principio llegaron a ocupar algunos pueblos pero en cuanto los militares se repusieron ya les fue cosa de coser y cantar porque no tenían enfrente un enemigo armado en condiciones, si me apuras ni siquiera motivados para aguantar un ataque medianamente serio de los

franquistas y tuvieron suerte de retirarse a tiempo porque salieron por el túnel de Viella poco antes de que lo controlaran los soldados de Yagüe, así la cosa sólo quedó en desastre pero pudo acabar en una masacre porque los hubieran cogido entre dos fuegos. En cuanto a los dirigentes, según me dijeron por allí solo se asomó Santiago Carrillo, pero prácticamente cuando ya se retiraban.

–Entonces por desgracia se cumplió lo que pensábamos, no podía ser de otra manera, eso estaba condenado al fracaso y pasó lo de siempre, nosotros ponemos los muertos y la gloria se la llevan los otros, y mientras tanto los del Comité gozando de la mejor mesa y bodega en París.

Al día siguiente por la tarde salió a tomar una copa, cómo era su costumbre, en un bar cercano al barrio chino, apenas se había mojado los labios cuando vio entrar en el local a Rufino que como era de esperar se acercó a su mesa, pero esta vez le llamó la atención su manera de acercarse, lo hizo mirando en todas direcciones como si quisiera estar seguro de que nadie estaba vigilando. A Mateo le extrañó esa actitud porque siempre tomaba asiento con una sonrisa, pero esta vez su semblante era sumamente serio, incluso después de sentarse se levantó y miró al exterior del local.

–Hola Ruffi –saludó Mateo– ¿Qué te pasa?

–A mí no me pasa nada, pero a ti sí que te puede pasar.

–¿A qué te refieres?

–Si tienes algo que ver con un robo a mano armada en una casa de citas de lujo, ándate con ojo, están buscando a tres y no sólo la policía, el “Facerías” también se ha enterado porque lo acusan a él y su banda y como lo ha negado se ha comprometido a buscar por su cuenta a los atracadores. He venido a avisarte porque están controlando toda Barcelona por zonas, sobre todo las barriadas más conflictivas. Esta tarde o quizás mañana estarán por esas calles y he pensado en ti porque hace días que no te veo y me pareció muy raro, si puedes evitarlo, no estés en tu casa en unos días y si tienes a alguien allí dile que se vaya inmediatamente porque la vivienda está registrada a nombre de tu mujer y la policía, aunque no saben que tú te casaste con ella, saben que era una contrabandista, o sea, para ellos una delincuente, si te cogen allí lo pasaras muy mal, tendrás suerte si sales vivo.

–¡Pero yo no tengo nada que ver!

–Pues como dicen los civiles, el que no tiene nada que ver nada tiene que temer.

–De todas maneras, te lo agradezco, anda tómate algo.

–Bueno, muchas gracias, pero hazme caso y desaparece por un tiempo. En cuanto a Roberto ¿sabes algo?

–Hace un par de días hablé con el abogado y me dijo que era cuestión de días, afirmaba que, aunque no era “trigo

limpio” tampoco lo habían podido acusar de nada en concreto.

Cómo el aviso de Rufino tenía visos de urgencia se fueron cada uno por direcciones opuestas, Mateo casi corrió a darles la noticia a los tres.

–Tenéis que largaros inmediatamente.

–¿A qué se debe tanta prisa? –casi bromeó Alfredo– aquí estamos estupendamente.

–No es por mí, me he visto con Rufino, a quien ya conocéis, y me ha dicho confidencialmente que os están buscando. Mañana está previsto el control de esta zona y en particular esta vivienda será una de las que con toda seguridad será registrada ya que vosotros sabéis que Juana estaba fichada como “presunta” y ésta casa está a nombre de ella. Yo por si acaso voy a largarme por un tiempo, vosotros podéis hacer lo que os parezca, por mí podéis quedaros indefinidamente. A lo mejor es una falsa alarma, pero el Rufino no suele equivocarse cuando informa. –Los otros tres se miraron, conocían al Rufino y lo que decía Mateo era verdad.

–Nosotros nos vamos también –el “Abisinio” era el que ejercía como jefe– Alfredo, vete a por el coche, mientras nosotros recogeremos todo lo que pueda comprometer a Mateo, aunque quizás la policía ignore la relación de éste con Juana.

–¿Y tú que vas a hacer? –preguntó Vicente– ¿a dónde irás?

–Aún no lo sé, pero seguro que será fuera de Barcelona.

–Si quieres puedes venir con nosotros.

–Os lo agradezco, pero ahora mismo no me encuentro en condiciones de tomar decisiones concretas, de momento voy a salir de Barcelona, este ambiente y mi entorno me está perjudicando, tengo que irme, no veo otra salida.

En aquel momento entró Alfredo.

–Todo listo, el coche está en la puerta.

Se dieron un abrazo y con un ¡que tengas suerte compañero! se despidieron. Mateo se quedó solo, mirando por una ventana cómo el coche se alejaba y miró por última vez cada rincón y cada habitación de aquella vivienda donde tanta felicidad y tantos planes pensaron y que el destino se encargó de malograr. Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta se fue, cerrando la puerta tras de sí casi con rabia, si antes no creía en Dios por razones ideológicas, después de la muerte de Juana se reafirmó en su ateísmo, y no sólo creció su desafecto en lo sagrado sino también en las personas, sus ojos habían visto demasiada maldad.

Caminó con rapidez para alejarse lo antes posible de aquella zona, estaba seguro que la información de Rufino era veraz, no tenía la menor duda al igual que tampoco la tenía

en que lo mejor era salir de Barcelona lo antes posible, allí no podía continuar, ni siquiera le animaba la idea de que Roberto estaba a punto de salir. Entró en un bar y pidió un carajillo y una copa de coñac, necesitaba pensar con tranquilidad lo que tenía que hacer y hacia donde podía ir, pensó en su pueblo, en sus padres, pero le aterraba la idea de regresar a una vida en la que todos los días son iguales, que sólo se conversaba del tiempo, las cosechas y de la guerra que perdieron. No, decididamente allí no sería feliz, él necesitaba salir a la calle y ver gente que hablaba, discutía y en ocasiones peleaba, donde hubiera buenos y malos, donde nadie te conociera y tú no conocieras a nadie, su territorio ideal era el barrio chino de Barcelona, pero allí no podía continuar. De pronto vio la luz, a unos metros en una mesa contigua oyó hablar en una lengua parecida al catalán, primero no prestó atención, pero uno de ellos repitió dos veces el mismo nombre, “Valencia”, y su cerebro empezó a comparar y se preguntó ¿y por qué no? pensándolo bien Valencia era perfecta, era como Barcelona, pero más pequeña, siempre hacía buen tiempo, la gente era alegre y no eran complicados en el trato, realmente era una buena elección, pero antes tenía que pasar por el bufete del abogado y liquidar la minuta.

El abogado lo recibió con aire triunfal, casi como si lo hubiera salvado del garrote vil.

–No me pregunte porque se lo voy a decir, este fin de semana dormirá en su casa.

–¿Cómo lo sabe? ¿Está seguro?

–Como que me tengo que morir, he visto la orden de excarcelación, sólo falta la firma del coronel juez instructor y será puesto en libertad sin cargos.

–Pues siendo así sólo me queda darle las gracias y liquidar la minuta.

El abogado sacó un papel firmado con unos números y una cantidad escrita que a Mateo le pareció más que excesiva, pero no dijo nada, por suerte había pasado antes por el banco y había sacado una cantidad más que suficiente porque tenía previsto marcharse esa misma noche y llegar a Valencia de cara al día puesto que tenía que buscar alojamiento y comprarse ropa.

Sin perder tiempo se fue a la pensión para darle la noticia a Benita y Ramona, las cuales se abrazaron a él y empezaron a llorar a lágrima viva.

Cuando se tranquilizaron se sentaron y mientras Ramona atendía a la niña, Benita preparó unas tazas de café. Mateo dudaba en darles la noticia de que se marchaba de Barcelona, pero al final pensó que sería mejor decírselo que desaparecer sin más.

–También he venido porque quiero comunicaros que me voy de Barcelona, creo que es lo mejor para mí, quiero rehacer mí vida y por aquí no veo posibilidades.

Las dos mujeres protestaron con vehemencia, pero al final con más calma aceptaron su decisión.

–¿Y dónde vas a ir? –preguntó Benita– aquí sabes que te apreciamos todos.

–Ahora mismo no lo sé –mintió– de aquí me voy a la estación y allí decidiré.

–Pues cuando llegues a tu destino escríbenos –dijo Ramona sin parar de llorar– y si algo necesitas, nos lo haces saber, tú sabes que te quiero como un hijo.

–No te preocupes vaya a donde vaya no me faltara nada, mientras pueda trabajar y alguien necesite un trabajador allí estaré yo para cualquier trabajo.

Se despidieron de él con más abrazos y más lágrimas, y sin volver la vista atrás, con paso rápido se dirigió a la Modelo, quería despedirse de Roberto. Aunque no llevaba el pase confiaba en que lo dejarían pasar, era horario de visita y además había entablado cierta amistad con el sargento de guardia porque, previniendo esta situación y para no pedirle el pase a Benita, le entregó en varias ocasiones y siempre bajo mano algún que otro paquete de tabaco rubio, regalo sumamente estimado por cualquier soldado ya que la paga era escasa y esa clase de tabaco era muy caro, como todo lo importado.

Tal y como esperaba, al llegar no tuvo problemas, pasó al

locutorio y a los pocos minutos se presentó Roberto y él, cómo ya era costumbre, le daba doscientas pesetas, pero Roberto protestó ya que últimamente estaba mejor y Benita le traía bastante comida.

–Por favor, Mateo, no las necesito y tú lo sabes, Benita siempre que viene me obliga a coger dinero y si no lo cojo me amenaza con no traerme a la niña, ¡la muy puta me ha encontrado el punto flaco! ¿La has visto? Está preciosa.

–La he visto y tienes razón, está preciosa y cada día lo estará más, sobre todo si a su lado tiene un padre y una madre, y por el dinero no te preocupes, es el último que te doy porque me voy de Barcelona y no sé cuándo volveré.

–¿Y a donde piensas ir? Aquí tienes a la gente que te quiere, ¿dónde vas a estar mejor?

–No lo sé pero quiero cambiar mi entorno, he de intentar rehacer mi vida, aquí me siento un perdedor porque lo tuve todo y lo perdí, y siento decirlo pero estoy recurriendo demasiado a menudo a la botella de coñac para poder aguantar mi soledad, sí, quizás no te lo puedas creer pero me siento solo, aunque esté con gente a la que quiero y sé que me quiere, el recuerdo de Juana corre por mis venas y ocupa todo mi cerebro, y me hace tanto daño que tengo que emborracharme hasta el punto de no poder levantarme de la silla.

–Tienes razón, eso está mal, pero tú nunca has sido un perdedor porque donde hayas estado y donde vayas siempre dejarás amigos, incluso con gente que no lo merecía y estoy seguro de que, en cualquier lugar, quizás donde menos lo esperes, hay una mujer buena esperándote para hacerte feliz. Y lo serás, no lo dudes.

–Quizás tengas razón, pero no será cualquier mujer la que desplace a Juana de mi corazón, pero la vida mientras la consumes te da muchas sorpresas, unas buenas y otras malas, espero que algún día me vengan las buenas.

–Te vendrán, que no te quepa la menor duda porque tú te lo mereces.

–Bueno, Roberto tengo que despedirme, ya están desalojando el locutorio, pero antes te daré mi último consejo: vuelve con Benita y disfruta de la vida junto a tu hija.

–Sí, posiblemente sea lo mejor, y tú cuídate y vuelve cuando quieras, te queremos.

–Lo sé y siempre os recordaré, me voy triste, pero con esperanza, adiós, amigo.

Se estrecharon la mano, pero un impulso irrefrenable hizo que se fundieran en un abrazo a pesar de la prohibición y cuando ya se marchaba le dijo mientras se alejaba.

–¡Ah! Este fin de semana ya dormirás en casa y ojo con lo que haces, Benita ya lo sabe.

Sin poderse aguantar lanzo una risotada cuando oyó a Roberto exclamar “¡Serás hijo de puta!”, pero estaba seguro de que Roberto también entró en la celda riéndose.

Capítulo XIX

Se fue directo a la estación y compró el billete a Valencia. Como tenía unas tres horas antes de la salida consideró que tenía tiempo más que suficiente de comprar el equipaje puesto que toda su ropa la había dejado en el piso y no era prudente regresar allí. Cerca de la estación había una tienda de maletas, compró una mediana porque quería ir ligero de equipaje, con tres mudas y algo de vestir consideró que era suficiente, luego cenó en la misma estación y a su hora cogió el tren a Valencia, capital en la que nunca había estado, pero de la que tenía muy buenas referencias. Después de toda la noche de viaje llegó a Valencia donde, aunque hacía pocos días que había empezado el invierno, tal y como le habían contado el sol lucía con todo su esplendor. Se podía calificar como un día caluroso, desayunó en un bar y cuando salió, cómo no conocía la ciudad pensó que lo mejor sería coger un taxi.

–Soy nuevo en la ciudad y no la conozco –le explicó al taxista– quiero que me dé un paseo por el centro y luego me deja cerca del barrio chino.

El taxista dio unas vueltas por las calles más principales y tras una indicación de Mateo lo dejó en lo que según él eran los alrededores del barrio chino, pagó el servicio y se adentró en una especie de laberinto de estrechas callejuelas, compuestas de viejas casas y bastantes bares con poca luz y muchos hombres y mujeres entremezcladas con ellos, consintiendo tocamientos, porque eso también formaba parte de la oferta sexual, sobre todo las que por su edad les llegaban pocas oportunidades durante la noche.

Al final encontró un local que se adaptaba a sus perspectivas de obtener información veraz y no interesada, era un local cuyo rotulo decía con letras descoloridas “BODEGA EL NAVARRO”, sólo había cuatro mesas de viejo mármol, se sentó en una de ellas y pidió un coñac, era el único cliente y cuando tuvo al bodeguero a su lado con el servicio le dijo:

–Acabo de llegar a Valencia y quería ver si usted me hacia el favor de indicarme si hay por aquí cerca alguna pensión medianamente decente porque pienso quedarme algún tiempo.

–¡Hombre! Decente, decente... aquí va a encontrar pocas cosas, pero dentro de lo que hay al final de la calle hay una

pensión que no está mal. La dueña se llama Natalia, tiene pocas habitaciones, pero dormirá con sábanas limpias y no hay chinches, ¡y no se lo digo en broma!

Mateo sonrió, de donde venía también había problemas con las chinches y toda clase de parásitos. De momento aquel hombre le caía bien y el coñac era bueno.

–¿Y esa pared? –preguntó– tan alta y tan larga, ¿es de alguna cárcel?

–No, eso es un convento de monjas reconvertido en colegio para niñas huérfanas de la guerra, aquí las enseñan a leer y escribir cuando son pequeñas y de mayorcitas a coser y guisar, luego las emplean como criadas en alguna casa de aquí de la capital o de algún pueblo cercano, realmente hacen una gran labor, sin embargo, la gente se arrodilla delante de un cura cuando es delante de esas mujeres donde nos deberíamos de arrodillar.

Mateo sonrió, no le cabía duda de que aquel tipo era uno de los suyos, seguramente lo visitaría a menudo, pidió la cuenta y otro coñac, luego se levantó y siguiendo las instrucciones del bodeguero siguió la pared del convento hasta el final y entonces en frente vio el letrero “PENSION NATALIA”. La puerta de la entrada era bastante vieja, con una aldaba llamó con fuerza y casi inmediatamente, como si lo hubieran estado esperando detrás de la puerta, apareció la dueña, al parecer estaba sentada en una mesa camilla que

había en un rincón con cuatro sillas del recibidor. La pensión era un edificio de dos plantas, en el bajo estaba lo que era la vivienda de la al parecer la dueña del negocio, aparte del recibidor también había una pequeña cocina y una habitación con una cama, y en la primera planta estaban las habitaciones.

–¿Qué desea?

Mateo se quedó un poco cortado porque no se esperaba que la dueña de una pensión prácticamente en el barrio chino tuviera tan buen aspecto porque lo que tenía ante sus ojos era un monumento de señora, pero lo que más llamaba la atención era su cara, pelirroja y bastante guapa, con algunas pecas que lejos de afearla le daban un aire gracioso al que acompañaban unos hermosos ojos azules que cuando te miraban casi te sacaban los colores.

Mateo, al verla así de pronto se quedó cortado y por unos momentos se quedó sin saber qué responder. La dueña al notar la confusión y casi de mala manera le dijo:

–Oiga, no se confunda, esta pensión es una casa decente.

–Discúlpeme, no es que piense lo contrario, pero es que vengo de Barcelona y precisamente era lo que ando buscando, pregunté en la bodega y precisamente me informaron muy bien de su pensión, pero sinceramente no me esperaba que me atendiera alguien como usted.

La mujer sonrió halagada, tampoco ella se esperaba una respuesta tan directa y personal.

–¿Va a quedarse mucho tiempo? Lo pregunto porque no es lo mismo hospedarse una noche que por varios días o semanas.

–Ahora mismo no sabría decirle, como mínimo una semana, pero podrían ser varios meses.

–Pues quizás pueda hacer algo por usted, vamos a sentarnos y se lo explico. Actualmente dispongo de cinco habitaciones pero una hace tiempo que no la alquilo, esa la tendría que arreglar, pero no habría problema, en unas horas la tendría lista para ser ocupada, en cuanto las otras cuatro están ocupadas por chicas de la calle, pero aquí no ejercen, sólo vienen a descansar cuando terminan su trabajo, ellas saben que no quiero que entren hombres, es una de las normas de obligado cumplimiento porque no estoy dispuesta a que me cierren la pensión porque se ejerza la prostitución, yo vivo de esto y no voy a perderlo, y eso también va para cualquier hombre que se hospede, nada de “amigas”, ni siquiera las familiares jóvenes.

–Por eso no se preocupe, si las chicas trabajan por la noche yo estaré ausente todo el día y en ningún caso las molestaré, por mí no debe de preocuparse.

–¿Entonces, debo de entender que se queda?

–Sí, claro, me gusta mucho Valencia y sus... gentes.

Mateo dio un toque de picardía a sus últimas palabras y Natalia las entendió divertida, sus ojos chispearon picarones y pensó que aquel tipo le había caído bien desde el primer momento, aunque estuvo a punto de decirle que no tenía habitaciones, pero sin saber porqué algo en su interior le empujo a aceptarle a pesar de que le esperaban dos horas de duro trabajo para dejar la habitación en condiciones.

–Son las cinco, necesito unas dos horas para preparar la habitación puede irse a cenar y volver.

–No hay problema dejaré la maleta aquí y volveré después de cenar.

Natalia lo vio alejarse y sonrió, aquel tipo le gustaba porque no se parecía en nada al clásico macarra siempre bien vestido y el pelo chorreante de brillantina y pegado al cráneo al estilo de la época, éste que se había presentado como Mateo vestía normal, como cualquier persona que te puedas encontrar en la calle, lo único que le intrigaba era la razón por la que alguien dejaba Barcelona para irse a vivir a Valencia, y precisamente alojarse en el barrio chino, ella que se preciaba de conocer a los hombres estaba segura de que huía de algo o de alguien.

Mientras, Mateo recorría el barrio chino sin fijarse en nada porque en realidad todos los barrios donde se ejerce la

prostitución eran básicamente iguales, sencillamente eran mercados en los que los hombres entraban a buscar un “producto”, podía ser rubia, morena o pelirroja, todo dependía del precio, sí, pensándolo bien era como un mercado.

Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la bodega del navarro, el cual se alegró de verle, Mateo preguntó si hacía comidas y el bodeguero sonriendo dijo:

–Si no eres muy exigente yo hago comida para mí y si viene algún cliente y me lo dice con tiempo también puedo hacerle lo que pida, siempre que no sea muy complicado, para hoy tengo un perol de alubias con chorizo y luego freiré unas sardinas.

–Perfecto, me sirves un buen plato y luego unas sardinas con un par de huevos.

Se sentó a la mesa y el navarro se sentó con él, al poco tiempo salió una mujer de la cocina y sirvió a los dos hombres no sin antes llevar a la mesa dos vasos y una botella de vino. El navarro escanció en los dos vasos diciendo:

–Este vino es el mejor de toda Valencia, me lo trae un cosechero de un pueblo cercano, normalmente tiene toda la cosecha vendida, pero a mí nunca me falta porque hicimos la mili juntos, el vino se llama Malvasía y aunque muchas bodegas sirven Malvasía ninguno es como éste, quizás lo

veas en los comercios embotellado, pero aquí me lo traen en odres de cien litros.

Mateo bebió un trago y aunque no era un experto admitió que el vino era excelente, después de comer estuvieron hablando, el navarro sólo se levantaba para atender a algún cliente y cuando Mateo consideró que su habitación ya estaría preparada pidió la cuenta, el navarro le dijo entonces que el vino era gratis, que lo considerara como un bienvenido a Valencia.

–Entonces espérame a comer todos los días, estaba todo muy bueno.

Entró en la pensión y Natalia ya lo estaba esperando, lo saludó jovialmente y le indico que le siguiera, subieron la escalera hasta el primer piso y al final estaba la habitación, realmente la dueña había hecho un buen trabajo, la cama era metálica con sábanas limpias y debajo de la cama estaba el clásico orinal.

–Al final en el otro extremo hay un lavabo, como las chicas se acuestan tarde y se levantan tarde posiblemente no coincidiréis, ¡ah! las habitaciones se cierran por dentro.

–Está todo muy bien, me gusta, hoy ya no saldré porque estoy bastante cansado, me acostaré pronto.

–Bueno pues en ese caso buenas noches y que descanses.

–Buenas noches, gracias y hasta mañana.

Natalia salió y sonrió cuando oyó que Mateo ponía el cerrojo interior a la puerta, le había gustado el detalle, se le notaba por lo menos cierta honradez, no sabía por qué, pero desde el primer momento le había caído bien aquel tipo, quizás porque se salía de lo normal. Natalia, como todas las mujeres, era curiosa por naturaleza y consideró que tenía que averiguar qué podía hacer un tipo como aquel en un lugar como éste, alguien bien parecido que no viene en busca de trabajo deja Barcelona y se planta en Valencia para vivir en el barrio chino, era sencillamente increíble, pero ella se encargaría de averiguarlo.

Al día siguiente esperó impaciente que se levantara, se saludaron con toda cordialidad y Mateo se despidió con un “hasta la noche” y ella le dijo:

–La puerta siempre está cerrada, pero tú llama porque yo estoy aquí abajo toda la noche oyendo la radio y te abriré.

–Muy bien, pero debo advertirte que no tengo hora fija, simplemente me gusta andar, ando de un sitio para otro hasta que me canso o me aburro.

Mateo se fue pensando que cada vez se sentía más a gusto, prácticamente como en casa, había conectado perfectamente con la gente que había encontrado, tanto el navarro como Julia, su mujer, lo habían tratado de maravilla,

era gente sencilla y muy simpática y en cuanto a Natalia ésta le caía mejor que bien, porque era simpática y sumamente correcta en el trato. Estaba realmente contento, sentía que había acertado en el cambio, hasta las putas le parecían menos pesadas, se ofrecían como era de esperar, pero no insistían cuando el cliente las rechazaba, él se había limitado siempre a observar y ni se le pasaba por la imaginación el pagar por el servicio de ninguna de ellas.

Pasaron algunos días y Mateo seguía la misma rutina, desayunaba en algún bar y comía invariablemente en la bodega del navarro, después de una larga sobremesa se iba y daba unas vueltas por el barrio tomando algunas copas. Aunque nunca iba muy borracho Natalia sí le notó en alguna ocasión que había bebido más de la cuenta, pero no dijo nada porque lo que a ella le interesaba era si iba con chicas y para eso había establecido un seguimiento, apoyada por las mujeres que se hospedaban en la pensión, y ellas le certificaban que hasta la fecha no había estado con ninguna.

Su principal informante era Desideria, cuyo nombre profesional era Desi la “Ratona”. La tal Desi era amiga de siempre, habían venido del pueblo juntas para servir como criadas en casas a cambio de comida y alguna entrada de cine los domingos, sin embargo, el precio era tener que levantarse a las siete y acostarse las últimas totalmente machacadas de tanto trabajar.

Pero un día Natalia se acordó de que tenía una tía en

Valencia que tenía una pensión, un familiar le había dado un papel con la dirección, se lo comentó a Desi y quedaron en buscarla un domingo por la tarde, lo que no sabían era que la pensión estaba en el barrio chino, pero eso no las arredró, cruzaron el barrio chino buscando la pensión en medio de silbidos de admiración y exclamaciones más o menos soeces, hasta que por fin dieron con ella.

La tía, vieja prostituta y posteriormente alcahueta vio el cielo abierto y la vejez resuelta cuando abrió la puerta y vio aquellos dos “pimpollos”, y no le importó el hecho de ser familia. En visitas sucesivas las convenció para que ejercieran el que dicen que es el oficio más viejo del mundo, diciéndoles que ella conocía a gente muy importante que pagarían mucho dinero y podrían vivir como reinas. Realmente no tuvo que insistir mucho, sus jóvenes carnes fueron pasto fácil de gente que si algo les sobraba era dinero y años, a aquella vieja harpía no le importaba los hombres que se acostaran con ellas, sólo le importaba llenar el cajón de la mesa que había a la entrada hasta que pasó lo que nunca se espera, Natalia quedó embarazada pero la vieja no podía consentir que por un simple embarazo se hundiera la mina de oro que le había caído del cielo, por lo tanto convenció a Natalia para que abortara aunque no de inmediato porque embarazada aún podía trabajar unas semanas más. La vieja lo preparó todo y el día que había acordado con Natalia se presentó una gitana vestida de enfermera e hizo que se tendiera en la cama con los muslos abiertos y las piernas

flexionadas puso dos toallas dobladas debajo del culo de la chica y le hizo que se cogiera a las barras de la cabecera y sacando dos agujas de hacer calceta empezó a hurgar hasta que sacó trozos de algo, entonces Natalia, vencida por el dolor se desmayó y eso evitó que empezara a gritar pero ni estando así evitó que aquella bestia humana parara de hurgar a pesar de la intensa hemorragia.

Cuando despertó miró a aquella bruja con odio infinito, pero ella sonrió y dijo:

–Ves, ya paso todo, dentro de un mes estarás como nueva.

Pero parte de la “operación” había sido observada por Desi ya que por un descuido se habían dejado la puerta entreabierto y hasta que pudo aguantar estuvo mirando lo que le hacían a su amiga, se fue llorando a su habitación hasta que oyó hablar a la supuesta enfermera que decía:

–Ahora durante una semana le haces lavativas de ruda, la venden en los herbolarios y como ha perdido mucha sangre que coma bien y descanse.

Desi fue corriendo a la habitación y al ver a su amiga se asustó, tenía color de muerta, pero se dio cuenta de que aún estaba viva porque las lágrimas corrían sin cesar por sus descoloridas mejillas y se fundió con ella en un abrazo.

–¿Qué te han hecho esas brujas?

–Desi... Desi, quiero morirme sácame de aquí, no quiero volver a ver a esa bruja.

–No te preocupes, esa bestia ya no te hará más daño, te lo prometo, ahora tienes que ponerte buena otra vez, descansa que de ahora en adelante me encargo yo.

Desi bajó las escaleras corriendo, sus ojos eran como dos carbones encendidos y sin mirar la diferencia de edad cogió a la vieja harpía del pelo, la arrastró por toda la casa mientras la vieja no paraba de gritar y patalear y cuando ya se cansó le dio dos patadas a las costillas y dijo jadeando:

–Abre los oídos y oye bien vieja bruja, si le pasa algo a Natalia iré a la policía para que te encierren hasta que te pudras y si sales viva seré yo quién te mate.

Cuando ya estuvo restablecida se fueron para trabajar por su cuenta, alquilaron un piso y empezaron a ganar dinero y todo fue bien hasta que Desi conoció a Manuel, un macarra que empezó a chulearla hasta el punto de sacarle hasta el último céntimo de lo que tenía ahorrado, pero un día Natalia entró en casa y se la encontró llorando e intuyó lo que le pasaba a su amiga.

–Seguro que es por Manuel, el chulo ese. ¡Mira que te lo advertí! A todas les hace igual, les saca el dinero y luego se larga con otra para explotarla.

–Es que lo mío es peor.

–¿Por qué es peor? ¿no te habrá pegado sífilis? En ese caso ya sabes que no puedes “trabajar”.

–No, no es eso, es que estoy preñada.

Y Desi prorrumpió en un amargo llanto.

–¿Se lo has dicho?

Desi asintió con la cabeza sin parar de llorar.

–¿Y qué te dijo?

–Que tenía que abortar, que a él no lo parieron para alimentar embarazadas, pero es que encima me ha dejado sin una peseta.

–Por eso no te preocupes, el dinero no importa, para eso estoy yo. Lo que importa ahora es lo que quieres hacer, abortar ni se te ocurra, ya sabes lo que pasó conmigo, nunca podré tener hijos y eso yo te juro que a ti no te va a pasar.

–¿Y qué hago? Yo lo quiero y no puedo perderlo, pero me horroriza tener que abortar, aún recuerdo lo tuyo y se me pone la carne de gallina.

–Pues vamos a hacer una cosa, no vas a volver con él, aunque él tratará de explotarte hasta el último minuto y también para que abortes te dirá que no te harán daño, que la operación la hará un médico, que te dormirán y no te

enterarás y en una semana estarás como nueva.

Y aunque Natalia tenía serias dudas, Desi le hizo caso y rompió con el chulo, pero ella sabía que aquella gente no soltaba fácilmente una presa. Aunque ella estaba preparada sabía que mientras estuviera en la calle él no se atrevería, pero buscaría la ocasión. Y la ocasión llegó, Desi había salido y ella estaba sola en la habitación, oyó unos golpes en la puerta, miró por la mirilla y vio a Manuel. Le abrió preguntando:

–¿Qué quieres, Desi no está?

–Ya lo sé, pero vengo a hablar contigo.

–Pues dime lo que sea y lárgate.

–El asunto de que vengo a hablar es fácil de adivinar.

–Pues explícate y no me hagas perder el tiempo.

–Pues mira, voy a ser breve, tú me has provocado un perjuicio, Desi no quiere trabajar para mí y sé que has sido tú la que le ha metido en la cabeza que no aborte y que no me dé el dinero que gana, por lo tanto y a partir de este momento tú trabajarías para mí, creo que es lo justo.

Natalia se lo quedó mirando pensativa y luego sonriendo diciendo:

–Sí, creo que tienes razón, espera que coja el bolso y bajaré contigo.

Natalia se fue a la cocina mientras Manuel se frotaba las manos, con el cambio salía ganando al cien por cien porque Natalia era mejor que Desi, no estaba embarazada y ganaba más dinero, de pronto Natalia salió de la cocina, pero no llevaba el bolso sino un cuchillo de cocina en cada mano y echando lumbre por los ojos le gritó:

–Tienes razón, creo que debo darte lo que mereces.

Pero Manuel, como la mayoría de la gente que vive a costa de la desgracia de los demás era cobarde por naturaleza, corrió con desesperación hacia la puerta que abrió con violencia, aunque no pudo evitar que Natalia le diera dos pinchazos en los glúteos mientras bajaba la escalera corriendo detrás, gritándole:

–No corras cagón, hijo de la gran puta, te voy a dar lo que te mereces y como me entere que andas molestando a Desi te voy a sacar las tripas, cabrón.

Natalia se quedó en el portal gritándole perrerías y amenazas, luego miró los cuchillos y vio que tenían sangre en las puntas, aunque por la manera de correr de Manuel sabía que no había pinchado muy profundamente. Cuando vino Desi y le contó lo sucedido le dio primero un ataque de risa, pero luego cuando se calmó preguntó:

-No le habrás hecho mucho daño, ¿verdad?

-¡Me cago en tus muertos Desi! ¿No lo estarás compadeciendo?

-No, no es eso, pero es que cuando tú te enfadas no mides las consecuencias.

-¿Y qué consecuencias nos puede acarrear un chulo de mierda como ese?

-No lo sé, pero él es muy violento y es capaz de cualquier cosa.

-¡Venga ya Desi! Ese es un cagón, como todos los de su especie, lo que pasa es que si alguna tonta como tú se enamora de alguno le hacen creer que son muy hombres, pero la mayoría, por no decir todos, ni sirven para trabajar ni para follar y eso que están descansados.

Pero la vieja no se había olvidado de “sus chicas” como las llamaba ella y en varias ocasiones les había enviado recados para que fueran a hablar, decía que tenía que proponerles algo, Natalia se lo comentó a su amiga, pero Desi rehusó entrevistarse.

-Mira Natalia, yo no pienso volver allí, estoy casi fuera de cuentas y no quiero disgustos, además Manuel quiere que vuelva con él, dice que cuando vuelva a “trabajar” podré quedarme todo lo que gane para que pueda mantener a mi

hijo, pero tú puedes hablar con ella, a lo mejor te conviene, pero sobre todo no te dejes liar porque esas putas viejas se las saben todas y algunas más.

La vieja recibió a Natalia con una amplia sonrisa, pero cuando intentó darle dos besos la rechazó con frialdad. La vieja no hizo caso y la hizo pasar al interior, se sentaron y la vieja empezó con la estrategia de todas las alcahuetas, alabando lo hermosa que estaba y lo guapa que era, pero Natalia le contestó con desapego:

–Todo lo que me estás diciendo lo oigo a cada momento y encima cobro, he venido sola porque Desi no quiere saber nada de ti y lo que puedas proponer no le interesa.

–Sé que tenéis motivos –bajó la vista– para estar dolidas conmigo, sobre todo tú, pero me siento vieja y arrastro varias enfermedades y no creo que vaya a durar mucho, quisiera poder vivir tranquila lo que me quede de vida, mi propuesta es que volváis a trabajar para mí, me daríais un porcentaje de vuestras ganancias para que pudiera vivir sin agobios y a mí muerte esta pensión sería vuestra.

Natalia se quedó mirando a la vieja dudando de que hablara en serio porque aquella Pensión podría ser una mina si se explotara bien, ella lo había pensado muchas veces.

–Bueno –replicó Natalia– yo he oído tu propuesta, ahora yo te haré otra, si quieres tranquilidad yo te busco una

vivienda de la cual yo pagaría el alquiler, además te pagaría un sueldo mensual suficiente para, como tú dices, no pasar agobios y además las medicinas que necesitaras. Por tu parte me cederías la pensión en propiedad y me ayudarías en el coste de la rehabilitación, naturalmente esto se haría ante notario, ¡ah! y no me digas que no tienes dinero porque sé que lo tienes, encontré tu libreta de ahorros y sé que estas forrada, piénsatelo y mándame tu respuesta antes de dos días. Si no hay respuesta olvídate de que existo.

La vieja se le quedó mirando como si fuera la primera vez que la veía, preguntándose cómo podía ser que una chica de pueblo que apenas sabía leer y escribir cuando llegó le pudiera desarmar con una propuesta tan bien elaborada, pero al final sonrió pensando en la rapidez con la que el barrio chino espabila a la gente.

–Está bien, me lo pensaré y dentro de dos días sabrás mi respuesta.

Natalia regresó a casa casi corriendo, deseosa de contárselo a su amiga, pero no estaba, lo cual le extrañó mucho. Regresó al barrio y la encontró con Manuel tomándose un aperitivo, al verla con aquel sujeto se indignó y cogiéndola del brazo con rabia le dijo:

–¿Tú que haces aquí con este tipo?

Desi se soltó casi con violencia y le respondió:

–Yo hago lo que quiero y para que te enteres no pienso volver contigo, me voy a vivir con él, yo lo quiero y él también me quiere.

Natalia se le quedó mirando, su cara se puso roja de indignación, su primera intención era abofetearla y luego arrastrarla de los pelos por todo el barrio, pero se contuvo por su estado, mientras el chulo se había apartado y sonreía satisfecho, esto aún indignó más a Natalia que se fue hacia él y le cruzo la cara de dos bofetadas, el macarra se contuvo diciendo:

–No te doy una paliza porque eres mujer –dijo pavoneándose– y sé que quieres que te folle.

–Tú no me das una paliza, no por ser mujer sino porque no tienes lo que tienen los hombres, en cuanto a ti –se encaró con Desi– quizás sea mejor que te desengañes por ti misma porque este tipo no te hará feliz ni siquiera en la cama, pero allá tú con tu desgracia.

Sus palabras con el tiempo fueron proféticas, Manuel la explotó hasta la extenuación, le hizo otra hija y con algo más de treinta años aparentaba cincuenta. La vieja aceptó el trato de Natalia y además pagó toda la rehabilitación de la pensión, prácticamente la hizo nueva por dentro y fuera, en cuanto todo estuvo listo, de las cinco habitaciones del piso puso cuatro en funcionamiento a modo de alquiler a tiempo parcial para las trabajadoras del sexo, y la quinta se la

reservó para ella pese a que en la planta baja también había una pequeña habitación con cama. Lo cierto es que acertó de lleno y a partir de entonces dejó de hacer la calle, se dedicó plenamente al control del negocio y todo fue bien hasta que estalló la guerra, la gente dejó de frecuentar la zona del barrio chino porque empezó a escasear el dinero y a multiplicarse las enfermedades de índole sexual por falta de médicos y medicinas debido a que todo estaba militarizado.

Aun así, Natalia no carecía de nada puesto que en su lista de amantes había incorporado a dos comerciantes de la zona rural, los cuales la tenían abastecida de toda clase de productos de la huerta, especialmente de legumbres como garbanzos y habichuelas, hasta el punto que en infinidad de ocasiones regalaba a las monjas del convento cercano algún que otro saco de legumbres, hecho que posiblemente la salvó de la ruina cuando terminó la guerra y quizás también de la cárcel ya que las monjas avalaron ante la policía que era mujer bondadosa y de vida ejemplar porque gracias a ella pudieron sostener el convento con los huérfanos de guerra.

A partir de entonces las monjas y los huérfanos dejaron de pasar hambre porque Natalia se las ingeniaba para recoger lo que hiciera falta para el convento.

Una vez normalizada la situación del país, el barrio chino volvió a ser lo que era y las habitaciones de la pensión

volvieron a ser alquiladas a tiempo parcial, empezando Natalia a vivir de nuevo con cierta comodidad y holgura, y aunque era mujer con cierta fama de mal genio y que se indignaba fácilmente, era también sumamente bondadosa, jamás dejó desamparada a ninguna de sus chicas cuando quedaban embarazadas, pero cuando se enteraba de que alguna había abortado jamás volvía a entrar en su casa.

Con Desi hizo las paces, porque en la guerra Manuel desapareció y nunca más se supo de él, ella tampoco lo buscó, ni siquiera miró alguna vez los listados de muertos que se exponían en Capitanía y demás lugares públicos, su vida con él había sido realmente un infierno, por suerte, y gracias a Natalia que siempre bajo mano la ayudó cuanto pudo, se puso a vivir en casa de su amiga cuando terminó la guerra, para que la ayudara con las chicas, hasta que Natalia legalizó la Pensión como tal y las chicas dejaron de ejercer su trabajo en sus habitaciones. Al final tuvo suerte, conoció a un conductor de tranvías que se casó con ella, aunque no la retiró y continuó viviendo cerca del barrio chino. Hacía poco más de un año que había tenido otra niña y visitaba a Natalia muy a menudo, se le veía feliz, había recuperado parte de su perdida lozanía y frescura y su relación con Natalia fue en aumento, si es que esto era posible, hasta convertirse en su confidente y casi en espía, y cuando Natalia le encargó que le hiciera un seguimiento discreto a Mateo ya no dudó de que a su amiga le gustaba aquel tipo más de lo normal, por eso cierto día le preguntó con marcado interés por Mateo:

–¡Pero chica! –exclamó– tú estás enamorada de ese tipo.

–¡Venga ya Desi! Como puedes pensar eso, sólo es un borracho indecente, únicamente estoy esperando que me haga alguna para sacarlo de la pensión.

–A mí no me vengas con fandangos, si quisieras sacarlo ya lo hubieras sacado, quizás puedas engañar al mundo entero, pero no a mí, estamos juntas desde que nos parieron y te conozco mejor que tu madre, pero como dices que no te interesa no te contaré la última suya, aunque está en boca de todo el barrio y te aseguro que borracheras aparte es de lo poco bueno que pasea por estas calles, cuando me lo contaron no me lo podía creer.

–Bueno, no voy a negar que me cae bien, pero de eso a estar enamorada... te diré, por si no lo sabes, que ya lo he dejado en la calle tres veces porque venía borracho y no le quise abrir.

–¿Pues entonces no te lo cuento, o sí?

–Bueno, haz lo que quieras –Natalia puso cara de indignación– pero si te vas sin contarlo no se te ocurra volver a mi casa.

–Vale, vale, está bien, lo contaré, como tú sabes que él pasa mucho tiempo en la bodega del navarro y allí va también como cliente habitual Paco el limpiabotas, por lo visto se hicieron muy amigos hasta el punto que en una de

las borracheras que habitualmente cogían juntos Mateo le pidió que le enseñara el oficio y el Paco aceptó, Mateo estuvo varios días limpiando zapatos, incluso amplió el negocio porque sábados y domingos iba por las casas y por muy poco dinero limpiaba zapatos, pero sólo cuando Paco estaba tan borracho que no podía ni con el cepillo y luego Mateo le entregaba todo el dinero que había recogido, pero la semana pasada Paco cayó enfermo, cuando se enteró Mateo cogió la caja y se hizo un cartel que decía “Limpio gratis, sólo pido la voluntad para Paco”. La gente se volcó y recogió bastante dinero, él todo lo que recogía se lo entregaba al navarro, que llevaba la cuenta para quién la quisiera ver y encima de no quedarse nada por su trabajo era Mateo el que ponía el dinero cuando compraba el betún. Cuando Paco se recuperó regresó al barrio y fue directo a la bodega, le entregaron el dinero y le contaron lo que había pasado, empezó a llorar de emoción y cuando Mateo se presentó en la bodega se le abrazó llorando, dándole las gracias y al final acabaron los dos borrachos cantando por la calle.

Cuando Desi acabó la narración, Natalia no sabía si reír o llorar, de lo que sí estaba segura era de que aquel hombre no se le iba a escapar, porque ella sabía que Mateo no era un borracho ni un alcohólico, estaba segura que sus borracheras escondían un motivo, los borrachos raramente lloraban sus borracheras y Mateo las lloraba siempre, era evidente que algo le había pasado para que buscara la

solución o el consuelo en la botella. Ella lo iba a sacar del problema en que se había metido, sabía que tenía por delante un arduo trabajo, pero ella se encargaría de borrarlo de la mente, costara lo que costara.

Desi se despidió diciéndole:

–Natalia, te lo repito, ese tipo vale la pena, sería una lástima que un día se fuera de aquí.

Pero en los días siguientes no hubo ningún cambio de actitud ni de costumbres, Mateo salía de la pensión sobre las nueve, después de asearse en el pequeño lavabo. Cuando bajaba siempre encontraba a Natalia, cambiaban unas palabras de manera más o menos cortés y se iba a desayunar. La verdad es que a Mateo le gustaba Natalia, y mucho, porque lo tenía todo para hacer a cualquier hombre feliz, en alguna ocasión le había traído algún pequeño regalo, nada importante, pero que ella siempre había aceptado con agrado, sin embargo cuando las cosas mejor marchaban siempre cogía una borrachera que acababa indignando a Natalia y cuando él llamaba a la puerta ella se asomaba por un pequeño balconcito que daba a la calle y le increpaba a grito pelado sin importarle la hora que fuera ni los que pasaran por la calle.

–¡Lárgate! ¡Borracho indecente, no me molestes más y vete a dormir la mona a otra parte, las habitaciones están todas ocupadas y no quiero ni verte!

Y en otras ocasiones era más suave, se asomaba por el balconcito diciendo:

–¡Ah! Eres tú, si sabes que no vas a entrar, ¿para qué cojones llamas?

–¡Por favor! –Suplicaba él– ábreme, sé que estoy borracho, pero hoy hace mucho frio.

Entonces si veía que tardaba en abrirle se acurrucaba en el portal y empezaba a gimotear, él sabía que lo estaba oyendo y por experiencia también sabía que esto le rompía el corazón, entonces bajaba echando lumbre por los ojos, le abría la puerta y hasta que no se encerraba en su habitación ella no paraba de lanzarle improperios.

Esa actitud la había adoptado Natalia para ver si avergonzándolo reaccionaba en positivo, pero los días pasaban y todo seguía igual hasta que de pronto una noche todo cambió, era una mala noche y estaba lloviendo, era una fina lluvia de la que cuando te das cuenta estás calado.

–¡Mateo! Levántate y vete, ya es tarde y voy a cerrar.

Mateo levantó la cabeza, que reposaba sobre el frío mármol de una de las mesas del local y miró al que lo estaba despidiendo, era una mirada vacía, como si aceptara, pero no comprendiera, sus ojos estaban acuosos como si hubiera estado llorando mientras dormía, solía ocurrirle muchas veces cuando estaba borracho.

–Está bien, creo que tienes razón.

Cuando pisó la calle, Mateo se restregó los ojos con la mano tratando de ver lo suficiente para poder caminar con cierta garantía de no tropezar con cualquier cosa, puesto que a la borrachera que llevaba se le añadía la cerrada oscuridad de la noche y la restricción de luz eléctrica de casi siempre.

–¡Joder! Cada día me lo ponen más difícil estos hijos de puta encargados del alumbrado y encima lloviendo, suerte que el convento no queda lejos.

En realidad, no buscaba el convento sino la pared de la tapia que cerraba su perímetro, si tenía suerte de dar con ella dormiría bajo techo, en caso contrario le esperaba una noche de tiritera, aunque la borrachera lo inhibía un poco del frío.

Pero esa noche al parecer era su noche de suerte o quizás fue el frescor de la fina lluvia la que agudizó su instinto, lo cierto fue que cuando se dio cuenta caminaba palpando la pared del convento que por cierto era una pared muy alta y muy larga o por lo menos eso era lo que le parecía a él, caminó sin dejar de tocar las piedras porque sabía que si se separaba podía desorientarse y acabar tendido en medio de la calle.

De pronto su mano tocó en falso, pero eso lo tranquilizó

puesto que había llegado al torno de recogida de recién nacidos, manoteó por el hueco para seguir avanzando, pero en aquel momento su mano tropezó con algo que parecía una manta enrollada.

–Creo que he tenido suerte –pensó– alguien ha dejado una manta, me va a venir bien por si no me abre Natalia, que conforme voy seguro que me deja en la calle.

Pero al meter la mano notó que algo se movía en el interior del envoltorio y exclamó:

–¡Me cago en mis muertos! ¡Esto es un niño, me cago en la madre que parió a quién lo haya dejado! ¡Si esto del torno ya no funciona! Le daré la vuelta y mañana las monjas que lo lleven a donde sea, yo no quiero líos y a lo peor me acusan de ser el padre, sólo me faltaría eso.

Rio su propia gracia, pero cuando intentó darle la vuelta al torno éste no cedió, por lo visto lo habían bloqueado desde el interior para evitar que los dejaran. Se le había presentado un problema o quizás dos porque por una parte no podía dejarlo allí y por otra si lo recogía ¿a dónde lo llevaba? De pronto en su cerebro se hizo la luz.

–¡Ya está! Se lo llevare a Natalia y ella seguro que encontrara una solución, ella conoce a mucha gente, pero tendré que ir con cuidado porque es capaz de no abrirnos porque a veces creo que no está normal y hace cosas raras,

le diré que le traigo un regalo y cuando esté dentro se lo enseñaré, a lo mejor le entra un ataque y se muere, pero no creo, esa es muy dura.

Recogió el pequeño fardo con todo el cuidado de que fue capaz y prosiguió el camino mientras se esforzaba pensando en cómo abordar la situación cuando se presentara ante ella.

–Tiene que parecer un regalo –se repetía una y otra vez.

Para tal fin se encaminó hacia un descampado que había cerca, sabía que allí tiraban escombros y muebles rotos.

–Puede que encuentre alguna caja de cartón, pero lo de la cinta de colores lo veo difícil, aunque pensándolo bien tampoco se lo iba a creer.

Por fin encontró el descampado, casi a ciegas fue caminando mirando aquí y allá hasta que encontró una pequeña maleta.

–Esto me vendrá de puta madre y no se enterará hasta que la abra.

Con todo el cuidado de que fue capaz metió al crio con toda la ropa que llevaba y con su correa ciñó las dos partes de la maleta que, cómo estaba rota, no había peligro de asfixia de la criatura.

Aunque se equivocó un par de veces de calle por fin llegó

a la puerta de la pensión, dejó la maleta en el suelo y dio tres golpes de aldaba, era la señal convenida para abrir a los clientes que lo solicitaran, cómo parecía que tardaba en abrir volvió a dar tres golpes y al poco tiempo oyó cómo se abrían las puertas del balconcillo y la luz de una linterna taladró la oscuridad hasta enfocar al autor de la llamada.

–¡Ah! Eres tú, sabes que no vas a entrar, no hace falta que llames.

–Es que te traigo un regalo, ábreme y te lo enseñaré, es muy bonito.

–Muéstralo ahora o no entras, no me fio de ti, además hoy también vienes borracho porque desde aquí noto la peste a coñac que llevas encima.

–Por favor, Natalia, que es verdad, enfoca la luz hacia la puerta y veras una maleta, está llena de algo que te gustará, estoy seguro.

Así lo hizo, dirigió la luz hacia la puerta y efectivamente allí había una maleta, pero dudaba que allí hubiera algo que le gustara, bajó para abrir la puerta pensando que aquel insensato se habría metido en algún lio, de todas maneras, el mal ya estaba hecho, vería qué llevaba la maleta y si no le gustaba lo echaría a patadas a la calle.

Lo dejó entrar y puso la maleta con todo cuidado en la mesa–camilla que había y procedió a abrirla, Mateo la dejó

hacer con una sonrisa bailándole en los labios pero cuando Natalia vio lo que contenía la maleta se llevó las manos a la cabeza y su cara cambió de color varias veces en cuestión de segundos, luego se sentó y se quedó mirando alternativamente a Mateo y al “regalo”, luego se fue a la cocina y empezó a prepararse una infusión de valeriana, siempre lo hacía cuando tenía que tomar decisiones que se le escapaban del normal desarrollo en su vida cotidiana, después regresó sentándose de nuevo, miró fijamente a Mateo y dijo:

–Bueno, ya estoy más tranquila, aunque aún me estoy preguntando por qué no te saco a patadas de mi casa, pero ya que tú lo has traído me vas a decir qué coño debo de hacer con él porque aunque no te lo creas, porque tu cerebro no da más de sí, a estos “bichos” les tienes que dar de comer y beber y además se cagan encima y le tienes que limpiar el culo y vestirlos de nuevo, y sino berrean hasta que lo consiguen pues a pesar de lo pequeños que son suelen ser muy listos, así que tú veras lo que hacemos.

Mateo miró a la criatura y después a Natalia, luego bajó los ojos como avergonzado diciendo:

–Bueno... mujer yo pensé que como tú no tenías quizás te gustaría tener uno y a este nadie lo va a reclamar puesto que me lo encontré en el torno y las monjas son madres, pero no los han parido y no suelen portarse bien con ellos.

Pero Natalia casi no le escuchaba, la criatura había empezado a moverse, posiblemente ya tenía hambre y ella no tenía en aquellos momentos nada para poder darle, encima a esas horas no había nada abierto, pero tenía que pensar algo rápido porque tenía entendido que el estómago de los bebés era como un reloj y por lo visto a éste estaba a punto de sonarle el timbre. Sólo había una posibilidad, su amiga Desi la “Ratona” hacía pocos días que había destetado a una hija pequeña y cabía la posibilidad de que aún tuviera leche.

–Puesto que las cosas están como están, vamos a tratar de darle una solución inmediata y mañana ya pensaremos en algo para salir del atolladero, de momento te vas, me buscas a la “Ratona” y te la traes como sea, y cuando digo como sea es para que no aparezcas sin ella, o ella o una vaca lechera, tú verás.

–¡Pero si son las dos de la mañana! A saber dónde estará.

–Vete a su casa, debe de estar allí, con el tiempo que hace no creo que esté haciendo la calle, le dices que es cuestión de vida o muerte, ella lo entenderá, me debe algunos favores y vendrá.

Mateo salió casi disparado, cuando Natalia se ponía a borde le convenía obedecer, lo cierto fue que al poco rato volvió Mateo (al parecer ya se le había pasado la borrachera) con Desi, la amiga de Natalia, la cual al ver a su amiga le dijo:

–Tendrás que ser muy convincente tras haberme sacado de la cama para que no te arranque los pelos. Que me hagas venir en una noche como ésta es para matarte.

–Entra y lo verás, es un regalo que me ha traído éste y quiero compartirlo contigo, tú bien sabes que siempre he sido débil con las amigas y tú has sido para mí la mejor y por eso pensé en ti, siempre me dijiste que una mano limpia a la otra, por eso te mandé llamar.

Cuando Desi vio de qué iba el asunto exclamó bromeando:

–¡Hostia Natalia! ¡No me digas que lo acabas de parir!

–Déjate de bromas, sabes que me estropearon el aparato de hacerlos en el primer aborto, aún me acuerdo de aquella bruja con sus agujas de hacer calceta escarbando en mi coño y se me pone la carne de gallina, te juro que me alegré cuando la asesinaron. Volviendo a lo nuestro, a ver si puedes darle teta un día o dos hasta que pueda quitármelo de encima, tú ya me conoces y sabes que yo siempre agradezco los favores.

–¡Venga ya, Natalia! Esto para mí no es un favor, mis tetas son dos fuentes, con mi segunda hija llegué a amamantar a cuatro, dos y dos, no pude negarme porque esas mujeres no tenían leche por el hambre que pasaban, ¡para que luego hablen mal de las putas! De todas maneras, vamos a ver cómo está, por el momento su aspecto no es malo, pero

vamos a desnudarlo, lo cambiaremos y luego lo alimento.

Las dos mujeres se pusieron manos a la obra, en apariencia estaba sano y parecía que estaba bien alimentado.

–De todas maneras –recomendó Natalia– examínalo bien porque éste con la borrachera que llevaba es capaz de haberle roto algún hueso sin darse cuenta.

Desi empezó a palparle con la experiencia de una profesional, incluso recorriendo una a una todas las vértebras de la columna vertebral y cuando terminó se volvió diciendo:

–Está sanísimo, debe de tener algo más de un mes puesto que ya perdió el cordón umbilical, en cualquier caso, será difícil averiguar quién lo parió, puede que, si lo entregas en la comisaría busquen a la madre, pero la que abandona un hijo difícilmente lo va a tratar bien si se lo devuelven, en estos casos nunca sabes qué es mejor.

–Entonces, ¿qué puedo hacer? yo no tengo experiencia alguna.

–Por eso no te preocupes, en estos casos las mujeres aprendemos rápido, además siempre se puede buscar a alguien que lo adopte. Yo te ayudaré en lo que pueda con la alimentación, tú ya sabes dónde buscarme, me lo traes y yo en cualquier rincón le doy la teta.

–Gracias Desi, no lo olvidaré, ahora me enseñas a cambiarlo y mañana ya pensaré algo.

Luego se entretuvieron registrando entre las ropas del bebé por si llevara algo que lo identificara, pero solo llevaba una pequeña medallita de aluminio con un cordoncito colgando del cuello y una cintita roja atada a la muñeca de las que decían que protegía del “mal de ojo”. Después Desi enseñó a Natalia a cambiar los pañales y una vez arreglado le arrimó la teta, la cual empezó a succionar con verdadera fruición. Desi con alegría exclamó:

–Chupa, chupa y no te preocupes, que no te la vas a acabar, creo que vas a ser un chico fuerte y precioso, seguro que serás un buen macarra.

Tanto Mateo como Natalia rieron por la ocurrencia de Desi a lo que Natalia contestó:

–Pues si le da por ahí que lo sea de tus hijas, ¿no te gustaría?

–¿Y por qué no? Siempre será mejor que se las folle un amigo que un enemigo.

Entonces fueron los tres los que rieron, luego sacó Natalia una botella de anís y después de unas copas Desi se marchó a descansar.

Mateo también se fue a dormir, pero Natalia esa noche no

durmió porque Desi cuando terminó de amamantarlo lo dejó en sus brazos, era la primera vez que tenía un bebé en sus brazos y en un principio se quedó un poco desconcertada, pero poco a poco tomó conciencia de la situación. El niño dormía plácidamente y empezó a acariciarle las mejillas y sus pequeñas manitas y pensó:

–La verdad es que es precioso, la mujer que lo adopte será muy feliz con él.

En ese momento le estaba acariciándole la manita y él, de pronto, empezó a apretarle el dedo índice con una fuerza increíble, no parecía la fuerza de un bebé, su corazón le dio un salto en el pecho y como una corriente eléctrica le sacudió el cerebro, cuando se percató que el niño la estaba mirando fija y directamente a los ojos era como si supiera lo que estaba pensando, y en ese momento ya supo lo que tenía que hacer, casi sin darse cuenta se acercó a la carita del niño y empezó a besarlo con una dulzura como jamás había besado a nadie, unas lágrimas de auténtica gloria resbalaron por sus mejillas, cayendo sobre la cabecita de aquel niño, era como un bautizo simbólico y sin saber cómo ni porqué le habló como el que habla a alguien que la está oyendo y entendiendo, aunque el niño ya había vuelto a cerrar los ojos.

–No te preocupes, tú ya eres mi hijo y no vas a tener otra madre que no sea yo.

Al día siguiente, apenas clareó el día ya tenía a Desi llamando a la puerta. Casi corriendo se fue a abrirle la puerta, estaba impaciente esperando a su amiga puesto que ya hacía algunos minutos que el niño se estaba revolviendo y aunque no lloraba suponía que tenía hambre.

–Buenos días, Natalia, ¿cómo ha ido la noche?

–Buenos días Desi, durmió como un bendito hasta hace poco, lo he cambiado y está tranquilo, pero... ¡llevaba mierda hasta el cogote!

–Eso no tiene importancia, peor es que te acuestes con un tío medio borracho y que te vomite en la cama, eso si no te lo hace cuando lo tienes encima.

–Joder, Desi, si es que pones unos ejemplos como para salir corriendo.

En esto se presentó Mateo, el cual rompiendo su costumbre se había afeitado como si fuera domingo, y aunque llevaba cara de resaca lucía muy buen aspecto, también se había cambiado la ropa, lo cierto era que para nada hacía recordar al inseguro y tambaleante borracho de la noche anterior.

Aunque no se podía decir que fuera un hombre muy guapo, sí resultaba bastante atractivo de cara, de facciones nobles que, a pesar de su cautiverio, los duros trabajos y privaciones no habían logrado borrar, sólo en su mirada se percibía en

ocasiones como si algo doloroso le estuviera royendo el corazón y el cerebro.

Por eso quizás en sus continuas borracheras las lágrimas inundaban sus ojos, cosa que no ocurría cuando estaba sobrio, entonces era un tipo altamente simpático.

–Vamos a sentarnos, quiero hablar con vosotras, con las dos.

Ellas obedecieron al instante, Mateo había hablado con un tono de voz que no admitía réplica, esa actitud tampoco les era conocida, no era la del Mateo que conocían.

–¿Qué pensáis hacer con el niño?

–¿Qué pregunta es esa? ¿Qué crees tú que vamos a hacer?

–Lo pregunto porque este asunto puede traer cola.

–No me importa que traiga cola o rabo, el niño es mío y me lo voy a quedar.

Natalia se había levantado de la silla y sus ojos echaban llamaradas contra Mateo.

–¡Siéntate y escucha! Estas cosas no son tan fáciles como te piensas, para empezar, tú eres soltera, nadie te ha visto embarazada y encima regentas una pensión en la que solamente se hospedan putas, con todos mis respetos, y un

borracho medio loco. Con esto quiero decirte que cualquiera que pase por la calle y vea al niño te lo puede reclamar y ningún juez te podrá dar la razón, aunque quiera.

La cara de Natalia pasó del rojo de la indignación al blanco de la decepción más absoluta, no había dormido en toda la noche pensando en el cambio que iba a dar su vida, toda la ilusión y la pasión de ser madre se le venía abajo, pero Mateo tenía razón, no tenía nada que justificara que aquella criatura que el cielo le había mandado fuera suya, se tapó la cara con las manos y empezó a llorar desconsoladamente. Mateo, que estaba a su lado, la abrazó tratando de consolarla con palabras.

–Vamos Natalia, deja de llorar y busquemos una solución.

–Tú me lo regalaste, fue un regalo tuyo y esto te obliga a ti también a buscar una solución, y date prisa porque como alguien intente quitármelo tú serás el culpable.

–Está bien, está bien, tengo que admitir cierto porcentaje de culpa, pero es que nunca pensé que te daría tan fuerte, pensé que se lo darías a alguien de confianza, pero ya que no ha sido así y que piensas quedártelo lo mejor es que vayamos a comprarle lo necesario.

Cómo las chicas están durmiendo podemos ir los tres de compras, que Desi venga con nosotros, que entienda de esto y yo pagaré toda la compra.

–Tampoco es preciso que gastes tu dinero, yo también tengo mis ahorros.

–Ya lo sé, pero como no tengo a nadie creo que es mejor que me lo gaste con tu hijo.

Al oír la palabra hijo, Natalia lo miró como jamás había mirado a nadie, pero esa mirada no le pasó desapercibida a Desi, que dándole una palmadita en el culo a Natalia le musitó al oído sin que Mateo se diera cuenta.

–Si pones un poco de interés, antes de una semana estará en tú cama.

Natalia sonrió porque ella también estaba segura de que Mateo también la quería.

Y Desi, que era maestra en el arte de analizar los sentimientos, entendió que ya era hora de que fueran juntos a comprar algo tan importante para una pareja como hacer la compra para un bebé, sabía que su amiga necesitaba disfrutar de la compañía de aquel hombre.

–Yo os haré una lista de lo que tenéis que comprar y yo, mientras, me quedaré con el niño.

Quedaron de acuerdo, tenían unas dos horas para hacer la compra, al salir de casa Mateo la cogió de la mano, pero ella lo rechazó y se colgó de su brazo.

Cuando sintió que Natalia lo cogía del brazo un escalofrío le corrió por toda la espina dorsal, por primera vez desde que murió Juana sentía algo por una mujer que en ese momento no sabía definir, quizás no fuera el mismo sentimiento, pero era bonito y a la vez placentero porque llevar a una mujer pegada a ti, guapa y hermosa, era algo muy halagador porque Natalia a sus treinta años estaba en plenitud de todas las virtudes físicas que puedan adornar a una mujer. En cuanto a ella, sentía la emoción de llevar a un hombre del brazo como si fuera su marido, sentía la mirada de la gente y no era como antes, ahora ya era diferente, antes era la fulana que lucía un hombre de cierta edad, ahora era la joven señora que había salido de compras con su marido, en esos momentos se sentía una mujer realizada.

Jamás en su vida había disfrutado tanto como comprando la ropita para el bebé, mientras a Mateo todo lo que le mostraba le parecía bien, sonreía y pagaba.

Regresaron a casa temprano, Desi había terminado de darle teta y lo estaba durmiendo, Natalia lo cogió en brazos y Mateo se marchó a comer a la taberna del navarro. Mientras comían, Mateo le explicó lo del niño y el navarro le dio varios consejos basándose en casos que habían pasado, no eran pocas las mujeres que habían parido y por ganarse la vida en la calle les habían quitado el niño y luego lo daban en adopción a familias de cierto poder adquisitivo.

–Ahora mismo –decía el navarro– aunque no lo reclame

nadie si se entera la policía le pueden quitar el niño para que se haga cargo el Estado, y normalmente suelen llevarlos a la inclusa. Mi opinión es que debéis conseguir como sea una partida de nacimiento.

–¿Y dónde consigo yo una partida de nacimiento? Aquí no conozco a nadie.

–Aquí o donde sea, naturalmente poniendo a Natalia como madre y eso con carácter de urgencia porque pueden pasar un montón de cosas, por ejemplo, que caiga enfermo y lo tuvieras que llevar a un hospital, sin papeles no lo ingresarían y no quiero pensar si se os muere, como mínimo podrían acusaros de robo de menores y no descartes el de homicidio involuntario. Total, que cuando saldríais de la cárcel Modelo el chico posiblemente ya habría terminado la “mili”, así es que tú veras pero lo que tengas que hacer date prisa en hacerlo.

Esta situación que le estaba pintando el navarro le preocupó mucho, no se podía imaginar a Natalia en la cárcel y sin el niño, salió de la taberna y se encaminó a una carpintería cercana en la que hacía unos días había pasado por allí y había visto varias cunas muy bien hechas, pero había una que le llamó especialmente la atención, era una cuna mecedora. Fue con intención de comprarla porque en la planta baja donde dormía Natalia la cama que había en la habitación era muy pequeña para que pudiera dormir con el niño y consideró que con la cuna la situación sería más

llevadera. Ya en la carpintería pagó y cargó con la cuna, cuando Natalia lo vio aparecer con la cuna a cuestas no pudo contener la emoción y lloró abrazada al niño que tenía en sus brazos. Mateo cuando la vio de esa manera dijo:

–¡Joder Natalia! En ocasiones parece que te vayas a comer a uno y en otras te deshaces como la sal en el agua, por lo menos podrías darme las gracias ya que es un regalo para tu hijo.

–Estate bien seguro que estos detalles no se van a perder en la nada y no te preocupes que yo siempre pago, y suelo pagar por encima del precio de origen.

–Bueno, en eso confío, me voy a tomar un café y vuelvo.

–Por favor, Mateo –dijo con cara de preocupación– que sea sólo un café.

–Por “eso” no te preocupes ya estoy curado.

Pero Natalia sí estaba preocupada por muchas cosas, estaba el niño con su situación y estaba Mateo, había sido el primer día que había estado con ella desde que llegó y había sido su día más feliz en muchos años. Estaba segura que con él podría conseguir la felicidad plena, pero le preocupaba su adicción al alcohol, sabía que era un enemigo poderoso, pero también sabía que a Mateo ella le gustaba lo suficiente y además estaba el niño, pero aún con todo eso todo dependía de la fuerza de voluntad del mismo Mateo.

Pero ese día Mateo regresó temprano, cuando se cansó de merodear por todo el barrio se metió en la bodega, jugaron unas partidas de cartas y después de cenar tomaron café y como la noche se presentaba bastante fría se marchó.

Cuando llamó a la puerta, Natalia corrió hacia ella con el corazón latiéndole a mil pulsaciones porque según se presentara podía ser el principio o el final de muchas cosas, aunque esta vez tenía total confianza en que Mateo iba a regresar sereno.

Y así fue, cuando abrió la puerta y vio la sonrisa casi burlona en la cara de Mateo exhaló un suspiro de alivio y lo abrazó dando gracias al cielo.

–Siéntate y caliéntate (debajo de la mesa–camilla había un brasero)

–¿Cómo se ha portado?

–Como un bendito, ahora está un poco inquieto porque ya le toca mamar, Desi está al caer, llegará de un momento a otro.

–Me voy a sentar porque tengo que hablar contigo, pero de lo que voy a decirte no quiero que se entere nadie, ni siquiera Desi y quizás ni siquiera debería decírtelo a ti.

Natalia acercó una silla a la mesa con toda la preocupación corriéndole por las venas.

–¿Tan grave es el asunto? Si no confías en mí es mejor no me lo cuentes.

–Me voy a Barcelona y no sé lo que tardaré en volver.

Natalia bajó la cabeza preguntándose por qué tenía tan mala suerte que cuando entraba en su vida algo ilusionante siempre acababa mal la historia.

–¿Es... alguna mujer? Por mí no te preocupes.

En ese momento llamaron a la puerta, era Desi que venía a dar teta al niño. Al ver la cara de su amiga le preguntó:

–¿Qué te pasa Natalia? tienes mala cara.

–No, no me pasa nada, es que me tenían que haber parido muerta.

–Seguro que tiene la culpa éste, ¿qué le has dicho o hecho?

–Yo ni le he dicho ni le he hecho –y casi riéndose– que más quisiera yo poder hacerle, pero es que tiene un carácter que a veces le quieres decir algo y no sabes cómo hacerlo, pero ya que estás aquí quisiera que ajustáramos alguna manera de compensarte las molestias, que son muchas y no sabemos cómo pagarte.

–A mí no me debéis nada, lo que estoy haciendo se lo debo mil veces a Natalia porque ella ha hecho por mí y por mis

hijas lo que no podré hacer yo por ella aunque viviera tres vidas más, Natalia se ha portado conmigo mejor que si hubiera sido mi hermana, y ahora voy a dejaros ya, que aún tiene la tripita llena para un rato.

Desi salió preocupada por el estado de ánimo de Natalia, lo tenía por los suelos, pero estaba segura que la cosa tenía arreglo, Natalia era muy inteligente y sabría capear el temporal.

–Bueno –Mateo trato de explicarse– ahora sigamos donde lo dejamos.

–Ya te dije que no me debes ninguna explicación, pero una es tonta y a veces se ilusiona.

–Es que eres el colmo, estoy tratando de explicarte el porqué de mí viaje y tú, lejos de atenderme, te montas en un potro desbocado imaginando problemas donde no los hay. Si me voy a Barcelona es precisamente para evitarlos, porque el niño necesita papeles con urgencia, si ahora cayera enfermo no lo podrías ingresar en ningún hospital y si muriera, como suele pasar con tantos pequeños, podrías ir a la cárcel. Aquí en Valencia no conozco a nadie que pueda echarnos una mano, pero en Barcelona no es así, allí conozco gente que sí puede ayudarnos, si todo me sale bien, cuando vuelva y entre por esa puerta el niño será tu hijo a todos los efectos legales y nadie te lo podrá quitar.

Ella bajó la cabeza y empezó a llorar desconsoladamente, Mateo sacó un pañuelo y empezó a secarle las lágrimas, ella levantó la vista y le miró a los ojos.

–Perdóname, es que soy muy burra y desconfiada, la gente no suele portarse bien conmigo y menos los hombres, sólo tú estás haciendo por mí lo que nunca pensé que haría nadie.

Al oír estas palabras, Mateo se sintió conmovido, cogió entre sus manos la cara de Natalia, la cual no opuso resistencia y la besó en la boca, ella se abrazó a él y ofreció de nuevo sus labios, él los volvió a besar con pasión y ella preguntó:

–¿Entonces no hay otra mujer?

–No la hay, pero sí que la hubo, aunque esa es otra historia que te contaré cuando vuelva, en todo caso respecto a lo que hay entre nosotros, ¿te ha quedado totalmente claro?

–Me ha quedado clarísimo.

–Pues me voy a dormir que mañana tengo que madrugar.

–Sí, será mejor, pero llévate una vela porque han cortado la luz.

La volvió a besar deseándole buenas noches y entró en su habitación dejando la vela encendida encima de la mesita, se desvistió y se tumbó en la cama cubriéndose únicamente

con la colcha, sin apagar la vela, le gustaba estar así la noche que volvía sereno meditando sobre su pasado y valorando su presente, y realmente tenía motivos para estar contento. Sobre todo, daba gracias al niño porque ese hecho que parecía que no tenía importancia motivó su reacción para encontrarse a sí mismo dejando el alcohol y ganándose el amor de Natalia, aquella mujer de cabello de fuego y los ojos azules más hermosos que había visto y que lo amaba como nunca había amado a nadie, se lo demostró cuando vio correr por sus mejillas lágrimas calientes como brasas, porque eran lágrimas de felicidad.

Estaba cerrando los ojos para dormir cuando oyó algo que parecía el maullido de un gato, eran las bisagras de la puerta de la habitación, cuando giró la vista hacia la puerta vio enmarcada la figura de Natalia, que se acercó a la cama y empezó a desnudarse. Mateo, al verla y sin bajar de la cama la imitó y luego ya desnudo se puso al lado de ella, la débil luz de la vela hacía destacar la blancura de su piel y sacaba destellos cobrizos de su pelo, resaltando el brillo de sus ojos azules ya llenos de deseo, Mateo la abrazó besándola con pasión a la vez que preguntaba:

–¿Estás segura de lo que estás haciendo?

–Sí, lo estoy deseando con toda mi alma, y ahora túmbate en la cama.

Mateo obedeció dócilmente, Natalia puso en actividad

todo su repertorio en el arte del sexo, pero ahora no era la profesional con un cliente, en esos momentos era la mujer enamorada que buscaba que su hombre obtuviera el placer y la felicidad total por el sexo. Cada centímetro de la piel de Mateo fue besado y lamido hasta que, incapaz de contenerse, sintió cómo el elixir de la vida se le escapaba sin poder evitarlo. Pasados unos minutos en que los dos cuerpos temblorosos y jadeantes quedaron inmóviles, se invirtieron los papeles, entonces fue Mateo el que exploró todo el cuerpo de ella que, a los pocos minutos, sintió el latigazo del placer más absoluto, su sangre corrió por sus venas como lava volcánica, sus sienes parecía que iban a estallarle, y entonces Mateo, que sentía cercano el estallido sexual de ella, en un hábil movimiento le abrió los muslos y la penetró con fuerza, casi con violencia, ella lanzó un gemido y tras varias convulsiones quedó inmóvil, Mateo también había llegado casi al mismo tiempo al orgasmo, ella se abrazó a su espalda y empezó a mover las caderas rítmicamente, él la dejó hacer, pero aquel movimiento incrementó de nuevo el deseo sexual de Mateo, quien acompasó su vaivén al movimiento de caderas de ella que, ya cercana al éxtasis sexual de nuevo, cruzó las piernas por encima de los riñones de Mateo y cesó en el movimiento de caderas. Él se percató entonces de la cercanía del orgasmo de ella y arreció en la cópula, segundos después el cuerpo de Natalia se tensó, lanzando un fuerte gemido, relajó la presión de las piernas sobre el cuerpo de Mateo y éste lanzó un gruñido, señal inequívoca de que también había entrado en el paraíso.

Mateo bajó de encima de la mujer y se tendió a su lado, después de unos minutos de merecido descanso Natalia lo besó con pasión diciendo:

–Tengo que dejarte, me pareció oír al niño.

–Pues yo no he oído nada –dijo mientras le succionaba una teta a ella.

–¿Pero es que no has tenido bastante?

–Contigo nunca tendré bastante, pero como estoy viendo que quieres dejarme por “otro” te dejaré marchar, pero prepárate para cuando vuelva.

–Yo siempre estaré preparada para ti, y más después de lo de esta noche.

Después de descansar unas horas Mateo se levantó y se aseó, bajó las escaleras y Natalia, al verlo, fue a su encuentro y lo besó diciendo:

–Gracias Mateo por lo de anoche.

–¿Gracias por qué? Sólo sucedió lo que tarde o temprano hubiera sucedido.

–Te doy las gracias porque fue la noche más feliz de toda mi vida, siempre la recordaré.

–Eso no va a pasar.

–¿Por qué? –ella se puso tensa– ¿No te gustó?

–Te digo que no va a pasar porque habrá muchas como esa.

Natalia rió la ocurrencia, lo miró chispeándole sus ojos azules, imaginando noches como aquella.

–Eres el colmo, anda vete ya porque estoy viendo que vas a perder el tren.

Se volvieron a besar con pasión y Mateo se fue, al poco tiempo llegó Desi y al verla dijo:

–Parece que escampó la tormenta porque cuando me fui te querías morir.

–Pues sí, no hubo tormenta y sí un sol radiante.

–¿Cómo de radiante? ¿Quieres decir que...?

–Sí, sucedió y fue increíble.

–¿Cómo de increíble?

–Como no te puedas imaginar, ha sido la noche más hermosa y más feliz de toda mi vida, con decirte que fui yo la que se fue de la cama... lo de ese hombre fue espectacular, ha resultado ser el número uno con diferencia y mira que han pasado tíos por mi cama, me dejó para el arrastre fue algo increíble.

–Pero supongo que él también se habrá llevado lo suyo.

–Pues no lo sé, pero se ha levantado fresco como una lechuga y se ha ido.

–¿Se ha ido a dónde? ¡Si son las siete de la mañana!

–Se ha ido de viaje, a Barcelona concretamente.

–¿Y qué puede hacer allí que no pueda hacer aquí?

–¿Qué quieres que te diga? Me dijo que tenía unos asuntos urgentes que resolver y no quiso entrar en detalles, además no me tiene que dar ninguna explicación, al fin y al cabo, no es mi marido, pero dijo que era cuestión de una semana.

–Pues ándate con ojo porque si por allí se comporta como contigo, quizás no lo dejen volver.

–Ese vuelve, seguro –dijo Natalia sonriendo– lo que disfruté conmigo no lo disfrutará con ninguna otra, además le he vaciado los huevos para una semana por lo menos.

Las dos se quedaron riendo, mientras, el tren devoraba kilómetros hacia Barcelona. Mateo llegó a media mañana, su intención en principio era visitar a Ramona y Benita, tenía cierta curiosidad por saber cómo quedo el asunto con Roberto, pero como era bastante temprano se fue al barrio chino, comería algo en algún restaurante y después daría una vuelta por allí como despedida y así lo hizo, comió en un

conocido restaurante y luego recorrió todo el barrio. Aunque era temprano le extrañó no encontrar a Rufino ni a Roberto, por lo que ya se dirigió a la pensión de Ramona, ésta lo recibió como era de esperar, lo abrazó llorando como siempre, en cuanto a Benita también lo recibió contenta, la niña también se criaba bien.

–¿Y Roberto? ¿Qué me dices de él? Creía que a estas horas estaría viviendo contigo.

–Pues la verdad es que lo intentamos, pero no resultó, él es de una manera de ser y yo de otra totalmente distinta, además yo creía que la niña lo ataría un poco, pero no fue así, cuando salió de la cárcel continuó con la misma vida de antes. De tarde en tarde viene y salimos un rato con la niña, pero no lo veo con ánimo de cambiar.

–¿Y dónde podría encontrarle? Me gustaría poder hablar con él.

–Por detrás de la plaza de Colón hay unos billares, últimamente suele ir por allí, pero tampoco es seguro, por la noche lo encontraras en el barrio chino probablemente.

–Si hay alguna habitación libre podría ocuparla ya que voy a quedarme unos días por Barcelona, tengo algunos asuntos que resolver.

–Para ti en esta casa siempre habrá una cama libre y una mesa dispuesta porque siempre te estaremos agradecidas, y

nos gustaría que volvieras con nosotras.

–Eso hoy por hoy es imposible porque en Valencia dejé a una persona que me está esperando y posiblemente rehaga mi vida junto a ella.

–Pues nos das una alegría porque mereces más que nadie ser feliz y sabemos, sin conocerla, que ella también lo será porque eres la mejor persona que conocí jamás.

Mateo se marchó primero en busca de Roberto porque la otra visita era a su amigo Vicente el comandante médico, que era el que tenía que “arreglar” los papeles del niño, pero consideró que no era horario para estar en el hospital así que lo dejó para el día siguiente. Ahora lo inmediato era restaurar en la medida que fuera posible la situación de Roberto con Benita, pero la verdad es que no sabía cómo entrar en el tema, Roberto era especial, lo conocía bien y cuando no le interesaba el asunto cortaba por lo sano, aunque te dejara con la palabra en la boca. Tenía que desplegar mucho tacto con él, se dirigió primero a los billares y efectivamente allí lo encontró:

–Hola, Roberto.

–¡Hombre, Mateo! ¿Qué haces por aquí?

–Estaba en Valencia, me aburría un poco y pensé venir a saludaros a vosotros y a algunos amigos más y también a por algunos papeles que me hacen falta.

–Pues vamos a sentarnos y hablaremos más tranquilos.

Se sentaron y pidieron, Roberto un carajillo y Mateo un refresco.

–No me digas que dejaste el coñac.

–Pues sí, dejé el coñac y cualquier bebida alcohólica y te aseguro que estoy mucho mejor, si no lo hubiera dejado habría acabado mal y lo curioso es que pienso que no me gustaba, pero los malos recuerdos me amarraron a la botella, por suerte ya me liberé.

–¿Viste a la niña? Se cría bien, ¿verdad?

–Sí, la he visto y la verdad es que está muy crecida, pero, ¿por qué me lo preguntas? Según me dijeron vas poco por allí.

–Bueno, tú ya me conoces, no quiero atarme a nada ni a nadie. –Pues poco antes de salir de la Modelo no pensabas lo mismo.

–Sí, es cierto, pero te aseguro que lo intenté, incluso ahora algún domingo salimos y hablamos, pero me aburro, yo no soy hombre de familia.

Mateo vio que por ese lado no iba a funcionar y pensó cambiar de táctica.

–Quizás tengas razón y tu carácter no funcione al estar con una sola mujer, y pensándolo bien quizás la niña tampoco sea tuya.

Roberto saltó de la silla, miró a Mateo echando lumbre por los ojos, pero éste permaneció tranquilo porque al fin había encontrado donde le “dolía el zapato” a Roberto.

–¿Qué quieres insinuar? ¿De dónde has sacado esa tontería?

–No estoy insinuando nada, me limito a repetir lo que tú decías cuando Beni te comunicó que estaba embarazada de ti.

Roberto volvió a sentarse, pero Mateo sabía que había puesto el dedo en la llaga, la niña le importaba más de lo que quería hacer creer.

–La niña es mía –dijo con rotundidad– ¡Si no hay más que verla!

–Pues te equivocas, la niña es de su madre, tú no tienes ningún derecho, ni siquiera a verla, tú no pintas nada, y suerte tienes de que tanto Benita como Ramona son demasiado buenas, en otra casa ni entrarías, pero no abuses de tu suerte.

–Pero yo las he ayudado, y las ayudo siempre que puedo, porque yo también tengo mis gastos, tengo que pagar el

alquiler del piso, la lavandería y otras cosas no previstas que surgen.

–Mira, nos conocemos mucho y a mí no me vas a conmovir porque si fueras echando en una hucha lo que te gastas en putas, tu hija tendría el porvenir resuelto aunque viviera doscientos años, y porque te aprecio te voy a decir algo más, tienes ya más de cincuenta años y Benita tiene la mitad y está en su plenitud, físicamente hablando, aunque creo que sufre cierto retraso mental porque sigue enamorada de ti, pero ándate con ojo porque son muchos hombres los que la miran cuando pasa y no sería extraño que alguno se atreviera y cuando te dieras cuenta tu hija tuviera otro padre. Al fin y al cabo, ¿tú que puedes ofrecerles?, ¿alguna cartera robada, por ejemplo? Piénsalo, puede que aún estés a tiempo.

Roberto bajó la vista y luego sorbió el último trago del carajillo.

–Puede que tengas razón, pero es precisamente por eso, porque no tengo nada que ofrecerles, sólo sé hacer lo que hago porque salvo en eso nunca trabajé en nada más, por eso no sé trabajar y mi edad ya me impide aprender oficio alguno, pensándolo bien casi será mejor que Benita elija a otro hombre que la haga feliz.

–¡Pero es que estás ciego! Benita ya hace tiempo que eligió y no quiere otro padre para su hija, te lo digo sinceramente,

nunca es tarde para aprender y tú tienes que ir pensando en hacer algo útil, un hombre como tú, inteligente y hábil no puede pasar el tiempo yendo de los billares al barrio chino y viceversa, este país necesita levantarse y nadie tiene derecho a sentarse a la orilla del camino a ver pasar el tiempo, además ella no te pide que te deslomes trabajando, sólo pide comprensión para ella y cariño para su hija porque la pensión les da para vivir decentemente, y sinceramente, creo que no piden gran cosa, pero mi duda está en si tú serás capaz de ofrecerles tan poca cosa, esa debe de ser tu única decisión.

–Bueno, no puedo prometerte nada, pero pensaré en profundidad lo que me has dicho, un día de estos iré y hablaré con ella.

–Pues no pierdas tiempo porque quizás sea ésta tu última oportunidad.

Se despidieron quedando para el día siguiente en el mismo local para así comer juntos y hablar del futuro.

Como le quedaba cerca, se fue al puerto porque tenía ganas de comer una buena mariscada ya que la zona portuaria era la meca del marisco y el pescado fresco. Cuando regresó a la pensión encontró a Benita impaciente esperándolo.

–¿Lo has encontrado?

–Sí, lo encontré donde tú me dijiste y estuvimos hablando de lo vuestro.

–¿Y qué te dijo? ¿Va a volver?

–Me dijo que vendría pronto a hablar contigo, pero no prometió nada.

–¿Y cuál es tu opinión?

–Mi opinión es que él quiere volver, pero es muy orgulloso y teme que en algún momento le puedas echar en cara que no trabaja.

–Eso no es verdad, jamás le eché en cara el que no trabajara, pero lo que me dolía era que cuando salía nunca me dijera dónde iba ni cuando volvería. Además, cuando volvía yo sabía que había estado con mujeres por el olor a perfume barato, yo sólo pedía un poco de respeto para mí y para su hija y no creo que eso fuera pedir demasiado.

–Bueno, eso quizás se pueda arreglar, mañana hemos quedado para comer.

Al menos ya sabemos a qué atenernos, ahora es cuestión de tacto y cuando venga tú ni te humilles ni le prometas nada, pero hazle entender que todo dependerá de su actitud y consideración, que en tu mesa siempre habrá un plato de comida para él, siempre partiendo del respeto mutuo.

–Lo que dices está muy bien pero ese cabrón es muy terco y no sé si resultará.

–Por lo menos habrá que intentarlo, a veces el león resulta que no es tan fiero.

Después de un rato comentando cosas intrascendentes, Benita le preguntó si estaba con alguna mujer, Mateo se quedó un momento pensando la respuesta, pero al ver que Ramona estaba presente y él no sabía mentir trató de eludir el asunto.

–He conocido a una mujer, pero aún no hacemos vida en común, quizás cuando vuelva arregle este asunto.

–Pues nos das una alegría –dijo Ramona– estábamos preocupadas por si te iba mal donde estuvieras. Si te casas con ella nos gustaría que algún día nos la presentaras porque estamos seguras de que habrás escogido bien.

–Si me caso queda prometido, el viaje de novios será a Barcelona. Ahora me voy a descansar, ha sido un día de muchas emociones.

Al día siguiente se levantó y después de desayunar en un bar cercano se encaminó al Hospital Militar ya que tenía que entrevistarse con su amigo el comandante, se dirigió al cabo de guardia y preguntó por el comandante Vicente Arnal García, rogándole que lo avisara de que en la puerta estaba Mateo.

–¿Mateo sólo? –Preguntó el cabo sonriendo.

–Sí, sólo Mateo, es que soy de la familia.

El cabo se dirigió con rapidez al despacho y le dijo al comandante cuadrándose:

–Mi comandante, un familiar suyo que dice llamarse Mateo pregunta por usted.

El comandante no podía contener la risa y haciendo un esfuerzo le dijo al cabo:

–Dígale que suba a mi despacho, él ya sabe.

Cuando entró Mateo, aún se estaba partiendo de risa y después de abrazarse con él dijo:

–Las vueltas que da la vida, ahora resulta que somos familia.

–Hombre, tú ya me conoces, soy de los que piensan que el tiempo es oro.

–Bueno, y ¿qué puedo hacer por ti? Ya sabes que soy débil con la familia –rieron los dos a un tiempo– cualquier favor que me pidas si está en mi mano está hecho.

–Es que esta vez no es uno, son dos.

–¡Pero Mateo! –fingió indignarse– ¿es que te crees que soy

el genio de Aladino?, bueno dime, sé que no es cuestión de dinero porque tú no eres de esos, pero cuéntame.

–Como te he dicho necesito dos favores porque tengo dos problemas, y no es dinero lo que busco, necesito una partida de nacimiento y un certificado de defunción.

–¡Joder! Lo de la defunción es fácil ya que por mi trabajo casi todos los días me cargo uno o dos, y a veces más –volvieron a reír– pero lo del nacimiento puede costar algo más porque depende de otras personas, pero se puede conseguir, y ahora cuéntame la historia, hasta la tarde no entro de servicio.

Vicente sacó dos copas, pero Mateo rechazó beber alcohol y le pidió un refresco.

–Pues mira sí, la semana pasada trajeron una bebida americana, una especie de zarzaparrilla que se llama Coca-Cola y se ha puesto de moda en todos los cabarets de Barcelona, vamos a probarla, a lo mejor hace que me deje el Whisky.

Con las bebidas en la mano Mateo empezó a contar su desgraciada y trágica relación y boda con Juana y, aunque tenía papeles que certificaban su matrimonio en Francia, al no tener el acta de defunción no podía casarse de nuevo ni reclamar el piso que estaba escriturado a nombre de Juana. En cuanto a la partida de nacimiento también le relató todo

lo concerniente al niño y también su proyecto con Natalia.

–Cómo te dije, lo del acta está fácil, en cuanto a la partida de nacimiento... como depende de otras personas puede costarte algo.

–¿Cómo cuánto? –dijo Mateo echando mano a la cartera– por dinero no te preocupes.

–Pues ahora mismo no sabría decirte... pongamos lo que valga una buena mariscada.

–¡Serás cabrón! Menudo susto me has dado.

Y riéndose como dos críos lo acompañó hasta la puerta diciéndole:

–Mañana tengo el día libre, ven a media mañana que ya lo tendré todo listo, ¡ah! ¿no te gustaría ser el padre del niño?

–Pues mira, no estaría mal pensado, al fin y al cabo, yo lo voy a criar. ¡Eres un genio Vicente!

Y se fue feliz yendo al encuentro con Roberto, al que encontró donde quedaron. Después de saludarse Mateo preguntó:

–¿Comemos en el chino?

–Por mi vale, ¿hablaste con ella?

–Sí, por supuesto, luego te lo cuento.

Llegaron al barrio chino casi sin hablar y buscaron un pequeño restaurante que conocían y al que iban habitualmente cuando trabajaban juntos, se sentaron en una mesa lo suficientemente apartada y discreta como para que no se oyera su conversación.

–¿Has pensado algo sobre lo que hablamos la última vez?

–La verdad es que no, esperaba tu conversación con ella.

–Ella cree que no vas a volver y si lo haces no vas a cumplir, por lo tanto, si vuelves para no cumplir quizás sea mejor que no vuelvas. Considera que ya la han humillado bastante en esta vida y que la única ilusión que le queda es ver crecer a su hija con padre o sin él, si es con padre, mejor, pero si no vas a ser un buen padre no vayas por allí, no quiere que su hija tenga un padre que pasa más tiempo en el barrio chino que con ella.

Roberto bebió un sorbo de vino y se quedó mirando la copa medio vacía.

–Quizás tengas razón, pero es que me lo pone muy difícil, tú sabes que llevo un montón de años en el barrio chino, lo considero mi territorio natural y ella quiere que cambie mi estilo de vida y es que además no conozco otro, si al menos me diera un tiempo...

–¡Pero es que no te das cuenta! No te queda tiempo, tienes más de cincuenta años, dentro de diez años más, y el tiempo pasa rápido, quizás ya seas un pobre viejo lleno de achaques y sin amigos reales, posiblemente sin un duro y además cuando estés enfermo nadie acercará un vaso de agua a tus labios sin que lo tengas que pagar.

Si piensas que liarte con alguna fulana te va a sacar del atolladero, vas listo, de esa gente lo único que puedes sacar es que te peguen una enfermedad de las que suele caérsete la verga a pedazos, no lo dudes, te lo digo como se lo diría a un hermano, forma una familia con Benita y a ser posible cástate con ella, te aseguro que lo está deseando, verás crecer una hija que cuando te dé un beso te dará la vida.

–¡Eres la hostia macho! Me estás dejando para que me pegue un tiro, sólo puedo prometerte que lo voy a intentar de nuevo, pero se me hace muy duro el cambio de vida.

–Todo cambio de vida suele ser traumático, pero ten por seguro que con poco que pongas de tu parte habrá valido la pena y no te arrepentirás.

El resto de la tarde lo pasaron discutiendo las ventajas y desventajas del matrimonio hasta que saltó el nombre de Rufino, según Roberto un día desapareció y nadie lo ha vuelto a ver, algunos dijeron que lo habían matado por ser chivato de la policía, otros que se había ido a Argentina, que había comprado una hacienda y era ganadero, pero lo único

cierto era que nadie sabía nada de él, siempre fue hombre de una personalidad muy compleja.

Se despidió de Roberto sin decirle que posiblemente no volverían a verse porque al día siguiente si Vicente ya tenía los papeles se volvía a Valencia, estaba impaciente por ver de nuevo a Natalia y darle la buena noticia, se irían a cenar y después ya se vería.

Benita estaba esperándolo y se sentaron, Ramona estaba presente y tenía en brazos a la niña, aquella cría le había dado la vida, Benita inquirió:

–¿Qué te ha dicho? ¿Va a volver?

–Este fin de semana vendrá para salir, quiere volver, pero se le hace muy difícil, yo lo entiendo y quiero que tú lo comprendas, él también quiere pedirte que le des un poco de tiempo y durante ese periodo digamos de “aclimatación” él se comportará con respeto y responsabilidad, tratará que su comportamiento no sea humillante hacia ti como mujer y como persona. En cuanto a ti, te voy a decir lo que pienso que debes hacer, en principio no tienes que presionarle para que se quede en casa sino muy al contrario, de cuando en cuando debéis salir juntos a tomar un aperitivo e incluso salir alguna noche a cenar en algún restaurante, en pocas palabras, tienes que hacer lo que sea para que no se aburra, eso lo notarás tú mejor que nadie, tienes que hacer lo posible para que esté a gusto en tu compañía, si lo consigues,

del resto se encargara la niña, porque dentro de nada no podrá pasar sin ella.

Mañana me vuelvo a Valencia, pero antes voy a haceros un regalo, te voy a entregar la llave de un piso que tengo en Sants, aquí está la dirección, podéis explotarlo en régimen de alquiler, Ramona también es beneficiaria, sólo tenéis que pagar los gastos municipales.

A la mañana siguiente, después de despedirse de las mujeres y desayunar en un bar se fue al Hospital Militar, era ya media mañana y según le dijeron Vicente ya lo estaba esperando, pero con ropa de paisano, se saludaron y le hizo entrega de un sobre con el anagrama del Hospital.

–Aquí lo tienes, todo lo que pediste firmado y rubricado, sólo te pido que hagas buen uso de estos papeles, en caso contrario se podría hacer mucho daño a algunas personas, pero como el problema está en Valencia confío en que todo salga bien. ¡Ahora a ver a dónde me llevas! ya sabes que de sargento hacia arriba nos gustan más las gambas que las sardinas... ¡y yo soy comandante!

Después de toda la noche de ferrocarril Mateo llegó a Valencia, desayunó en la misma estación y entró en una barbería, llevaba barba de tres días y el pelo ya necesitaba un buen corte, quería presentarse dando una buena imagen.

A media mañana regresó a la pensión, llamó despacio

porque sabía que a esas horas las chicas estaban descansando, tras unos segundos le abrió la puerta Natalia, posiblemente ya lo estaba esperando porque nada más verlo se echó en sus brazos besándolo apasionadamente, cuando se calmó preguntó ansiosa:

–¿Conseguiste los papeles? ¿El niño ya es mi hijo?

–Conseguí legalizarlo, pero no como hijo tuyo.

Al oír estas palabras Natalia se separó un par de metros, puso los brazos en jarras y echando lumbre por los ojos preguntó:

–¿Cómo qué no?

Entonces Mateo sacó el sobre y desplegó el papel.

–Como que no, según este papel no es hijo tuyo... porque es hijo de los dos.

Natalia se quedó como aturdida pero luego reaccionó.

–¡Me cago en tus muertos! Qué susto me has dado, vaya sorpresa, y mira por dónde yo también tengo una sorpresa para ti, vamos arriba y te la enseñaré.

La sorpresa era que las bisagras no maullaron al abrir la puerta y la cama de un cuerpo había sido sustituida por una de matrimonio. Mateo se acercó y se sentó en el borde de la

cama como probando el colchón, pero Natalia ya se estaba desnudando, Mateo al verla preguntó:

–¿Pero qué haces? Llevo toda la noche de viaje sin dormir.

–Sin dormir estoy yo cuatro días, así que prepárate porque vamos a probar la cama ¡y sin límite de tiempo!



CAZARABET CONVERSA CON JOSÉ PERIS FERRER

José, háblanos un poco de esa necesidad, casi imperiosa de trasladarnos y contarnos aquello que a ti también te sobrevivió o preguntado de otra manera, ¿cuál es el punto de inflexión o la motivación que te lleva a cabo el escribir esta historia?

–Siempre he pensado que hay poca literatura sobre los casos particulares, sobre gente que sufrió mucho... y en concreto la gente que me relataba sus casos cuando yo trabajaba con ellos.

–Una historia, dicha sea de paso, que es una historia de

historias y de pequeños relatos...-Cuéntanos, ¿por qué hay tantos prejuicios, tristemente aún permanentes, sobre las personas vinculadas al ideal anarquista a los que todos se apresuran a arrinconar como violentos, radicales, “mata curas” y “quema Iglesias”?

-Porque realmente el anarquismo no les solucionó en ningún caso la vida diaria. El anarquismo en principio triunfó –según opiniones– en cooperativas y comunas, pero el problema lo tenían en su propia doctrina ya que se regían por un sistema asambleario, es decir, no había jefes, todos mandaban por igual y se hacía lo que la opinión mayoritaria de la asamblea decidía. Cuando llegaron al gobierno, junto con los socialistas hubo muchísimos problemas de dirección... no es lo mismo gobernar una cooperativa que una nación. Además, previamente a la guerra civil, en todas las manifestaciones había pistolero, pero tanto de un lado como del otro. Esto culminó con la clausura, por parte del parlamento, de la academia de infantería que dirigía Franco, dejando en la calle a los más de 800 oficiales que –naturalmente– se unieron al bando de Franco cuando estalló la guerra. Todo ello, sumado al asesinato de José Calvo Sotelo por parte de la guardia de asalto hizo que se difundiera la vena más violenta del anarquismo y la que, posteriormente, fue la más conocida.

-Después de la victoria de los alzados, de los rebeldes

contra la II República, me refiero a la victoria pasada por las armas vino la represión, el esparcimiento del escarmiento, del miedo y tú fuiste testigo directo, al fin y al cabo, naciste en plena postguerra. ¿Qué nos puedes reflexionar?

–Mi reflexión es que, como en toda revolución, el bando ganador es el que hace la justicia. Normalmente, en un porcentaje muy elevado más bien habría que llamarla “injusticia”, porque además de los archivos que recopilaron, también vinieron la multitud de chivatazos de la gente que no simpatizaba con la república, contando que sus vecinos eran enemigos, consiguiendo así que se les castigara. La represión fue total y sistemática.

–¿Qué era lo más duro de aquellos años de postguerra y escarmiento? ¿Cómo se vive, pero sobre todo cómo se sobrevive a ello?

–Lo más duro fue el hambre y la necesidad. Hay que tener muy en cuenta que mucha gente, niños y jóvenes, tenían a sus padres en la cárcel y tenían que ingeniárselas para sobrevivir. La falta de asistencia sanitaria hizo que muchos niños no resistieran las enfermedades. Las madres no producían leche materna con la que dar de mamar a sus bebés, de hecho, la mía, que por suerte sí tenía, me amamantó a mí ¡¡¡y a otros tres hijos de vecinas!!!

–Amigo, ¿Cuántos Mateos ha ido dejando la historia?

–Muchísimos... y el de mi libro sobrevivió de puro milagro. A pesar de que es un personaje de ficción, las cárceles estaban llenas de gente como él.

–Comienzas esta historia con Mateo en el campo de concentración de Lo Arenales en Cáceres, campos destinados a sacar de cada uno de sus presos hasta la última gota de sudor, a exprimirle en su vida desde el esfuerzo y el trabajo físico, sin mirar por la salud de ellos, por las condiciones de trabajo y de alimentación, por no hablar de los malos tratos... los que sobrevivieron debieron quedar presos de estas situaciones vividas y nunca cicatrizadas, ¿qué nos puedes comentar?

–Curiosamente los prisioneros hablaban muy poco de todo lo que allí padecían, hablaban más de las circunstancias que les habían llevado hasta allí. Es decir, no culpaban a sus captores, sino a los dirigentes y las acciones que les habían hecho acabar en esos funestos sitios.

–Seguramente que también conociste a personas que vivieron estos campos de concentración, de prisioneros o de

trabajo, ¿qué nos puedes comentar? Muchos no hablaron de ello nunca o hasta pasados muchos años, ¿verdad?

–Sí, y he conocido personas que de tantas palizas los han dejado tan inválidos que después no han podido trabajar a causa de las secuelas físicas. Frecuentemente, si por ejemplo mandaban a tres personas a hacer una faena, si no podían, en vez de mandar a más gente a ayudar lo que hacían era quitar a uno, o sea, aún hacían más difícil la labor. Era casi castigar por diversión. Las personas que sobrevivieron en esos campos de concentración eran vidas destruidas moral y físicamente. Además, trataban de no hablar de ello, más que nada por borrarlo de su mente, por anular esas malas experiencias.

– ¿Cómo ves al movimiento de Recuperación de la Memoria Histórica en un país donde se inhabilita a los jueces que quieren indagar en el franquismo o se han puesto muchas trabas para las personas que quieren buscar a sus familiares en fosas comunes, cunetas...? O donde Franco y Primo de Rivera siguen estando enterrados recibiendo un ramo de rosas todos los días sobre su tumba. Inconcebible, ¿no?

–No me parece bien glorificar a esas personas que causaron este dolor. En los días que estamos me parece bien que quiten sus nombres de las calles, aunque, por otra parte, acciones como éstas o como desenterrar fosas comunes no

soluciona ya nada, de hecho, puede que ni siquiera queden tantos hijos de ejecutados como se cree, a quien devolverles el cuerpo de sus padres para hacer un entierro digno. Además, siendo justos, deberían de levantarse no solo las fosas creadas por un bando, sino de ambos, y creo que ya no es el momento.

–¿Piensas que algo se hizo mal, muy mal o insuficiente en el período de la transición cuando se hubiese tenido que preparar el terreno para que el país se hubiese asentado en una democracia respetuosa y que hubiese puesto a todos en su sitio?

–Pues pienso que se hizo relativamente bien porque se aunaron criterios de ambos bandos. El partido comunista, recordemos, estuvo en la transición. Además, se consiguió una amnistía total por parte de todos, que permitió volver a España a muchos exiliados. Por supuesto, como en todo, se podía haber hecho más, pero creo que fue un buen comienzo.

–¿Cómo ha sido la acogida de Mateo el anarquista?

–Relativamente buena, el día de la presentación en el salón de plenos del ayuntamiento vino muchísima gente, estaba lleno. Ahora es un goteo de ventas y de comentarios, pero la

intención de dejar plasmadas y transmitidas estas historias está conseguida.

–Cuando se publican esta especie de “testimonios” casi todos los que los escriben me explican, me comentan que se les aproxima mucha gente contándoles testimonios más o menos directos. ¿Te ha pasado a ti?, ¿nos puedes contar algo?

–Sí, tras el libro muchísima gente se me ha acercado a contarme historias de sus familiares, padres, tíos, etc., que lo pasaron muy mal. Nunca se escribirán suficientes libros para explicar todas esas historias de dolor.

–Desarrollar la historia de Mateo y su deambular por la vida, sobre todo después que sale del campo de concentración, ¿ha supuesto mucha tarea de documentación?

–Realmente sí, aunque hoy en día es más sencillo que antes, el hecho de documentar los personajes, los barrios, ciudades y pueblos exige buscar mucho, tanto en internet como en multitud de libros que he ido recopilando. Es difícil relatar una historia en un lugar en el que no has estado y encima en un escenario cincuenta años anterior.

–Porque Mateo no se conforma con la sumisión, no quiere ni pretende rendirse y más que nunca, con un fervor renovado recoge las ideas y el ideal para luchar, sobre todo, por la libertad, ¿qué nos puedes decir?

–Mateo defendía sus ideales a capa y espada, aquellos que, como él, no aceptaron la derrota, tuvieron que resarcirse haciendo pequeños actos “terroristas” como hacer explotar transformadores eléctricos o descarrilar trenes y, los que no se atrevían a tanto, imprimían y difundían propaganda antifascista.

–Alguien desconocido le avala para que salga del campo de concentración, pero no sabe quién es, debía ser una sensación muy rara, ¿no? ¿Cómo les puedes contar a nuestros lectores que esto le afecta a nuestro protagonista Mateo?

–Mateo no se atrevía ni a preguntar quién le había avalado, ¡¡¡ pensaba que se habían equivocado de persona!!! y salió a toda prisa de aquel infierno. Después, ya con más calma, empezó a preguntarse quién podría haber sido y, casualmente, se reencuentra con él ya más adelante. Ahí está la gota de misterio que puse en la historia.

–El protagonista, Mateo, escoge la vía de la resistencia, pero muchos otros cogieron el camino de la resignación o de “cierta resignación”, aunque su pensamiento fuese resistente, pero querían volver a su pueblo, con su familia, con las amistades y empezar a vivir en cierta paz –digo cierta–... debieron ser la gran mayoría, pero estaban heridos por dentro y lo estuvieron muchos años. ¿Cómo se curan esas heridas si es que pueden curarse?, ¿el hablar de ello, el contar lo que les pasó o incluso el escribirlo puede ejercer de ejercicio de catarsis, como de curación?

–Empiezas a pensar que la lucha ya no tiene interés debido a la falta de resultados palpables y acabas aceptando la realidad, a desear una vida más tranquila y más cercana a los tuyos, a no esconderte. El hecho de escribirlo, de sacar afuera todas tus inquietudes te desahoga, te tranquiliza el espíritu. Haber honrado, en la medida que he podido, a esas personas que me han contado esa parte tan amarga de su vida hace que me sienta liberado, satisfecho y feliz por haber dado trascendencia a la vida de una gente que sufrió unos hechos que esperamos que no se repitan nunca.

Extraído de:

<https://www.cazarabet.com/conversacon/fichas/fichas1/mateoanarquista.htm>

20-III-2021